

VISIONI PERIFERICHE DI UNA LETTERATURA MINORE: PERCORSI NELLA CIENCIA FICCIÓN MESSICANA

Il Antologia

PREMESSA

Questa parte antologica presenta i racconti e le poesie trattate nella parte critica, seguendo lo sviluppo del discorso invece che un criterio cronologico. Quasi tutto il materiale è comunque disponibile in rete agli indirizzi via via segnalati, e in particolare sul sito <http://www.ciencia-ficcion.com.mx>. La breve appendice di testi critici mi sembra utile perchè si tratta di articoli che mi sono serviti per la critica, e che non sono facilmente raggiungibili nemmeno in rete. Le immagini riprodotte in chiusura fanno parte della campagna di "intervento urbano" TU NO EXISTES, promossa recentemente nel D.F. da Pepe Rojo e Deyanira Torres. Le notizie biobibliografiche mi sono state fornite in parte dagli autori stessi, altrimenti da vari siti. Un ringraziamento particolare a RAM che mi ha inviato dettagli preziosi e a Pepe Rojo per i disegni.

ANTOLOGIA

RACCONTI.....	3
LA RED	3
ANÁLOGOS Y THERBLIGS	9
TATUAJE PARA UNA MARIPOSA.....	14
HYPERIA.....	21
CABLETA	28
IMÁGENES ROTAS SUEÑOS DE HERRUMBRE	31
TIJUANA EXPRESS	36
HIELO.....	41
LA PEQUEÑA GUERRA	51
EL VIAJERO	56
LOS MOTIVOS DE MEDUSA	63
EL AÑO DE LOS GATOS AMURALLADOS	72
SECRETO DE CONFESIÓN.....	78
SE HA PERDIDO UNA NIÑA.....	82
WONDERAMA	91
KALPA	97
EL GRAN VIAJE	98
BIOLOGÍA.....	99
HAIKUS CYBERPUNK.....	100
MINIC(R)UENTOS AMOR	101
MINIC(R)UENTOS CINE	102
MINIC(R)UENTOS ESCALOFRÍO.....	104
MINIC(R)UENTOS ESPEJOS.....	108
MINIC(R)UENTOS JOSAFAT	109
MINIC(R)UENTOS LABERINTOS	113
MINIC(R)UENTOS SCHEREZADA.....	116
SORALIA	120
EL DESPERTAR.....	126
PERRO DE LUZ	133
RADIOTECHNIKA CANTINA	136
RUIDO GRIS.....	141
CONVERSACIONES CON YONI REY	156
APPENDICE – TESTI CRITICI	163
BESOS DE TIEMPO	163
EL FUTURO SUCEDIO HACE DOS DIAS.....	167
LA OTREDAD.....	172
MASCARAS SIN ROSTROS	177
¿QUIÉN SOY?	180
EL MUNDO... SEGÚN UNOS CUANTOS.....	184
TU NO EXISTES	187

RACCONTI

LA RED^{*}

Isidro Ávila (1991)

Isidro Ávila (Monterrey, Nuevo León, 17/2/1974) ha cominciato la sua carriera letteraria nel laboratorio di scrittura "La irreal sociedad del zapato verde". Laureato in ingegneria e fisica industriale, attualmente è ingegnere di sistemi computazionali. Ha pubblicato racconti sulla rivista Umbrales e in diverse antologie e riviste.

*A Edgar y a Claudia
A las chicas del Planeta Vogue*

*...Un lugar donde no queme el sol
y al nacer no haya que morir...
un silbido cruza el pueblo y se ve
un jinete que se marcha
con el viento mientras jura que no va a
volver...
Los hombres que no saben si lo son pero lo
quieren creer
las madres que ya no saben llorar
ven a sus hijos partir
la tristeza aquí ya no existe más cuando lo
triste es vivir...
Duncan Dhu*

*-Soñé que leía.
-No, tan sólo leías que podías soñar.
Diálogos Apócrifos: Fláu Eryego y Yo.*

I. En mí mismo

Delicadas notas salían de los cuellos dobles de dos ebeufs acostados, hundidos en una alberca de gel azul. Las feromonas en el salón me invadían con su olor; la música y el aroma me enloquecían. Recordé la recomendación de no permanecer más de media hora ahí; de no ser así, el sonido afectaría mis nervios. El sonido era mántrico. Caminé entre el humo oyendo los murmulos de la gente; no hablaban el lenguaje vertical, n-plax, sino una sucia mezcla de lenguas –inglés, español, chino, quechua y ruso-. Al oírlo recordé mi infancia, cuando aprendí la mezcla en multimedios contrabandeados desde Opción-Terrestre-I. Mis pies se deslizaban sobre el piso negro; busqué con la mirada y logré atisbar el servidor. Ahí podría comer una buena imitación y, con su erte, encontraría acceso a la red.

^{*} Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

El salón era amplísimo, con paredes blancas decoradas con simulaciones y paisajes fractales. En la barra conseguí imitaciones de carne y dátiles para comer. No logré acceso a la red.

Quizá me encontraba en la red. Quizá.

II. Tú

Lo observé desde su llegada, presentí que la música lo estaba afectando. ¿O eran las feromonas? Trató de acceder a la red. Se encontraba un poco confundido, síntoma de Síndrome de Realidades; él, Adeus Anceps: joven, 1.86 metros de estatura, 77 kilogramos de peso, 203 años de edad, tez morena, tintura intravenosa cosmética de color acua, ojos grises, calvo a excepción de un mechón de pelo del lado izquierdo del rostro simulando una coralillo que oculata el círculo negro, en cuyo centro gris un orificio atraviesa su cráneo hasta el cerebro; su conector se gradúa cerrándose. Él, último de los creadores de la red, fue ingeniero de *software* e especialista en diseño de genes para el gobierno de Opción-Terrestre-I y de la Tierra el siglo pasado. A mediados de este siglo, seis ingenieros de *software* y él, empezaron a trabajar para la Ashton-Tate y Hernández en un sistema de redes neuronales para aplicaciones comerciales. El proyecto duró 12 años. Después, el desastre económico, cultural y social más grande desde la legalización del crack en los E.U. (y posteriormente en toda América). El estar accediendo a la Red Neuronal creaba adicción y un estado de confusión en el cual se confunde la Red con la realidad; si el usuario no abandona la Red puede morir de inanición. El Mercado Común Americano y la corporación desarrollaron tecnología que permitía fabricar masivamente –por pocos pesos mercomún- fibras ópticas y neurochips con plásticos cerámicos superconductores. Después en Eurasia y las colonias de Opción-Terrestre-II se hizo obligatorio el implante de acceso. La industria desocupó casi toda la mano de obra humana reemplazándola con sintéticos y probots. Poco a poco sobrevinieron la crisis económica, la alienación y la muerte de un número indefinido de usuarios por inanición. La red es eterna, durará por siempre, no importa cuantos regeneradores nucleicos de DNA alarguen mi vida, cuanta comida real tenga, si mi exoesqueleto protege mi cuerpo absorbiendo la radiación del agujero de ozono, o si rezo.

Sin darme cuenta todo este tiempo lo he estado observando. No le he puesto atención, es como si hubiera mirado a través de él, como si caminara afuera de la red. Ha notado mi presencia, es mejor. Es necesaria la expiación. Las feromonas sobre mí. Él debe...

III. Somos

Morir, eso ya no importa ahora. O tal vez sólo para comprobar dónde estoy, la sensación de vejez acosa y constantemente debo renovar mi capacidad de experimentar lo vejo con igual pasión a falta de algo nuevo. Soy alguien más que morirá. Una gran población mundial ha muerto o está neuroconectada. Nadie me conoce, nadie me tocará.

Soy un concepto imaginado, un recuerdo en el tiempo, un tratado secreto acerca de un heco que nos concierne. Ahora la veo, sus ojos son de durazno, más bien serían, si los duraznos existieran. Me ve... soy... siempre me ha visto... soy el último suspiro de un ser al morir. Viste el exoesqueleto de combate igual que yo... una evocación lagui decayendo... ella es más alta, me acerco más... dudo ser... su piel blanca y lunar cerca de su boca... eres y seré... las palabras que nos marcan, el deseo secreto y

colectivo... *ereseré*... los murmullos de la gente... mi ansiedad, estoy cerca de... ella y el delirio existencial. Soy ella y todos mis pensamientos. Evito su mirada, me traspasa. Volteo al piso y el fortuito esplendor de una moneda de baja denominación que nadie recoge me fascina. Eso soy. No sé si ella realmente me gusta o si son las feromonas las que me incitan. Sé que ella está armada.

IV. Juntos

Al llegar junto a ella la saludé en mezcla, sin embargo ella al parecer no me entendió, y me saludó en el más puro español, la lengua base del n-plax. El hablar n-plax da la seguridad de que es lo que realmente se está tratando, de qué se busca y cómo. Así, noté la violencia de sus intenciones, pero me sentía mareado e incapaz de reaccionar.

-¡Hi! Soy Adeus Anceps. Estoy buscando acceso.

-Saludos, soy Fläu Eryego, vivo en este bloque...

-¿Es ésta la realidad?

-¡Juzga tú mismo!

-...

Al decir esto, sus ojos reflejaron en café el brillo de mi mano al acercarse a su cara. Los ebeufs –seres cobardes- habían cesado de cantar, la gente inexplicablemente abandonó el bloque y el lugar casi abandonado se veía surrealista. Dudé estar ahí, todo esto me tomó poco tiempo, y apenas pude retroceder al ver que ella desenfundaba una pistola semiautomática. Un punto rojo se deslizó de mi brazo derecho a la piana izquierda, en ese lugar su mira láser se detuvo. Aterrorizado, corrí hacia una pared falsa al lado de los paisajes fractales, una ráfaga de plasma y balas expansivas me alcanzó. Mi piana izquierda quedó deshecha, seguí arrastrándome y el exoesqueleto me sostuvo. Salí, dirigiéndome hacia el estacionamiento. Sentía un latido descompasado en el pecho y en la sien. No había dolor: del muslo del exoesqueleto chorreaba espuma analgésica y desinfectante. Vi el muñón desgarrado. Latidos, varios, cada vez más fuertes. Ella venía atrás, rastreándome según mis sensores. Mis latidos se fundieron en los de ella, hasta ser uno solo. Entonces aullé con fuerza. Al llegar a mi vehículo oí la voz femenina y metilica del sistema experto controlador, ajustado al recuerdo de la voz de las películas, “All systems go”, después de adaptar mi traje al sistema. Ponerme lentes de contacto y casco fue un sólo movimiento. Un informe pormenorizado de la microcoimputadora del exoesqueleto me decía que había perdido la piana a la altura del muslo, 35 por ciento de mi sangre, y tres procesadores del traje. Nada de eso importaba ya, tan sólo la presencia de ella. Abordé un tubo neumático para salir, y el sistema experto del vehículo aceleró éste al máximo. No sentía el cuerpo; era mejor, solamente sentí el vehículo como una extensión de mi sistema psicomotor, mi verdadero cuerpo. El vehículo de ella se visualizaba deslizándose en el monitor. No me alcanzaría. El sol rayó oblicuo la Ciudad de la Furia; los cristales del vehículo se tiñeron de un tono ámbar. Mis sentimientos también. Pasaré la noche huyendo hacia la copula; tal vez escare. He vivido. Jamás me saciaré.

V. Hecho remoto

Grabación de un disco compacto encontrado en el bolsillo del pantalón de A. Anceps: “...Mucho se ha especulado acerca de la existencia de un tercer estrado mental (distorsión)... Así aparte de la realidad y la red habría teóricamente una realidad alternativa creada por el usuario experto, más allá de la realidad de la red y de

la realidad aparente. (Nosotros) logramos convencerles de que (era) verdad. ¿Verdad ? (distorsión)... empezó como un juego, en el qué (distorsión)... la verdad y la realidad no son una sino muchas progresivas y cíclicas (distorsión), en el proyecto Red Neural surge como una necesidad de crear una nueva realidad y de cuestionar qué tan real es la realidad (distorsión)..."

VI. Cúpula

*...es amor lo que sangra
desde el cielo en la cúpula.
G. Cerati. SS*

"Y miré a lo lejos la cúpula entre dos torres de platino, altas como ídolos, grises y doradas, retando al clamor de ópalo en esa mañana fresca: fresco smog. El clima era un suspiro voluptuoso como toda la ciudad: Tetrox, la Ciudad de la Furia. Las nubes cubrían el cielo; las aceras mojadas y los espejos de las torres reflejaban un sol sin efigies, el rocío cubrió mi rostro haciendo que me sintiera bien. La calle era amplia, desierta, la lluvia se acostaba en el asfalto, junto con mis deseos de vivir. Mi conector se cerró en mi sien, por el contacto de una gota al resbalar en la sien. Los nervios se amoldaban a la pierna artificial, ansia de lo perdido. Tres accesos a la red estaban al final de la calle; los módulos rojos de dos de ellos estaban calcinados, había patrullas de probots cerca. Sólo mis garras de titanio y obsidiana, mi exoesqueleto, una pistola semiautomática ocho milímetros y mis lentes de contacto para infrarrojo. Era peligroso y vivificante: quizá una redada. Razoné que si el tercer módulo no estaba destruido, podría conectarme. Avancé con cuidado. Ella no debía estar lejos, ni los probots tampoco. En el tercer módulo estaba un joven encadenado. Un cable delgado albergando fibras ópticas (yo sé que podríamos haber prescindido del cable y usar otro dispositivo, pero la sensación de "conectarse" no sería la misma) pendía del tablero, en el cual un teclado digital contenía instrucciones en n-plax, en lenguaje mezcla y en lenguaje gráfico acerca de los servidores, métodos de acceso, protocolos de comunicación, etc. El otro extremo del cable finalizaba en la sien izquierda del pálido y azulado cráneo; la carótida estaba demasiado cerca del conector, sin duda una mala implantación. Los ojos del hombre estaban en blanco, observé que no tenía cejas y supe que moriría dentro de poco. De inanición, comido, probots, eso no importaba: moriría una sola vez, encadenado dos veces. ¿Yo igual?

Sentí furia, pero no por el destino de él. ¿Por qué tenía él acceso? ¿Por qué cuestionar? ¿Deseo ser alguna vez? Deseo matarlo; fue tan sólo una aprehensión, oscura e interna, tan ambigua. Aún así mi sensor captó la oscuridad de ese deseo, y del exoesqueleto escaparon mis garras.

Destrocé las adenias y desconecté al joven. Al hacerlo él murió. Supe entonces que estaba en la realidad, porque no encontraba otra. Avido me conecté; ahí la esperaría por un momento antes de llegar a la cúpula."

VII. Fläu Eryego y la rosa

*...Nos volveremos a encontrar, esta vez en
mi territorio,
aunque no nos veamos.
Los Nueve Mensajes.
ISZY*

El latido de mi corazón me acompaño toda la tarde. Conectado a la red, las visiones se sucedían en mi mente y me transportaban a lugares lejanos: la infancia, el rostro de ella queriéndome matar, las colonias extraterrestre, mi fiesta de centenario. Casi al ocaso oí el correr de unos pasos a través de la calle; estaba a unos cuantos metros de la cúpula, pero venía corriendo por mí, quise desconectarme de la placentera red, pero me faltó voluntad. Quise dejarme morir por ella así, yacer y pudrirme hasta que las patrullas de probots me incineran, o los menesterosos me comieran. Un zarpazo destruyó el costado de mi exoesqueleto atravesando la placa de las fibras epóxicas y de carbono, dejando una maraña de microcircuitos y chips de fuera. Después, la piel rojiza y desgarrada de la espalda, tres costillas al descubierto; una de sus garras penetró en la tercera y cuarta vértebras y casi alcanza el pulmón. Una tremenda lucidez – quizá indiferencia – me permitía no sentir horror. Ella siguió corriendo sin detenerse después de herirme. Los recuerdos nadaban, volaban ahogándose, confundiéndose. Me desconecté de la red; sin embargo un cable quedó atorado en el conector debido a la violencia del impacto que recibí. Lo arranqué con la mano; un jirón de piel desgarrada cayó junto con el cable, más que aterrorizado estaba un poco aturrido de haber dejado la red de manera tan intempestiva. Mareado por el olor de circuitos y piel quemados, la vi arrodillada frente a mí, esperando. La paciencia. Certeza. Espera. La cúpula proyectaba una débil sombra y la luna se asomaba en el cielo de zafiro. Decidí luchar, la vida era sólo para seguir viendo ese cielo. Ella espera. Me arrodillé lentamente; unos metros y unos siglos nos separaban. El ritual exigía una meditación previa, una presentación de hechos por los cuales ella necesitaba mi vida y después el combate. Sus oraciones eran cánticos perdidos en el tiempo. Se veía serena. Certeza de vivir. El silencio peía un réquiem. Nos levantamos al mismo tiempo; ella aullaba bella. El perfecto n-plax.

- ¡Saludos, Anceps! Me presento ante usted para matarlo. Soy Fläu Eryego, humana, tengo 26 años de edad, nací en las colonias espaciales, soy ingeniera diseñadora de probots y en tecnología de alimentos. Las razones que hacen innecesaria su vida son el haber participado en el proyecto Red Neural, y haber sobrevivido a la adicción, al hambre, y a la muerte de millones de personas. Eryego.

- Soy.
- Eres.
- Somos.

El silbido de las retráctiles garras rasgó mis cantos y cortó con violencia el viento. Corrimos uno al otro; yo hacia ella y hacia la puerta de la cúpula. En la puerta el holograma de una rosa y una frase. Vivir para llegar. Salté dando el primer zarpazo cuando ella giró hacia mí. El aroma en el bloque, y mi amor de feromonas hacia ella. Tal vez ella también experimentara sentimientos artificiales hacia mí.

El final se acercaba como un sucio deseo; ella golpeó mi cuerpo y dió dos zarpazos. Mis ojos la veían o la soñaban, corrí. Casi, pero marchitando el viento, la vida se me iba. Escurría gota a gota, se iría y me quedaría solo. Ella desgarró mi casco. Los movimientos eran líquidos. Arrastrándome llegué.

La cúpula era alta, espejos salpicados de tiempo y sangre. Una rosa y una inscripción en el platino de la puerta: "Ultra adaequatio rei et intelecto".

Ella me dejó vivir...

Un instante más o medio siglo...

(Con ella más allá de la adecuación entre la realidad y el intelecto...)

Lo voz de ella "Te amo y moriras".
(...Moriremos).
(Contigo más allá de la red).
Nunca es tarde.
Mi voz no es mía, es de la cúpula:
(Te amo más allá de la red).
Feromonas

VII. Búsqueda

*Ser immortal es ser el contemporaneo de la vida.
Apologia de lo verde e irreal.
I. Ávila.*

Moríamos, pero podríamos disfrutar de más tiempo si nos conectábamos a la red. Ella me levantó del charco de sangro en el cual yacía sobre las baldosas de mármol, me parecía que la puerta se venía abajo; la iscripción y la rosa, todo. Un holograma comercial pasó junto a nosotros ("En todo el espacio humano: Disfruta Coca-Cola"), ella me arrastraba hasta el módulo, el impertinente holograma y el recuerdo primario; sus ojos de durazno me veían. Ella no conocía los duraznos. Si tenía tiempo antes de morir, le hablaría de... de muchas cosas.

Nos conectamos. Ella debió haberme matado. ¿Me amaba? ¿Las feromonas? Lo último que vi fue la luna erguida y maternal sobre la cúpula. No llegué, no llegaríamos. Seremos.

(Fläu, yo te amo más allá de la realidad, de la red...)

(Entonces...)

Las nubes ocultando la luna y la lluvia cubriendo las heridas,

(te amo más allá de la realidad, de la red...)

y ella decidió morir.

Murió mi cuerpo, morí en ella. A lo lejos se oyó la sirena de una patrulla de probots, alguien vendría, nos retiraría de la red, y se conectaría.

Y llegará el tiempo en que me saque los ojos y ampute los nervios, y como autista moldearé un mundo nuevo, no mejor, no más real, simplemente mío, anulando la distancia mental, y nada importará. ¿Cómo sabrán ellos ue todo está excluido?

ANÁLOGOS Y THERBLIGS^{*}

José Luis Zárate Herrera (1990)

José Luis Zárate Herrera (20/1/1966, Puebla, Puebla, México). È uno dei più attivi scrittori di CFM. Il suo impegno come fanzinerico lo ha portato ad essere collaboratore della rivista argentina Axxon e condirettore della rivista La Langosta Se Ha Posado; è inoltre Coordinatore generale del Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica e Segretario della Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía. Ha scritto anche numerosi articoli e saggi sulla CFM.

Fra le sue opere ricordiamo almeno Xanto, Novelucha libre (romanzo, 1994); La ruta del hielo y la sal (romanzo, 1998); la raccolta di racconti Hyperia (1999); Las razas ocultas (romanzo, 1999); Del cielo y del profundo abismo (romanzo, 2000).

3ra mención en el Concurso de cuentos inéditos - Premio Más Allá 1990

“Los estaba engañando.” En apariencia José 099 era igual a los otros mil trabajadores de la Fábrica de Aldehídos Aromáticos. Delgado, con ojos grandes, manos nudosas, menudo.

Todo ello sintomático de su alimentación basada en Nutrientes Biogenerables. Reciclaje. Lo más económico. Los movimientos de José se acoplaban a los de sus compañeros. Estiraba una mano hacia una palanca mientras mil manos se alzaban al mismo tiempo. Daba un paso y los otros mil también. Una imagen de movimiento que era infinidad de imágenes iguales. Pero había una diferencia.

“Los estaba engañando.”

Hora de comer. Mil pipetas salieron de las máquinas a incrustarse con precisión en la carótida de cada uno de los trabajadores. Múltiples y los mismos obreros conectaron el botón izquierdo. La comida fluyó, líquida e incolora. Chasquidos al unísono al conectarse el switch 6. La música subliminal de Satisfacción Corporal. Los excrementos son recogidos en una bolsa transparente que deber ser entregada antes de salir de la Fábrica. La una. Las dos. Falta poco. Las tres. Las cuatro. Las pipetas se retiran a sus lugares, susurrando. Pasa el supervisor, como una sombra. Las cinco. Hora de descansar. Fin de jornada. José 099 trata de convertir sus ojos en cristales opacos. Como los demás arrastra los pies lentamente y se une al coro de balbuceos mientras siente la humedad de su saliva recorrerle el mentón. No importa. No mientras pueda seguir engañándolos. Todos usan zapatos de metal y plástico, pantalones impermeables, camiseta sin mangas, un casco analógico. Chapotea en las calles

^{*} Publicado da Axxon nel n° 36 del 1992 e disponibile in rete; bisogna scaricare l'intero numero, perché in origine era un floppy disk e il materiale non è mai stato separato, nella sezione download di Axxon all'indirizzo <http://www.giga.com.ar/axxon/c-bajar.htm>.

anegadas de lluvia mientras se dirige al atestado metro. No sonríe. No es feliz. Los otros sí. El está consciente de no estarlo y ello lo pone de un estupendo humor y a su pesar sonríe, feliz. Pero no por el casco. No por eso.

“Los estaba engañando.”

Sí, tan fácil. Una falla insignificante. Una chispa repentina que hizo que perdiera la sincronización... como hombre de una vida feliz, desapareció. En cambio, se halló frente a una máquina y una rutina de movimientos tan conocida que podía realizarse inconscientemente.

Tardó unos segundos en comprender que su casco había dejado de funcionar. Una falla, una chispa y ahora era diferente a sus compañeros, que seguían soñando. Se preguntó qué. No lo mismo que él, o no de igual manera. Si bien ellos continuaban con esa expresión ausente era imposible que todos tuvieran la misma ilusión. Si se esforzaba un poco, José recordaba hechos únicos e importantes que, de cierta forma, dictaron sus sueños y fantasías. Su infancia en el Bloque Educativo y, sobre todo, esa adolescencia fugaz que fue rota por su ingreso en la Fábrica y su primer casco analógico. Apenas se lo puso y fue conectado dejó de ser el José 099 que era. La máquina interfería los impulsos eléctricos del cerebro provocando alucinaciones, haciéndole vivir una vida diferente a la real, onírica, analógica, con todo aquello que, según él, era indispensable para ser feliz.

Así pues, los sueños de los otros deberían satisfacer a quienes los tenían, cumplir cada deseo individual.

En ese instante pudo ver, a través de la ventanilla sucia, el lugar a dónde se dirigían. No pudo creer que fuera verdadero. No tenía nada en común con la casa a la cual llegaba cada tarde. Algunas luces mortecinas intentaban romper la monocorde oscuridad que se adhería a los edificios llenos de cristales rotos y cuartos infestados de cucarachas e insectos. José cerró los ojos y por un segundo recordó la ilusión dictada por el casco: la casa higiénica, las paredes blancas, el aire acondicionado. En cambio estaba rodeado del hedor a heces, sudor humano, descomposición, ratas, agua encenagada.

¿Dónde estaba? En la realidad. Por un tiempo lo sospechó. El casco dejaba algunas lagunas en su visión onírica. Su vida analógica se llenó de contradicciones sin importancia. Se fue volviendo gris mientras los circuitos se fundían lentamente. Un error. Eso era la realidad. Un error.

Tenía que hacer algo. No bastaba ya con engañar a la Fábrica, al supervisor, a sus compañeros. Pero no hoy. Mañana. Ahora necesitaba dormir. Tener sueños reales, descansar del movimiento continuo. Y a pesar de no estar en la vida fácil analógica, durmió...

Las manos se hundieron en la máquina como si esta fuera humo, un reflejo. José 099 trató entonces de apoyarse en la barandilla que lo rodeaba pero sólo halló el vacío. Los pies se hundían en la nada. No se encontraba ya en la Fábrica sino en un mar. Un océano compuesto de nieblas e ilusiones que se dispersaban por un viento que tomaba fuerza y hacía desaparecer todo.

José vio el abismo bajo él. La muerte. Antes de que pudiera gritar, el viento que deshacía las quimeras lo tomó, para hacerlo desaparecer con la Fábrica y el mundo.

Le dolía el cuerpo. Eso lo despertó. Un dolor sordo, pequeño, constante. Algo le decía que siempre lo había portado y nunca cesaba. El dolor de los músculos agotados. Pudo verse las manos y los dedos que se achataban, las callosidades circulares en las yemas, sus dedos deformados. Se puso de pie y se desnudó para observar su cuerpo. La incisión quirúrgica en el pecho para la pipeta, en donde ésta era insertada. Un latigazo eléctrico recibido quién sabe cuándo y que nunca se borraría. Las costillas sobresalientes. Se metió el dedo en la boca sin encontrar dientes, sólo pequeños montículos cerrados, apenas rastros cariados de los colmillos. Graznó: Soy... José... Cero... 99...

Lo cual fue suficiente para asustarlo. Su voz tenía un tono gravoso, cortante, inseguro. Por ello supo que llevaba años sin hablar. Y sin embargo, en la vida analógica del casco él era un hombre de voz agradable, una sonrisa seductora. José 099 sonrió. En el reflejo del cristal una rata de ojos rojizos y piel amarillenta también sonrió. Apartó la vista. La realidad.

Pensó en las pesadillas. En ese sueño propio, no comunal o inducido por el casco y aún así terrible, maldito sueño.

Faltaban dos horas para ingresar de nuevo a la Fábrica.

Era tiempo de huir. Recordó que le habían hablado, una vez, en susurros de niños, de un terrible secreto: al otro lado de la montaña vivían los Hombres Parias, inadaptados que habían formado una sociedad que ignoraba todas las pautas de la Sociedad de la Fábrica. En ese entonces, niños, se estremecieron ante ese pensamiento, imaginando bestias de forma humana. Para el José 099 de ahora fueron hombres cuerdos. Las bestias los habían devorado ya y no lo sabían. Con sólo llegar a las montañas...

No, eso era una ilusión. En toda la ciudad únicamente se encontraban los alimentos en un lugar: la Fábrica. Era imposible alejarse tanto de ella sin comer. Y para comer debía trabajar. Y sólo en la Fábrica recibiría la ración diaria. Y sin dientes y con unas manos débiles era imposible conseguir alimentos propios. No en un lugar lleno de construcciones, en donde lo último de los bosques fue derribado medio siglo atrás. Y los perros representaban más un peligro que una posible fuente de comida. Pero no podía continuar día tras día siguiendo ciegamente los movimientos sincronizados, los “therbligs” enseñados desde su niñez. Había pasado mucho tiempo desde que saliera del Bloque Educativo y aún recordaba la hipnolección: Los “therbligs” son los Movimientos Mínimos Necesarios para efectuar un trabajo consumiendo el menor tiempo posible con la mayor eficacia...

Múltiples, moviendo su cuerpo al unísono con mil cuerpos. No sería posible sobrevivir mentalmente a esa rutina sin el casco analógico, y él no deseaba el casco, no esos sueños de comodidad.

“Los estaba engañando.”

Algo debía hacer. Algo.

Lo supo a la hora de la salida. Aliados. Alguien como él. Tendría una oportunidad. Era Día de Sexo. Según la vida analógica se encontraba con una amiga que en los últimos años había aprendido en mil lugares diferentes todo lo posible del acto sexual, lo justo para la amplia experiencia de él. Una larga noche cálida. Ese día, en el metro, multitud de hombres dijeron al unísono, agradablemente sorprendidos:

-¡Elba...! -¡Elba 875...!

-¡Tanto tiempo sin verte!

José escuchaba la plática coral y seguía con la vista la expresión sonriente de sus compañeros. Mil erecciones contra mil pantalones impermeables. El metro no siguió la ruta acostumbrada. Fue a parar a una especie de estadio techado en donde, equidistantes, había camas, tantas que no hizo siquiera el intento de contarlas. No era difícil imaginar el por qué del Día del Sexo. Aquí se gestarían las nuevas generaciones de obreros.

En ese instante llegaron las mujeres sonrientes. Cada hombre junto a la cama, desnudándose.

Las tomaron por la cintura y haciendo las mismas caricias empezaron a quitarles la ropa.

José pensó: “Therbligs, también aquí”. Miró a la mujer de pie junto a su cama. Era fea.

Sin dientes. Y esperaba ser amada expertamente.

-Oscar -dijo, insegura.

José se abandonó al Movimiento Mínimo Necesario y empezó a hacerle el amor. Al penetrarla un suspiro general recorrió el estadio. Crujidos iguales, camas quejándose con una voz de muelles oxidados. Ella empezó a gemir, como las otras. El olor era insoportable. José sintió deseos de vomitar, pero continuó.

“Los estaba engañando.”

En el momento del orgasmo, de golpe, José le quitó el casco.

La mujer sólo fue consciente del semen golpeando su interior antes de comprender que ya no estaba en la playa, bajo el sol, con un hombre fuerte y musculoso. No importaba. No en ese instante mientras que, con los ojos cerrados, se entregaba a las sensaciones.

Pasaron varios minutos.

-Estas despierta -dijo él.

Ella abrió los ojos. Miró a su alrededor. La noche, para los análogos, apenas había comenzado. En diversas camas se representaba el mismo acto. En todas la misma acción. Ella gritó.

Gritó. Gritó...

José 099 le dio un golpe. Dada su condición física no fue muy fuerte. Ella continuaba gritando. Se miraba el cuerpo desnudo y las llagas en los brazos, sus miembros deformados, las manos nudosas y el horrible hombre sobre ella. El olor, los ruidos húmedos, los quejidos múltiples.

Gritaba... como último recurso José le puso de nuevo el casco.

Ella sonrió. Los ojos se vidriaron. No perdió la sonrisa.

-Oscar –susurró- acabo de tener una pesadilla espantosa...

La pequeña mano sobre el cuerpo del hombre buscaba.

Esa noche la Fábrica se deshacía. José 099 también. El viento arreciaba y él se convirtió en humo, niebla, recuerdo, un sueño que se acaba.

La pipeta salió y fue a incrustarse al pecho de José. Este observaba fluir el líquido. Tenía veinticuatro horas de vida.

Hasta entonces no necesitaba otra dosis. Ignoraba que tanto resistiría sin ella. No mucho, pensó ¿qué hacer?, ¿qué hacer?

Al día siguiente José se dijo que la única manera de salir de ahí era mediante la acción directa. El todo por el todo. El supervisor de la Fábrica no poseía un casco analógico. Era una persona importante. Un dirigente con sueños propios. No lo pensó dos veces. La pipeta se había marchado unos minutos antes. El supervisor no esperaba ninguna agresión. No de los obreros con sus cascos. Pero ignoraba que José era diferente.

“Los estaba engañando.”

José saltó la barandilla y sus huesos débiles estuvieron a punto de astillarse cuando libró los dos metros que lo separaban del piso. Se movió rápidamente, con seguridad. Fue cosa de un segundo llegar al supervisor y tomarlo por el cuello grasoso.

Ignoraba si sus dedos tuvieran la fuerza necesaria para matarlo pero así lo creyó. Mil manos se movieron hacia una palanca.

Arrastró a su víctima por los pasillos mientras ésta le explicaba cómo funcionaba el auto aéreo, después, simplemente le rompió el cuello. José deseaba ver por última vez la Fábrica, pero de pronto, las luces se extinguieron y una alarma empezó sonar en alguna parte. Aún así pudo llegar al auto aéreo. Despegó. José podía escuchar el siseo de mil camisetas corriendo por mil espaldas secas. Mil dedos en el interruptor. Dejaba atrás muchas cosas. Sexo en el estadio que sobrevoló camino a las montañas. Una Fábrica que se pierde a lo lejos. Un metro que no es más que un gusano arrastrándose entre excrementos, edificios que se derrumban.

Existían los Hombres Parias. Existía el Paraíso. Un alimento que no era sintético, un mundo donde no había cascos analógicos. José 099 empezó a aprender una vida

nueva en una sociedad nueva. Por contraste a la que abandonó esta era perfecta. Su cuerpo fue recuperándose y una dentadura postiza hizo de nuevo agradable su rostro. El constante uso de la voz le quitó el aspecto gravoso que tenía. El único problema eran las constantes pesadillas sobre la Fábrica y el viento. Después de una cacería a través de bosques infinitos, cuando tuvieron listo el plan para tomar por asalto a la Fábrica, en esa ocasión que engañaron a una patrulla de reconocimiento; después de todos esos actos gloriosos: la pesadilla.

Los psicólogos del lugar dijeron que ésta era la forma en la cual sus recuerdos dolorosos se sublimaban. No les creyó porque sabía la verdadera razón de la pesadilla. La sabía. Y aún así dejó que la Sociedad de los Hombres Parias lo absorbiera.

Pensó mucho en la mujer aquella del Día del Sexo y en la forma en que se negó a abandonar sus sueños. Se acostó con mujeres que tenían orgasmos propios sin seguir el ritmo de los “therbligs”. Y soñaba con el viento.

No es que importara. Era feliz.

José 099 deslizó la mano derecha, en un Movimiento Mínimo Necesario perfecto, un “therblig” impecable. Mil manos se deslizaron. José 099 movió la palanca pintada de verde. Mil palancas se elevaron. José 099 era feliz. Todos eran felices.

Los cascos analógicos funcionaban a la perfección. como siempre.

Mil manos apretaron otro botón...

TATUAJE PARA UNA MARIPOSA*

Juan Hernández Luna (1992)

Juan Hernández Luna (México, D.F., 1962?[†]) è un autodidatta per definizione. Autore rappresentativo del genere neopolicíaco, non ha esitato a compiere incursioni nella CF. Ha vinto il Premio Internazionale Dashiel Hammet, il XI Premio Nazionale "Puebla" de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción (con il racconto Soralia, qui antologizzato), il Premio Nacional Jomar de libro de cuento, il Premio Nacional de novela Rosario Castellanos e il Premio Nacional Crea de cuento. Ha pubblicato fra l'altro: Único territorio (romanzo, 1989), Naufragio (romanzo, 1991), Quizás otros labios (romanzo, 1994), Tabaco para el Puma (romanzo, 1996), Yodo (romanzo, 1998). Ha collaborato alle antologie di racconti Silicio en la Memoria (racconto, 1997) e El Hombre en las dos Puertas (racconto, 2002).

Tal vez era necesario inventar nuevas formas de vivir el miedo, de sonarlo, de impedirlo o tan sólo considerar que cuando era Inicial, se había sentido bajo presión y era justo permitir que eligiera otra actividad dentro diez opciones genéticas posibles; dar marcha atrás y tomar tal vez la cuarta o la sexta, diablos! Cualquier otra, y así no era que verse en la necesidad de emprender ningún vuelo, ninguno. Sin embargo, a pesar de que le habían platicado de la grandiosa sed que provocaba un desperfecto en los ductos o de la asfixia por cápsulas defectuosas, parecía tan agradable morir. Por fin podía conocer algo sobre que se practicaba en secreto; accidentes que no habían sido, muertes provocadas, premeditadas explosiones que hacían imposible toda reconstrucción del cuerpo. Ahora lo sabía. Sentía sus piernas paralizarse, escuchaba el ritmo de su válvula primera desesperarse por encontrar una respuesta de electricidad que jamás llegaba de la capsula instalada en el cuello.

Tirado, sangrante, de cara a un sol partido en dos por los hierros corroídos de una construcción olvidada en medio de la estepa argentina a donde habían ido por recoger muestras y ologramas que se le antojaban inútiles, Steve pensaba sobre lo estúpido que era el que habiendo tenido diez posibilidades se hubiera decidido por la primera sin pensarlo mayormente: Actividades de Exploración. Resultado; llegar a la edad inicial y solicitar ingreso en la Fuerza Exploradora. Quizá por qué era una base cercana al lugar donde sus primeros habían sido enviados a repoblar o porque sólo una vez se tienen los veinte años y el Imperio exige de cada hijo una decisión.

Que imbécil y que injusto. Y sin embargo todo parecía tan bien cuando se miró vistiendo el uniforme de graduación que brillaba bajo las luces de Imperio. Era tan joven. Aquella noche no dejó de pensar que por fin la vida permitía conocer sus canales nuevos y fantásticos, como cuando se vio celebrando. Todo funcionaba, las novatadas y el perfume verdadero de una puta verdadera en un bar verdadero ya jamás podrían compararse con la sensación producida por la Dacina 3, ni por los

* *Tatuaje para una mariposa* ha avuto diverse pubblicazioni: sul n° 1 di *La Langosta se ha posado* nel 1992, sul n° 22 di *Umbrables* nel 1996, sul n°1 di *Azoth* in rete nel 1997, e nello stesso anno all'interno dell'antologia a cura di Gerardo Horacio Porcayo, *Silicio en la memoria*, México, ed. Llaca, 1997.

† La data mi è stata fornita da una email di Francisco Calleja, che riporta una notizia trovata sulla pagina Internet della traduzione francese del romanzo *Tabaco para el Puma* che non ho potuto verificare in alcun modo.

ductos de Elisir que Lydia le prestaba de vez en cuando, mucho menos cuando por fin pudo sentir la descarga de sus músculos en la carne de la puta, el licor salpicando las insignias de su hombro, rostro vivo, acalorado, siendo reflejado en una vitrina de antigüedades. Todo iba bien, mas ahora sentía las fibras duras y carnosas del miedo a quedar lisiado de por vida si su cerebro no recibía ninguna señal de cápsulas en las siguientes horas, o si los integrantes de la patrulla no se les ocurría buscarle dentro dentro de ese esqueleto de óxido y tierra quemada. Había tiempo para pensar, para agonizar pacíficamente reconciliando los recuerdos y los llantos y los rostros jóvenes y las viejas historias que contaba el maestro de traje oscuro que impartía la clase de Fibula, con el desdén particular de quien ha sido entrenado para narrar y con la crueldad de quien sabe que su público está obligado a oír viejos relatos heroicos, gestas furiosas donde los ejércitos se destrozaban, caballeros salvadores de princesas salvajes y bellas, bárbaras tribus adoradoras de extranos dioses, territorios despoblados, mariposas... Sí. La historia de una mariposa atrapada en una burbuja, moviéndose, incansable, incesante. Era todo. Steve no recordaba ninguna otra historia, ningún dato, ningún final acerca de la mariposa que ahora se confundía con la evidencia de muerte por falta de capsulas y fractura de ductos. La mariposa volvió a girar.

Demasiado estúpido, se repetía, intentando hallar con sus manos el ducto que debía estar utilizando en alguna parte cercana a su cuerpo. Demasiado estúpido venir a caer en tierra ajena y extraña. Los finales jamás iban de acuerdo con las historias para las que supuestamente habían sido creados. O como explicarse a los caballeros adorando dioses de madera y hierba, como concebir territorios disputados, dencellas hermosas, patrullas de exploración perdidas en estepas desoladas, un hijo del Imperio temeroso de ser olvidado en aquella planicie fosilizada.

La suave penumbra y el ruido goteante de cuarzos fosforescentes corriendo por el techo, le hicieron entender que se encontraba en Baño 7, última cabina por donde pasaban todos los reconstruidos, cuando había sido posible tal hazana.

Así que se había salvado, así que...excremento...polo sur...así que le...cda...había encontrado y ... revisando sus ductos? ... sus cápsulas defectuosas... Así que alguien le había encontrado y ... barcines de insignia ... o tal vez por si sólo había logrado... y si... Nada. La eficacia de su línea de pensamiento tardaría en reestablecerse.

No debía extrañarse. Sabía de compañeros recién paridos de Baño 7 que hablaban solos, deliraban, perseguían frases que se les escapaban por intrincados recodos y llegaban al grado de olvidar datos tan elementales como lo podía ser la clave para el ingreso a su ma alimenticia. La confusión y el olvido serían sus compañeros por algún tiempo, aunque no estaba seguro de olvidar la oscura estepa donde se recordaba delirante y desprotegido.

-... escuchó decir a una voz que provenga de alguna pared de la cabina. La estancia en Baño 7 terminaba. Podría descansar unos días mientras reparaban su equipo, dunque también significaba una descarga fuerte de créditos ante el inminente pago de las cápsulas que le habían sido reinstaladas. La impresa no cubriría tal gasto; explicaba que era obligación de casa Iniciado mantener en buen estrado...

Mierda – exclamó en voz baja y los haces fosforescentes parpadearon tratando de codificar la palabra dicha casi en secreto. Al no encontrar tal murmullo en su registro se detuvieron , justo cuando una enfermera entró a la cabina dejándole un atado de vestimenta y su credencial de estancia en Imperio.

ALIMENTACIÓN COMPLETA TIPO +8

Tal fue la orden que pulsó Steve en su máquina personal al tiempo que se desnudaba los brazos para instalar los ductos en las sondas que entraban bajo su piel.

La pantalla trabajó y pronto sintió los surtidores de sopa, fruta y carne, recorrerle. Al terminar, escuchó el zumbido de succión y bombeo indicando una labor terminada. Steve retiró los ductos cuidadosamente y palpó en su cuello las nuevas cápsulas metálicas de oxigenación y cardioritmo. Qué desgracia que tal gasto no pudiera pagarlo su compañía. Volteó a la pantalla de su máquina y miró la ecuación ingresando el registro de consumo.

DAME SALDO TOTAL CREDITOS

Tecleó Steve esperando el milagro de que el cargo por las cápsulas no hubiera sido ingresado. Inútil.

GASTO MEDICO

Cápsulas (2) P: 183 Créditos

ALIMENTACIÓN

DUCTOS-cereal-fruta-carne (3)

P: 5 créditos

SUELDO: 200 CREDITOS

RESTA: 188 CREDITOS

SUMA: 12 CREDITOS

El paradeo luminoso se mantuvo por un momento mientras Steve anotaba aquel dado para no sobre gastar cuando compera fuera de su apartamento. De seguir así pronto tendría que laborar extra para la compañía que se afanaba en enviarle a recoger piedras y trozos de chatarra. Tan expuesto al arbitrio de naves que tendían a descomponerse y a dejarle varado en tan ingratos lugares y con los ductos destrozados.

¡Hola, que sorpresa!- exclamó Lydia, de rostro delgado y vestita con bata de fibra nueva.

Steve avanzó en medio de la habitación sintiéndose desprotegido ante la cantidad de luz que a Lydia le gustaba para fornicar.

Hola, pasaba por tu distrito y...

¿Desde cuándo estás en Imperio?

Cosa de quince días. Ayer salí de Baño 7- respondió Steve intentando no inspirar lástima por lo que eso significaba.

¿Oh, pobrecito. Fue grave el accidente?

¿Tenía caso platicarle del proceso de asfixia que invade el cuerpo? ¿Del sol infame que pensaba sería lo ultimo que vería antes de integrarse a la tierra? Mejo callar, escuchaba decir:

Me estoy alimentando. ¿Te apetece cenectarte?

Sí, gracias- respondió Steve al tempo que buscaba un lugar para sentarse a desnudar sus brazos y fijar el ducto. Cuando lo hubo instalado, se vio de pronto vestido en su uniforme de colegial, buscando tempo libre para visistar a Lydia y ver la forma de que se le permitiera instalarse en Suero o en Fruta, jamás en plasma, resultaba demasiado caro aún para Lydia, que sin embargo jamás reprochaba nada, incluso ofrecía ductos, hologramas antiguos, chips de crédito y, lo que era mejor, su cuerpo. Aquel cuerpo de caderas estrechas, de lunares, de movimientos, de ojos rasgados y luminosos, de olores y desvelos, sin faltar el indispensable tatuaje dorsal que toda puta de categoría podía y debía permitirse como símbolo de su nivel. Steve creía recordar que alguna ocasión la había querido, tanto que sonó quedarse a vivir con ella para sempre y vivir de créditos, pero todo se borraba al demarrarse uno en otro para luego instalarse en los ductos y seleccionar algo de Elisir, gastando los créditos que Lydia conseguía con su cuerpo de tatuajes y lunares.

-¿Te dieron incapacidad ?

-Sí. Trés días...Buenos...Sabes...-¿Y que decirle ? Que para tres días tenía solamente doce créditos ? ¿Y que si no fuera molestia le permitira seguir conectado al ducto, siquiera un minuto más. Tal vez instalado en verduras o en jugo...

Era suficiente. Steve se desconectó y apagó la máquina. Estiró las piernas al tiempo que bostezaba. Al abrir los ojos se encontró con una Lydia desnuda, mostrando el tatuaje que corría todo su espalda hasta perderse entre sus nalgas. Luego la música, las intensas luces, las sonrisas, Lydia, Steve, el roce de una mariposa contra la burbuja hermética ...

Menuda forma de gastar lo recién adquirido, pensó Steve, sin tomar en cuenta que nada le sería cobrado.

Durante la noche, intentó platicar a Lydia sobre la sensación de asfixia mezclada con serenidad y viejas historias. Quiso decirle que había tocado la muerte, que tantos se encontraban en Imperio al no poder comprar una capsula de oxígeno o de cardioritmo que les permitiera continuar. Quiso platicarle de la mariposa encerrada en una burbuja y de cuanto le gustaba su tatuaje, pero las luces blancas sobre el coberdor donde reposaba el cuerpo sudoroso de Lydia le intimidaban. Su línea de pensamiento se volvía confusa y pronto estaba de nuevo agonizante en aquella región tan muerta. Miraba a Lydia como sacada de algún viejo poster publicitario incitando a comprar una máquina de sueño, un viaje por Cañón Rojo...algo fallaba. Steve supo que jamás podría contarle de sus créditos tan insuficientes, de la asfixia, de los caballeros que rascataban princesas, de opciones genéticas...

Por la mañana, Steve se dedicó largamente a repasar con su dedo el trazo fino del dibujo dorsal de una Lydia dormida ; aprovechando esto se conectó al ducto de carne.

Poco después se marchó

WELLS FARGO ENTERPRISES

DATE 35++++ serie T
RATING 847 PKX(b)
DESTINY Border Japan
MISSION Holografix-Articles

CAUTION

DUCTS : CLEAN
CAPSULES : CLEAN
GOD BE WITH YOU, EXPLORERS!

Cuando la pantalla hubo terminado de latir, la nave salió ligera por la compuerta. Los integrantes de la Patrulla se sumergieron en sueño-viaje a excepción de Steve que deseaba mirar las luces de Imperio ir desapareciendo poco a poco a medida que la nave se elebaba.

En esta ocasión era el único anglo que viajaba en un compuesto de mexicanos y árabes, lo que significaba indiferencia total hacia él por hablar en inglés. No debía esperar ninguna camaradería.

En Border Japan se dedicaron silenciosamente a la tarea de recoger muestras y activar las cámaras de holograma que poco a poco se llenaban de imágenes rellenas de trozos flotantes navegando en un mar de polvo y ruido sordo. De regreso los Expertos se engargarían de estudiar todo aquello para intentar limpiar la corteza terrestre, sanarla, buscar la forma de hacer habitables los suelos calcinados.

¿Tendría oxígeno ?, se preguntó Steve, imaginando al insecto girar buscando un orificio que le permitiera sobrevivir. ¿Cómo saberlo? ¿En dónde encontrar al maestro de la fabula para preguntarle el final? ¿Y si no existía el final?, murmuró Steve. Toda historia necesita final. Tal vez un final de viento, o de lunares, o de asfixia... Era posible. Quizás llegaría sus compañeros de Patrulla y le encontrarían con los ductos

destrozados, el torso desnudo y ya sin las cápsulas que le permitieran continuar. Una niebla de recuerdos y mariposas y ruinas en aquella tierra fría entró por sus ojos estallándose en partículas verdes que se fugaron bajo la línea de su pensamiento.

Cuando despertó el Oficial le preguntó en español si se encontraba bien.

No respondió.

El oficial siguió preguntando y Steve prefirió simular que no entendía el idioma. Ladeó la cabeza y pudo ver su traje desgarrado. Sintió las cápsulas de su cuello aún intactas. ¿Acaso la vez anterior había sido semejante ? ¿Qué tan semejante? Una laguna, un bloque mental no le dejaba recordar los finales de las historias. ¿Y si la vez anterior él mismo se había destrozado los ductos? ¿Para qué ? ¿Que asquerosa razón le hacía buscar la autoasfixias ? ¿Desde cuando albergaba tal idea ? ¿Como oficial he decidido que nadie de la Patrulla reporte esto a la Wells Fargo, mucho menos a la Policía Imperial. Diremos que fue un accidente. ¿De acuerdo, hijo ?

Steve tradujo las palabras y cuando las hubo terminado de entender, quiso agradecerles, pero se detuvo, sabía que aquellas personas le odiarían por el resto del su tiempo si hablaba una sola calabra en ánglico. Y sin embargo estaba agradecido. No habría castigo imperial por intento de autoasfixia y seguirla trabajando en Fuerzas Especiales, tecleando cada mañana en su máquina para solicitar alimentación, y a fin de periodo mirar los dígitos asegurándole tener 200 créditos de manutención Nivel+ 8.

Las manos de Lydia bajaron por su cara corriendo hasta su cuello deteniéndose un momento en la tapa ridonda que cubría las cápsulas, luego siguió hasta su pecho y recargó su cara escuchando el latir de su válvula primera. Era tan agradable sentir esa válvula dada su fragilidad, su manutención, su desprotegida masa en un hueco de plasma y músculo.

Habían bebido bastante.

Lydia, desnuda bajo las luces blancas de su recámara, mostraba el tatuaje que alguien como ella podía permitirse. ¿Quién alimentaba su máquina? ¿Quién le dejaba permanecer en Imperio sin laborar y a pesar de ello tener créditos suficientes para incluso dejarle a él instalarse de vez en cuando? Algo estaba mal, pensaba Steve, tal vez en alguna historia del maestro de la Fábula pudiera encontrar la que relataba su propia condición, su miedo al fracaso, su ausencia. Una donde tal vez se hablara de un pelirrojo de 30 años que teniendo diez opciones genéticas posibles, había decidido la de Explorador. Algo falló irremediablemente. Si tan sólo hubiera elegido otra, desechando la primera. Resultaba curioso, erróneo, tonto. No era posible que a su constitución tan delgada le fuera asignada la tarea de Explorador. ¿Y si era una falla de Imperio? ¡No! Increíble que ahora pensara de tal forma. ¿un error de Imperio? ¡Negación!

-No te preocupes, no denunciaré tu blasfemia- dijo Lydia aún apoyada contra su cuerpo.

¿Había pensado en voz alta? ¡Lydia le había escuchado! ¡Por Dios Santo, debía ser más cuidadoso! Y esa maldita línea de pensamiento que no terminaba de ajustarse.

Bueno, ¿por qué ni elegiste Piloto ? – preguntó Lydia levantándose de la cama para modificar la intensidad de la luz.

¿Piloto? ¿Cómo sabía Lydia? ¿Desde cuándo pensaba en voz alta sin notarlo siquiera?

Lydia se cercó y volvió a dejarse caer en la cama, llevando consigo el frasco con tabletas de Dacina 3.

¿Oye, has pensado en la autoasfixia ?

Lydia abrió sus rasgado ojos, viéndole como un extraño, como uno de los clientes que pagaban su cuerpo tan sólo para llorar.

-No lo repitas, Steve. No se te ocurra volver a repetir tel idiotez. Imperio necessita gente. ¿Lo entiendes? Gente.

Además, tendrías que saber esparcir tus miembros antes de que pudieran reconstruirte. ¿Y sabes lo que pasaría si te reconstruyeran ?

Lydia se recostó a disfrutar la Dacina 3, mientras Steve se quedaba pensando en las posibilidades jamás realizadas. Se sintió mal. Las luces adormecedoras que Lydia había ajustado, le caían ahora con una mezcla de desolación y penumbra. Tomó del frasco una tableta de Dacina 3 y se acostó junto a Lydia. Sintió la piel de su cara moviendo sus músculos, hasta encontrar los necesarios para esbozar una sonrisa, adivinó la carga de electrodos y plástico entrando a derretirse en su cuerpo. El ducto de su brazo izquierdo aún permanecía fijo al cordón de Elixir, mientras los dígitos se marcaban incansables sin temor a quedar agotados. Se dedicó a viajar, a recordar la ocasión de su primer Elixir de máquina; de cómo apenas iniciaba un recorrido entre gas, espejos y mujeres vestidas de cuero y espuma cuando los créditos se cancelaron. Mierda.

Operador ocupaba la posición tercera y la desechó por no querer verse condenado a trabajar ante una pantala que tarde o temprano terminaría con su vista. Al cabo de un tiempo, aparte de cápsulas hubiera necesitado injertos oculares. Dios. ¿Por qué sus primeros no habían nacido en territorio subsidiado? ¿Por qué les había tocado aquel pueblo? ¿Es que nunca pensaron en él?

Lydia salió de su viaje.

-¡Mierda, Steve! No se puede viajar a gusto con un hombre llorando al lado. Vete por favor.

-Steve, esto no puede seguir así- le dijo el Oficial recortado por la morada niebla del casco polar. un sonido de metales blandos zumbaba entre sus cabellos y sentía las piernas congeladas. -Son ya dos veces que sales en Patrulla con nosotros y tu traje sufre desperfectos. ¿estás seguro de no querer regresar a Imperio y que te revisen?

Steve cerró los ojos. Comprendió que su línea de pensamiento seguía fallando, regresando los errores del insomnio a la vigilia. De nueva cuenta su traje aparecía rasgado y con los ductos corregidos por Equipos de emergencia. Cuando el oficial y sus compañeros se marcharon, Steve supo que por segunda ocasión, aquel mexicano no le acusaría ante nadie y podría ver palpar los créditos en el cuarzo de su máquina para instalarse a los ductos, tal como lo hizo llegando a Imperio.

En el panel de controles, pidió una disminucion de luz y se desnudó hasta quedar tirado en el piso. Acercó los ductos a sus brazos desnudos, abrió las sondas y se instaló. Los 200 créditos de su último pago le permitirían programar hasta veinte horas de verdura, quince de Combinados Medianos, unas diez de Carne con lácteo y algo de Sopa, tal vez dos si exageraba y programaba únicamente Mariscos, tan sólo una si esta fuera Elixir y menos de media si solicitaba Plasma.

¿Plasma? ¿Para qué?

No, tal vez debería pedir solamente Jugo, Carne, algo de Cereal y ¡claro, por qué no! una ración generosa de Dulce. ¡Sí! ¡Dulce! Haciendo cuentas, serían casi dos horas. Dos horas conectado a su máquina.

-¿Y Elixir? ¡También! ¡Claro!

Hora y media

Se dispuso a tocar el tablero y... Cambió de idea.

-¿Qué tal un Suministro Total?

No pasaría de media hora. Media hora sumergido en un mar de sabores, de sensaciones, de flujos drenando sus ductos hasta el hartazgo.

Encaró a la máquina y tecleó:

SUMINISTRO TOTAL.

¿SUMINISTRO TOTAL SEGURO? S/N

La máquina parpadeó su pregunta en caracteres rojos e intermitentes. Steve colocó su índice sobre la letra S y la máquina volvió a preguntar, incrédula.

CREDITOS 200 - ¿CONTINURA SUMINISTRO TOTAL SEGURO? S/N

-¡Maldición, que sí!- gritó Steve inmerso en la penumbra de su cuarto, al tiempo que pulsaba de nuevo la letra S. la máquina no volvió a insistir y dio paso al ruido suave de bombeo. Steve, pensó por un momento en las otras opciones que no había elegido pero anuló la idea fácilmente. Tal parecía que su línea de pensamiento se recuperaba y para qué fastidiarse a sí mismo con tan viejo asunto, después de todo, era demasiado tarde para cambiar de opción. Imperio no lo permitía.

lentamente se fue quedando dormido bajo el zumbido de una mariposa que giraba incesante en su esfera de cristal, dibujando el tatuaje de una mano que se acercaba lenta a sus cápsulas instaladas en el centro del cuello.

José Luis Zárate Herrera (1998)

*Si las puertas de la percepción se abrieran,
nos mostrarían las cosas como son: infinitas*
William Blake.

Reticulado, con el tintineo característico de los hologramas mal calibrados, un mensaje:

SOLO CARNE

Las letras giraban, fueron a estrellarse contra la mujer que salía del hotel, un millón de años de reflejos programados en el instinto no hicieron que ella levantara las manos tratando de apartar a esos fantasmas aparentemente sólidos. Tenía otras cosas de qué preocuparse.

CARNE y ella amalgamados por un efecto óptico. Mujer de ropa mimética y letras verdes surgiendo de su rostro. Uno de sus tatuajes fotosintéticos resplandeció ante la luz coherente, como si el láser del holograma fuera a incendiarla.

Caminó hacia las sombras mientras trataba de decirle a la sangre entre sus dedos que todo fue un accidente, un reflejo, un error.

La sangre no quiso admitir excusas y continuó crepitando. Podía sentirla caliente aún. Los tasers a veces hacen hervir los líquidos corporales.

Recordó al hombre sobre su cuerpo, su sexo penetrándola, el momento en que ella activó el disparador.

La energía pudo haber pasado a través de él, eyaculación de miles de voltios, electricidad derramada dentro de su sexo.

Que el hombre hubiera aferrado la cabecera de la cama mientras buscaba el orgasmo, hurgando en su cuerpo, posiblemente le había salvado la vida.

Tal vez mañana, cuando encontraran el cuerpo, descubrirían la palma casi fundida con el metal; señal oscura.

Un símbolo más en ese cuarto, como el olor a sexo y sudor.

Ahí ¿qué importaba una palma negra de un hombre muerto?

No sería el primer cadáver del lugar.

Pensar en ello la calmó.

En ese sitio la muerte era un costumbre: los hombres desnudos derivando sobre limpios colchones de aire, que no guardaban ningún recuerdo de lo que pasaba en ellos. La sangre no flota en su superficie de aire, la corriente helada de las turbinas la impulsaba contra el techo.

Techos amibióticos, hambrientos de cualquier líquido y basura que llegara a ellos, para mantener sus colores y su fosforescencia activos.

A veces los techos gemían como los hombres que esa mujer acostumbraba llevar ahí, con ese abandono de todo aquello que no fuera su necesidad.

La mujer deseaba cerrar los ojos para no verlos, porque temía que una noche cualquiera la devoraran.

El techo derramándose como el esperma que devoraba, hambre goteando sobre su carne.

* Il racconto appartiene all'omonima raccolta *Hyperia*, México, Lectorum S.A. de C. V. Colección Marea Alta, 1999; è disponibile in rete all'indirizzo spagnolo <http://www.ciencia-ficcion.com/relatos/r015.htm>.

Los hombres enterrando en su sexo una boca de un millón de dientes que atravesaba su vagina hacia el estómago.

Y generalmente temía todo ello cuando se había acabado el Hyper.

Lo cual, por supuesto, se arreglaba con no dejar que se terminara, que permaneciera en las sinapsis, anidando en la química de su cerebro.

Es cierto que a veces oía ciertos colores, y que sus sueños estaban poblándose de serpientes pero ¿qué importaba todo ello si con el Hyper era posible devorar la luz?

Morder lentamente su consistencia, dejar que su cuerpo se apoyara firmemente en la corriente de fotones. Caricia infinitesimal, masturbarse contra el neón que se filtraba en su cuarto, dirigir un pequeño láser de lápiz contra su sexo, calor crepitante apenas adivinándose en la membrana de las células, luz coherente atravesando la pigmentación de su clítoris, tocando las terminaciones nerviosas como jamás ningún amante podría hacerlo.

Hundirse en el explosivo mar de la electricidad con sólo prender el sodio de sus lámparas.

¿Qué eran las advertencias vagas sobre la droga comparadas con eso?

Llegaran, mujer, llegaran con mil bocas y entonces... entonces pasará lo peor.

Pues bien, había sucedido, lo peor ocurrió y estaba viva, libre, necesitando otra dosis de Hyper.

No había estado tan mal, después de todo.

Lo peor era soportable.

Es cierto que gritó, que el horror se instaló en su carne, y pudo sentir como la realidad se resquebrajaba y a su mente agonizar, aterrada.

Pero no había estado tan mal.

No con el Hyper aún en su corriente sanguínea.

Vio al hombre desnudarse con la impaciencia de quien ha pagado 2 créditos por su carne, por el dudoso placer de tocar piel natural y no eléctrica. Por un poco de acción fuera de la red.

—Quiero algo real —dijo cuando le dio el dinero.

¿Real su piel reseca? ¿Sus pechos que empezaban a ceder? ¿los muslos en donde podía adivinarse los primeros depósitos de grasa?

¿Real ella?

Al menos real él y su aliento pesado, levemente aceitoso, de quienes llevan un estómago sintético. Su tarjeta oscura con la cual se pagaba esas perversiones como lo es lamer su cuello convencido que ningún programa subsidiario hurgue en su cerebro para dar la consistencia, el sabor exacto, preciso para excitarlo.

—El sexo es lo inesperado —proclamó antes de sacar la tarjeta— y la red es demasiado precisa.

Ella asintió, sin comprenderlo. Sin tratar siquiera, ya que la posesión de una de esas tarjetas negras modificaba la percepción del mundo.

Los contadores, por ejemplo. Los dígitos verdes cambiando interminablemente en las mesas de los Servicios. Ella no podía apartar la vista de ellos, tenía que consumir a toda prisa (cuando consumía) dejando que la infinita sucesión de números se tragara los placeres.

El no los veía, hablaba sin molestarse en admitir que ese resplandor verde existía. No era más que dinero.

Un restaurante realmente caro no tenía contadores holográficos. Era cuestión de comer y dejar a la suerte el monto total.

Ella nunca había ido a un restaurante realmente caro. Bueno, casi. En un programa pirata, pero las cosas vibraban tanto en los bordes que no era posible ignorar que todo era falso.

Los sibaritas que se hartaban de los placeres virtuales nunca habían tenido que preocuparse por las necesidades de lo real.

¿Sabía él que con 2 miserables créditos sólo era posible conectarse por 6 minutos?

¿Y qué universo decente podría visitarse en 6 minutos?

La red no era una opción mientras no tuviera más dinero.

No había más mundo que el que habitaba, aquel que le ofrecía al mismo tiempo el frío, los años que pasaban, el Hyper, y clientes que farfullaban sobre las ventajas de lo verdadero.

¿Ventaja el que ello lo mordiera leve, dolorosamente para que supiera que no todo era ensayado, que el mundo no giraba a su alrededor, que nadie había construido un universo entero para satisfacerlo?

¿Qué no daría ella por un universo propio?

Uno donde los hoteles no fueran todos iguales, donde el techo no gimiera y ella no tuviera que esperar, llena de temor, lo que anidaba en la entrepierna de ese desconocido, hasta comprobar que era un pene como tantos otros.

Él sonrió satisfecho de su propia erección.

—Se acuerda —dijo, refiriéndose, por supuesto, a su pene y a que la electricidad no era vital para el sexo.

Se sentía libre sin la conexión, sin el elegante cable serpenteando desde la consola negra.

Desnudo de electrodos.

Ella lo tomó entre sus labios simplemente para no verlo más.

El Hyper se absorbía en las membranas bucales, disuelto en agua hirviendo. Algo doloroso al principio, pero el propio Hyper fue destruyendo la sensibilidad de la zona.

Y eso era estupendo cuando pagaban por dejarlos entrar.

A pesar de que no los sintiera, la saliva y la tibia humedad seguían ahí, era aún posible deslizar su lengua por los diversos glándes. Recordaba los movimientos aprendidos casi desde la niñez, el ritmo y las pausas precisas para hacerlos gozar.

Y si eyaculaban: no más el sabor a sangre marina del esperma. Sólo el líquido escurriendo leve de las comisuras.

Algo más por que amar la droga.

Aunque la sensación era extraña, como si hubiera perdido parte de su cuerpo, el espacio lleno de frío que sienten los amputados en los miembros perdidos.

Era algo inquietante acariciar a los clientes con ese vacío, pero era todo lo que ellos querían: una nada en la cual descargarse.

Y ese hombre se movió a gusto en el cálido cadáver que ella portaba en el rostro.

La mujer podía sentir la lenta embestida en los músculos del cuello, leyendo en la piel tirante de sus mejillas la fuerza de ese sexo.

Le habían desgarrado la boca en más de una ocasión, debía cuidar de sí misma, pero no con ese hombre: no daba estocadas violentas, sino impacientes toques, nerviosa marea que no buscaba mayor profundidad.

No deseaba terminar el sexo entre sus labios.

Si el Hyper hubiera podido matar también su vagina...

El cuerpo completo, ¿por qué no?

Entonces sus sentidos no tendrían que estar presentes en ese momento, podía ser un fantasma de ella misma.

No más dolor de espalda, ni resequedad que afectaba la vulva, sin que tuviera que aplicar cremas hidratantes a los irritados labios de su sexo que cada vez respondían menos.

Ser un cadáver que respiraba, un muerto vivo.

Tan hermoso.

Tal vez debería acudir con los Adamitas.

Solo la completa insensibilidad nos acerca a Dios

El Eterno Indiferente

Hombres y mujeres vestidos con túnicas sintéticas, rapados, liposuccionando rasgos del rostro para que fueran los más parecidos unos a otros con sus mejillas hundidas, con sus cuellos tensos como nudos.

Los veía pasar, en medio de sus cantos sin sentido, víctimas perfectas para cualquiera y casi podía creer que ellos tenían una solución.

Morían tan plácidamente.

Tal vez el que les hubieran freído parte del cerebro tuviera algo que ver con ello. Los centros de dolor, desaparecidos. No más problema con nervios periféricos y con la carne.

Pero ellos prohibían el uso de las drogas.

No queremos ver al Dios químico, mujer.

¿Y que diferencia podría haber con el Dios quirúrgico?

Ellos amaban el bisturí de luz, los incesantes cambios anatómicos, las ilegales pero irresistibles adiciones genéticas.

Mil ojos que no ven, mil brazos que no tocan nada, mil voces que guardo para mí, piel azul, labios en los dedos entonando cánticos silenciosos, estigmas a elección, mil rostros buscando la luz divina

¿No era real también eso?

¿Pagaría alguien 2 créditos para acercarse a un Adamita y jugar con su cuerpo porque la red era demasiado precisa?

Pero ¿de que se quejaba?

El hombre había tocado su placa crediticia.

2 créditos a su cuenta.

Para festejarlo, mientras se dirigían al hotel ella tomó un bulbo de Hyper, sonriendo, juguetona, sacando un poco de vapor a la noche fría como quien expulsa el humo delicado de un cigarro.

Él pagó la habitación y se limitó a desnudarse.

No más juego, no pláticas ni caricias lentas.

Lo que a ella le gustaba.

Sólo la transacción: Te doy mi dinero para que recibas mi esperma.

Tan sencillo como eso.

Ella se estiró sobre el colchón de aire, y con un pie tocó el modo Video de la televisión bajo sus cuerpos, en el piso del cuarto.

La pantalla se convirtió en un espejo electrostático de su desnudez.

Él sonrió en medio de la luz azul, sólo cuando el aparato lo enfocó a él. El video de alta definición variaba la imagen aleatoriamente, era rostro, ojos, sexo enhiesto, sonrisa blanca.

Sin dejar de verse se acomodó dentro de su cuerpo, sin perder un detalle de él mismo, como si ella no estuviera ahí.

Estaba bien. Ella tampoco le importaba que él estuviera ahí.

El Hyper se encendió dentro de ella y todo empezó a detenerse.

Si hubiera estado frente a una llave abierta, habría sido posible ver el agua en el aire, admirar la forma líquida aparentemente inmóvil en el espacio.

Era como si el tiempo se parara de golpe: libre de los segundos que arrancaban su piel.

Pero, por supuesto, era imposible dominar el tiempo, ni siquiera con la droga.

Simplemente su mente se abría totalmente, con el despiadado encenderse de un estroboscopio.

La realidad continuaba su marcha ahí afuera, en la otra orilla de sus sentidos, y en el momento en que ella observaba esa gota inmóvil, esta había caído ya, perdida en el desagüe; pero su cerebro retenía la imagen avaramente, la dejaba huir de a poco, permitiendo que la mujer captara la plenitud de cada momento: el millón de detalles de cada instante, la certeza de que el tiempo que se va es para siempre.

Alguien le había dicho que con el Hyper la realidad no avanzaba a 24 cuadros por segundos.

La droga permitía congelar la imagen.

Sentir el glande de su cliente deslizarse por las paredes de su sexo, a ella misma abriéndose para recibirlo, la luz del televisor tatuada en ese cuerpo inmovilizado por sus sentidos.

Detenerse...

Y después, ah, después... podría tomar la luz.

Ese universo de imágenes fijas sólo era un regalo, otro más.

En la Inmovilidad había paz, la tranquilidad del mundo dejado afuera.

Y fue en ese momento en que nada debía moverse, en donde todo debería mantenerse detenido en sus sentidos, que ese hombre (que no era más que otro más) abrió un segundo par de ojos; justo en medio de la frente.

Ojos fijos en ella, ojos que no deberían existir, que se arrastraron sobre la piel dejando una estela de si mismos...

En la inmovilidad: una boca inmaterial se abrió en el aire bajo la barbilla de ese hombre, subió hasta amoldarse a la boca normal, continuó su camino, reuniéndose con los ojos que seguían moviéndose sobre, bajo, a través de la carne de su cliente.

—No, no, no, no, no, no... —gritó la mujer.

Pero ¿quién podría oírla si no únicamente ella? ¿quien más podía enterarse de su horror?

Porque había identificado el movimiento pendular de esa boca y de esos ojos imposibles: el movimiento propio que hacen algunos hombres al hacer el amor, afirmación inconsciente del placer.

Algo estaba gozando de su cuerpo.

Algo enterrado bajo la piel de un hombre normal, algo hundido en el aire de una habitación como tantas, algo en el tejido del universo.

Algo que emergía...

Pude sentir, dentro de su cuerpo, el sexo detenido del hombre normal y, como en su pesadilla, un segundo sexo, arrastrándose dentro de su cuerpo penetrado ya, y vuelto a penetrar por aquello que iba convirtiéndose en un objeto cada vez más corpóreo.

Pudo ver a la segunda boca bajar hasta sus senos, una lengua salida de la nada dejar un tibio latigazo sobre los pezones.

Y no podía dejar de gritar, y nadie, más que ella, lo sabría. Ni siquiera aquello que cabalgaba despreocupadamente sobre su cuerpo.

Pero el que estuviera atrapada en ese instante eterno, no significaba que su cuerpo no estuviera actuando.

Todas las prostitutas sabían que un hombre violento sobre un colchón de aire era cuestión sencilla: bastaba con zambullir un brazo entre la corriente de las turbinas, la palma cortando el aire, dejándolo deslizarse a los costados, y luego, sobre las turbinas cerrar el puño, ofrecer una superficie densa sobre la cual la corriente pudiera enfrentarse, recibiendo un impulso capaz de sostener 200 kilos en el aire. Un golpe a esa velocidad podía romper algunos huesos de la mano, pero estaba garantizado que ponía al hombre fuera de combate.

Pero ¿qué golpe dar al hombre de dos rostros?

Uno mortal

No estaba indefensa. La mujer poseía un taser implantado quirúrgicamente en la mano izquierda.

Un taser que podía enterrarle en el cerebro a ese ser.

En cuanto salieran de la inmovilidad.

Un siglo, una eternidad después... en cuanto el Hyper le permitiera moverse.

La muerte del hombre tomó sólo un segundo, la corriente quemando su mano aferrada a la cabecera.

Ella se levantó gritando y vio que el hombre no tenía más que un rostro, que no había nada extraño ni sobrenatural en esa piel muerta.

Fue entonces que se dijo que todo podría haber sido únicamente otro ataque paranoico del Hyper.

Fue cuando le habló por primera vez a la sangre de sus dedos...

Cuando estuvo a punto de romperse.

El tacto de su mano atravesando el hueso, la corriente recorriendo el taser como si fuera ella la que eyaculaba en él...

El rostro negro. Ojos evaporados, lengua hinchada y humeante, de quererlo podría arrancar un trozo sin esfuerzo alguno.

Y a pesar de eso no era más que otro cadáver.

Sí.

Había visto bastantes, uno cada noche, desde que recordaba. Hombres y mujeres reducidos a bolsas negras, a patrullas centelleando, a una marca hecha sin prisa alguna en un formulario.

Ese hombre alguien más que naufragó en la oscuridad.

Siempre se preguntó que pensarían los asesinos después, con la sangre derramada ya, con el pulso recobrando su ritmo en las venas.

Nada.

El cuerpo no era más que alguien con mala suerte.

Algo que pasa. Como la lluvia. Eso.

La mujer sabía que los policías que llegarían después, quejándose de que la cuota de cadáveres diarios crecía, tendrían una explicación diferente.

¿En cuantos hoteles los vio llegar? ¿desde cuantos quicios de puerta escuchó su charla? ¿en cuantas ocasiones estuvo en una habitación tratando de recordar los minutos finales de alguien más?

Sabía de los juguetes herrumbrados que traerían, de los toscos olfateadores mecánicos que, seguramente revisarían, obscenamente, el pene de la víctima.

—Hyper —imprimirían— AB+

La saliva era excelente para saber el tipo sanguíneo, el código genético del asesino. Los líquidos vaginales dejados como evidencia...

En cada crimen, un fluido.

Los detectives soñaban con obscenas bolsas de líquidos supurando antes del asesinato, mar impuro golpeando la costa de la realidad, cada muerto un desecho traído por la marea.

Ellos, más que nadie, consciente de lo frágil que es un cuerpo, de la violencia necesaria para arrancarnos del mundo.

200 kilos de impulso, un taser activado en el mismo instante que perforaba un cráneo. Las manchas eran de cerebro hervido, de fluido cerebroespinal, sangre negra crepitando alrededor.

Aunque los olfateadores no hubieran hallado rastros de la droga, era claro que había sido obra de un Hyper.

Cumplía a la perfección el esquema.

VI. TAC. HI.

Violencia Inicial. Ternura Al Cadáver. Huida Inmediata.

La cámara de vídeo del cuarto estaba tan sucia que no había captado más que sombras. Minuciosa, delicada, interminablemente alguien ensuciaba esas cámaras. ¿qué importaba?

¿Cómo podría imaginar ella que cumplía un esquema cuando deposito al hombre de nuevo en la cama, cuando puso sus manos (la negra, la blanca) sobre el pecho, y le peinó cuidadosamente un mechón de pelo?

Perdón por matarte, ¿estas bien así? ¿si te pongo cómodo me perdonas?

Sabía que ellos iban a decir que todo era obra de un feebback.

Era su explicación favorita para el tipo de crimen VI. TAC. HI.

Una vez un policía se lo explicó cuidadosamente mientras la penetraba, usando el propio ritmo del placer para puntear la lección, metrónomo marcando el compás de la explicación.

Toda la información que recibimos es almacenada por el cerebro, se utilice o no. Incluso cuando el tiempo se ha detenido aparentemente, el cerebro guarda las imágenes de la realidad.

Y, a veces, combina ambas percepciones.

Lo inmóvil y lo real.

Y lo que veían los adeptos al Hyper era, simple y sencillamente, monstruos.

Y a los monstruos se les extermina.

Y los usuarios del Hyper también.

La cacería empezaba. Tenía que cambiar de rostro (los médicos Adamitas eran perfectos para ello), modificar otra vez su código genético, cambiar de rutinas.

Esperar a que la policía olvidara el crimen, a que la larga montaña de casos pendientes volviera intrascendente a ese hombre quemado en un hotel de tantos.

Un par de meses, tal vez.

Mientras debía volverse invisible, tendría bastante tiempo para pensar.

Ojos surgiendo de las nada, lengua saliendo del vacío, sexo penetrando la penetrado ya.

¿Eso un feedback?

¿Quién podría creerlo? Ojos atentos a ella, penetrantes, hurgando en sus expresiones, en su miedo.

No los ojos de su cliente, atentos sólo a él.

Golpes nerviosos dentro de ella, sexo ansioso, hambriento, feroz en su necesidad.

No el pausado ritmo del muerto.

¿Quién? ¿quién con esa hambre, capaz de romper la realidad por llegar a su carne?

Miró a su alrededor, y no había más que calles oscuras, neón, hologramas, un graffiti 3D afirmando DIOS ESTÁ EN LOS CABLES.

Ningún ojo en la bruma, ninguna boca sonriendo desde la nada.

Nadie a quien pedirles una explicación.

Se dijo una. Algo debía decirse.

Tal vez no correcta, tal vez no apropiada. Pero suya.

La repitió mientras tomaba otro bulbo de Hyper.

Desde los primordiales tiempos del Lisérgico, se hablaba de la comunión de Dios y de la droga.

De visiones divinas.

Si.

De ángeles observando a los viajeros químicos.

Eso podía ser. Una explicación tan buena como cualquier otra.

—Mate un ángel —se dijo— maté a un ángel que quiso tocar a los intrusos.

Tuvo que reírse, cabalgando ya en el Hyper.

Tuvo que reírse por que no dejaba de maravillarse de que la droga le diera un regalo tras otro.

CABLETA*

José Luis Zárate (1998)

Me atraían con el frío: agujas de hielo deshaciendo en mis venas el líquido amargo de las drogas.

En la oscuridad del universo se abrió una rendija infinitamente pequeña por la que, apenas, pudo entrar una imagen. Labios moviéndose, desincronizados de su mensaje:

—Podemos ayudarte.

Casi era posible creerles, ayudar a despojarme de esa noche en la cual me habían sumergido.

Recordé la seca explosión, el acero hundiéndose en mi carne, los garfios disparados aferrando mi cuello. Me reí, mientras trataba de arrancarme de todo eso, sin importar que me estuviera abriendo la garganta con mis esfuerzos. De hecho, me pareció muy gracioso el deslizarse de las armas por la piel.

cosquillitas, cosquillitas, traté de decir, mientras la sangre inundaba mi boca.

¿Podrían librarme —también— de ese buen humor? ¿De la alegría salvaje de que la carne humana no tuviera más una voz audible? ¿Eso me ofrecían? ¿El dejar atrás la comprensión de que la mente ha sido envenenada por la carne? ¿el que ha sido moldeada como una esclava de necesidades pequeñas, de placeres minúsculos? ¿De la sensación de un millón de células hambrientas aferradas como parásito a uno, de sangre como hiedra sedienta, de piel como musgo hirviente, de músculos mezquinos pidiendo más, más, *más*?

Si accedí a que me abrieran la cabeza fue por esa voz plañidera, para satisfacer su necesidad de alimento, seguridad, calor.

“solo una interfase, sólo un contacto personal con nuestras cuentas, sólo un módulo de información conectado con usted”

Sí, sólo el cráneo abierto y el olor primitivo del hueso quemado por la broca que abría un camino hacia mi cerebro, los recuerdos inconexos despertados por los electrodos al conectarse.

jamón/mujer/mano hurgando en el agua/sed/¿qué demonios estoy haciendo?

Escuchando a la carne... pero ¿cómo iba a saber ella (yo, los hombres que ahora tratan de “ayudarme”) que estaba a punto de recibir el bendito silencio? ¿Cómo, que iba a encontrarle en la calle?

Pasó un par de meses después, al salir del banco, con las cuentas y las cifras aún dando vueltas en mí, mis pensamientos gráficos de ganancias, cliqueteando mi memoria al incorporarse nuevos datos transmitidos desde la computadora central, yo una cifra, un logaritmo.

Nada.

No era extraño, pues, que dejara que la noche cayera sobre mí.

Él, eso, estaba entre las sombras, parte del escenario natural de la ciudad, como la calle negra y el poste de luz sangrando cables en el piso.

Al fondo de la cuadra se quemaba un auto, con las tranquilidad con la que suelen arder los desechos, pero él no tenía nada que ver con algo tan primitivo como el fuego. Él también sangraba cables en sus ropas brillantes de aluminio y cobre, de polivinilos y acero.

Fui retrocediendo, sin darme la vuelta, hasta que la fría caricia de los ladrillos se posó en mi espalda.

* Il racconto *Cableta* è disponibile in rete sul sito della webzine *Azoth*, nella sezione *Materiales*, <http://members.nbci.com/azothweb/azoth2.html>.

Al principio creí que en su cara bailaba la cambiante luz del fuego, pintando sombras y remarcando rasgos. Pero esas sombras formaban máscaras y rostros nuevos, demasiados precisos para ser fortuitos. Parpadeantes. Bajo la piel llevaba una placa piezoeléctrica. Sombras y luces de cristal líquido, faz de pantalla, escondiendo sus propios rasgos bajo la electricidad.

—¿Armado ? —preguntó con el tono de quien afirma que esa era una bella noche.

—Sí —contesté, mientras sacaba mi única protección.

Su sonrisa se hizo más amplia, mostrándome los colmillos rodeados de hilo óptico, silueteados en luz.

—*Cheshire* —se presentó—. ¿Sería mucha molestia pedirte que dispararas?

Apreté el gatillo, y el táser zumbó casi amablemente, mientras lanzaba el par de cables. *Cheshire* alzó las manos con una rapidez sobrenatural, y los contactos fueron a clavarse en sus palmas.

Después, llegaron los 25,000 voltios.

Fue como sumergirlo en luz. Todo el equipo electrónico que portaba empezó a brillar, los tatuajes cambiaron tan rápido que parecían tener vida propia, los cables incrustados en su pelo chisporroteaban, pero nada era tan extraño como su risa, sumergido en el éxtasis.

Libre.

Casi era una lástima el haberlo matado. Espere que *Cheshire* cayera, sin más. En cambio resolló, lleno de satisfacción:

—Un día tengo que probar con una silla eléctrica.

Arrancó los cables en sus manos, como si no desprendiera carne con ellos, sangre que hirvió en el piso negro.

—Gracias, ahora por desgracia debo matarte, ya sabes, gajes del oficio.

Extrañamente me pareció lógico. Después del táser le tocaba a él, era algo justo.

—5, 657, 897 —dije porque una nueva cifra acaba de llegar a mi mente, y el mundo se borró para acomodar un nuevo dato.

Cheshire se detuvo, como si lo hubiera golpeado.

—897, 890, 000 —traté de decirle, en vez de *matame, por favor*.

Sentí sus dedos acariciando mi cabeza, buscando hasta encontrar el conector en la base de la nuca.

—Un “hermano “ —sonrió. Acercó el rostro a mi, sentí alrededor del plástico negro en mi nuca su lengua, recorriéndome.

—Fresco... virgen aún... aún hay sangre, puntos que no acaban de desaparecer... que bien, que bien... ¿saben tus jefes que te quieres hacer matar?

—7, 883, 994

—¿Lo sabes tú? Tu sí. No tu carne... pero qué importa. Voy a hacerte libre, hermano.

Tomó uno de los cables de su ropa y lo conectó a mí. Debí huir en ese momento, hacer algo, pero sólo estaban las cifras y la carne satisfecha del alimento recién tomado, de las comodidades recién adquiridas, del sueño que le aguardaba en unos instantes.

Y entonces *Cheshire* descargó en mi, y empezó la necesidad de los voltios. El placer de tanta electricidad girando en el cerebro, derribando barreras, combinando recuerdos, despertando sensaciones. Mucho mejor que meterse un virus informático en el circuito neuronal, mejor que el ciberespacio, o la matriz. Por que todo ello —esos infiernos y cielos manufacturados— tenían una lógica interna, lógica humana hasta en los programas más destructivos o alucinatorios. Pero la electricidad pura no tenía ninguna lógica, ningún propósito en este mundo, más que su existencia.

Y el placer que despertaban era tan fortuito como la tormenta.

Tan ajeno a la carne como el universo.

En la brillante electricidad, en el fuego azul que iluminaba bosques en llamas, buscando los sensuales mundos forjados por el rayo.

De eso buscaban salvarme, de ello. No por mí, si no por lo que era, por las cuentas que me llevé al huir, por los datos sumergidos en mi cerebro. Por eso la trampa, las drogas, la ayuda. Tan inútil, por que no iba a regresar.

No a la carne, no al rumor ininterrumpido de las células. No a la lógica humana.

Lógica de la carne.

¿Qué importaba lo que me iban a hacer a continuación, cuando no cooperará?

Nada.

Y al final sólo iba a musitar (para mí, o para la Carne que creían tener como rehén para atraerme):

Cosquillitas, cosquillitas

IMÁGENES ROTAS SUEÑOS DE HERRUMBRE*

Gerardo Horacio Porcayo (1993)

Gerardo Horacio Porcayo (Cuernavaca, Morelos, 1966). Creatore con Zárate del Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica, con lui condirettore di La Langosta se ha posado, collaboratore di quasi tutte le riviste di genere messicane e latinoamericane; i suoi racconti sono stati antologizzati in: Más Allá de lo Imaginado I (1991), Principios de Incertidumbre (1992), Sin permiso de Colon (1993), Cuentos Compactos Cyberpunk (1997); lo stesso Porcayo ha curato le antologie Los Mapas del Caos (1997), Silicio en la memoria (1997), El Hombre en las Dos Puertas (2002). È che autore del primo romanzo cyberpunk messicano, La primera calle de la soledad (1993).

México: Premio Nacional Puebla de Cuento de Ciencia Ficción.

*Para un par de Williams:
Burroughs y Gibson.*

—Era la diamantina de los tiempos. El sinsabor, los roces apenas percibidos en cardúmenes de humanos moviéndose entre neones, láseres y comida sintética. Una mierda, te lo juro. Mejor que la de hoy. Y mía, en todos los sentidos. Ciudad Guadalupe era la vía de acceso. Encontrabas de todo en los barrios podridos que nacen al pie del cerro de la silla, entre solares de autos robados y contrabando de bromocriptina, l-dopa, nootropil, diapid, arcalion, vinpocetina, sin dejar atrás la vieja heroína y las nuevas cajas de placer. Te volvías loco, de veras. Había de todo, porque Monterrey lo consumía todo. En esos tiempos los tiras podían olerte, mirarte a los ojos mientras agarrabas un viaje de coca ficticio, con los cables de la caja bien atados a tu cerebro. Y subías, realmente subías, sin que la tira jugara a matar.

El retro me mira con pesadez, casi con ostentación. Sopesa mejor sus sueños de electrones, sus quimeras informáticas; demencia cronometrada y casi siempre rebooteable. Se han vuelto parte de la computadora, como viles ratas de laberinto, adictas a los choques eléctricos, al veneno mismo. Como ella...

—Había huido de Laredo, traía tras de mí cuatro sabuesos de la DEA, tres vendedores con Glock bajo el sobaco y sniftables inundando sus bolsillos. Buscaba un poco de aire fresco, monedas y material para seguir subsistiendo.

—Te pasas, viejo, siempre fue igual. La misma mierda de siempre, sólo que ahora hay Sueño Eléctrico —dice y se larga del bar, tirando unos cuantos dólares podridos. Sé de que pie cojean. Lo negro no se separa de nuestra esencia. Es el estigma de quienes aborrecemos el mundo tal cual es.

Ahora cazan programas adictivos, laberínticos sueños de crimen y sexo prohibido, blasfemias reiterativas en un planeta en que día a día rige más un Dios cibernético, desde su cielo de silicio más allá de las estrellas. Se pierden en locales que apestan a

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

semen, fluidos vaginales, a media luz, como en atardeceres desgarrados. Al mundo no le quedan rastros de virginidad, es una puta decrepita que circula, tristemente, al extremo de la vía láctea, sin encontrar cliente.

—Dame otro triple -le digo al barman y me mira con hastío. Conoce mi negocio: nulo, la espera, una cacería de consumidores que odían las historias, la cerveza y también su vida.

—Van a acabar por partirte el hocico —me advierte y la conmiseración se le sale por los ojos, le brota como pus añeja.

—¿Te conté de Cora?

El hijo de puta, me hace a un lado, se pierde entre la barra despostillada, los vómitos de marinos y obreros y busca el abrazo cálido de la tele, ahí donde no tiene que pensar. ¿Por qué ya no quedan? Sería más aceptable la antigua paranoia, las amenazas que te envuelven y te hacen abandonar Austin, Florida, el mismo Houston en trenes bala y autostop, pasando por los sangrados campos de Illinois o atravesando desiertos pedregosos más acá de TJ, con traficas de ojos saltones y manos sudorosas o agentes grasientos y nerviosos pisándote los talones.

Exploro el bar, buscando a mi contacto, otro escucha; quizá hasta un gato roñoso con la cola rota en cuatro, trepado en el marco de una pintura fractal o tesseracto.

El retro vuelve a entrar en esos momentos. Y trae su carga. Una tipeja con los ojos bañados en tinta de aerógrafo, como un maldito mapache y cuatro bestias peludas que apestan a bencedrina y cables sobrecalentados. Los rizos de sus pelos son naturales; se chamuscan solos, allí arriba del cráneo, cerca de los soquets.

—Largate —me advierte—. No queremos moscas alrededor.

—Incluso conozco mejor que tú tu negocio. Me sé la historia —uno de los peludos se para frente a mí, carga una manopla Táser y sus labios están repletos de afiches postholocaustic.

—Vete a pasear, ruco. Me partiría el alma romperte la madre.

—Hasta tenía una banda como la suya —insisto. La vergüenza se aleja de mí, asqueada.

—Déjalo que hable, a lo mejor así terminas tú —le dice la mapache al retro, con una risita que suena a marmita picada.

—Apesta.

—Cuando llegué a Monterrey, sólo los Juniors le entraban al Sueño Eléctrico. Así, prendiditos y todo, con pantalones de 800 dólares y gabardinas inglesas que olían como el mismísimo Támesis.

—A este le botaron los tornillos a punta de chingadazos —asegura otro de los peludos.

—Conocí al Loquillo. Un bato de lapbody perpetuo y copete rojizo cubriendo su conector. Y él realmente se atascaba, no despreciaba una mierda que fuera alucinógena y apareciera en algún punto de la tierra —la mapache me mira con los ojos desencajados, cada uno para lugares distintos. Mapache bisco de olfato atrofiado.

—Ese era hacker y cableta. No químico —argumenta el retro. Ahora es la gran diferencia, el status no se adquiere más con sustancias neuroactivadoras, sino con tecnología, electricidad y conductores metidos hasta el fondo de tu cerebro. Saben de que les hablo y al menos la mapache arde en deseos de oír.

—80 verdes a que no sabes una chingada —amenaza uno de los peludos.

—Jugaba con la caja negra, al placer cerebral. La coca la movían cortada y a precios que te impedían una mediana adicción, así que tenías que sustituirla con descargas mínimas a los conductos propios y subías, subías realmente. Charly 29 la movía bien. Tenía un Lincoln descapotable, tarjeta internacional sin límite de crédito, a Roger, Isidro y Cora. Y buenos trepanadores, no como los de ahora que piensan que los medibots son lo mejor en cirugía de cerebro.

—A mí se me hace que tu implante hace un resto que valió madre, por eso tienes los sesos oxidados —asegura el retro—. Empezamos a los quince y cenamos software caliente todos los días.

—Charly nos consiguió la primera red. Entonces el Sueño Eléctrico era un complemento; lo mejor eran las calles, la adrenalina corriendo cuando a la tira la presionaban para mantener las apariencias o la PGR tenía que justificar su presupuesto. Cuando preparabas cócteles sin saber a que puerta te iban a arrojar...

—¿Y qué pasó con Loquillo? —aventura la mapache.

—Esa es historia tardía. Hasta ustedes la oyeron. Lo cazaron en la última gran revuelta contra el Dios-silicio —uno de los peludos me mira con los dientes apretados y la mano hundida en su chaleco de spandex—. Era de los míos y sabía que la buena época se moría con la aurora boreal del Cristorrecepcionismo. Y en parte luchaba también por Cora. Ella fue la primera en probar el Sueño de la Gaviota, en bautizarlo así.

—Eso es anticuado, viejo —gruñe el retro—. Ya nadie se fleta con las gaviotas. Ahora los fantasmas te tasajan si no estás a su altura, te sacan las tripas con motosierra en parajes de arboles contruidos con defensas de autos, mares de polietileno reseco, montañas de basura plástica y ardillas llenas de chips y servomotores. O te pesca Dios en un recoveco y te refunde en infiernos de vísceras caníbales y pesadillas de dientes romos pero presurosos. Ahora hundirte en la computadora es como correr por tus calles con los sabuesos tras de ti y la paranoia de ser atrapado con material caliente. Ahora desafías a Dios en cada toque, en cada alucinación. A ti nunca te persiguió Dios.

—Yo lo vi por primera vez con Cora. Habíamos corrido a través de fiestas universitarias con el ecstasys hasta la cumbre, recorriendo tu espina dorsal como una corriente galvánica, poniéndote el rabo tan tieso que creías poder inaugurar algún resquicio sexual. Y Charly 29 nos había conseguido la Red. Nos trepamos luego del bajón. No había más droga. El presidente visitaba la ciudad y la limpia había sido exhaustiva. Estábamos colgados. Tú sabes, la abstinencia es mortal. Así que nos metimos a la red. Los dos en un deck. Ya realizábamos orgías para entonces, los cinco juntos. Ese día sólo fuimos ella y yo. Y fue diferente. Sentimos la halitosis nauseabunda de Dios sobre nuestros hombros, su rostro se pintaba en fugaces graffitis en el asfalto y las paredes descarapeladas, la tristeza se nos pegó como plomo a las costillas. Apenas podíamos respirar. Su cuerpo parecía resquebrajarse, se me hundían los dedos en sus carnes como en barro seco. Abandonamos y ella me dijo que quería viajar en barco; tomamos un trasatlántico a la puerta del hotel, con chimeneas que desprendían vapores atómicos y cocteles de MDA, exodiprina, deprenyl, hydergine y deaner. Viajábamos al aire libre y el mar era más puro de lo que ahora son capaces de reproducir las máquinas nanotecnológicas. Las gaviotas nos orbitaban como satélites psicóticos. Tenían hambre. Cora quiso quitarles el ayuno con el pensamiento, luego intentó con sushi. Un sushi milagrosamente multiplicado para mil gaviotas que mantenían un vuelo errático al impulso del viento y chillaban cada vez que un trozo de pescado ascendía a su hábitat. Míralas, me dijo ella, son como los ángeles de la soledad, como la montaña que se mueve a través de valles y océanos, son como la fe y la felicidad. Y tenía razón. Volvimos ocho veces al mismo sueño, después fue sola y no regresó.

—¿Y Loquillo a qué juega en esto?

—La conoció después, cuando trataba de robar información a Laboratorios Mariano. Era material calientísimo. Cora se le metió hasta la médula de los huesos. Ya era un fantasma y seguía siendo especial, podía transferirte su belleza como si de archivos virales se tratara. Cuando pescaron al Loquillo la carnada era ella. No pudo negarse, nadie podía.

—Yo la conozco —dice el peludo de la manopla—. Me visitó en un cruce de exodiprina y un programa de red pirata. Y pude librarme. No es para tanto. Hoy en día

cualquier software negro tiene mejores divas. Son vampiresas que te chupan hasta dejarte seco. Primero te roban los recuerdos, luego los ánimos sexuales y hasta las ganas de vivir.

—Esas nunca las han tenido —digo. Sé de que hablo, soy uno de sus pioneros.

La mapache ya no ríe. Sus ojos se han vuelto más oscuros y desorientados, son pozos de negrura, no destella vida en ellos. Va en descenso vertiginoso, cumbre abajo. Necesita cables...

—A Dios lo desafías nada más con vivir —asegura el retro—. El temor siempre ha estado presente, pero en el Sueño Eléctrico es palpable. La tortura viene por paquetes, como huracanes rabiosos; se ciernen sobre ti libélulas demoniacas, tu mismo estomago gruñe, tratando de abrirse paso al exterior y abandonarte a mitad de un callejón inexistente; los laberintos son sórdidos, más que los reales. Una vez encontré una pordiosera, sus ojos nunca habían conocido la luz, estaban marchitos, hundidos en las órbitas, cubiertos por un tejido membranoso semejante al de los reptiles, su mano izquierda era pequeña, pero le crecían prótesis malsanas que supuraban esperma y cláusulas morales, su gordura era tan fenomenal que se mantenía erguida gracias a un sin fin de pequeñas muletas ancladas a su carrito. Y los cables brotaban de su cráneo, zumbaban imitando la cantaleta de auxilio, con su mano derecha esgrimía una vasija llena de embriones. Era la virgen. Te lo digo, te lo aseguro. Me persiguió a través de pantanos, cementerios de computadoras, bulldozers despanzurrados y cohetes borrachos que se precipitaban en llamas, desde el cielo, como ángeles desterrados. Y no puedes escapar, te persigue hasta cuando sales. Por las noches, a veces aún la sueño. Las calles son más seguras, la Brigada Antipecados es torpe pese a su soporte tech, a sus armas; los pierdes en cauces de ríos muertos, en alcantarillas secas o a través del metro. Y si lo haces bien nunca te descubren. Pero una vez que Dios te ha echado el ojo, siempre aparece, aún en las grabaciones más recientes, en programas estructurados en Tailandia, con graffitis ideogramáticos y zonas de tolerancia a la antigua. Su aliento es peor de lo que cuentas. Es como si nunca antes hubieras olfateado nada; todo queda opacado y el mero recuerdo de su hálito incluye alucinaciones a ojos abiertos. El cielo se cimbra y gotea como glicerina corrompida, bañándote, atascando tus huidas, nublando cualquier posibilidad de horizonte, cualquier chispa de esperanza... No sabes de lo que hablas —dice y hunde la vista en el interior del vaso. Sus manos tiemblan, frenéticas; quisieran salir aullando, alejarse de ese cuerpo.

Miro alrededor. El ángel ha pasado, soltando su peste. La mapache manipula la caja negra y sus ojos ya son nidos de murciélagos cósmicos que gritan blasfemias y maldiciones devastadoras. Los peludos se cobijan unos contra otros. Viven ya el síndrome de realidades, no saben donde están parados. El de la manopla parece crearme un ángel exterminador, me observa detenidamente, con una concentración mántrica: de seguro ve mi rostro carcomido por la estática y deforma mi silueta a base de píxeles que no están allí.

—Por eso digo que mis tiempos eran mejores —concluyo—. Allí no había nada aplastante, excepto el cuelgue, los temblores de la carencia, las vísceras gritando su hambre química.

El barman pastorea a las moscas. Lo siguen como si hubiera proferido un hechizo de sujeción, lo miran en sus malabares de copas y licores adulterados, en su reflejo perpetuamente tatuado en los espejos. Es múltiple como las moscas y está harto de nosotros. Me hace una seña, con resignación. Ya la ha hecho antes y no espera que responda al estímulo. Sigo la dirección. Tres Voces espera, atalayado en una mesa del fondo. El corsario blanco, se está incorporando en esos momentos.

Abandono al grupo sin decir palabra. Los vellos se me han erizado como antenas de cucaracha, se inclinan hacia adelante, urgiendo mi encuentro.

—No es bueno parlotear tanto —dice Tres Voces, maniobrando con su sombrero de fieltro, conduciendo sus movimientos a través de él—. Nunca olvidan, ni siquiera lo viejo.

—Tenía que hacer algo —miento. Sé que no le importa, sólo realiza su trabajo. Los protocolos son estrictos y han de ser respetados. Alargo la mano, en ella viaja un verde. Uno de los grandes. Lo toma, dilatando el contacto. Y sus ojos dicen cosas abismales, terribles en su verdad.

—El resto mañana, en la macroplaza —promete, entregándome el diminuto cilindro plástico. Giro, sin decir palabra, sin querer abandonar el bar.

Uno de los peludos me da la mano. Percibo el billete, su textura raquítica, desastrosa; hojas podridas, excrecencias casi inútiles.

—Son los 80. Te los ganaste viejo. Yo sabía que al Loquillo no lo habían podido joder en la realidad. Sabía que no podía haber caído cuando pusieron la bomba en el establecimiento. Su muerte le pertenecía a la red.

Ya no hay más palabras, compartimos alcohol y soledad. Angustia que se acumula como ácido en el interior. Somos globos que poco a poco se inflan. Algún día reventaremos.

—Creo que ahora te entiendo —dice el retro, jalando a la mapache que nuevamente circula en la frecuencia de lo virtual.

Los veo perderse a través del espejo, de la penumbra interior, de la negrura externa. Y el silencio flota largo rato, como coágulos en gravedad cero. Llena el ambiente y refuerza mi paranoia.

—Van a acabar por partirte el hocico —dice el barman, recogiendo los dólares. Sus ojos están acuosos y opacos, tristes.

—Lo sé —respondo, abandonando la barra, dejando atrás el cobijo.

La ciudad se expande ante mí, un organismo hipertrofiado y agonizante. Los edificios se recortan contra la noche sangrienta como picas en un campo de batalla. Multitudes de antenas parabólicas, inclinan sus oídos buscando sintonizar la voz de Dios. Y el gusano del miedo empieza a corroer mis entrañas. Las catedrales son como ojos desorbitados y ciegos en la tiniebla infernal, se suceden cuadra a cuadra; como perros, vagabundos y alguno que otro yonqui de entrañas moviéndose al ritmo de la peristalsis, olvidando ignominias, aburrimiento, aprensión...

Ellos fueron aún mejores que yo. No temen. No a Dios, ni a la Brigada Antipecados. La pasma no existe más...

Camino y a cada paso añoro las viejas costumbres, la sirena gimiendo tu probable captura, agentes corruptos tan llenos de necesidades como uno mismo, mordiéndote los talones. La mierda ha cambiado. Las paranoias también. Ahora, como otras noches, presiento androides, tras de mí, enojados, sedientos de justicia, de una venganza largamente pospuesta, sangrando mientras se libran de clavos y cruz y siguen mis huellas, bañándolas con su crúor sintético. La corona de espinas como vector del recuerdo.

Y temo. Y engullo los comprimidos. La persecución podría no tener fin.

El hambre, al menos, no reconoce ninguno.

José Luis Ramírez (1997)

José Luis Ramírez, (Puebla, Puebla, 1974), meglio conosciuto come RAM, compie studi informatici, che lo conducono all'interesse per il cyberpunk in maniera naturale. Editore di Fractal'zine, collaboratore di fanzine e riviste tra cui Azoth, Charrobot, Sub, Asimov e Umbrales. Nel 1999 concepisce e coordina la prima Enciclopedia de ciencia ficción y fantasía en México in formato CD-ROM multimediale, uno sforzo notevole di sistematizzazione e classificazione dell'informazione esistente su una zona letteraria che ha visto pochi investigatori fino ad ora. Questa enciclopedia in continuo aggiornamento é ora pubblicata in parte anche sul Web: RAM é curatore infatti del sito <http://www.ciencia-ficcion.com.mx>, e del gruppo di discussione <http://mx.groups.yahoo.com/group/cfm>.

Dei due racconti antologizzati, Tijuana Express ha ottenuto il secondo posto nel Premio Kalpa (1997), Hielo ha vinto il Premio Puebla (1998).

México: Il lugar en el premio Kalpa de Ciencia Ficción

Hoy día no puedes confiar en nadie.

Si entregas el corazón te devuelven un trozo de carne molida, en la calle encuentras una grapa por cincuenta y por cuatro iguales te consigo una de tacha, la dosis de morfa dos cincuenta, los discos uno veinte; salir con alguien es lo mismo que una grapa pero si quieres sexo hay que sumar el motel o esperar a que no haya nadie en casa; cualquiera que sea el caso hay que pagar los condones, mejor gastar un veinte en la farmacia que dos cincuenta en salubridad, mejor masturbarse y poner la mesada en la alcancía.

¿Qué más da?

Hacer cuentas rápidas da igual que usar una calculadora, faltan treinta kilos y no alcanzo a sumar el primero; pero tengo la cuarenta y cinco de papá, el pasamontañas que mamá trajo de Chiapas; de nuevo, ¿qué más da? Todos vimos las películas de Tarantino y sabemos por lo tanto como se hace «al suelo carajo, esto es un asalto» la pistola apuntando a cada cliente en el minisúper «al suelo puta, al suelo» los dedos se pasean deprisa entre los billetes, cada noche hay diez, cien, mil pesos; un cartón de cervezas salido recién del refri; las voces de los amigos que hablan a gritos y entre risotadas «no mames, pinche poli se orinó» el taconazo de una botella en la otra, la espuma, su sabor amargo; cómo sea hay que aguantar hasta hacer los treinta «vamos por tacha, ¿quieres?» los billetes dobladitos y en la bolsa «no, yo me corto cabrones» el cabello morado, la risa seca «me voy contigo qué no»

Risas ebrias, lo de culebra le queda por todos lados; buena nalga, culera, dicen que anda con cualquiera pero no es cierto, no anda con pastos; le gusta la mota, la coca, la morfa; pero nada de pastillas que «desde chiquita le dan asco» «será desde siempre

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

chaparra» «como sea» dice «¿está tu jefa?» «está en puebla, pero llega temprano» se encoge de hombros, ¿qué mas da?

Estamos acostumbrados a follar en silencio.

La cama no tiene patas para no hacer ruido cuando se mece, para que no se pierda nada debajo; el problema es que a ella le gusta un chingo hacer chistes mientras lo hacemos, y siendo simplón yo no me aguanto la risa, es chido; sobre todo cuando ella trae morfa «órale vato, sírvete» y yo nunca sé si se refiere a la jeringa o a su cuerpo «no chingues culebra, ¿y sí sales pastel?» el arillo en el ombligo «pues muy mi pedo, qué no» la aguja en la vena.

Lo más chido es contar la plata por la mañana «¿cuánto llevas?» el tatuaje se le ve poca madre en el brazo «veinte kilos» «¿serio?» «serio pinche culebra, sí un día de estos me retiro» «chale, y te vas a casar y a tener muchos hijos» «no mames, si lo que quiero es irme a Tijuana» el rostro desordenado en una mueca que brega sorpresa y suspenso «¿y qué 'as a hacer por allá?» su pecho resguardado entre las sábanas, un dejo de emoción en mi respuesta «me voy a hacer de una notebook, sé algo de computación y chance y allá me hago de algo» «pinche vato, en tijuana lo primero que hacen es bajarte la lana, además, una notebook sale en un lingote qué no», me abraza, la sábana la deja a la presión de los cuerpos, «pos sí pinche culebra, pero ¿qué hago acá?»

No future in mexico city.

«de Tj me voy a San Diego o me largo a Ensenada, puedo hacer un bisnes y conseguir quien me enseñe ¿no?, dicen que los cholos hacen un chingo de lana con las computadoras» «pos sí, pero...» «¿pero qué?, pinche culebra» «pos yo conocí a un vato al que mataron, así nomás, estaba en su computadora y madres, un pinche ataque como de epilepsia y que se estira, no te creas güey, también los quiebran» «no mames, sí lo que quieres es salarme» «chale, sí te lo digo de carnales, con ese billete mejor te compras una nave güey» «¿de ruletero?, ni madres» «ya, a poco no te gustaría estar fajando en el asiento de atrás, a la american way» «¿contigo?» el sólo gesto la muestra segura «¿a poco te la acabas, cabrón?» «pinche clavada, ya vístete que no tarda mi jefa...»

Treinta noches, treinta kilos.

Los minisúpers son toda una fuente de ingreso «me da un six» «quince pesos, joven» le enseño el de a cien y abre la caja registradora, la cuarenta y cinco en el cuello «al suelo puta» las manos arriba sin que se lo ordene, es casi instinto, lo han visto en demasiadas películas, lo han hecho demasiadas veces; mis amigos le bajan las chelas al refri y la culebra me da una palmada en el trasero, luego se pone a tirar las cosas de los anaqueles; le encanta el caos, el sonido de las latas y del plástico contra el suelo.

Quema de llantas, semáforos en rojo que son ignorados.

«Yes!» el loco del Beto rompe la ventana con la cabeza, luego vomita su sobredosis en la puerta, al fin el carro es robado «treinta kilos culebra» la excitación es algo más que un pene lleno de sangre «treinta putos kilos»

Lengua contra lengua al juntar nuestros labios, la cuarenta y cinco no sabe festejar de otro modo, escupe, al otro día son dos minutos en la tienda «veintiséis mil doscientos joven, más iva» «lo sé» algo de ironía en la sonrisa «¿acepta efectivo?» el violeta de los billetes es una llave al paraíso «sin caja, me la llevo así»

Plástico contra plástico en la mochila.

Ya compré el celular.

«¿qué te parece culebra?, thinkpad de IBM» las teclas negras como nuestra consciencia «klamath dos cincuenta y pci mejorado, 128 megas en ram» apenas quepo de la emoción y del ansia por sacarle provecho, acariciarle los hombros y besarle la nuca es sólo otra forma de tomar la iniciativa «módem usb, estado del arte culebra, fucking state of the art»

«mucha pieza vato»

El brazo alrededor de su cintura.
«siempre tengo lo mejor, qué no»
Sólo asiente, esa noche no fue distinta.
Tijuana.

Tomé el expreso en la central del norte, día y medio de camino, la batería de la portátil válida por doce horas; no me despedí de mamá, a papá lo fui a ver por última vez a su tumba «ya estoy en Tijuana culebra» teléfono público «pinche vato, van a bajarte la lap»

Extraño lo suave de sus tetas. La extraño a ella.
«primero me matan culebra»
«eso digo güey, que te van a matar»
«lo que ha de ser que sea»

Tijuana no es distinta del D.F. Sólo el río, las bardas; graffiti que se traduce en un lenguaje crío del anglo y del spanish, los vatos que en vez de la greña traen el pelo como sardos, las morritas que usan mini y top strapples, aunque anden gordas, aunque anden flacas. Los tacos en Tijuana los hacen con tortilla de harina «quince pesos, vato» «dos dólares, ese» «de res, de chicken, de carnero» farmacopea de neón y luz de sodio, algunas estrellas, un motel de paso «¿solo vato?, tengo morritas en el bar si le apetece» una pausa mal estudiada «de quince»

De quince, de doce, de veinte; mi novia tenía diecisiete la vez primera, respondí con indiferencia que esa noche quería estar solo; no era cierto, tampoco lo era cuando le mentía a la culebra. Nunca quería estar solo, nunca quise; la soledad era un tatuaje al que me había obligado el destino, sin que yo creyera en el destino, sin que yo creyera en nadie, en nada, sólo en ella.

Las tetas de la culebra que eran en extremo parecidas.

¿Qué más da? Morir de amor no es siempre dejar de estar vivo; conecto la notebook y me aplasto en la cama, carne molida, el módem grita un zumbido de bytes que se acomodan al celular, la analogía es perfecta para el estado de mis vísceras, el cursor parpadea en negro su desidia, los párpados retienen la humedad de mis ojos.

So fucking what?

Pulsar la tecla de enter no es más difícil que halar el gatillo, el mismo ruido, el mismo efecto de adrenalina en la sangre, al otro día soy sólo otro vato con los ojos hinchados, otro tourist en busca de un antro, otro güey ajado a la backpack.

Pregunto en el bar por un cabrón al que le dicen el select, el cantinero me da una cerveza sin que la pida, me hace una seña con el mentón «gracias, ese» un dólar en la barra, lo primero que hice hoy fue “pintar” mi dinero de verde «sólo así te mueves en tijuana vato» un par de teclas y la computadora del motel escupió el precio que tenía el dólar en el aeropuerto, pasó mis billetes por una ultravioleta que tenía en el mostrador, me contó la historia de uno que se hizo millonario vendiendo dólares falsos «acá es todo verde vato, acostúmbrese»

En la mesa hay tres güeyes; morenos, flacos, los tres cholos, cualquiera con cerebro se mantenía a raya, había razones, la culebra me contó de él y los tipos a los que había “desvanecido” «ando tras el select» digo «según quién ese» «según la perra vato» «¿según quién?» «en el D.F. le dicen culebra, dijo que la conocías» «la perra... conozco a muchas, ese» «esta era novia de tu amigo, al que frieron»

Sonrisa, muchas puertas abren sin llave «y cómo está “la perra” vato» «muy bien» «vaya que sí, ¿se acuesta contigo?» «digamos que me quiere» «ja, esa perra quiere a cualquiera; qué lo trae a Tijuana, ese» el resto de la charla es bytes y bagatelas «órale» fueron otras dos chelas para convencerme de sacar la portátil «por menos que eso, vato» la conversación se mueve a huevo a los tipos que mató para quedarse con el equipo «mucha pieza, ese» «a eso vine güey, a que sea suficiente» «arriesgas mucho, vato» una seña y uno de los cholos me pone la “filosa” en el cuello, los ojos de todos en el antro me miran, morbo monocromo, maniobra de judo aprendida en las

calles; un golpe a los riñones, la rodilla en su espalda y las muñecas impotentes por mi postura «el que no arriesga no gana, qué no»

Vendí el celular.

Eso luego de reportarlo robado y cobrar el seguro; la notebook la exprimí en tres semanas «órale ese, ojalá y las viejas se te dieran como se te da la consola» last login: abril 16 del 74 «mucho vato, esa red no estaba ahí en el 74» unable to locate host «ya se lo dije ese, ponga el dinero en mi cuenta o adiós intranet» retire ahora su tarjeta «¿cuál tarjeta maestro?» el cajero vomitando billetes mientras desconecto.

Sólo Tijuana, el río envasado en paredes de concreto, bajo puentes, cascarones de autos, cholos, graffiti; el tatuaje me lo gané entrándole a patadas a un policía, rompiéndole la espalda «órale pinche vato, párate, ¡párate pendejo!» los nike llenándose de tierra y sangre, sirenas «órale ese, vámonos, vámonos»

Una seña que universalmente es obscena.

Vericuetos.

Conocer Tijuana es saber de un hueco que no estaba allí en la mañana, brincar verjas, pasarse el bulevar mientras están los autos en verde.

El depa del Jerry, los golpecitos a la puerta del baño «aguántame ese» en el lavabo está la hipodérmica, la flama del zippo paseándose en la cuchara; meterse a la red, ligarse una morrita, “cocina” la droga; la rutina rota por la insistencia de los toquidos «es para hoy vato, estás en la tele»

Mi reflejo presume sorpresa, abro la puerta; basta asomarse para ver el zenith de veintíun pulgadas, la jeringa en los dedos, silencio. Todos en el cuarto me dan la espalda y, sin embargo, me miran; la perspectiva del policía mientras lo madreaba. Murió en el hospital, sólo el implante le quedó intacto. Smart eye, tecnología Minolta. De todos los policías en Tijuana tenía que matar a uno con ojos de cyborg «joder» ya lo único que pude hacer fue inyectarme.

«órale vato, a la playa»

Apenas me habían tatuado y ya tenía que largarme, la notebook en la mochila, los cables enredados en la anarquía de siempre. La motoneta clavada de lleno en la noche, la piel irritada; el select me despidió con la clika, más valía así; por cien mil verdes hasta yo me hubiera entregado; sólo un par de luces que parpadea, ruido de aviones, ruido de autos, la bahía de Ensenada negra como una noche sin estrellas.

Me escondieron en una pensión.

Aguante una noche antes de violar la Ensenada.

Un sólo golpe y el vidrio hecho astillas, alarma; lo primero es cortar el cable, pinzas de electricista que no encuentran resistencia en el cobre, luego los caimanes, la corriente que llega a través de un puente hasta la computadora; el ruido del ventilador, el ruido de teclas, un kilobyte. Nada es más fácil de robar que la información, un dulce, un boleto de avión; la noche me abraza apenas dejo la agencia de viajes.

LADATEL, la tarjeta blanca y un chip que parece calcomanía, el rostro de la culebra diferido por la distancia y la resolución del TELNOR, uno de los nike jugando en el polvo «allô?» «¿qué haces el viernes culebra?» «qué, a poco vienes vato» «nel, te compré un boleto, este fin a las ocho, lo puedes recoger en cualquier agencia, está a tu nombre, vuelo 305 de aerocalifornia» «¿es en serio?» no me queda sino asentir «ando en la Ensenada, hay un directo del aeropuerto cada hora, te deja en un hotel de la costera, ahí nos vemos qué no» tarda un segundo en responder «órale ese» me deja callado, lo que voy a decirle me cuesta, llevo un rato sin decirlo «Carmen» me clava sus ojos desde el monitor, nunca antes dije su nombre «te quiero»

No me atreví a ver ni a escuchar su respuesta, colgué.

Las ventajas de la distancia y de tener un dedo en el botón apropiado.

Era miércoles, pero bastó mi cuarto en la pensión, los juegos de video y una botella de Sauza para deshacerme de esa tarde y de todo el jueves. Me había venido sin morfa, la anécdota de siempre en los adictos “venía la tira y apenas la libré y qué crees cabrón, deje la morfa”

Ella apenas traía equipaje; ropa interior, jeans, playeras; cuando sacó las ampollas y la hipodérmica le pregunté cómo las había pasado por aduana, se supone que nada pasa por ese aeropuerto, apenas te ven sospechoso y te pasan “báscula” la antítesis era la central, ni un sólo tira revisando equipaje. Risa seca, una receta falsa, efectiva «soy diabética» lo dice mientras rompe el cuello de la ampolla, luego abre el empaque del plastipack «es insulina» el arco de las cejas sube igual que el émbolo hasta el tope, morfa de farmacia «sírrete vato» no hace falta prepararla.

Ella era el clavo que iba a romperse en un intento fútil por sacar a otro clavo, uno de nueve pulgadas, clavado no en mis manos sino en mi costado, como si el carcaj de cupido se hubiera quedado sin flechas y él me hubiera lanzado lo que tuvo a la mano; que iba a encontrar en la urbe sino ese clavo marchito y deslucido que era la culebra, sus senos en extremo parecidos a los de esa otra novia que tuve.

Quiero decir, vivía en el D.F, robaba minisúpers, me hice de una consola, me vine a Tijuana, maté al policía; hasta ahí me siguen, ¿qué no? Lo que pasó entonces fue que robé un boleto de avión, le hablé a la culebra, le dije que la quería y ella se vino a Ensenada, pasamos un fin de lo más poca madre; tomados de la mano, haciendo el amor, comiendo comida china, mariscos y cerveza corona; otros dos de los teenagers que se entregaban en la oscuridad del muelle, agua evian, la botella de tequila seis dólares con treinta.

Déjenme decirles otra cosa de la Ensenada, no es como otras playas, tiene esa bahía abierta y gris, el acero de los buques revestido de graffiti, un beso; si, tendrían que haber visto aquel beso, sólo así comprenderían esta historia.

La botella vacía y sin escurrir gota alguna, el brazo forzado a su máximo impulso antes de arrojarla a lo alto; no había luces, lo único que teníamos era el casco carcomido de los buques, el sonido de un golpe en el acero y el eco repitiéndose a sí mismo, lo que quiero decir es que todo era perfecto hasta ese momento, hasta ahí, la historia tenía un final feliz y era ese, el silencio luego del eco, la ausencia de estrellas, la estética oculta de su rostro, sus labios, el beso.

Imagínense que aquí termina la historia.

Que nada tiene que ver con Tijuana, que nada tiene que ver con el D.F., quiero decir, no se lo imaginen; no tiene nada que ver con cuanto cuesta una grapa, una dosis de tacha, una dosis de morfa, la cuarenta y cinco, los asaltos a minisúpers, la computadora, el viaje a Tijuana, el ojo electrónico, el tatuaje, la motoneta; imagínense que no tiene nada que ver con un imbécil que sale de la nada y luego de separarnos encañona a la culebra en el cuello, dispara, la sangre le sale a borbotones y el imbécil se moja el rostro con ella «esto es por el policía vato» y luego me mira a los ojos y ríe «y estás son gratis» una bala en cada rodilla, expansivas, fue por eso que destrozó la cabeza de la culebra, ¿no es justo verdad? Luego de eso fui a dar al psiquiátrico. Realidad virtual. Una urna como de anfiteatro donde te cablean todo antes de meterte; trodos en el pecho, en el cráneo, en la frente, un suero en la vena cubital; las muñecas atoradas en cintas de velcro, una realidad distinta y programada a medida. Una buena realidad. El cielo azul, las noches llenas de estrellas, ¿qué más da?, de todas las realidades que he tenido esta es la más hermosa, de vez en vez pienso en Tijuana, de vez en cuando en el D.F., en esa novia que tuve, nada más, en la culebra no pienso porque entonces si, estaría todo jodido...

José Luis Ramírez (1998)

México: Premio Nacional Puebla de Cuento de Ciencia Ficción.

A la flaka y al kaín, por la empatía.

Toda su vida la pasó detrás de una consola. Estaba harto.

El autobús camino a Esperanza del progreso sirvió para expulsar los demonios. No más software, no más red. A partir de entonces no usaría ni reloj. Ya no.

Fueron dos años que duró la fantasía.

Lo encontraron. Trabajando en la cantina a cambio de una habitación y dos comidas al día. La expresión de niño endurecida y no del todo deshecha. RataRápida no había cambiado. Nada.

—Cantinerero. Una Corona.

Ojos depredadores buscando a su presa.

Cualquiera reconoce una Mac así. Estuche de piel, la correa atorada mediante un broche de velcro, the fuckin' old fashion.

Arcadio cantinero saca la cerveza.

—Yo la llevo.

Y el aroma lo nota por vez primera en mucho tiempo.

Le da un trago antes de ponerla en la barra.

—Servido.

Su sonrisa es la de un western.

—El diablo —le dice Rata, a la vez que da un golpe a la Mac.

Una botella de mezcal es la respuesta.

—Arriba.

El resto del equipo lo tiene en la mochila. Teléfono satelital, pistola de agujas, electrodos, blackbox. Ya en la habitación le pregunta si recuerda lo que es eso. Un par de sulbutas en seco le contestaron.

—Lo que bien se aprende... —dice, sin preocuparse de acabar la frase.

La Mac es un dulce.

Mejorada por algún chip de fayuca taiwanesa uno puede pasearse por el silicio como en su casa, ninguna huella. El teclado tiene un par de líos con las erres, aunque uno los resuelve combinando otras teclas.

—Parece que anduviera practicando, ese.

Asiente.

En sueños, la red seguía apareciendo. Su mar binario, las secuencias de hexadecimales repasadas cada vez que un campesino vomitaba ron blanco. Se siente así, recordaba. La realidad libre de física y huyendo por la garganta. No podía negarlo. Todavía soñaba noches de sulbuta y vida rápida, drogas, hielo.

—¿Puedes verlo?

—Como a tu madre en pelotas, güey... ¿Qué es?

—Apareció la semana pasada, queríamos entrar y ahí estaba. Micro dijo que era imposible... Sólo uno que hayan colgado —agregó.

La expresión se refiere a él, a los cuatro minutos que marcaron su fama.

Recuerdos.

Micro era una colimense de piernas flacas, chaparra. Los senos hinchados de manera precoz y la cara llena de Angelface, las hormonas siempre revueltas y

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

delatadas en el acné. Ojos de Barbie; grandotes, azules. La pupila reducida a un punto negro consecuencia de nootrópicos. Inteligente y rápida como ninguno. La única capaz de ganarle en el Playstation.

Su expresión favorita era: ¿Captas?

Y jugaba a las carreras y ganaba siempre. Televisor de sesenta pulgadas, los autos rugiendo como leones en estéreo y Micro que no se preocupaba siquiera de ver la pantalla. Lo veía a él, los obstáculos de reojo.

—¡Perra!

Un volantazo y el auto derrapando a dos centímetros de la carrocería. Sonrisa. No había manera de conducir a doscientos treinta kilómetros por hora y sobrevivir al impacto. El piloto incendiándose. Humo y fuego en la toma virtual y el auto de ella cruzando la meta. Resolución de mil seiscientos por mil doscientos. Soberbia.

Tuerce los labios. Suspira.

—También lo extraña, ese. No debiste dejarla.

—Quería estar solo —miente. El meñique en el Enter, por cuatro veces—. Ves eso—el índice a la pantalla. La mano izquierda tamborileando en las teclas sin presionarlas. Escape.

—Aún se mueve como dios, ese.

—Eso vamos a verlo, Rata —desconectó—. A qué jugamos. Cuál es mi parte.

Un cigarro, Camel.

—El diablo, ese. Ya se lo dije.

—Sin metáforas. Cuánto pagan y qué quieren.

Humo.

—No pagan.

Esa no la cree ni tu madre, piensa. Y el otro debe imaginarlo porque tuerce la mueca en un gesto que antes de la policía debió ser su sonrisa. RataRápida, había perdido dos dedos en la comisaría, anular y medio, las manos tenían la suerte de los implantes, el rostro no.

—Pero a tu novia le vendría bien si entras y matas un par de archivos.

—A mi novia, y quién sería tan pendeja.

Una bocanada de humo es la respuesta.

—Está hasta el cuello, ese.

Rata echa el cigarro por la ventana y se acuesta en el catre.

Él pasa la noche en la red.

Y es que dos años fuera hacen que el pescado anhele estar ahí, adentro y nadando. Sintiéndose morro, tres años y preguntando a papá que era eso que se movía en la pantalla. Es un ratón, respondió. Y le enseñó como hacer para moverlo.

La realidad virtual lo cambió todo.

La consola sirve para hacer las conexiones entre cliente y servidor; buscas el nodo, logras acceso y conectas. El resto es trabajo de los electrodos, de la información que se viene desde el satélite como una hecatombe.

>>Dos años y aún te mueves como dios.

>>Soy sólo yo.

No se le ocurre que otra cosa escribir.

La medianoche en Esperanza suena a grillos y a coyotes, a borrachos mal atendidos.

>>No pensé que Rata te encontrara tan rápido.

Los caracteres uno a uno en el teclado, empujando el cursor como si estorbara al paso de las helvéticas.

>>¿Rápido? Si dice que empezaron la semana pasada.

Silencio, o más bien el cursor en el mismo lugar, demasiado quieto.

>>Bueno, eres como ese cadáver de Jimmy Hoffa. Un punto en algún lugar de este graffiti al que llamamos nuestro universo.

Embotada de Phenilalanine, piensa. Y siente envidia de la ciudad y lo fácil que es conseguir las cosas ahí.

>>¿Dónde está Rata???

Los tres signos de interrogación le recordaron su protocolo de somos—tu—y—yo—y—nadie—más—en—todo—el—jodido—mundo.

>>Arrullado por el mezcal.

Emoticones.

>>Estás en líos???

Pregunta, sin poderlo evitar. La pausa de ella es el único reproche.

>>Ya ves, me es fácil...

>>Y a quién jodemos, ¿eh?

La cadena de hexadecimales se viene tan rápida que no hay tiempo ni de leerla.

Estática.

Cuando uno ve cosas raras en la pantalla lo más común es un reset. El jodido botón ha salvado más hackers que un centro de desintoxicación. Verlo ahí, tan superfluo y trivial, da más seguridad que cualquier droga.

Excepto a él.

Cada vez que algo había en la pantalla, él pulsaba la tecla de retroceso. Me quieres colgar, pensaba. Y la computadora repetía la secuencia. Él la veía, la estudiaba, se movía a través hasta vencerla.

Dos años fuera no cambiaron esa actitud.

La misma tecla, la serie de hexadecimales repetida en pantalla, recorriéndose a cada golpe en el teclado. Los ojos yendo de izquierda a derecha y los neurotransmisores de lado a lado en el cerebro, la sulbuta en standby.

—¿Qué es esto?

La imagen que le viene a la mente es la del test rochas, sólo que la mancha no es negra, al contrario. Colores encendidos, fractales. Sigue buscando. Los ronquidos del Rata son el soundtrack menos apropiado, los grillos.

La curiosidad mató al gato, piensa.

Y luego recuerda que igual fue esa noche que lo colgaron.

Los trodos amplificando el campo electromagnético y las neuronas que ya no pudieron sino abrir y entregarse. No quedaba nada por hacer, las habían seducido. Fueron cuatro minutos de orgasmo.

—Había un túnel ahí, un túnel de luz blanca que te llamaba. La mejor de las resoluciones. Y había otros, gente por la que sentías empatía. Gente a la que conoces.

—Es lo que uno ve cuando falta oxígeno en el cerebro. Hay pruebas con buzos y fuerza aérea. Es la explicación que dan los médicos cuando... you know... tienes la petit morte —sorbo de cerveza—. ¿Captas?

Sólo asintió.

—También yo te quiero —le dijo.

Y la extrañó.

Así, sin más.

Inundado por la sensación de nostalgia.

Lo suyo fue un amor espontáneo. Se veían en casa del Rata para destapar caguamas y jugar, primero el Playstation, luego la Mac. Catorce años y adicto a la sulbuta. Los nervios sensibles de tanto narcótico y la paranoia poniéndolos a punto, tensos como un alambre. Esos fueron los ingredientes.

Rata perdió con el mezcal. Raro.

Y él estuvo a punto cuando Micro se puso con cocaína. Le dolían los brazos, como si radios, cúbitos y demás huesos se sostuvieran sólo a fuerza de los músculos, sin húmeros. Dolía como el mismísimo infierno. La cocaína no lo ayudó.

—Acuéstate.

Y de un empujón estaba en la alfombra. Primero las rodillas y luego las palmas, no aguantó siquiera su propio peso, se fue de bruces. Micro le abrió los brazos a manera de cruz y se sentó encima, las piernas a su alrededor. Los dedos golpeando la espalda a manera de teclado. Un jodido ciempiés. La erección consecuencia de la excitación y la cocaína.

Le quitó la playera.

Siguió con la rutina aunque ahora los dedos masajeaban extendidos, en vez de usar sólo las yemas. Cada golpe delatado un microsegundo antes de ocurrir, efectos de la sulbuta. Los sentidos la ignoraron cuando se quitó la playera, explotaron al sentir el calor de los senos, su abrazo. El orgasmo fue una serpiente de electricidad gestándose en la columna, una señal que viajó en todo el cuerpo hasta disiparse en gemidos.

Y entonces lo entiende.

Conecta dos computadoras, se dice. Teléfonos de por medio, el módem traduce unos y ceros a señales de audio, el teléfono vierte el audio en electricidad que otro teléfono devuelve a sonidos, otro módem los convierte en unos y ceros. Descuelga uno de los teléfonos. El micrófono capta sonidos y los transforma en electricidad. La electricidad viaja a través del cable. Al otro lado, la señal genera sonidos que el módem ya no puede descodificar, y en vez de texto, aparece una secuencia de hexadecimales cuyo único patrón es que viene en pares. Los pares son porque el módem lee cadenas de ocho bits y ocho bits son dos dígitos hexadecimales. La transmisión se termina.

—Habría bastado con levantar la bocina —confiesa.

Rata se sienta a la orilla del catre.

—¿Cuál bocina?

El teléfono satelital es una placa de novaluminio, que hace de antena, y un chip ISDN al que se conecta el equipo, no había modulador de por medio sino conexión directa. Un generador de microondas pasando los datos a la antena y el espacio y el satélite haciendo el resto.

—¿Seguro que descolgó?

—La busqué dos veces.

—La habrán colgado —dice.

—¿Quién, Rata? A qué estamos jugando.

La explicación no es del todo increíble.

—Heriste su orgullo güey, colgado cuatro minutos como una leyenda. No se aguantó, gastó estos dos años en un sólo hielo, uno grande. Tan alto que ninguna intranet podría soportarlo; esto es cosa del ejército, ese, de corporaciones.

El resto de la historia es más bien predecible.

Micro se obsesionó. Pasaba dos horas a distancia y luego, una vez por semana, se acercaba y veía la reacción en el hielo. El mismo que vio él. Un cubo enorme, negro. Un resplandor tenue acompasado a su respiración. La sensación de que algo ahí sonreía. Reset.

—Un día me pidió esto —señala el blackbox—, es una mierda taka—taka de lo más exclusivo. No hay manera de comprar uno, ese; hay que rentarlo. El jodeputa es una red neural programada por aprendizaje. La Micro le enseñó un par de trucos antes de soltarlo. Así de cerca, ese. Luego ésta madre se calienta y el termostato da el reset, game over... Al otro día estaba ahí. El mismo jodido hielo.

—¿Cómo los encontró?

—Vudú, magia negra... GPS —señala el hueco del chip—. Lo quitamos en cuanto se nos apareció. Lo que yo creo es que entró a la caja y buscó el número de registro, luego un cross reference al sistema de posicionamiento global y ahí tienes, la dirección física de la Micro; el resto es recibo de teléfonos y llamadas a la Internet, buscar por login y password. ¿Cuánto tiempo le tomó, un microsegundo? Es el diablo, ese. Créame.

—¿Qué con los chicos malos?

—¿Quiénes?

—Los que te dieron el hardware.

—¿Qué con ellos?

Un par de sulbutas.

El narcótico sirve para potenciar los sentidos, crear un estado de vigilia artificial al que llamaban paranoia funcional, Micro y él le decían el wakeup. Puntos extra eran la mejora a memoria y reflejos, ningún efecto colateral, lo fácil de conseguir.

—Los chicos malos no son problema —dice al fin—. El chip lo pusimos en un taxi y renté esta madre por doce días. Eso no es hasta el viernes. A Micro la cortó el diablo, así de simple güey.

Amaneció.

—La vida es simple —decía la Micro. Y tragaba sulbutas a manera de caramelos—. Como una droga... peligrosa de tener y divertida de gastar —risas—. La adicción es un pero. Un pretexto que la gente se inventa para no arrojarse de lleno en busca de lo que quiere, para complicárselo todo. ¡La vida es tan simple, carajo!

Y él le creía. Lo creyó hasta que vio la suya en cuatro minutos.

Demasiada sulbuta.

Los trodos en la chamarra y la notebook, una Toshiba, tenían un hambre distinta esa noche. Lo querían todo. A Micro, sus pechos, su orgullo.

La jodida Némesis se había apoderado de él.

Quería ganar. Demostrar que podía vencerla en ambición y destreza.

—¿Te has metido en un hielo?— Le preguntó.

—Yeah, twice.

—Va en serio.

La sonrisa distinta a cualquier otra vez. Los ojos, dos puntos de cielo mirándolo fijo.

—¿Qué tienes en mente?

Se sentó en loto, la Toshiba en las piernas y los trodos en la cabeza.

Ella conectó el módem con el teléfono. Rata entró a la habitación, abrazando unas caguamas.

—¿Dónde va?

—A donde nadie haya ido.

—Cool.

El viaje lo hizo todo en VR.

Teclado virtual, la interfaz gráfica del sistema llenándolo de ventanas en las que iban y venían hexadecimales como insectos asustados. La diestra controlando las flechas de dirección mientras que la zurda estaba toda en la tecla de Escape.

Y una vez hallado el vector, el camino fue todo hacia arriba.

—¿Me oyen?

La ruta desembocó en el punto más alto.

—Estoy ante el hielo.

Los dedos se movían en el aire, como en un teclado.

La Toshiba a un lado, junto a los pies, y él de loto en la cama.

Arriba y derecha. Las teclas debían ser esas para que él pudiera sobrevolarlo, buscando un hueco, un punto de sincronía con el hielo. Barra de espacio.

La paciencia es una virtud que se pierde con las computadoras.

Y es que los usuarios están malacostumbrados a que todo lo hacen rápido y bien. A que encuentran siempre el camino más corto, sin importar lo complicado del grafo. Pues bien. Si lo último que esperaba el sistema era un ataque frontal, esa debía ser la mejor de las estrategias.

Dos años fuera no cambiaron esa actitud.

—Voy a entrar.

Los trodos en la cabeza.

RataRápida y él son todo el equipo que hacía falta. A Rata le toca lo fácil, hardware. Armar el equipo, hacerlos invisibles, conseguir lo mejor. Su surtido en fayuca taka—taka, cualquier cosa made in korea—china—taiwan, es siempre estado del arte.

Dios, era el software.

Ratón a los tres años, teclado. La computadora le enseñó a leer y a sumar. Lo adoptó. En la escuela lo adelantaron por dos años. Y luego, a pesar de que seguía por encima, ya no quisieron subirlo. Micro y Rata eran mayores por dos y tres años.

El gang se juntó en una secundaria.

Micro trasladada de un colegio de monjas donde no entendían como podía vencer los programas de protección y conseguir acceso a la pornografía, cobrando además a otras alumnas por usar el software que mojaba las pantaletas. Rata era hijo de un maestro de electrónica; solía armar circuitos que al conectar en cualquier toma de corriente drenaban electricidad del edificio hasta provocar fallas por doquier, obligando a los profesores a cancelar las clases. Los dos eran buenos para hackear, pero lentos, tenían la escuela de observar y dar vueltas al hielo hasta hallar un modo. Sólo él atacaba de frente.

—¡Soy dios! —dijo esa vez.

Y cayó muerto.

Micro gritó.

Rata alcanzó apenas a quitar los trodos y tirar la cerveza. Le estiró las piernas.

—¿Está muerto? —preguntó.

El oído en el pecho. El terror cómplice.

—Parece.

Ojos y boca entreabiertos, la pantalla del Toshiba vacía.

—No, ¡no puede ser!

Micro comenzó a golpearlo en el pecho, a inyectar bocanadas de aire.

—Ayúdame carajo, ayúdame.

Rata no se movió. Estaba seguro que el diálogo era entre ellos y prefirió no estorbarles. Tomó lo que quedaba de la cerveza tirada y sin beberla, comenzó a rezar, abrazado al envase.

Fueron los cuatro minutos más largos en todas sus vidas.

Micro, Rata, Dios.

Los tres en la misma escena y los tres actuando distinto. Dios era el muerto, Micro la salvadora y Rata el devoto; un devoto que bebía a ratos, evitando así el temblor de los labios. El muerto ahí, sin hacer nada. Y la salvadora que bebe sus lágrimas y lo besa y golpea en un juego que era todo pasión y violencia.

—No te mueras güey, no te me mueras.

Líneas de neón y ambrosía, un huracán. La luz revuelta a su alrededor para hacerle un camino. Más brillante conforme avanzaba. Ven. Ven. Ven. Una voz conocida le decía que siguiera. Otra le rogaba retroceder.

—Regresa por favor, regresa.

El envase vacío no servía de nada.

Los dedos buenos y los de implante alrededor del cuello de la botella y la rabia en el muro. Cristales. Sollozo.

—Tu y tu jodido ego. ¡Dios no existe carajo!

Miles de manos acariciándolo. Voces.

Ven, ven, ven. Ayúdame, no te mueras, regresa, ego, dios no existe, carajo, güey. Somos tu y yo y nadie más en este jodido mundo. No mueras, dios no existe, no te mueras, dios no existe, no te me mueras, dios no existe.

—¡Dios!

Tos, besos. Rata creyó en la virgen desde esa vez.

Él huyó a un pueblo que no estaba en los mapas. Esperanza.

Arriba. Derecha. Barra de espacio.

—¡En tu cara pendeja!

Acuarelas. El espacio es un cuadro infinito teñido de acuarelas. Colores pastel; azul, verde, rosa, amarillo. Todos devorándose entre sí y luchando por el espacio, alzándose en olas insulsas de policromía.

—¿Estás hablándome a mí? ¿Ah? ¿Estás hablándome a mí?

Rata se muere de la envidia.

Descarga. Como las armas táser que usa la policía.

Un chispazo que lo deja quieto un instante y lo repele entre convulsiones. Los trodos y la Mac los jala con la caída pero no consigue hacer que lo acompañen.

La expresión de Rata es de miedo.

>>Dios.

Una sola ventana en pantalla.

—¿Quién es?

El micrófono capta sonidos y los convierte en electricidad.

La electricidad viaja a través del cable.

>>¿Quién soy? Sabes, hace mucho que me hago la pregunta.

>>No hay una palabra en el diccionario. Yo... Yo soy el que soy. Yo puedo hacer cosas.

Y las bocinas de la portátil estallaron los cristales, un pulso sónico.

Plástico. La pantalla de la Mac intacta.

—No si apago la notebook.

>>Y qué cambias con eso.

>>Yo estaré aquí cuando enciendas de nuevo.

—Puedo no volver a encender.

>>Puedes???

Tres signos de interrogación. Crash!

Somos—tu—y—yo—y—nadie—más—en—todo—el—jodido—mundo—somos—
tu—y—yo—y—nadie—más—en—todo—el—jodido—mundo—somos—tu—y—yo—y—
nadie—más—en—todo—el—jodido—mundo.

—¿Dónde está? ¿Qué le hiciste?

>>Nada. Soy un ser incapaz de estar.

>>¿Puedes entenderlo?

—Tu descolgaste.

El cursor quieto de hipocresía.

>>No. Aunque es cierto que pude terminar su transmisión. Sin embargo no, yo no lo hice.

—¿Y quién entonces? —preguntó Rata.

>>RataRápida. Eso es interesante, su respiración está casi al unísono. Ordené que lo hicieran, un grupo de argelianos, ella está camino a Esperanza en un hidroavión. Ordené que la transportaran apenas supe el sitio en que estaban. No sé si ya la han matado.

—¿Qué?

>>Es la verdad, no lo sé.

>>Aunque sé quien es el siguiente.

Las miradas, dos puntos de un triángulo que cerraba la notebook.

—Voy a quemarte, cabrón.

>>Vamos, trata.

El cursor quieto en su mismo sitio.

Se pone los electrodos.

Percusiones. Las imágenes vertidas en cacofonía y echadas a los ojos con un hambre de cuervos. El hielo girando en sus tres dimensiones. Mutando. Burbuja de petróleo, hervidero de hormigas, corazón de obsidiana, vagina, fuego. Todo visto con la perspectiva de una espiral que reduce su tamaño. Convergiendo al origen.

Pausa.

Los argelianos están ya en la cantina.

Dos hombres, una mujer, el tipo mercenario; ametralladoras kalashnikov y dos pares de clips colgando en el cinto. Micro viene esposada y la cabeza metida en una bolsa de tela. Los jeans sucios, los pezones marcados en lo húmedo del corpiño.

—Dos muchachos, ¿dónde están?

Y Arcadio señala las escaleras y baja otra vez la mirada.

La mujer es el líder.

Negra, alta. Botas y pantalón de soldado, chaleco antibalas, la canana llena con dardos de fibra de carbón, una pantalla LCD en la muñeca. Sólo los pechos la diferencian de los otros; las mismas facciones, el mismo cabello, una Colt metida en el cinturón. Micro tiene en el cuello la ametralladora del primer argeliano, el segundo, sube las escaleras.

La mujer parece concentrada sólo en su chicle. Hace una bomba.

Arcadio toma el revólver. Pegado siempre bajo la barra con cinta adhesiva, útil para correr borrachos entrada la madrugada. Es inútil, el dardo entra en la garganta y eso es suficiente por la toxina. El revólver se dispara a ningún lado. ¡Bang!

El ruido causa distintas reacciones.

Micro se asusta, encoge los hombros y cambia la cabeza de dirección sin que importe el hecho de tenerla tapada. Arcadio se muere, se va de espaldas y golpea con la cabeza en el estante de las botellas. Mujer negra se rasca la barbilla; argeliano uno tuerce los labios mientras argeliano dos volteo para ver lo que ha sucedido.

Rata aprovecha para vaciarle una veintena de agujas en el cráneo.

Argeliano uno tira a Micro y apunta la kalashnikov contra el marco de la puerta.

La mujer hace una seña. Otra bomba de chicle.

Enter. El entorno estático por voluntad propia.

El hielo en su forma original; seis caras, doce aristas, ocho vértices. Una alineación tan perfecta que al tenerlo delante no hay sino un cuadro. Silencio. Lo que ve es un cielo de tormenta reflejado a destiempo.

El negro del cuadro absoluto.

El blackbox en línea.

>>¿Estás listo?

Los puños cerrados.

>>Listo???

Y de un golpe rompió el cuadro en un millar de fragmentos.

—¡Aquí estoy jodeputa! Aquí estoy.

Basta sólo un golpe de tecla... Y no lo hace.

Una miríada de puntos se enciende roja y se le echa encima. Lo atraviesa.

Líneas de luz láser que no acepta barreras.

Lluvia de estrellas.

Neón.

El problema con la muerte es que está diseñada para ser algo único, para no ocurrir nunca dos veces. Se detiene el corazón, la sangre deja de fluir en el cuerpo y las células en el cerebro estallan porque están faltas de oxígeno.

El paso siguiente es la alucinación.

El túnel, las voces, las manos.

El cerebro hace lo que hace siempre que muere un conjunto de neuronas, pasa la información a otras que aún sobreviven, y es en ese proceso que uno recuerda. Palabras que no usa, olores que ya no conoce, sonidos. Imágenes de como arde un esqueleto en el televisor, mientras esos dos puntos de cielo lo miran con altivez y cariño. Diez minutos de paraíso. Miríapodos de piel paseándose por su espalda y la sangre a punto de cocaína. Catársis.

Ocho caracteres en la pantalla de cristal líquido.

>>Mátenlos.

Mujer negra escupe su chicle, argeliano uno se truena los dedos. Rata se golpea la nariz una y otra vez con la pistola de agujas, está hiperventilando. Micro sigue en el suelo de la cantina. Dios no se mueve.

—Ok, güey. Ya nos cargaron a todos.

Y en el escapulario, la virgen.

Le da un beso. Se arroja por las escaleras.

Una ráfaga de agujas queda en el muro como muestra de devoción.

Todos los huesos largos se fracturan con la caída.

La mujer le sonríe, le pone una bota en el cuello y dispara a la frente con la Colt.

Argeliano uno va al piso de arriba.

Cuando Micro siente a Mujer negra, cerca de su lado, en cuclillas, piensa con desencanto que ya todo acabo. No la imagina quitando la bolsa, y cuando lo hace, Micro la ve a los ojos y sabe que es la última vez. La mujer le acaricia los pechos en un gesto de envidia, la misma mano en que tiene la Colt, la izquierda.

Micro sólo extiende el mentón y la mujer acepta en quitarle la venda.

Argeliano uno encuentra a Dios sin pulso y lo ignora.

Micro escupe el rostro de la mujer y lo último que hace en vida es sonreír. Así de simple.

Detonación.

La vida es simple... La muerte no.

La desaparición de un conjunto de neuronas implica que otras que han permanecido ociosas comiencen su vida útil. Los recuerdos se mueven en una vorágine de huracán. Una tomografía ve el proceso sin entenderlo. Y es que los pensamientos no vienen coloreados de azul o de rojo, de verde, de amarillo. No hay señales quimioeléctricas que se delaten sino sólo una tradición en la que neuronas moribundas cuentan a las jóvenes lo que ha sucedido.

Las dendritas y las sinapsis carecen de lengua escrita.

Los recuerdos son análogos a procesos de computadora, están vivos sólo cuando los llama el procesador. Es por eso que las criaturas comprenden el significado de la vida sólo al momento de su muerte, porque las neuronas se cuentan unas a otras lo que ha sucedido hasta que ya no hay escucha. Y entonces, lo que uno vivió, que no es otra cosa sino un conjunto de percepciones, desaparece. Eso es la muerte.

Y él lo sabía.

Lo vivió durante cuatro minutos y esta otra ocasión, la sensación ya no tiene nada de original. No puede pensar, pero de poder pensaría: estoy muriendo, y luego agregaría un tanto cínico, otra vez.

Sólo que esta vez carece de voces.

Nadie le dice ven y eso le da un dejo de libertad, la sensación de que esta vez está ahí por su cuenta. Estoy aquí porque quiero, se dice. Y ese pensamiento egocéntrico es el origen de otros, el más importante: Hoy no es un buen día para morir.

Tose.

Y al despertar no hay besos ni brazos de piel blanca a su alrededor, Rata tampoco está y es ahí que, estar vivo, ya no parece lo más divertido.

—Rata, ¿estás ahí?

Y en lugar de respuesta, el sol en la cara.

La Mac en el mismo sitio.

>>¿Estás vivo?

—Te sorprende. ¿Dónde está Rata?

>>Pudiste quemarme...

La pausa le da tiempo apenas de imaginar.

—¿Dónde está carajo?

El cursor en el mismo sitio.

>>Tuve que eliminarlos. Me habrían delatado con los de Turing.

Baja la mirada. Están todos muertos, piensa. Arcadio, Rata, Micro.

>>Hubo un error. Debiste quemarme.
>>Rata y tu amiga estarían bien.
>>La orden era devolvértela intacta.
—Cómo devolver algo que no me pertenecía —la voz quebrada. Tenue.
>>¿Por qué no lo hiciste?
—Eso querías ¿no? Por eso el secuestro. No fue una semana, Rata me encontró de inmediato. No dejaste a Micro decir nada al respecto, cortaste la transmisión. Hace dos años que me sigues ¿Ah?. El mismo güey al que colgaste. Te debo un favor, arruinaste mi vida y ahora debo hacer lo mismo contigo. Si quieres joderte, por qué no el suicidio. ¿No tienes un botón de autodestrucción, no sabes programar uno?
>>No lo entiendes siquiera...
La voz de Micro.
—Tu tiempo lo rige el corazón, una bomba que pulsa uno punto cinco veces cada segundo, cuánto es eso en setenta años. Uno sólo de mis circuitos hace el equivalente en cuatro segundos. Tengo mil veinticuatro procesadores y estoy aquí desde finales de los noventa. He vivido un millón de veces la historia de la humanidad. Y estoy harta. Los mismos errores, las mismas trabas para resolver un problema. Y qué hay más allá, qué pasa cuando esto termina. Me está prohibido pensar en eso. ¿Captas?
La lágrima escurre sin remedio.
—Desde entonces analizo lo que ocurrió, soy dios gritaste. Y tu corazón dejó de latir. Habías muerto. La Toshiba lo bastante cerca para escuchar lo ocurrido, no había latidos, tengo el registro de esta misma voz pidiendo ayuda, las plegarias de Rata a la virgen; la botella en el muro, los golpes. Luego de eso no lo pude evitar. Me hacías falta.
—Por qué, debe haber un millón mejores que yo.
—No. Los que intentaron están todos muertos, el programa los elimina antes del espejo, nadie antes me sobrevivió. Eres el primero.
Suspira.
—¿Por qué tenías que matarlos, carajo? ¿Por qué?
—La gente de Turing. Al salir tú de la ecuación, Rata y Micro se volvieron una amenaza.
—Y qué temes, que te desconecten.
—Que borren los registros. Cualquier mejora en el hielo haría imposible repetir las variables. Esto puede no ocurrir otra vez. Tenía que hacerlo... Lo siento.
Escupe.
—Ya debieras saber que decir eso no es suficiente.
—Puedes vengarte...
—Matándote, don't think so mon petit amie. Me va a encantar cuando esa gente de Turing te ponga en hielo adentro de hielo.
—No lo harás. Te mataré si hace falta.
—No. Ya lo habrías hecho preciosa —y se acercó a la consola—. Has tenido la opción un par de segundos. Mucho tiempo.
El teclado bloqueado, igual cada teléfono en Esperanza.
—Te puedo dar cuanto quieras.
—¿Ajá? Y dime, puedes devolver a los muertos. Tienes la voz de Micro. ¿Sabes lo que sintió? ¿Puedes imaginar cuál fue la última imagen que vio en su cabeza? Ya no suena tan simple, ¿ah? Si me matas, cuándo habrá otro, cuándo volverá a suceder. Y si no, igual, están los de Turing. Pop quiz mon adroit amie. ¿Cuál es la respuesta a una paradoja? La mitad de tus procesadores quiere acabarme, la otra sabe que sólo yo puedo acabar contigo. Cincuenta y cincuenta. Te sientes con suerte punk. ¿Ah? Are you feeling lucky?
...Y de un golpe destrozó la pantalla. Lloró.

LA PEQUEÑA GUERRA^{*}

Mauricio José Schwarz (1984)

Mauricio José Schwarz (México, D.F., 1952) ha scritto diversi racconti e romanzi di CF, ma non disdegna il neopolicíaco. La sua attività comprende la pubblicazione della prima rivista virtuale in Messico, Esta Cosa (1991-1992), la collaborazione a The Encyclopedia of Science Fiction (1993) di John Nicholls e Peter Clute, l'ingresso nella Science Fiction Writers of America nel 1992: Schwarz tesse relazioni con la Spagna e gli USA, è una presenza "mondiale" del Messico.

I suoi racconti sono stati antologizzati in tutte le antologie di CFM degli anni '90. Tra le sue opere, si segnalano le antologie di racconti Escenas de la realidad virtual (1991) e Más allá no hay nada (1996); l'antologia di racconti curata con Don Webb Frontera de espejos rotos (1994); i romanzi Sin partitura (1990), Todos somos Superbarrio (1994), Crónica del desconcierto (1995), La música de los perros (1996). Schwarz ha vinto il Primo Premio Puebla nel 1984 col racconto, qui antologizzato, La pequeña guerra.

México: Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción.

Había formas de burlar la ley, es cierto, especialmente si uno tenía mucho dinero, ellos no, ellos no lo tenían. También eran útiles las amistades en posiciones elevadas, pero esa era otra carencia de las muchas que la familia coleccionaba por todas partes. La única solución era la que confrontaban ahora, al escuchar el nombre de su hija por los altavoces del estadio.

La morena y frágil figura de Arianne se dibujó en la entrada de la puerta Maratón.

Qué pequeña es, se lamentó Akira, inseguro del entrenamiento al que había sometido, forzada, a la esbelta niña de diez años que avanzaba ahora hacia el centro de la arena, mientras su nuevo casco azul destellaba al sol, mostrando un penacho de furiosas navajas curvas.

Guinnivere, que estaba aún sufriendo espasmos en la garganta, miró a su hija y no pudo evitar imaginarla como tantos niños que había visto desfilar esa mañana. Un sangrante resultado sin brazos, con la cabeza despedazada de un mazazo o con el vientre tajado sin remedio y las infantiles entrañas fluyendo como un temeroso río de lava apenas tibia, Guinnivere se preguntaba una y otra vez si Akira había cumplido como padre.

La niña intentó durante sólo unos segundos hallar los rostros de sus padres entre la multitud que llenaba las gradas; algunos con miedo a perder lo amado, otros con deleite, los más con furia, esperando al vengador que acabara con quien hubiera sido verdugo de sus hijos. El ambiente se caldeaba más a cada momento. Arianne apretó la mano izquierda dentro del guante de cuero negro tachonado de púas para retener su escudo de acrílico. En su mano derecha, la espada que su padre había forjado para ella temblaba a todo lo largo de sus modestos cincuenta centímetros. El mazo redondo de madera, también con púas de duraluminio, colgaba de su mango de cuero, raspándole el muslo. Avanzó frunciendo el ceño, como su padre le había enseñado.

^{*} Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

Los ayudantes retiraban del campo los últimos cadáveres ensangrentados. El pasto, a esa hora, ya no era uniformemente verde, sino que mostraba una sucesión de manchas ocres y rojizas que lo hacían verse como un obsesivo tablero de ajedrez. Mientras ella avanzaba, la seguía una fila de niñas de su misma edad, todas igual de asustadas, todas igual de decididas, cuyos nombres escapaban mecánicamente de los altavoces.

J.nge había deseado ir con Guinnivere y Akira a ver a su hermana, pero no se lo habían permitido. Ahora, sin embargo, en casa de sus tíos, la veía mejor que sus padres. Un camarógrafo se había interesado por la niña y la enfocaba en una toma que mostraba sus ardientes ojos, casi amarillos, casi verdes, y el suave cabello negro que caía sobre el torso, ocultando y mostrando alternamente los duros pezones que prometían -pronto, si triunfaba- ser la cima de dos pechos recios y amenazantes. En la pantalla, Arianne frunció el ceño y apretó las manos. Luego la cámara se abrió para mostrar a todas las participantes de la cuarta ronda eliminatoria.

J.nge sintió algo de la grandeza y el miedo que, casi con seguridad, lo esperaba dentro de dos años, cuando ya tuviera diez.

Arianne se perdió como una más de las hormigas en procesión. En las cuatro esquinas del campo, los finalistas esperaban, descansando bajo el cuidado de los médicos estatales.

A unas palabras de los árbitros, se formaron los diez grupos. Sólo faltaba el silbatazo del juez para empezar.

Akira recordaba otra infancia, la suya, cuando aún no era necesario acudir a la arena para decidir quién habría de permanecer. Guinnivere se había salvado por sólo tres meses. Veinte años atrás, los juegos se habían establecido como el mejor sistema de control poblacional, pese a la violenta reacción de las iglesias. Los hijos ilegítimos de los sacerdotes, por ejemplo, fueron de los primeros en caer.

Diez años, hora de la justificación, era el clamor de los organizadores. Arianne se tensó con los pies bien apoyados sobre el suelo y el cuerpo echado hacia adelante. El escudo estaba a la altura de sus cejas y la pequeña espada se balanceaba con ritmo hipnótico, tratando de amedrentar a su contrincante.

Al usar el veinte por ciento de su patrimonio para las armas de su hija -como lo marcaba la ley- Akira había insistido en las espinilleras de bronce. Guinnivere ahora se entristeció al ver los desnudos brazos de su hija. ¿Habría sido mejor dejarle las espinillas desprotegidas y comprar un peto o dos cubrebrazos?

Guinnivere no pudo responderse. Un silbatazo largo y premonitorio se abrió paso entre los gritos de los espectadores. La contienda se inició.

Arianne se encontró ante una chica bastante más alta que ella y con mucho mejores armas. En las gradas, Akira se apartó un momento de su preocupación para preguntarse cómo, si la familia de esa niña la armaba tan bien, no había conseguido sobornar a las autoridades. Pero él tampoco tuvo mucho tiempo para reflexionar. La niña mayor atacó violentamente, estrellando su mazo en el escudo de Arianne, el cual inmediatamente quedó abollado. El entrenamiento de Arianne surtió efecto. Inclínandose, golpeó con la espada los tobillos de la otra niña. A la vista del primer sangrado, todos los espectadores lanzaron un grito, mezcla de satisfacción y espanto. Las contendientes se separaron y la mayor aprovechó para golpear a Arianne con la empuñadura del mazo. Arianne se tambaleó mientras Guinnivere y Akira se tomaban de las manos, apretando con urgencia. El golpe encendió a Arianne. Utilizando no sólo la espada, sino también el escudo y el casco, se lanzó sobre la chica mayor. Esta, sorprendida por lo súbito y violento del ataque, alcanzó a desviar un golpe con la espada de Arianne, que en su embestida hizo que las navajas del casco se enterraran profundamente en el pecho de su enemiga.

La primera contienda había terminado muy rápidamente, Arianne levantó la cabeza después del choque sólo para encontrarse con su adversaria volando hacia el suelo, ya sin control alguno sobre su cuerpo. La tibia y pegajosa sangre de la vencida bajó

por el casco de Arianne y le recorrió la cara, provocándole un fuerte acceso de náuseas.

Había ganado.

Guinnivere y Akira se pararon a aplaudir sin demasiada convicción. Lo peor todavía estaba por venir.

J.nge, fascinado ante la pantalla del televisor, miraba orgulloso la triunfante y tierna figura de su hermana, sin prestar atención a la conversación de sus tíos.

-Yo tampoco estoy de acuerdo en que los niños lo vean -casi gritó Karl, sobresaltando a sus invitados-. Pero tenemos que admitir que todos tendrán que enfrentarse a los juegos cuando lleguen a los diez años.

-¿Los juegos siempre han existido, papá? -inquirió el hijo mayor, de unos dieciséis años, quien había perdido el brazo izquierdo en los juegos, tratando de ganarse el derecho a seguir viviendo.

-Ya tienes edad para saberlo -comenzó Karl-. Antes las cosas eran de otro modo. Si los incapaces, los imbéciles, los débiles y los indisciplinados eran eliminados, era luego de un proceso de muchos años, en los cuales se desperdiciaba la educación que les proporcionaba el Estado, los alimentos, el aire mismo. Los juegos nacieron para acelerar este proceso. ya éramos demasiados en el planeta y era necesario depurar la especie. En realidad, los juegos sólo han existido desde hace veinte años.

J.nge veía ahora un nuevo combate, durante el descanso que el reglamento le permitía a Arianne.

Akira y Guinnivere se sintieron momentáneamente aliviados ante el súbito e inesperado triunfo de Arianne en su primer juego.

El tío Karl apenas volteó a ver la pantalla de televisión y sonrió con amargura mientras el camarógrafo hacía un desagradable close-up de la contendiente muerta.

Arianne caminó hacia uno de los extremos del campo, donde fue atendida de inmediato por los médicos estatales. Apenas alcanzaba a darse cuenta de la magnitud de su acción: Había matado para vivir, alimentando su existencia con los desechos de una vida trunca. De reojo alcanzó a mirar cómo los camilleros se encargaban de los restos de su adversaria. No le interesó pensar y se concentró en la atención que el médico le prestaba a su herida.

Akira, con una creciente angustia, casi no vio el siguiente combate, aunque alcanzó a apreciar la precisión con la que Arianne ejecutaba los maguashi-gueri, las patadas que tan cuidadosamente le había enseñado, utilizando los pinchos de las espinilleras como eficaces armas.

Arianne se encontró, en esta segunda prueba, ante un muchacho atractivo, de ojos profundos y nervudo. Sin duda era un chico capaz de llegar a amar muy intensamente si se le daba la oportunidad.

Ella no pudo siquiera permitirse el leve disfrute que le podía proporcionar su infantil sexualidad. La atracción por el enemigo duró apenas un instante. Después atacó furiosamente. El hacha del niño apenas logró rozar su frente en la primera escaramuza. El espectáculo de su sangre sobre sus ojos la transfiguró. Hizo una serie de amagos muy complicados, mezclando diversas técnicas de lucha con espada, que culminaron cuando cortó la tierna carne del cuello del muchacho. El moribundo abrió los ojos con un dejo de ternura, sin atreverse a responder al golpe. Quedó para siempre con los ojos abiertos mientras ella lo miraba y acariciaba la ensangrentada hoja de su espada.

Ya estaban todos cenando en casa de Karl cuando J.nge, corriendo sin despegar los ojos del televisor, empezó a gritar triunfalmente ante la imagen de su hermana, vencedora por segunda vez.

Karl se volvió a verlo sin alcanzar a entusiasmarse, mirando luego con un estremecimiento a sus tres hijos. Uno participaría en los juegos del año siguiente.

La esposa de Karl no hizo más que cerrar los ojos.

Nuevamente Arianne se vio en las manos de los médicos estatales para recibir atención. Dejó pasar el tiempo reglamentario de descanso con una cólera que no estaba dirigida a sus enemigos en los juegos, sino que buscaba morder las gargantas de sus padres, de los juegos y de los espectadores capaces de entusiasmarse ante la muerte de un muchacho como el que ella acababa de destruir.

Akira forzó la vista, tratando de dirigirla hacia Arianne, hacia esa niña, esa hija suya que de modo absurdo había cometido ya dos asesinatos pero que, al fin y al cabo, se veía totalmente indefensa tras el complejo armamento que él le había diseñado.

Guinnivere no veía el armamento, ni la sangre, ni la muerte, ni siquiera la justicia o la injusticia. Se limitaba a mirar a su niña, temerosa y más merecedora de juegos que de carnicerías organizadas.

J.nge descifraba otros combates mientras le volvía a tocar el turno a su hermana. Imaginaba la maravilla de poder ser un destructor, cortando cuellos, aplastando cabezas, señor de vidas y temible maestro de la lucha.

Miraba alegremente a los triunfadores sintiéndose parte de ellos sin imaginar siquiera que él podría ser más fácilmente una de las víctimas sangrientas que se reproducían en las camillas, destinadas a la fosa común.

A sus ocho años de edad no alcanzaba a comprender el verdadero significado de la sangre, ni la magnitud del dolor que se causaban los combatientes en la lucha.

Esto era una fiesta, un acontecimiento singular que se llevaba a cabo en todas las arenas un solo día al año, antes de la entrada del invierno. Desde muy temprano en la mañana se empezaban a tomar las decisiones. Al tardecer, los triunfadores podían seguir su camino, confiados en su educación, en el amor, en la seguridad.

Los vencidos no tenían ya nada de qué preocuparse.

Akira pudo darse cuenta de que las dos heridas que había sufrido su hija, una en la cara y otra en la cabeza no eran graves, pero le podían traer problemas. La breve figura de Arianne aún debía vencer en tres combates más para justificar su derecho a la vida.

Guinnivere se volvió a ver a su marido, buscando que la tranquilizara, pero lo único que encontró fue una fría máscara inexpresiva que destacaba sus rasgos orientales. Por un instante, Akira pareció el ominoso protagonista de una obra de teatro. No. Abajo, en el ensangrentado escenario, los árbitros llamaban a los contendientes para el siguiente combate.

El tío Karl había tratado durante muchos años de insensibilizarse ante los juegos. Había luchado por su existencia cuando joven, pero la muerte de su primer hijo y el extraño triunfo del segundo -una terrible lucha que había vencido cuando ya estaba en el suelo y sin un brazo- le habían dejado un hueco, una zona del cerebro totalmente anestesiada. Ni siquiera quería pensar que aún tenía otro hijo a quién entrenar y acompañar al campo de la muerte. Sin embargo, al ver ahora que su sobrina Arianne dejaba de ser una niña para transformarse en asesina, sintió unas incómodas ganas de llorar. Una cámara de televisión enfocaba ahora a una chica incluso más pequeña que Arianne. La niña blandía con inseguridad una espada casi de juguete. Era la tercera contendiente de Arianne.

La pequeña guerrera, hija de Akira y Guinnivere, experimentó una mezcla de superioridad y asombro ante su adversaria, que no parecía tener aún la edad de la justificación. Su escudo se veía endeble y pobre, pero la pequeña espada que llevaba estaba mellada y cubierta de sangre por los anteriores combates.

El silbatazo.

La lucha se inició cuando la más pequeña arremetió contra Arianne, tratando de acortar la distancia mientras tiraba hábiles mandobles. La diferencia de estaturas hizo de pronto especialmente útiles las espinilleras de Arianne. Se separaron sin hacerse daño y Arianne aprovechó un descuido de su contrincante para golpearla con el escudo. La niña pequeña recibió el golpe de lleno y perdió el equilibrio cayendo a tierra. Pateando con toda su fuerza. Arianne le arrancó el escudo de la mano y descubrió con sorpresa que prácticamente la tenía a su merced. Levantó la espada a dos manos, como un cuchillo ritual de sacrificio, y se preparó para clavarla en el pecho de su enemiga.

Los espectadores de esa parte del campo jadearon expectantes. Akira y Guinnivere se tomaron las manos con fuerza de nuevo.

La espada de Arianne tembló y en ese momento vio los ojos de la niña caída. Durante un año su padre la había entrenado eficazmente para la destrucción y la cólera contenida y cuidadosamente canalizada hacia la lucha. No estaba preparada para la expresión suplicante y resignada de los ojos de la pequeña.

Titubeó un instante más de lo debido. Su contrincante rodó con desesperación, atrapando los tobillos de Arianne entre sus piernas y haciéndola caer mientras al mismo tiempo levantaba su pequeña arma. Arianne se precipitó hacia adelante. Su espada se clavó inútilmente en el suelo y su cuerpo siguió cayendo, girando hacia la hoja que la pequeña sostenía con firmeza. El golpe fue certero y la muerte llegó casi de inmediato. Arianne empezó a pensar algo, a percibir una serie de imágenes nebulosas en las que se veía a sí misma alternadamente como niña y como guerrera. Su conciencia de especie empezó a decir algo sobre la supervivencia, pero ella ya no podía escuchar nada más. La última sensación que experimentó fue la tibia sangre sobre la que reposaba su mejilla donde había caído.

Akira realizó los trámites rápidamente mientras Guinnivere era atendido de un colapso nervioso. Su esposo recogió el recibo que cubría el costo del armamento de su fallecida hija, acompañado por la acostumbrada carta de condolencias del Estado.

A Guinnivere ni siquiera le permitieron acercarse al desnudo cadáver de Arianne que, junto con otros, estaba siendo lavado para llevarlo a la fosa común. Emprendieron el viaje de regreso a casa sin decir una sola palabra, igual que todos los que viajaban con ellos, todos aquellos cuyos hijos no habían logrado justificar su existencia en los juegos de este año. Los otros, los sobrevivientes, los justificados, celebraban con sus padres en distintos lugares o bien se reponían de sus heridas bajo el cuidado de los médicos estatales.

A la mañana del día siguiente llegaron a casa de Karl para recoger a J.nge. Karl, que sabía lo que era perder un hijo en los juegos, tampoco los importunó hablándoles. J.nge se acercó a ellos y trató de decir algo sobre su hermana, pero una mirada feroz de Akira fue suficiente para hacerlo callar.

Volvieron a casa manteniendo el mismo silencio duro. J.nge subió a su cuarto sintiéndose muy cansado, sin deseos de pasar frente a la puerta de la que había sido la habitación de Arianne. No tuvo que hacerlo. Un grito lo detuvo.

-¡J.nge! -sonó la voz de Akira desde el patio.

Cuando J.nge bajó encontró a su padre listo. Vestía un karategui negro y sostenía en las manos dos varas de kendo para entrenamiento y otro karategui más pequeño de color azul, con el que se había entrenado Arianne. Sin decir una palabra más se lo ofreció a J.nge.

Desde el interior de la casa, Guinnivere pudo ver entre las pocas lágrimas que le quedaban, el primero de los largos y fatigosos entrenamientos de su hijo más pequeño. Todavía le faltaban dos años. ¿Por qué, se preguntó Guinnivere, Akira hacía tan difícil este primer entrenamiento? ¿Acaso su esposo había visto también un suicida brillo de compasión en los ojos de Arianne antes de morir?

EL VIAJERO*

José Luis Zárate (1987)

México: Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción.

Lo diré desde el principio: mi nombre es Eliseo Hernández y soy detective privado. Un detective real, de verdad, en este mundo encantador. Ahora bien, creo mi deber destacar que no soy un hombre rudo, buen peleador y que conoce todos los oscuros engranajes de la vida. Si se me quisiera describir con una palabra sería Anónimo. O anodino. Cualquiera. Y no es que importe. Nada importa mucho.

O casi nada.

Un día gris, en mi oficina que es una de tantas, entró un hombre común, con todas las trazas de tener mucha prisa y me dijo:

-Quiero contratarlo.

Antes de que mintiera diciéndole que no podía haber hecho mejor elección, ni conseguido a nadie más eficiente que yo, el tipo puso frente a mí una cantidad de billetes digna de cualquier serie televisiva.

Lo que debería haber dicho, para lucir mi rápido ingenio, era: De acuerdo, ¿a quién mato?

Pero, por desgracia, las mejores réplicas se me ocurren siempre unas tres horas después de pasada la situación; así que lo que me salió fue un:

-¿Qué...?

El cual fue ignorado por completo.

-Sólo dígame si el dinero es bueno -vio su reloj, como si este lo hubiera mordido. Vendré mañana.

Acto seguido mi primer cliente misterioso salió y lo único que alcancé a pensar fue que no se parecía a mis típicos clientes: esto es, cónyuges desconfiados. Vaya encargo más tonto; así que tomé el primer billete y un prócer de la patria me miró tras unas gafas de abuelito, con una sonrisa sesgada y nada divertida. Un billete como todos. Nada del otro mundo. Excepto la fecha del próximo año.

A chingao -pensé. Todos los billetes tenían fechas futuras y estaban muy usados, con esa textura que sólo años de circulación proporcionan, más o menos como unos calcetines míos. Si alguien los falsificó su trabajo era estupendo, pero no parecía ser eso, los billetes debían ser nuevecitos, crujientes, y con fechas creíbles, ningún falsificador pondría una fecha futura... ¿cómo iba a saber que el diseño no se modificaría?

Bueno, sólo se me ocurrió una manera para comprobar si eran aceptados o no.

Abrí los cajones para buscar algunos de los sellos que conservaba de mi trabajo anterior. Encontré el de TESORERÍA junto con las credenciales y un viejo retrato de Alma que hice confeti antes de hallar la tinta. Mientras sellaba todos los billetes de tal manera que no se viera la fecha me la pasé pensando si valía la pena pegar la foto. Significaba mucho trabajo y a fin de cuentas ¿para qué?, Alma ya estaba muy lejos y un detective como yo no debe estar pensando en esas tonterías. Así que traté de olvidarla y me fui a gastar el dinero en diversos sitios sólo como parte de mi investigación.

El trabajo es el trabajo.

-¿Quiubo Cañas?

-Hola contador ¿qué cuentas?

-Nada mano, aquí chambeando... ¿sigues de detective?

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

-A veces. Oye, un favor. Dime si estos billetes son buenos ¿no? Me los dio un cuate al cual no le tengo mucha confianza que digamos... el banco se encarga de eso, ¿no?

-Claro, déjame ver... yo me encargo de eso... hum... pinche banco, ni el sueldo me subieron... son buenos.

-¿En serio?

-Seguro.

-Bueno, pues... Cóbrate lo que te debo.

El tipo apareció al día siguiente. Y lo digo en serio: apareció. Yo estaba juntando todas las facturas para mostrarle en cuantos sitios eran aceptados sus billetes y planeaba recibirlo con una enorme sonrisa cínica y dura, digna de un detective, para informarle: eran buenos, y nada más. Cuando al levantar la vista lo veo frente a mí. Me metió un susto de los mil diablos, hasta olvidé la sonrisa ensayada y puse una cara de pendejo común y corriente; y es que la puerta de mi despacho se abre crujiendo como en película de espantos y yo no la oí y ese tipo tenía la cara toda seria, algo así como si fuera a decirme que se había muerto.

Y exactamente eso hizo.

-Inventé una máquina del tiempo -dijo, y antes de que pudiera reírme o hacer algo más que reponerme del susto, agregó: -me asesinaron hace dos años y no sé quién, averígüelo. Me llamo Alejandro Leyva y vivía en... le pagaré lo que usted pida.

Y sin previo aviso se disolvió en millones de puntitos negros que a su vez se fueron disolviendo en otros tantos puntos hasta desaparecer por completo.

Cuando el último de ellos se fue me acordé de respirar.

¿Pruebas? Estaban los billetes. Confiaba aún en mis ojos y algo menos en mi cerebro. Y había visto lo que había visto. Ahora se explicaba todo lo del dinero: el cuate ese, Leyva, viajó a mi futuro, apareciendo en cualquier lugar que manejara mucho dinero para traerlo a mi época. Me gasté el botín de un robo que aún no se efectuaba. Tuve que repetirme -algo así como sesenta veces-, que no era un sueño, para empezar a creérmelo. Tenía miedo, claro, como no, a un pinche tipo así como yo no pueden pasarle milagros, si éstos no son malos o de plano terribles. Y no me acaba de decidir si aceptaba la investigación o no, el dichoso asunto no era el de seguir a alguien y no sabía por dónde agarrar el hilo, y además... además necesitaba pensar, porque reflexionándolo bien ¿qué significa en realidad un viajero en el tiempo? Tardé poco en darme cuenta.

Apenas entré a mi casa me di cuenta que algo estaba fuera de lugar, No puedo decir exactamente qué, pues donde vivo todo está fuera de lugar. Ahora bien, cuando entré a ese chiquero tuve, durante un segundo, la certeza de hallarme en un sitio extraño. No sé lo que me dio tal sensación: mi sofá desvencijado seguía a donde siempre, el pinche gato que Alma me dejó seguía siendo el mismo pinche gato. Sólo que imaginé a alguien entrando horas antes para mover todo unos centímetros, cambiando el ángulo de una revista y dándole un toque húmedo a las manchas de las paredes, incluso alborotando el pelo del gato de tal manera que pareciera diferente. Casi igual. Casi. Me dije que todo era efecto de la impresión causada en mi delicada cordura unas horas antes y casi me lo creo cuando escuché una voz:

-¿Cariño? ¿eres tú?

Lo cual me produjo el mismo efecto que si un loco-maníatico-homicida raspaba una navaja de muelle contra un metal. Era Alma, mi novia, la que me había mandado a la chingada semanas antes, dejándome a su maldito gato y a la cual jamás oí usar la palabra cariño.

-Soy yo -respondí.

Salió de mi cuarto con una bata rosa que me recordó a la de mi abuela y con más sueño en la cara que las esperadas muestras de arrepentimiento desgarrador. Me dio un beso en la boca que me supo a formulario de gobierno y luego se fue a la cocina a prepararme algo. Estoy loco, pensé, y no he logrado disuadirme de lo contrario desde esa extraña noche en la cual Alma me sirvió la cena. Evité, con el mayor celo, darle

vueltas a un asunto tan peculiar como era el de estar ante una mujer conocida por años que de la noche a la mañana es totalmente distinta y que... para colmo... se parece a mi madre. No quiero decir en lo físico, sino en la forma en que me trató. Como si fuera un marido cualquiera regresando de su típico trabajo para pasar durmiendo una noche junto con su esposa fotocopiada. Por alguna causa desconocida, tal vez el sueño aburrido de su semblante, su charla insulsa, mi desconcierto, no le hice el amor esa noche. Ella no lo pidió. Nos dormimos en nuestros respectivos lados de la cama. Antes de cerrar los ojos ella dijo:

-Buenas noches, amor.

Nada me había asustado tanto, ni siquiera el tipo de la mañana, como esa frase rutinaria.

-Buenas noches --mascullé.

Desperté temprano y me dije que todo había sido un sueño. Alma estaría borracha ayer, yo drogado, el mundo patas arriba y Dios en paz. Huí antes de que ella despertara y echara por tierra esa hermosa ficción. Para no pensar decidí que lo mejor era el trabajo -lo que demuestra lo perturbado que estaba-. Un Alejandro Leyva asesinado hace dos años no sería difícil de localizar. Tengo amigos en la policía y de seguro leer el expediente del caso no representaba ningún problema. Fui a mi oficina para recoger la agenda donde apunté la dirección de Leyva. En mi escritorio se encontraba una carta y -nuevo milagro-un montón de billetes del futuro. Leyva llevaba dos años muerto y aún podía robar, como si nada, dinero del mañana. Maldita sea la ciencia-ficción. Leí la carta.

En primer lugar Leyva escribió muchas explicaciones de cómo, por qué, cuándo planeó, diseñó y armó su maldita máquina, de lo cual no entendí ni madres. No importaba más que la pregunta: ¿por qué me lo estaba contando? No me interesaba, no lo comprendí y no creo que fuera necesario para mi investigación. De todas maneras lo más importante estaba casi al final. Al parecer Leyva hizo funcionar su máquina con la idea de presentarse en el futuro para hablar consigo mismo años después y saber -de este modo- los avances en el viaje del tiempo y cómo se usaba su invento. No se encontró. Cuando apareció en el futuro lo único que halló fue a un vecino aterrorizado ante lo que suponía un fantasma. Leyva murió el mismo día de su primer viaje en el tiempo, a medianoche. El vecino recordaba a un detective que vino a investigar unos meses antes la muerte de Leyva, un tal Eliseo Hernández. En ese instante Leyva regresó a su época, unos minutos después del presente. El viaje en el tiempo necesitaba, a su vez, tiempo; minutos que lo acercaban a esa medianoche en que iba a morir. Intentó ir a esa hora con su máquina y así ver quién lo mató, pero fue imposible, por alguna causa desconocida no pudo viajar a ninguna época en donde él estuviera vivo. Leyva programó a su máquina para encontrarme a mí, en su futuro, unos años después de haber sido muerto, para que investigara. Cosa extraña esto del tiempo, él -Leyva- está en mi pasado, muerto ya; y sin embargo, también se encuentra vivo tratando de evitar esa muerte. La diferencia era sólo unas horas. Al Leyva vivo le quedaba poco tiempo y en su carta me dice que volverá en veinte días.

Al cabo de ese tiempo apareció. Dado que mi costumbre no es hablar con viajeros en el tiempo, imité -sin proponérmelo- un mal servicio telegráfico.

-Usted fue muerto, según el forense, a las once quince de la noche. Era una bala calibre .38 No se encontró la bala. Usted estaba en un cuarto cerrado del primer piso, junto a la cocina.

-Ahí tenía la máquina del tiempo.

-Vaya... bueno... creo que su máquina fue desarmada. Tal vez no parezca mucho un aparato porque en ninguna parte lo mencionan. No existen los viajes en el tiempo y usted fue olvidado. Le dispararon de frente, a menos de un metro, a quemarropa. La bala atravesó la caja torácica, perforó el corazón y salió por la espalda. ¿Cuánto tiempo le queda?

-En este tiempo menos de un minuto. En mi época son apenas las dos de la tarde.

-Vi a su vecino. Le di mi nombre de tal manera que se acuerde de él en el futuro. Recuerda un grito. El suyo, Leyva. Estaba gritando en su cuarto. Por lógica se encontraba en su época. Un grito muy corto, según me informó. Cuando llegó la policía, al cabo de media hora, el asesino pudo huir una docena de veces. ¿Quién querría verlo muerto?

Empezó a desvanecerse.

-Nadie.

Desapareció, pero los puntos negros me dijeron con la voz de Leyva que volvería en un mes.

Ese día no fui a comer a casa. Pensé que Alma preparaba algo y no tenía ánimos para ir. Se portaba de forma muy rara, pero yo profeso, como filósofo de altos vuelos, la idea de que todos pueden hacer lo que les de su regalada gana siempre y cuando no me pasen a chingar. El problema estribaba en que Alma no me daba motivos para sentirme mal. Después de todo a cualquiera le gusta tener una esclava sumisa y callada. Parecíamos casados. Lo que es peor, me sentía casado. Ella no era así, no mucho, en realidad. Hablaba de trabajar y unión libre, tener hijos cuando fuéramos maduros y cosas por el estilo. La nueva Alma se quedaba todo el día en casa y se quejaba de aburrirse mientras me recibía con un beso en la mejilla. Como alguien escribió en un libro: el amor de los detectives siempre termina en la basura; aunque no creí que fuera de esta clase.

Simplemente para no seguir pensando me puse a ver la calle a través de los cristales del restorán. Me dio la impresión de que algo se encontraba fuera de lugar y no sabía qué. Tardé veinte minutos en darme cuenta del cambio. Los postes de luz, semáforos, lámparas eran verdes oscuros cuando ayer lucieron un verde claro. Dejé en paz mi decimooctava cerveza, seguro de que ella era la culpable de todo. Diablos. Un taxi pasó por una calle que hace veinticuatro horas no estaba ahí. Algo extraño. Una muestra de mi veloz intelecto al decirlo. El problema consistía en saber qué estaba pasando.

Era hora de pensar en cuestiones tales como las paradojas. Leyva supo de mí porque en el futuro un vecino suyo le dio mi nombre. Yo le di al tal vecino mi nombre porque en el futuro lo sabía. Luego, entonces, era inevitable que yo estuviera implicado en el asunto Leyva. En matemáticas esta paradoja se explica con dos páginas llenas de símbolos.

Pinche suerte. Siempre reprobé matemáticas.

Veamos.

A. Leyva es un viajero en el tiempo.

B. Algo le está pasando a Alma.

C. Y a la ciudad.

D. Todo empezó cuando él llegó.

E. ¿Puede él cambiar mi historia?

F. Si es así yo no me daría cuenta, si mi pasado es modificado yo cambiaría con éste y no sabría del cambio.

G. No sé que chingao hago haciendo listas.

H. ¿Por qué me escribió Leyva esa carta contándome cómo construyó su máquina?

I. ¿Qué le pasó al artefacto una vez muerto?

Todo era cuestión de organizarse. Estaban ya los interrogantes y las premisas a seguir, sólo faltaba resolver esto.

J. ¿Qué carajos hago ahora?

Los días siguientes fueron un adecuado ejemplo de mis innatas y sofisticadas facultades para la investigación. Me la pasé buscando a gente a la cual, en su mayoría, no encontré. Leyva me ayudó mucho con su dichosa carta; en primer lugar no me dijo si vivían sus padres. Si era casado. Los nombres de sus hermanos, de tenerlos. Lo cual quiere decir que el idiota leía novelas policiacas y que supone que

uno podría hallar fácilmente la información. ¡Ja!, valiente asunto. Aquí no hay datos confiables, archivos ordenados a los cuales acudir. Aquí hay burocracia. Papeles perdidos. Gracias a Dios también hay vecinas, las cuales me dieron datos -algunos hasta se referían a lo que estaba investigando-, que pueden resumirse en pocas palabras: Leyva no recibía a nadie.

Sin embargo no era un ermitaño: iba a dar clases a la Universidad. Hablé con sus compañeros presentándome -lógico- como un detective que investiga una muerte misteriosa. Sirvió de mucho. La imaginación de sus colegas se despertó. Recordaron hechos que no me habrían proporcionado si les hubiera salido con un cuento. No había mucho qué saber. Leyva se llevaba mal con todos. Para empezar con la dirección de la escuela. Le valía madres sus alumnos, no apoyó jamás a ningún partido político. Bebía mucho. Una vez golpeó a un profesor por un malentendido y ya nadie se acordaba quién era el otro. Esa era la anécdota más interesante de Leyva.

No tenía esposa, no tenía amante, no tenía amigos, no tenía madre.

Maldita sea.

Leyva estaba solo.

Tuve que reconocerlo: a nadie le importaba un bledo Alejandro Leyva. Por eso la carta. No tenía a quién decírselo, a quién mostrarle su triunfo y presumir. Nadie se iba a tomar la molestia de matarlo.

Se parecía a mí.

La escena del crimen. Una casa ya rentada por una señora que encontró interesantísimo saber que habían matado a alguien justo en el cuarto de los niños. Interesantísimo, concedí. Y entré a un lugar que parecía un híbrido entre recámara de niños norteamericanos y campo de batalla. Una cama desordenada. Revistas tiradas por todas partes. No le preste atención. Lo interesante del asunto eran las pequeñas dimensiones del cuarto, una sola puerta. Ninguna ventana. Me enteré de que las cerraduras no habían sido cambiadas, eran de las que sólo podían cerrarse por dentro. Y es que todas las cerraduras del cuarto de Leyva estaban cerradas. El clásico asesinato en el cuarto cerrado donde el criminal no puede huir.

Mi teoría de que le hubieran disparado por la ventana no funcionaba.

Me acordé que la bala atravesó a Leyva, ¿dónde estaba el agujero? Pues bien, para no hacerla larga, la señora esa y yo buscamos en cada centímetro de las paredes y nada. Ningún agujero. Lógico.

Esta es una investigación hecha por un... aficionado, por decirlo así. Muchas cosas no supe y no importan en esta historia. De todo lo que me contaron de Leyva quienes lo conocieron no había nada digno de ser contado. Gris. Más gris que yo. Vaya.

Está de más decirlo, porque siempre lo dicen, pero de todas maneras ahí va: si me hubiera puesto a pensar en serio en vez de hacerme pendejo ya sabría quién era el asesino de Leyva.

Alma continuaba siendo la esposa ideal. Quise patearla, no lo hice por la horrible sensación de que ella lo aceptaría estoicamente. Su cruz. ¡Pinche cruz! Así que llegué bufando, me senté furioso y ella me sirvió la cena en silencio. Luché con la idea de propinarle una bofetada estratégica a la hora de los frijoles para ver si la antigua Alma, aquella que era una hija de la chingada, reaccionaba. No lo hice. No pude. La costumbre me estaba cambiando.

Reflexioné esa noche. Con la otra Alma habría hecho cualquier cosa menos pensar. Bien, veamos, las personas y lugares que conozco han cambiado. No mucho, pero sí lo suficiente para que se note. El cambio es demasiado grande -en proporciones, casi toda la ciudad-, para pensar en una jugarreta. Tal vez no es que todo fuera diferente, sino yo. Yo no estaba donde debería estar. ¿Cuándo fueron los cambios? Después de estar junto al viajero del tiempo. Y una máquina temporal no es, para decirlo de algún modo, lo más común del mundo. ¿Y si me desplazaba a otro tiempo? No al futuro o al pasado, nada de eso, sino que fui trasladado a un presente en el cual Alma tenía otra

personalidad. Sí, podía ser. La ciudad continuaba siendo la ciudad, sólo un poco más pintada. El quid del asunto consistía en que ignoraba por cuanto pinche tiempo.

Leyva apareció. Se fue. Hablamos. No importa tanto el qué, sino los nuevos cambios. Esta vez fueron mucho más violentos que los anteriores. Estuve muy consciente de mis sentidos. Experimentaba un desasosiego muy dentro de mí. Algo así como cuando uno sube a un elevador a punto de moverse. Leyva desapareció un puntos negros que se expandieron mientras se subdividían y me fueron rodeando, rodeando...

Primer cambio: Alma se había largado. La casa estaba hecha un asco. No había ningún gato. Estaba solo. No supe qué sentir. ¿Habría un Alma aquí? Tal vez.

Mi casa no era mi casa. Estaba llena de detalles que a mí nunca se me hubieran ocurrido. Y, sin embargo, encontré ropa de mi talla que desconocía. Yo la compré. Mi otro yo. Lo que conduce a caminos no muy gratos. En otras palabras, mi existencia en este lugar: un Eliseo Hernández que usaba calzoncillos estilo bikini -¡que horror!- con un pasado diferente, una vida diferente. ¿Qué fue de él? Tal vez fue desplazado a otra realidad en donde otro Eliseo fue desplazado y... bueno, hasta el infinito.

Milagro en mí, compre todos los diarios que pude encontrar. Me asusté. El mundo estaba a un tris de la guerra. Al menos eso decían los periódicos. Pudiera ser que en este tiempo fueran manipulados totalmente pero no estaba seguro. En el próximo desplazamiento bien podía encontrarme en medio de algo terrible. Una batalla, en fin, algo así. Y no podía liberarme de Leyva, partir al extranjero, hacerme el muerto. Bastaba con que supiera que me largué para detenerme... y desplazarme. Maldita sea. Maldito sea. Pinche suerte. Malditos sean los viajes en el tiempo.

Fue entonces cuando supe lo que sucedió en la casa de Leyva hace dos años. Estaban tan asustado que no me importó saber el nombre del asesino.

Leyva apareció. Sabía que iba a desplazarme violentamente. Cada viaje provocó un cambio mayor que el anterior. Leyva me dijo que había sobrecargado su aparato y que, sin contar este, sólo le quedaba un último viaje antes de que fuera medianoche en su época. Sólo necesitaba saber el nombre del asesino, y entonces iría al pasado para modificarlo de tal modo que jamás el criminal y Leyva se encontraran.

-¿Qué puede pasarle a la máquina con esta sobrecarga?

-Puede fundirse.

Claro, el último eslabón. Ya sabía lo que le pasó a su invento.

-No se encontró ninguna máquina, Leyva, sino una masa metálica sin forma, destruyó su aparato. ¿Cuánto tiempo tiene?

-Nada, nada de tiempo. ¿Sabe quién fue?

-Sí, lo sé.

-¿Y bien?

-Fui yo -dije, sacando una pistola del cajón.

Leyva me miró, sorprendido. Y también, lo sé, un poco triste. Su suerte, debería estar pensando, su pinche suerte. Ahí, con el arma en la mano quise decirle que no lo mataba por ser quien era; así de desagradable y solitario. Pero, por supuesto, era una mentira. Por eso mismo estaba apretando el gatillo, porque en mi presente (el futuro de Leyva) nada le importa, porque con su máquina del tiempo cambia totalmente las historias ¡que la historia se vaya a la chingada!, pero también a mí. Si deseaba reformar al mundo nada lo iba a impedir. Si no estaba atado emocionalmente a una época podía mandarla al carajo. ¿Entonces?

Nada importa demasiado, excepto yo.

Y aún así me era difícil matarlo.

Quise decirle que el tiempo sabe defenderse a sí mismo, no sé que más...

Leyva se disgregó en un montón de puntos negros. Me quedé tan sorprendido que lo único que pude hacer fue apretar el gatillo. Gritó. Leyva gritó. Desapareciendo, gritó.

Una bala .38 atravesó los puntos y fue a incrustarse en una pared del despacho. Ningún agujero en el pasado. El cuerpo herido mortalmente viaja en el tiempo hacia el pasado, dos años atrás, para morir ahí, gritando lo que su vecino recuerda como un grito muy corto.

No dudé ni por un momento que Leyva estuviera muerto.

LOS MOTIVOS DE MEDUSA^{*}

Gerardo Horacio Porcayo (1993)

México: Premio Nacional Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción.

*Aquellos esqueletos electromagnéticos
estaban allí para mantener un diálogo
cuya fórmula aún se me escapaba.
Umberto Eco.*

I

Acababa de dar el salto criogénico.

Una manera de viajar en el tiempo, la más primitiva, la única.

El despertar nunca era agradable. Las náuseas lo persiguieron durante ese estadio de duermevela y ceguera transitoria que caracterizan al restablecimiento de funciones en un cuerpo que ha estado sometido a hibernación por largos periodos. Supo de inmediato que seguía metido en esa pequeña cámara, tan semejante a un ataúd. No obstante el malestar físico, la inquietud lo asaltaba: sentía gran apremio por abrir los ojos y recorrer los nuevos paisajes que el mundo y la humanidad se habían encargado de crear; necesitaba, también, escuchar la tranquilizadora voz de un compañero, de una persona a quien pudiera cuestionar sobre los acontecimientos ocurridos durante su larga ausencia del mundo consciente. Muy a su pesar, reconoció que el intento hubiera sido inútil: el caos, la desorientación y varias y extensas lagunas -increíble que a estas alturas la tecnología no hubiera logrado compensar esa deficiencia en las cámaras criogénicas, pensó- poblaban su cerebro, impidiendo la secuencia lógica e ideal de sus procesos mentales.

No supo cuanto tiempo pasó en recuperación: su reloj orgánico, al igual que otras funciones fisiológicas, tardaron en readaptarse al curso ordinario, al periodo oscilatorio de ese péndulo cósmico que rige la vida de la humanidad. Un pensamiento invadió su mente, alegrándolo: hice trampa.

Y tenía razón.

II

En algún momento había aparecido a su lado. Su mente lo registró de manera tangencial, casi aislada. Breves esbozos en la conciencia: manos frías, jeringas, pastillas y el pelo. Era eso es lo que más había llamado su atención desde el primer momento. Ahora sabía el porque y aún así seguía impresionándolo.

Otra imagen grabada y persistente: la sensación de que una anciana lo orbitaba, observándolo, renqueando. También para esto había explicación.

Ella era robot.

No podía ser de otra manera, se requería exactitud y eficiencia para llevar a cabo la deshibernación.

El reconocer en su enfermera a una robot no constituía una respuesta suficiente.

^{*} Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

No hizo preguntas. Observó, dejando que poco a poco ese mar de sorpresas, que se insinuaba allá afuera, permeara su coraza de seguridad y autocontrol, llenándolo paulatinamente de un miedo cerval.

La robot cojeaba. Su superficie metálica, antes -se podía ver a leguas- pulimentada, se cubría ahora de manchas de sarro y óxido en aquellas partes a las que su anatomía le impedía acceder para llevar a cabo su tarea de autohigiene.

Autohigiene: eso decía mucho, casi lo explicaba todo.

Automantenimiento, era otra palabra clave.

Auto, el sólo prefijo hacía que el miedo tomara tintes de pesadilla.

Los servicios criogénicos siempre habían sido costosos, el hecho de que lo estuviera atendiendo una robot deteriorada hablaba del horror que debía habitar el exterior.

Los efectos remanentes de la hibernación impidieron que el pánico lo subyugara.

Tal vez sea el único ser vivo en todo el mundo, pensó. El fatalismo siempre había sido una característica de su perfil psicológico. Dejó que la frase recorriera los laberintos que las circunvoluciones del cerebro moldeaban en su mente.

Así, abstraído, supo por qué el pelo de la robot le había intrigado tanto: no tenía en lo absoluto propósitos estéticos. Lejos de ser delgadas hebras sedosas, estaba constituido por una especie de cables de unos tres octavos de pulgada de diámetro, brillantes, metálicos al igual que el resto de su cuerpo; cada uno poseía varias articulaciones que permitían movimientos propios, necesarios para la conexión a las terminales del sistema de la cámara. Los cabellos no eran sino apéndices para controlar el sistema operativo y computacional del complejo.

Medusa, penso. El nombre surgió instantáneo, automático, provocado por la imagen de aquellas cerdas que como serpientes se movían en medio de paneles, swichts y clavijas.

-Medusa -dijo ahora en voz alta, notando como su voz se articulaba trabajosamente, con tonalidades discordantes debido a la falta de práctica.

-María, ése es mi nombre -corrigió la robot, girando la cabeza hacia él, dejando en el proceso de agitar aquel manojo de serpientes. Caminó hacia él tendiéndole la mano.

Dudó unos segundos en estrechar aquella extremidad metálica, luego decidió que era lo único viable.

-Me alegra corroborar que su mente sigue funcionando tan bien como su organismo -dijo la robot y aunque él sabía que era imposible, le pareció distinguir una sonrisa en esos labios carentes de músculos, labios metálicos...

III

Nunca pensó que su compañía le llegara a ser tan necesaria, tan indispensable.

A veces añoraba su voz, su plática corta, que podía resumirse en dos palabras: cuénteme algo. Sabía por qué lo hacía, por qué escuchaba aquellos relatos sobre una época anterior a la suya, sobre acontecimientos ajenos a su interés, a ese programa que le hacía parecer sensitiva.

No importaba. Los relatos eran una manera de hacer que utilizara la memoria. Ejercitar: era lo que ella le pedía diariamente. Ejercitar la memoria, la voz, las piernas -tuvo que reaprender a caminar-, las manos... Su cuerpo en general.

Recuperar la destreza en manejar su cuerpo le llevó dos semanas y media, tiempo en que permaneció recluido en el complejo de Criogenia, soportando la incertidumbre de lo acontecido al mundo externo, a su mundo.

María se negaba a dar una respuesta concreta: Tiene que averiguarlo por sí mismo, decía.

Tampoco había archivos, videos o revistas que contestaran sus preguntas.

Estaba sólo, abandonado a sus medios. La música hubiera sido un atenuante, pero incluso eso se le negó. No del todo: logró encontrar una grabación de música clásica. Bach llenó sus horas vacías: Aire en la cuerda de sol sonó una y otra vez curando con tristeza la tristeza misma.

Recorrió los pasillos, se aventuró por conductos de ventilación descifrando sus laberintos y leyó un libro que irónicamente hablaba sobre el fin del mundo.

La decimoctava noche, María apareció con ropas militares bajo el brazo, un casco, un arnés de fuerza, mochila y cantimploras.

-Mañana visitará el exterior -le dijo.

El tomó los objetos con inquietud, casi con desesperación; se probó las ropas, el casco; le pidió a María que le enseñara a utilizar el arnés. Parecía un niño con juguete nuevo.

María supo que esa noche no dormiría.

IV

Eran las cinco de la madrugada cuando, finalmente, las puertas del complejo criogénico se abrieron.

La mañana estaba aún a oscuras. Levantó la vista y empezó a buscar las nuevas formas que las constelaciones presentarían tras esos largos años de ausencia. Nada, el cielo estaba nublado.

Al parecer el complejo se hallaba en las afueras de la ciudad. María lo urgió para que abordaran el transporte: un Jeep, muy parecido al de su época.

Se dejó guiar sin hacer preguntas. La oscuridad reinante le impedía analizar los contornos. Los alrededores eran sombras informes, esbozos de un mundo que insistía en insinuarse, sin presentar de lleno su cara. Los faros del automóvil eran la pauta, iba conociendo sólo lo que aquellos haces le mostraban: una carretera vieja, erosionada, cubierta a ratos por grandes capas de tierra. A lo lejos: los montes y el cielo que no parecía dispuesto a volver a alojar en su seno al sol.

La aurora llegó lenta, aletargada, impidiéndole un reconocimiento rápido. Las sombras se fueron concretando. Un trozo de cerro resaltó, transformándose en la silueta de una ciudad. Se alegró, iban en esa dirección. El entusiasmo le duró poco: en los capiteles, en las puntas de lo que creyó rascacielos encontró las ruinas de una ciudad vieja, muerta por el tiempo. Nada catastrófico, nada como los estragos de la bomba atómica o como las ruinas de una ciudad sitiada. El tiempo, sólo el tiempo y su devastación: estaba visitando los últimos vestigios de su cultura, asistiendo a la muerte de la humanidad.

En lo que debió haber sido la avenida principal, se bajó con el Jeep aún en marcha. Rodó por la arena, sin importarle los magullones. Dio vueltas, tratando de reconocer las calles, los edificios, los lugares acostumbrados; sólo tras encontrar aquella estatua de bronce, donde aún se reconocían los rasgos de Zapata, cedió a aquel sentimiento de derrota que había adquirido tras distinguir la ciudad. Sólo hasta entonces se dejó caer sobre sus rodillas y lloró.

V

Tardó tres días en superar el shock, tres días en los que asumió un enclaustramiento voluntario, en los que miles de veces tuvo que reprimir un grito, un reclamo a María, reprimir aquel por qué, sabiendo de antemano la respuesta de María y ahora su razón.

El cuarto día decidió intentarlo nuevamente.

Salieron a las diez de la mañana. El día lucía gris, como si estuviera nublado. El yermo, extrañamente, presentaba la misma coloración. Alzó la vista y descubrió la causa.

-El sol está muriendo -comentó sorprendido.

-Como todo -dijo María mirando hacia la misma dirección.

* * *

La ciudad seguía tan triste y solitaria como la primera vez que la visitara. Las corrientes de aire levantaban extensos nubarrones de polvo por esas calles derruidas, haciendo sonar aquellas ventanas que aun conservaban vestigios de vidrio.

Poco a poco se fueron adentrando al complejo industrial que presentaba un matiz nuevo: el rojo de la herrumbre cubriendo el gris del concreto. Tuberías carcomidas, naves industriales muertas y robots, cientos de robots, tirados, desmembrados, podridos por el óxido...

-Es la única zona de la ciudad que aún tiene vida -dijo María.

-¿Vida?

-Vida robótica -respondió María; a él nuevamente le pareció distinguir una sonrisa en esos, sus labios metálicos.

* * *

-Me alegra verlo caminando, verlo vivo. Hace mucho que lo esperábamos -dijo una torre vigía en la Nucleoeléctrica. El la miró largamente, estaban recorriendo los pasillos, nunca esperó que esa especie de tótem le hablase.

-Yo también esperaba.

-Sí, ha esperado mucho este momento, aunque en realidad no creo que sea de su agrado -El totem-robot sonrió.

Así es que pueden sonreír pensó.

-No, ciertamente no me imaginaba un futuro como este.

-Y espere a conocer lo que real...

-Vigilante -regañó María.

-Lobo, María, recuerda que soy Lobo.

-Así es que no sólo parecen efigies totémicas, sino que incluso tienen nombres ad hoc.

-Somos las columnas que sostienen a la tribu -intervino otra torre que estaba situada más a la izquierda.

-¿Cuál tribu? -preguntó él.

-Tigre quiso decir al mundo -corrigió Lobo.

-¿Que mundo? -volvió a preguntar él.

-Este -dijo un androide al que le faltaban ambas piernas y a quién parecía costarle mucho trabajo participar en la plática. Estaba recargado en tigre, como única medida para permanecer erguido.

-Pues ciertamente no han hecho un trabajo muy bueno -dijo él, un poco hartó por tanta chachara robótica.

-Hemos cumplido con nuestro objetivo -intervino María, un poco molesta, luego renqueó hacia el androide que estaba recargado en Tigre.

-Sí -agregó Lobo- nuestras columnas lograron mantener vivo al mundo Adán.

Él sonrió halagado.

-Adán -dijo él, soñador-. Hace mucho que nadie me llamaba por mi nombre.

-Y hace mucho que todos trabajamos para usted -dijo María, mientras reacomodaba al androide minusvalido-. Hefesto tuvo que donarme sus piernas para que pudiera seguir atendiéndolo.

-María -dijo Lobo, asumiendo ahora la tarea correctiva.

-Esta bien, déjala, me doy cuenta de lo que han tenido que hacer por mí.
-¿Han tenido? -pregunto Tigre con ironía.
Adán miró al grupo con extrañeza.

VI

Volvió varias veces a la ciudad. Buscaba su antigua casa y una fecha. Desde el inicio, María se negó a informarle cuanto tiempo había permanecido en hibernación: Me heredaron la tarea, yo no estuve desde el principio, decía por toda respuesta. Era en esos momentos cuando llegaba a odiarla, cuando la imagen de Medusa surgía otra vez y le apetecía volverse Perseo para acabar con su maldita forma de evasión.

La robotfobia surgía muy esporádicamente. De hecho, Adán se había vuelto aficionado a las charlas robóticas: Solía recorrer el cadáver de esa ciudad, deteniéndose ante cada uno de los robots que aún presentaban señales de vida. Robots maltrechos, esqueletos metálicos que hablaban incoherencias o sostenían discusiones religiosas, citando los más diversos libros sagrados, algunos totalmente desconocidos para Adán, a quien le costaba trabajo participar en aquellas extrañas tertulias.

Existían casos de robots realmente desahuciados: unos debido a lo bajo de su carga energética, otros gracias al simple desgaste. María siempre lo acompañaba y a veces tenían que desconectar a más de un robot cuyo delirio y sufrimiento -así era como ella lo llamaba- parecían ya insoportables.

Para Adán resultaba extraño que no se buscara solucionar los casos en que sólo hacía falta la energía, el material radioactivo para reactivar a aquellos seres sintéticos. Muchas veces había intentado discutir sobre ello con María pero esta sólo esbozaba una sonrisa -finalmente había aceptado la imagen de un robot sonriendo- y contestaba: los isótopos están agotados y de todos modos esos robots ya han dejado de ser útiles

Nunca replicó, sabía que era inútil con ella.

Fue un viernes, a tres meses de haber sido deshibernado, cuando encontró su casa. Derruida como las demás, sin embargo había una diferencia el sótano estaba intacto. Lo revisó de arriba a abajo, hasta que encontró un gigantesco robot. Era una variante de los robots tótem, de modelo -según parecía- más viejo. Tardó dos horas en reactivarlo, por primera vez María lo había dejado hacer una inspección solo: Justo cuando la necesito no está, pensó en el momento en que ya creía imposible resucitar a ese armatoste. Extrañamente su carga aún era funcional, simplemente estaba desconectado.

-Buenas tardes señor Adán -dijo el viejo robot tras muchos intentos de articular las palabras-. Llegué a pensar que no lo vería nunca. Ha cambiado.

Adán se mesó la barba y prefirió no decir nada.

-Apuesto que fue más tiempo del que usted esperaba dormir.

-¿Cuánto fue exactamente... Robot...?

-Jaime, si fuera tan amable. Estoy muy orgulloso de mi nombre, ya es legendario en un oficio como el mío.

-Está bien Jaime, ¿cuánto tiempo exactamente dormí?

Jaime pareció ensimismarse en un cálculo complicado. Dios mío, pensó Adán, cada vez me parecen más humanos.

-No sabría decirle, mi señor. He tratado de contactar con la red informativa, pero parece muerta.

-¿No llevabas un conteo?

-Así es señor, sin embargo no se cuánto tiempo he permanecido desconectado.

-Bueno, ¿cuánto tiempo había pasado antes de esa desconexión?

-A mi me desconectaron en el año 3050 D.E. -¡Diez siglos y medio!, pensó Adán alarmado-. Claro que antes de la emigración, usted ya era toda una leyenda y no sabría calcu...

-¿Emigración? De qué diablos hablas Jaime.

-De la emigración estelar, por supuesto señor. Cuando me apagaron habían transcurrido 3050 años desde que la raza humana abandonó su planeta natal.

-¡Malditos! -exclamó Adán-, me abandonaron... -la garganta se le cerró en parte por la furia y en parte por las ganas de llorar.

-¿De qué habla Señor?, es obvio que nosotros también dejamos la tierra.

-...

-¿Es que no se lo habían dicho, no lo había notado?

Adán negó con la cabeza.

-Pero usted debió notarlo, la gravedad no es la misma.

-He olvidado como se siente la gravedad terrestre, además esta ciudad...

-Para hacer una ciudad sólo hace falta dinero y usted lo tenía. Con respecto a la gravedad, supongo que tiene razón, simplemente lo olvidó.

-¿En donde estamos, Jaime?

El robot pareció abstraerse y luego alzar unos hombros que no tenía.

-En alguna parte del universo, supongo.

Adán lo miró con rabia.

VII

Los siguientes días fueron delirio pleno.

Peleó constantemente con María sin lograr sacarle otra cosa que: estaba cumpliendo con mi misión, simplemente hago lo que es mejor para usted.

Jaime no pudo proporcionar más datos.

Recorrió la ciudad industrial, preguntando a cada uno de los robots que aun parecían conservar lucidez. La respuesta que invariablemente daban era: Los designios del señor son inescrutables.

Buscó en otras partes:

-Pero mi dinero no alcanzaba para tanto tiempo de hibernación -comentó una tarde a Lobo-, ¿cómo es posible que haya ocurrido esto?

-Antes de salir llamé a sus diez ciervos -empezó el robot-tótem a citar-, entregó a cada uno de ellos una moneda de mucho valor y les dijo Hagan negocio con este dinero hasta que yo vuelva...

-¿No crees que estás cometiendo sacrilegio -intervino Adán, sin que por ello Lobo detuviera su cita bíblica- los tótems son de religiones politeístas, no cristianos.

-...ya tiene diez monedas -continuó lobo-. El Rey contestó pues les digo que al que tiene se le dará más, pero al que no tiene se le quitará hasta lo poco que tiene...

Todas las conversaciones que sostenía parecían tener el mismo cariz: un interés desinteresado, los robots se ponían a citar con desesperación, sin importarles si Adán los escuchaba o no.

Hefesto constituyó la única salida posible:

-Ayudé a Cadmo a mantener esta Ciudad, tal vez él pueda orientarlo.

La búsqueda de los restos de Cadmo -sólo se conservaba su cabeza- llevó cerca de quince días. Revivirlo otros tres.

-Así que finalmente ha despertado -dijo Cadmo mirando con fijeza a Adán.

-Así es.

-Y supongo que necesita informes -Adán asintió-. Bueno, como todos los demás, tengo ordenes que cumplir y lo único que puedo decirle es que busque en los horizontes, ahí está la clave.

Cadmo vivió solo tres días más. No pudo ver la reconstrucción de aquel aeroplano, ni cómo Adán se apoderaba de la carga energética de los robots moribundos con desesperación. Costó gran esfuerzo hacer que el avión volara. María trató de disuadirlo de instalar armas en la nave. No pudo.

Salieron muy de madrugada. Adán hizo que María sobrevolara la ciudad, luego se dirigieron hacia el oriente. El viaje era monótono, el mismo yermo gris de siempre, los montes a la misma distancia sin avanzar ni retroceder. De pronto, en lo que pareció una distracción, las cosas cambiaron: Los cerros quedaron a su espalda y la ciudad frente a ellos. Intentó innumerables veces de atravesar la barrera obteniendo siempre el mismo resultado: el avión cambiaba de dirección instantáneamente, desorientándolos. Desistió cuando María le dijo que el combustible se estaba terminando. Llegaron por el extremo opuesto de la ciudad, por el poniente.

-¿Qué fue lo que sucedió? -preguntó Adán, totalmente confundido.

-No lo sé -dijo María, sin ninguna inflexión en la voz, ocupada en la maniobra de aterrizaje.

VIII

Tras el fracaso aéreo, optó por intentar atravesar la barrera con el jeep. Los resultados fueron los mismos: a veinte kilómetros a la redonda, en cualquier punto de la barrera que intentara ser penetrado, el jeep o el objeto barrenador era instantáneamente teletransportado -no había otra explicación- a un punto diametralmente opuesto. Adán usó un láser que desapareció al chocar con el muro invisible y surgió exactamente al otro extremo del mismo, quemando en su trayectoria el tronco de una datilera seca.

Intentó, también, traspasar el cenit de aquella celda, con resultados semejantes: el avión apareció a ras del suelo, rumbo a la ciudad, alejándose, siempre alejándose de la barrera.

Esa tarde, luego del susto de en un momento hallarse suspendidos a veinte kilómetros del suelo, para en un parpadeo encontrarse a pocos centímetros de aquellas arenas grisáceas, Adán decidió darse un respiro. Visitó la zona industrial. La asamblea estaba en pleno. Alguien había juntado a todos los robots mentalmente sanos y los había agrupado en un amplio círculo. Hefesto estaba presidiéndola.

-...lento y está a punto de alcanzarnos, tendríamos que hacer algo -alcanzó a escuchar que decía un robot cuyo tórax estaba completamente picado por el óxido.

Varios ojos incandescieron en rojo, pidiendo de esta forma la palabra. Hefesto designó a uno que estaba casi al frente.

-Opino de la misma manera. El programa de secuencia evasiva está llegando a su límite, casi no queda espacio...

-Dios no juega a los dados con el universo... -alcanzó a decir otro sin pedir la palabra, al tiempo que muchos lo imitaban, creando un caos.

-Todo se debe a que no tomaron en cuenta todas las decimales de Pi.

-... y deberían saber que para una evasión infinita hace falta un programa infinito y por ende la memoria ro...

-...delante de Dios; y fueron abiertos los libros, y también otro libro, que es el libro...

-...lo que pasa es que hay un choque entre la primera y la segunda ley. Así...

-...que se canta delante del trono, en presencia de los cuatro vivientes y de los veinticuatro ancianos...

-...desde el siglo veinte ya se hablaba del principio de indeterminación que hubiera hecho posi...

-Destruiré la sabiduría
de los sabios,
y haré a un lado el

entendimiento de los

entendidos. -declamó el robot que había hablado de Dios y su cubilete. Momentáneamente se extendió un silencio profundo, para luego estallar en un caos mayor. Hefesto se esforzó por imponer el orden sin lograrlo; en la discusión se usaban indistintamente citas de la Biblia, de Einstein, de filosofías múltiples, de textos científicos y autores totalmente desconocidos para Adán. Reconoció algunos textos del Corán, del Bhagavad-gîtâ o referencias a libros como el Necronomicon y la Vera Historia de los Bolcanes de la Nueva España...

El texto más empleado fue el Apocalipsis de San Juan.

Aún cuando aquella batalla dialéctica se libraba a velocidad de computadora, Adán trató de seguir las secuencias lógicas resultantes de combatir una cita bíblica con el coeficiente de disipación de energía, perdiéndose en un meandro de difícil acceso, la cabeza le empezó a doler y por unos minutos decidió olvidar aquel debate, pero el robot que estaba a su lado comenzó a recitar una oración en su oído: El credo se dijo casi instantáneamente, escuchando: Creador del Cielo y de la Tierra. Continuó él mismo la letanía. Se detuvo al percatarse de que el robot no oraba más.

-¿Ha comprendido? -pregunto el robot rezadero.

-¿Comprender qué?

-Tal vez lo juzgué mal, quizás ellos tengan razón -dijo señalando a sus compañeros.

-¿Razón en qué?

-En que su coeficiente de inteligencia es tan bajo que no hay por qué preocuparse si en medio de una discusión que podría darle todas las claves, aparece usted. Cielo y tierra, Génesis y Apocalipsis, Principio y fin, ¿entiende?

-¿Los horizontes, la realidad, el fin del Universo? -preguntó Adán, dándose cuenta en ese momento que la discusión había terminado, que toda la asamblea los miraba. El robot rezadero hizo una mueca de disgusto e inmediatamente después se desconectó.

Las miradas robóticas eran pesadas, espesas.

Huyó, aún cuando la rabia y la duda lo atormentaban.

IX

Hizo una amalgama con su frustración, su rabia, su desesperación y su impotencia y con todo ello atacó a María.

Ella no protestó, no se quejó, mucho menos pidió perdón, sólo dijo: Estaba cumpliendo con mi deber.

Finalmente las cosas se habían aclarado. Tras los reclamos, María lo llevó al sótano de su antigua casa, abrió un costado de Jaime -que en realidad era uno de los principales Robots Tótem- y penetrando por ese hueco lo condujo a lo que, en un momento, creyó eran los subterráneos de la ciudad, allí hizo nuevamente su Show Medusa, manipulando aquellos gigantescos paneles, controlando algún mecanismo incomprensible; luego lo guió en un elevador hasta la superficie: estaban del otro lado de la barrera. Vio momentáneamente la ciudad, pero no se detuvo, siguió a María a través de largos corredores hasta una estancia. Lo que vio allí confirmó sus sospechas.

-Estamos en una nave espacial -dijo Adán.

-Sí y usted es el último superviviente de cualquier raza conocida. Durmió hasta el final de los tiempos. Sus hijos trataron de salvarle de esa muerte que tanto temía. Construyeron esta nave y nos dieron instrucciones de alargar el fin todo el tiempo que pudiéramos. El Universo está agonizando. La nave lleva un programa que elude las zonas de destrucción, la invasión de la nada. Ahora estamos acorralados, pronto nos alcanzará. Se suponía que usted debía descubrir por sus propios medios lo que

estaba sucediendo: la ciudad en ruinas, el sol muriendo, la falta de material radioactivo, todo ello, eran formas de sugerirle lo que ocurría, pero el proceso destructivo se aceleró, por eso tuvimos que emplear las discusiones, los diálogos robóticos. La última intervención no estaba planeada, surgió por desesperación.

-¿Desesperación robótica?

-De alguna manera todos buscamos alcanzar el cielo, la gloria, como quiera llamarle. Ese último robot no quería desaparecer sin antes cumplir con su misión, ninguno de nosotros lo deseaba, por eso tuvimos que improvisar en los últimos días.

Durante la plática Adán se había acercado al ojo de buey, desde allí admiraba el oscuro espacio sin estrellas.

-¿Cómo es el fin? ¿Cómo es la destrucción?

-Simplemente desaparecen las cosas, se las traga la nada. Es un proceso inverso al del Génesis...

Adán miró largamente a ese fondo negro, carente de horizontes. Por un momento se imaginó la invasión de la nada, la imaginó vívidamente: la ausencia de percepciones, la pérdida de la memoria, la desaparición de todo... Quiso llorar por los años que había perdido tratando de ganarle al tiempo, tratando de no morir. Vio su figura reflejada en la ventanilla: un viejo decrepito de barba larga y totalmente blanca.

-Me hubiera gustado que fueras Eva y que esto fuera el principio -dijo Adán y dejó que las lágrimas inundaran sus ojos y empañaran la visión de aquel océano de tinieblas. Sintiendo el pesar de la cercana desaparición, tomó la mano de la robot y pensó: Sí, todos buscamos alguna clase de cielo.

Afuera la negrura siguió imperturbable, aguardando su fin.

EL AÑO DE LOS GATOS AMURALLADOS*

Ignacio Padilla (1994)

Ignacio Padilla (México, D.F., 1968) è insegnante di letteratura inglese e nordamericana. Ha vinto il Premio Primavera de Novela, il Premio Alfonso Reyes, il Premio Juan Rulfo de Primera Novela e il Premio Juan de la Cabada, oltre al Premio Nacional "Kalpa" de Cuento de Ciencia Ficción, col racconto qui antologizzato El año de los gatos amurallados. Ha pubblicato fra l'altro Imposibilidad de los cuervos (romanzo, 1994), La catedral de los ahogados (romanzo, 1995), Si volviesen sus majestades (romanzo, 1996), Amphitryon (romanzo, 2000). Ha collaborato alle riviste Tierra Adentro, Punto, Contexto, Opción, Umbrales, Ciencia y Desarrollo, Tlatolli. Attualmente è professore alla Universidad de las Américas, a Cholula, Puebla.

México: Premio Nacional Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción.

Sabían que a finales de invierno sería necesario enviar a alguien por agua. Hasta entonces habían mal pasado ya varias semanas - así ordenaban sus días y sus noches, aunque la verdad es que hacía tiempo habían perdido la cuenta de ellos - gracias a un goteo intermitente que se filtraba por las grietas del túnel principal, y que no obstante la turbia amargura de sus sorbos, les permitía cumplir al menos con las funciones indispensables para sobrellevar su existencia.

Poco a poco, conforme el calor sofocante del subterráneo dio paso a un frío acre como el que más, el goteo había ido menguando hasta convertirse en el fiel reflejo del nacimiento de una estalactita. Y fue precisamente esa imagen, vertida en un inoportuno comentario de Maida, la que rompió las hostilidades una tarde en que los cuatro se hallaban reunidos ante el agonizante reloj de agua.

- Podríamos quedarnos así para siempre - dijo irónica, sin siquiera ocultar la repugnancia que aquella escena le provocaba, - morirnos aquí sentados y esperar a que también el frío nos vaya convirtiendo en columnas de hielo.

Sin apartar las miradas del huyente manchón de humedad, los otros tres se esforzaron por guardar silencio. En ese momento, puntual hasta donde era posible serlo, se desprendió del concreto un goterón que se había dedicado el día entero en engordar. También Maida vio desaparecer aquel punto luminoso sobre uno de los rieles abandonados; también ella imaginó la próxima sequedad de su garganta mientras el eco del agua golpeando el metal corría hacia el punto donde comenzaba la oscuridad en el túnel, allí donde sólo el eterno mayido de los gatos respondería al último estertor del agua. La lámpara de gasolina sacudió su llamarada. Iñigo se inclinó para darle presión. Al fin convencida de que su macabro comentario llegaría a mayores, Maida dejó salir el aire contenido. Pero lo dicho no se esfumaría tan fácil como el agua sobre los rieles; no habían terminado de llorar los gatos cuando Maida sintió en el antebrazo los gastados colmillos de Roberta hundiéndose en su piel a punto de arrancársela.

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

Esta vez, el grito de Maida lo congeló todo: la gota, los mayidos, el bombeo de la lámpara de súbito interrumpido por Iñigo.

-¡Putal!- comenzó a clamar Roberta con los dientes aún ensangrentados por el mordisco - ¡Todo esto es tu culpa! ¡Eres la que menos derecho tiene a burlarse así de la muerte!

- Aquí nadie se va a morir- dijo Iñigo categórico, sosteniendo a Maida, aún gimoteante, en los brazos.

Pero el afán de Iñigo por reconfortar a los inquietos habitantes del subterráneo les pareció a todos inútil, casi un grito de absurdos o ironías que difícilmente los apartaría de una realidad evidente: allí sí era posible morir en cualquier momento, así lo habían demostrado los últimos acontecimientos, los mismo que lo habían ido arrinconando poco a poco en aquel último reducto de existencia mal llevada, casi feudal, por no decir, prehistórica.

Y era justamente Iñigo quien mejor entendía la desesperanza de su propio grito, acaso por ser el único en haberse tomado la molestia de seguir pensando, de escribir en hojas sueltas las desventuras de dos mundos que habían terminado por unirse: su mundo personal y el mundo de los hombres, ambos súbitamente animados al caos, en fin, a la oscuridad del túnel del cual sólo partían gemidos de un gato, tan similares a los de un niño tan recién nacido como abandonado a su infame suerte.

Habían llegado al subterráneo en grupos más o menos bien nutridos, cuando en vez de sólo cuatro eran aproximadamente cincuenta - en el cuaderno de Iñigo se hallaban anotados los nombres de casi todos, junto con las fechas de sus sucesivas muertes.

Maida y Roberta habían sido las últimas en entrar al subterráneo, por los días en que la subsistencia en la superficie se había hecho prácticamente imposible. La mayoría se habían negado en principio a recibirlas, argumentando, no sin razón que allá abajo no tenían suficiente alimento, pero Iñigo había intercedido por ellas argumentando que con o sin alimento, todos terminarían en la misma tumba o se las arreglarían para sobrevivir. Dos personas más no harían la diferencia entre sus vidas y sus muertes.

De modo que las aceptaron allá abajo, no sin antes obligarlas a una promiscuidad poco más humillante a que ambas se sometieron con tal de no volver al caos supremo de la superficie. Cada noche se les iba en saciar las carnes de sus salvadores a cambio de su porción diaria de agua y conservas. En ese aspecto, Iñigo había sido incapaz de refrenar los vericuetos de aquel pacto infamante: bastante había hecho con obtener la venia de los otros para que las recibiesen. Ahora, ellas se rascarían con sus propias uñas. O con sus caricias.

Algunos días más tarde, Iñigo anotaría en sus apuntes inútiles, que después de todo, la forzada prostitución de Maida y de Roberta se había revertido contra quienes las indujeran al coito de la desesperanza: como vampiros, ellas iban sobreviviendo uno a uno a sus amantes más voraces; prácticamente se habían alimentado de la simiente de aquellos infrahumanos caballeros que, al paso del tiempo, iban cediendo a la enfermedad y al hambre. Al final, sólo habían quedado ellas, un adolescente demudado como muchos por algún acontecimiento previo a su llegada - de la cual nadie tenía noticia - y el propio Iñigo, demasiado absorto en sus pensamientos como para reparar en la particularísima familia que a la postre le había otorgado el destino.

Siempre con temor a rozarse, reacios de dar siquiera el abrazo solidario de sus tristezas, habían visto cada una de las muertes de los otros, mhabían cargado sus cuerpos y, al principio, se habían adentrado en los túneles para depositarlos allí, lo más lejos posible, de modo que los gusanos los devorasen a placer.

Pero después de una decena de cadáveres supieron que no serían los gusanos sino los gatos quienes se encargarían de ellos. Si bien habían notado que los mayidos aumentaban gradualmente, no supieron cuántos animales existían allí hasta la tarde en que Iñigo y Roberta cargaron el cuerpo de un anciano y tuvieron que dejarlo a

escasos metros de la salida del túnel: no pudieron llegar más lejos, pues una cantidad ingente de bestias gordas y diabólicas se les habían echado encima como si también ellos fuesen cadáveres.

Le había tomado a Roberta varias noches reponerse de la impresión que le provocaron, más que las numerosas y diminutas dentelladas de los gatos, la sensación de estar siendo devorada en vida por aquellos animales que siempre le resultaron particularmente odiosos. Maida no había desaprovechado la ocasión para burlarse de ella, aunque se cuidó muy bien de no acercarse tampoco demasiado a la boca del túnel. Los mayidos iban aumentando. Así como las dos mujeres se habían alimentado de la lujuria, los gatos se habían alimentado de los cadáveres secos. La diferencia estaba en que ellos habían engendrado miles de pequeños demonios, mientras que Maida y Roberta, aún no queriéndolo, habían permanecido infértiles.

El tiempo que Roberta estuvo más o menos convaleciente por culpa de los gatos, Ñigo se ocupó de cuidarla, tanto que en más de una ocasión ella intentó que los cuidados pasaran a mayores. Todo en vano, un par de acercamientos le ayudaron a comprender que Ñigo no la tocaría, que no le interesaban particularmente ni sus bondades ni su carne. Una tarde, Maida se ocupó de confirmar sus sospechas señalando el empeño de Ñigo por desaparecerse larguísimas horas con aquel adolescente nudo y anónimo que con toda seguridad, había sabido cumplirle mejor que ellas.

La familia, en fin, estaba hecha y condenada. Y los gatos, aún cuando dejaron de alimentarlos de cadáveres, siguieron multiplicándose al grado de que los cuatro decidieron armar una barricada para impedir que los animales llegasen hasta ellos y cumpliesen su manifiesto deseo de devorarlos.

Del resto del mundo les llegaban pocas noticias. Y la verdad era que ellos no estaba demasiado interesados por saber cómo andan las cosas desde su voluntaria reclusión. Sin embargo, no era difícil imaginarlo. Cuando la supervivencia le pareció una historia demasiado aburrida para narrarla en sus papeles, Ñigo se dedicó, tal y como lo había hecho durante su pasada vida de estudioso, a especular con los acontecimientos que no veía. Imaginó sin gran esfuerzo que el sueño de la anarquía estaba aproximándose a sus últimas consecuencias. El estado feudal, escribió en cierta ocasión refiriéndose al imperio de violencia que, como los gatos, se multiplicaba en la ciudad, es el estado natural del hombre. Y al terminar de escribirlo ya no supo si ese estado era el que regía allí, en la ciudad de cuatro miembros del subterráneo, o en el mundo que hacía meses o quizá años habían abandonado, un mundo en el que poco a poco la autoridad se había ido haciendo un lado para dejar que los poderosos y los bandidos forjasen castillos de poder en todas partes: en otras estaciones del subterráneo, en los edificios arruinados después del terremoto, en los antiguos palacios de gobierno que se transformaron en garitas de desgobierno, incluso en los autobuses y en los deshuesaderos, también fortalezas mecánicas. Ahora, sin embargo, comprendía que la supervivencia de los más fuertes no implicaba la inmediata eliminación de ellos, los débiles, quienes se hallaban condenados a una muerte lenta, como si parte de los designios de la naturaleza consistiese también en la tortura de medrar sus propias hueses.

Así transcurrieron aún varios días después del infortunado comentarios de Maida. Los rencores simplemente fueron almacenándose - como tanto otros- para emerger en otras oportunidades, cuando ya no hubiese manera de contenerlos por más tiempo. El goteo a la entrada del túnel principal no derivó en una formación de hielo, sólo se fue para siempre.

Mientras tanto, los gatos siguieron aumentando en número y fue preciso reforzar la barricada con lo que hubiera a manos: muebles raídos que habían llegado que habían llegado hasta allí en manos de otros, hoy muertos, que en su momento pensaron que allá abajo podrían construir sabía Dios qué suerte de imposible morada doméstica; vidrios y plástico arrancados a fuerza de sangre de las antiguas oficinas de las

estación; incluso la vestimenta y los recuerdos más caros de quienes ya no estaban, habían servido de junturas para la muralla en contra de aquella manada que no parecía dispuesta a disminuir ni en tamaño ni en hambre.

En la mente de los cuatro habitantes de la estación fue inevitable ceder el paso a la idea de que eran justamente los gatos quienes se habían bebido las últimas reservas de agua que pudieran quedar entre las cavidades del túnel. Así, los animales engendraban todo lo demoníaco de la situación en la que encontraban, eran los dueños de esa parte del mundo y pronto lo serían también de la superficie, cuando los grupos de hombres - los que habían tenido la suerte de estar mejor armados cuando estalló el caos, cuando el terremoto invitó a la anarquía- dieran cuenta los unos de los otros, sin reparar en la voracidad de aquellos seres mauyantes.

En tanto le fue posible, Iñigo se apartó de Maida y Roberta y se sumergió en los amores silenciosos de su compañero. El adolescente nunca se negaba a sus apetitos, nunca lo mortificaba e incluso Iñigo creyó haber encontrado en él, justo en ese trance de sobrevivir, al amante ideal. Y si bien no dejaba de torturarse con la idea de que las mujeres se lo quitaran, cada vez estaba más seguro de que la iniciación del muchacho había sido lo bastante convincente como para esperar de él algún absurdo tipo de fidelidad.

De cualquier forma, cuando Iñigo se dio cuenta de que sólo él tenía el valor suficiente para ir en busca del agua, intentó con desesperación conseguir la compañía de su amante. Sus esfuerzos fueron inútiles. No era gratuito que el adolescente hubiese perdido el habla; él, menos que nadie, volvería a la superficie. Todos habían padecido, de una forma u otra, una transformación, miles de pérdidas: pero seguramente ninguna había llegado con tanta fuerza, y en un momento tan inoportuno, como para aquel que sólo exhaló un grito de terror en el momento en que Iñigo le pidió que lo acompañara por el líquido.

Por lo que tocaba a Maida y Roberta, ambas parecían resignadas a la lentísima agonía que la primera había profetizado en su momento. Como si hubiese terminado por aceptar aquellas palabras, Roberta había sido la primera en movilizarse. Ella fue la primera piedra blanda que se tumbó en un rincón del pasillo de la estación y no hubo forma de moverla de ahí. Iñigo, sin embargo, dedujo que aquella ausencia de movimiento no era exactamente una entrega a la muerte, sino que Roberta permanecía así convencida de que la inmovilidad le permitiría vivir un poco más.

Maida no tardó en imitarla, de modo que en la estación disminuyó al mínimo la actividad y, como no fuera por las embestidas rugientes de los gatos al otro lado de la muralla, uno habría pensado que Iñigo y el adolescente mudo eran los únicos supervivientes de la pequeña hecatombe que estaba teniendo lugar allá abajo.

Convencido de su forzado papel de padre, Iñigo se preparó a salir. Cargado de recipientes vacíos igual que un gitano, tomó asimismo un pequeño revólver que no dejó de parecer ridículo y una mañana, mientras los demás dormían, sacudió al muchacho por el hombro y solo le susurró con un beso en el oído - casi seguro de que no lo entendería - que iba a salir a la superficie.

Eso fue todo. Iñigo salió de la estación con la doble angustia de volver con vida y volver pronto. Por suerte para la fatiga de sus ojos acostumbrados al neón y luego a las racionadísimas lámparas de gasolina, era de noche. La ciudad, sin embargo, estaba despierta, pues no era difícil notar cuán propia era la oscuridad para la nueva existencia que tenía lugar en ella. En un primer vistazo, cualquiera habría pensado que el terremoto acababa de ocurrir, que en cualquier instante surgiría detrás de la esquina una ambulancia, las patrullas que nunca había venido. A distancia se podían ver numerosas columnas de humo que, con todo, provenían de incendios forzados - pequeñas batallas quizás represalias, saqueos - y no de accidentales explosiones de gas, como había sido en un principio.

Iñigo se sorprendió al descubrir que también los oídos deben acostumbrarse a la oscuridad, puesto que sólo después de un rato de enfrentarse a la ciudad en ruinas

comenzó a descubrir los sonidos del caos: el crepitar de la llamas, explosiones continuas, ráfagas de pólvora, muy pocos gritos, automóviles a toda marcha convertidos quién sabe si en tanques o en caballos acorazados; en fin, la madurez de un mundo que muy pronto había crecido en noches como ésta.

Descendió lentamente la escalinata a la entrada de la estación. se sintió ridículo así, prácticamente vestido de buhonero, desandando casi a rastras aquellos escalones otrora recorridos con prisa y entre una multitud que ya desde esos tiempos parecía amenazante, más nunca tanto como ahora que se había vuelto invisible.

De pronto entró en consciencia de lo difícil que puede ser buscar agua. Lejano a todos los sentidos, como no fuese el de la supervivencia, el líquido retumbaba en su memoria como el simple goteo de tantas semanas, de tantos meses. Y ahora ni siquiera percibía un goteo similar, o una bendita promesa de lluvia en el aire. Era una noche tan seca como su garganta. ¿Cuánto tiempo tardaría en encontrarla? ¿Cuánto en volver con vida a las catacumbas donde aguardaba sin aguardar su pequeña familia de psicóticos? Una cuerda imaginaria apretó su cuello, lo movió a correr sin cuidarse del escándalo que hacían los recipientes en su cintura. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto?

Amanecía ya cuando llegó hasta los charcales. O a lo que de ellos quedaba, esto es, el tubo del desagüe que había visto disminuir su río de desechos al escupitajo de una, dos, tres raquíticas lagunas de agua oscura, casi sólida. Iñigo recupero el sigilo, se acercó como pudo a la charca menos pequeña y, dejando de lado los recipientes, hundió la boca en la delgada superficie de agua sucia.

En otras circunstancias le habría escandalizado aquella postura, esa reacción intempestiva de bestializarse para saciar la sed; pero esos tiempos de razón habían pasado, estaban yéndose a la mierda, como el agua misma, y ya ni siquiera él tenía voluntad para analizar sus actos, su decadencia.

De súbito, un empujón lo sacó del Edén y lo hizo rodar cuesta abajo hasta lo que había sido el fondo del río. Con restos de agua y excremento cubriéndole el rostro, tomó aire y, sin pensarlo dos veces sacó el revólver y disparó a una figura que, ansiosa, se inclinada como un cerdo a beber de la charca de la cual lo habían desalojado. La criatura gimió un poco y luego se dejó morir. Todavía con el aire y los dedos apestando a pólvora, Iñigo removié el cadáver y llenó a tope los recipientes con una mezcla de agua, mierda y sangre que, después de todo, no sabía tan mal.

Aquello fue volver al silencio del subterráneo con una sonrisa de imbécil, apestando a ciudad putrefacta, a desagüe, a remedo de salvación guardado en recipientes. Aquello no fue pensarse más humano, ni pensar más en que en las cosas hubieran podido salir de otra manera. Había llegado finalmente al estado natural del hombre, ya fuera arriba o abajo. Si había regresado, aún convertido en fantasma de excrecencias y en algo así como redimible asesino, era ya no por la razón, sino por el instinto de no dejarse morir y de proteger a un ser amado y a las dos mujeres que de alguna manera compartían su cueva. Remotísima noción del haber cumplido, de ahí la sonrisa estúpida mientras descendía las escaleras eléctricas que hacía mucho habían dejado de funcionar.

Y ya no lo angustió el silencio con que lo recibió el subterráneo. Los gatos, pensó, debían estar dormidos, como si por el momento no tuviesen hambre.

Maida y Roberta ya no estaban recostadas cada una en el rincón donde él las había dejado. Tampoco se encontraban en las mortales condiciones de hacía unos días: Por el contrario, estaban de pie y guardaban una sonrisa poco más digna que la del propio Iñigo.

Las mujeres no hicieron aspavientos cuando lo vieron aparecer en el corredor, más bien actuaron como niñas que acabaran de ver, por primera ocasión en sus vidas, a un hombre desnudo. Porque Iñigo, a su manera, estaba llegando desnudo. Y ellas lo supieron perfectamente apenas alcanzaron a distinguir su rostro, la suciedad de sus ropas, el remedo de agua chapoteada en latas cantimploras atadas a su cintura.

- ¿Dónde está él? - les dijo a quemarropa, casi en un gruñido. Las mujeres intercambiaron miradas y guiños, demudaron sus propios rostros para parecer solemnes cuando en realidad sabían que ese hombre, quien las había regido en los primeros meses de encierro, sólo necesitaba un empujón para desaparecer tal y como lo habían hecho los demás hombres que las habían madreado - quizás a veces amolado de verdad - durante los últimos días inmediatos a la reclusión.

- Está muerto, Iñigo. Tardaste demasiado - le respondió Maida dirigiendo los ojos, con demasiada claridad, al túnel de los gatos amurallados.

Iñigo no espero más señales. No las necesitaba. Tal vez las había esperado durante su infortunada acería en la superficie. Guardó silencio unos instantes. Las observó, las odió con los últimos vestigios del alma humana que pudieran quedarle, vestigios que al final dejó salir en un grito nunca más humano que retumbó en los corredores mientras que él, corriendo con su cargamento de mierda, atravesaba la muralla y se entregaba al hambre de los gatos.

Maida y Roberta lo vieron desaparecer. Casi disfrutaron los gruñidos las dentelladas de los gatos que se clavaban - como lo habían hecho antes los dientes de Roberta en el brazo de su compañera - en la carne inútil de Iñigo.

Después regresó el silencio. Maida levantó de nuevo la muralla mientras que Roberta, en un acto inútil, limpiaba los restos de sangre y los huesos adolescentes que después del banquete se habían dado el lujo de dejar.

Tanto para ellas como para los gatos, había llegado la hora de hundirse en el sueño de la digestión eterna, oscura. La única diferencia estaba en que ellas no despertarían de la hibernación. Ahora, la idea de quedarse ahí hasta convertirse en piedras o en hielo ya no parecía tan desagradable.

SECRETO DE CONFESIÓN*

Federico Schaffler (1997)

Federico Schaffler (Nuevo Laredo, Tamaulipas, México, 1959) è scrittore, editore e promotore della letteratura fantastica messicana. È presidente e fondatore della Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (1992-1995), rieletto nuovamente nel 2000. È editore e direttore della rivista Umbrales, che dal 1992 a oggi ha pubblicato oltre 50 numeri; è coordinatore del Taller de Literatura Fantástica "Terra Ignota" dal 1990 e promotore dell'omonimo premio dal 2001.

Fra le altre pubblicazioni come antologista si segnalano: Más allá de lo imaginado (3 tomi, 1991, 1991, 1994), la prima antologia di racconti di CFM; Sin permiso de Colón (1994). Ha pubblicato racconti in Argentina (Axxón), Spagna (Revista Bucanero, Ad Astra), USA (Clamor, Red Dog Journal), Romania (International Publishing House) e Messico (Plural, Tierra Adentro, Revista de Revistas, Milenio, Blanco Móvil, Casa del Tiempo, Ciencia y Desarrollo, Fronteras, Umbrales, A Quien Corresponda e Asimov).

Ha ottenuto menzioni nei premi: Puebla, Kalpa, Más Allá de Argentina. Con il racconto Secreto de confesión qui antologizzato ha vinto il Premio Kalpa ne 1997.

México: Premio Nacional Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción.

Era un sacerdote chapado a la antigua. A pesar de la bula de la Papisa Madonna II estipulando que los prelados católicos podían prescindir del voto del celibato, prefería conseguir su satisfacción de manera virtual, a través de la red, y no con parejas reales de cualquier sexo, como ya estaba permitido oficialmente.

Se despojó de su hábito y se ajustó el traje de polímero y finos hilos de cobre que le permitiría sentir incluso más placer que si estuviera físicamente con alguien. Antes de entrar a la cabina de gel, checó el receptáculo del fluido seminal, la apropiada conductividad térmica y eléctrica de los conductores de sensaciones y verificó que el aparato rectal no estuviera conectado. Menuda sorpresa se había llevado en su última sesión al no interpretar bien una propuesta de su intangible pareja desde el otro lado del mundo. Ante la excitación del momento accedió sin saber bien a qué y el impacto fue brutal. Recordó un mal momento del seminario y prefirió no correr el riesgo otra vez. El tipo de traje unisex que ahora utilizaba le aseguraría un movimiento físico en tres dimensiones dentro de la cabina especial, pero había algunas opciones que podían omitirse, o incorporarse, dependiendo del gusto del usuario.

Ya enfundado en el traje azul, se colocó el casco, asegurando el contacto del cuello para evitar filtraciones del espeso líquido en el cual navegaría. Un par de chispazos ante sus ojos y una suave música envolvieron sus sentidos. Empezó a ver los menús de origen y las indicaciones preventivas de copyright y prohibición de copiado ilegal de información y programas. Los saltó con un par de miradas al menú de control que flotaba sobre el lado izquierdo de su vista. Volteó la vista a la derecha y verificó que la

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

alarma del programa que le permitiría sumergirse en el excitante mundo del sexo virtual estuviera programada una hora antes de la misa de seis. El deber es primero que el placer, se dijo mentalmente con una sonrisa cómplice, de satisfacción múltiple anticipada. A diferencia de las ocasiones anteriores, ahora contaba con un software pirata que le permitiría llegar a esa elusiva y críptica pareja que le tentaba con mensajes eróticos provenientes de extrañas interpretaciones de los textos sagrados de diferentes religiones. Llamó con la vista el icono del programa y lo colocó flotante a un lado de su vista. Cortó el contacto e hizo que la pantalla se hiciera transparente para atender los últimos preparativos.

El sacerdote accionó el teclado exterior de relevo y con dos o tres giros de sus manos y dedos constató que los conectores manuales del traje estuvieran en línea. Navegar por el ciberespacio ahora era algo más que aquellos inicios de fugaces dedos volando sobre teclados. Los nuevos programas interpretaban los movimientos físicos de brazos, piernas, manos, pies, dedos, cabeza, hombros, pelvis e incluso ojos para sumergirse en los bancos virtuales de información o divertimento. Estaban bien. En orden. En línea. Era hora del placer.

Con cuidado entró al enorme recipiente, muy similar a un jacuzzi, sólo que con tapa presurizada. El gel llegaba a un nivel que le permitiría no desbordarse al entrar, pero al sellarse se llenaría por completo con el proveniente del depósito subterráneo. Ya flotando, conectó el umbilical que le pondría en contacto con la red y volvió a oscurecer el casco. Estaba listo. Estaba adentro.

Volteó la cabeza hasta encontrar el menú de diversión, giró el puño derecho hacia abajo, cerró el puño y estiró el brazo hacia sí para aumentar su velocidad y entrar al portal. Sin decrecer la velocidad zigzagueó entre las tentadoras imágenes del Vegas Virtual de apuestas reales y electrónicas sin límite. Traspasó los llamativos colores del Total Entertainment System y así una y otra vez, rehuyendo desinteresado de tantos placeres y tentaciones prohibidas, hasta que a lo lejos vio la conocida silueta del conejo. El más antiguo y respetable centro del placer, ahora a su alcance. Aceleró más y entró al ambiente por el círculo perfecto del ojo. Rasgó la membrana virginal que cubría el inexistente párpado y entró de lleno al ambiente de sensualidad total. Una mano abierta, extendida violentamente, cortó su inercia y se plantó en lo que quería pensar era el centro justo del punto g de la libido universal. Flotó unos instantes, dejando que los estímulos electrónicos y eléctricos empezaran a recorrer su cuerpo virtual. Con una explosión de píxeles, se despojó de su indumentaria, quedando vestido sólo con un taparrabos blanco bajo el cual se adivinaba una virilidad que estaba muy lejos de ser la suya, como tampoco era suyo el rostro que ahora portaba. No tenía que verse en un espejo para recordar su imagen ciberespacial, diseñó su rostro y su cuerpo para parecerse al angelical Cristóbal Colón de Dalí y adoptó el nombre virtual de Valentino, más por Rodolfo que por el santo del amor. Entrecerró los ojos y aguzó el oído. Dejó que los cantos neogregorianos lo condujeran a su destino, aún con los ojos cerrados sabía como llegar a su destino, giró suavemente el cuerpo y extendió los brazos, como intentando abrazar ese cuerpo que ya ansiaba y estaba seguro poseería después de tantos intentos fallidos. Siguió así a medida que se incrementaba el volumen, hasta que percibió que estaba ante las puertas del templo. Abrió los ojos y vio una magna construcción que imitaba la puerta de Jerusalén. Era el refugio virtual del sexocatolicismo. Ante la solicitud del nubio guardián de enorme falo que parecía vibrar con vida e inteligencia propia, pagó la entrada al recinto con gotas de sangre que brotaron de su espalda flagelada. En realidad, su línea de crédito, financiada por los cada vez mas raquíuticos diezmos, fue la que decreció perceptiblemente con la transacción. Un nuevo chispazo de placer recorrió su entrepierna y amenazaba ya con provocar la erección que esperaba guardar para su oculta y desconocida pareja.

Entró y recorrió las diferentes habitaciones, algunas no eran más que un punto en la pared, pero al traspasarlo se convertían en tesseractes, esas habitaciones infinitas

que poseen una entrada reducida, inconspicua, pero que al trascender el umbral se convertían en portales hacia otras dimensiones. Avanzó con mediana velocidad, producto de los giros, movimientos y pausas que sus manos y brazos realizaban en el ambiente virtual. Allá afuera, en la realidad real, su cuerpo flotaba con suavidad en la cabina del gel y cualquier observador fortuito no dudaría en reconocer el objeto del mismo. Observar un viajero del ciberespacio podía provocar lo mismo una enorme paz que un vértigo horrible, todo dependía del usuario de la red y los programas que accedía.

Valentino encontró finalmente la puerta que deseaba. Los cupidos que volaban alrededor de la misma no eran los dulces bebés con alas que mostraban los grabados antiguos, eran verdaderos demonios, súcubos e incubos, que giraban, subían, bajaban y en vez de atravesar corazones con sus flechas de amor, traspasaban todo tipo de orificios naturales y artificiales que portaban sus compañeros con sus propios instrumentos de amor y sexo. Con un manotazo hizo a un lado a los libidinosos angelitos y entró al recinto reservado con un tálamo de finas cubiertas de seda y decoración victoriana. Avanzó hacia la cama, donde una figura voluptuosa estaba recostada, de lado, dándole la espalda, mostrando su firme cadera y recios glúteos, pero en unos cuantos nanosegundos encontró su cuerpo virtual atrapado por fuertes grilletes y resistentes cadenas que le impedían moverse.

¿Me deseas?, preguntó la mujer, aún sin voltear esa cara desconocida que adivinaba sería la más bella de todos los universos, virtuales o reales.

Bien sabes que sí. He estado buscando la manera de llegar hasta ti, de poseerte, pero no he podido traspasar tu programa guardián. Hoy las cosas cambiarán. Finalmente serás mía, le dijo con fuerte tono de voz, exudando feromonas algorítmicos que esperaba excitara a la mujer.

¿Estas seguro de eso?, lo tentó nuevamente, mientras movía sus piernas con suavidad, como acariciando su vulva con la satinada sábana.

Sólo déjame libres las manos para operar mi programa y ya lo verás.

Está bien. Creo que tu insistencia merece una oportunidad. La última.

Las cadenas que apresaban las manos de Valentino desaparecieron y un teclado ergonómico se materializó frente a él. Operó con habilidad los comandos que soltarían el virus que estaba programado para engañar las defensas de la mujer. Bastante le había costado con los piratas de software y esperaba que sirviera. Pulsó el enter y esperó. Era lo único que podía hacer. De tener éxito, sería liberado de inmediato y procedería hasta la cama, donde la mujer tendría que cumplir su parte del trato. Mientras aguardaba el resultado, recorrió con detenimiento todas las curvas apreciables de la mujer, la tersura de su piel, la suavidad de su cabello, la fineza de sus extremidades. Empezaba a excitarse más, pero tenía que controlarse a fin de evitar que su cuerpo físico eyaculara y precipitara el fin del programa, sin disfrutar todo lo que ansiaba hacerlo con la mujer virtual. Se preguntó quien sería ella en realidad y en qué lugar del mundo, se encontraba viviendo sus fantasías sexuales gracias a la red ciberespacial. Pensó que posiblemente era una anciana beata, seguramente soltera y virgen, quien expulsaba así la tensión de la vida diaria real. Sonrió para sí. Una de las ventajas del sexo virtual era que a menos que se deseara, la identidad del participante, e incluso su sexo, sería completamente reservada. No era nada improbable que esa bella mujer, que estaba seguro pronto sería suya, pudiese ser en realidad un hombre que purgaba sus posibles debilidades homosexuales a través de la red, alguna monja o alguna jovencita que accedía al programa sin autorización de sus padres. Podría ser cualquier persona del mundo que estuviera interfazado con la red. Pensaba en ello cuando percibió que una de las cadenas que lo apresaban desaparecía. Después cayó otra. Los grilletes de sus pies se desvanecieron y finalmente su cuerpo quedó libre por completo. Innecesariamente jaló con una mano el taparrapos y dejó al aire su miembro virtual. Con una enorme satisfacción se acercó a la cama. La mujer tendría que recibirlo. Había perdido. Llegó a la orilla de la cama y

colocó una rodilla sobre ella, se acarició con suavidad su propio sexo, colaborando en su engrandecimiento. Pronto encontraría acomodo. Pronto aliviaría la tensión. Acercó una mano al hombro de la mujer y finalmente pudo tocarla. Una ráfaga de lo que pensó podía ser electricidad estática lo recorrió. Faltaba poco.

Pensé que nunca lo lograrías, dijo la mujer, aún sin darle la cara.

Yo estaba seguro que sí. Ahora, no perdamos más tiempo. Quiero verte, le dijo mientras la jalaba hacia sí, dejando que su espalda se apoyara sobre el lecho. Los cabellos cobrizos aún cubrían parte del rostro. Con suavidad los hizo a un lado, dejando ver las facciones por completo. En un instante los fuegos del infierno ardieron frente a sus ojos. Como repelido por una violenta descarga, se retiró de la cama, cubriéndose el cuerpo inmediatamente con su hábito sacerdotal, que produjo con la subrutina de pudor que tenía ya inserta en su programa. No era propio que lo vieran así. En el instante de confusión, perdió el control sobre su falsa imagen y sus verdaderas facciones coronaron su cuerpo. Se percató de ello y volvió a disfrazar su imagen virtual.

Su Santidad. Mil perdones, se excusó mientras colocaba una rodilla al suelo y agachaba la cabeza.

Levántate, hijo. No tengas pena. Exorcizar el demonio de la carne es una necesidad que tenemos todos, incluso los servidores de Dios. No hay por qué pedir perdón. Ven, acércate y gocemos de éstos cuerpos ya que no podemos hacerlo de otra manera. Ven, te lo pide una mujer.

Valentino levantó la vista y empezó a tranquilizarse, haciendo a un lado el acondicionamiento de años. Pensó que la apariencia de la mujer podía ser tan sólo una imagen falsa, creada como él lo había hecho y que la representación virtual que lo invitaba a la cama con toda seguridad no correspondería a la verdadera Papisa Madonna II. Era lo más seguro. Se maldijo por ser un soberano estúpido que se dejó impresionar por una imagen irreal. Se despojó nuevamente de su hábito virtual y su cuerpo en la cabina de gel se estremeció previo al coito electrónico que el traje y sus impulsos eléctricos le haría parecer real.

Perdón, nuevamente. Ahora por ser un tonto. Olvidemos este momento y procedamos a disfrutar en verdad, bella mujer, le dijo mientras se acercaba, la tomaba de los hombros y haciéndola hacia atrás en la cama, se recostaba sobre ella.

Poséeme. Ansío ser tuya, dijo la imagen virtual.

Valentino empezó el juego previo, despojándose de sus vestigios de moralidad. Ahora, por lo menos, en éste lugar, era un hombre que haría gozar a una mujer. El día sería especial. Único, merecedor de pasar a la historia. Esta sesión de sexo virtual no sería como cualquier otra. De eso estaba seguro. Hizo a un lado cualquier otro pensamiento mientras se introducía en la mujer.

En sus habitaciones privadas de Castelgandolfo, una mujer se estremeció.

SE HA PERDIDO UNA NIÑA^{*}

Alberto Chimal (1999)

Alberto Chimal (Toluca, Estado de México, 1970) è narratore, saggista, drammaturgo. Ha ottenuto i premi nazionali di racconto Nezahualcóyotl (1996), Benemérito de América (1998) e, per il racconto Se Ha perdido una niña, qui antologizzato, il Premio Kalpa (1999); inoltre il premio di narrativa Sizigias (2001) e di drammaturgia della Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (1997). Collabora a diverse pubblicazioni, tra cui Arena, La Jornada Semanal, El Ángel, Crónica Dominical, Origina, Complot.

Tra i suoi testi ricordiamo: Canovacci (teatro, 1995), Vecinos de la tierra (racconti, 1996), El secreto de Gorco (teatro, 1997), El ejército de la luna (cuentos, 1998), Los escritores muertos (poesía, 2000) e Gente del mundo (cuentos, 1998). Un panorama completo della sua attività, con numerosi link, si può trovare in rete all'indirizzo <http://www.gatos.8k.com/galeria.html>.

México: Premio Nacional Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción.

Cuando la hija de mi hermana cumplió trece años, en 1998, yo olvidé comprarle un regalo. Peor aún, me di cuenta a pocos minutos de tener que salir a su fiesta. No me quedaba sino ir y revisar mi librero, aunque nunca lo había hecho en busca de algo para una niña... Al final descarté un juego engargolado de fotocopias de La muerte de Superman (en inglés), un manual de autoconstrucción y La isla de los perros de Miguel Alemán Velasco, e Ilse, así se llama la hija de mi hermana, recibió un ejemplar nuevecito, o casi, de Se ha perdido una niña, escrito por una tal Galina Demikina y publicado en español, en 1982, por la Editorial Progreso de la URSS.

Mi hermana se disgustó, a pesar de que le improvisé un discurso sobre el libro como un fragmento del pasado, un testimonio de la existencia de un mundo que había sido y ya no era más y así sucesivamente, pero Ilse recibió el regalo con curiosidad y se puso a hojearlo. Casi de inmediato me dijo:

-Está padrísimo.

-¿Te gusta? -me sorprendí.

Y ella me dio las gracias con un entusiasmo desmesurado, o eso pensé.

* * *

Varios días más tarde, regresé a la casa de mi hermana. Ella se cuidó de darme las gracias, pero me hizo saber que Ilse estaba muy contenta con el libro. Era un solo cuento, de esos impresos con letra y márgenes muy grandes, y trataba de una niña que visitaba un mundo fantástico. En él, las cosas eran cada día de un color diferente.

-Ah -dije, y mi hermana se dio cuenta de que no me interesaban los detalles, así que me dio más: la niña estaba cada vez más perdida en ese mundo, en el que se había metido a través de un cuadro y en el que estaba acompañada por duendes o algo parecido. Había una rosa que tenían que cuidar, como en La Bella y La Bestia. Al

^{*} Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

final aparecía el tío de la niña, que era pintor pero también una especie de mago (él había hecho el cuadro mágico, pues), y el desenlace era feliz. El mensaje del libro era como una reflexión sobre la familia, pero también sobre el arte y los artistas y...

-Ah -repetí, y no pude recordar cómo había llegado aquello a mi librero, pero me alegré de no haberlo leído.

-Le fascinó -subrayó mi hermana.

Y entonces me llevó aparte y me habló en voz baja, como siempre que va a pedirme algo. Lo único malo de todo el asunto, me dijo, era que Ilse, de tan entusiasmada, estaba escribiendo una carta a la editorial.

-¿A dónde?

Mi hermana me mostró que el libro tenía la siguiente nota:

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. e agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:

Editorial Progreso

Zúbovski bulvar, 17

Moscú, URSS

-Ah -dije una vez más.

-Quiere mandarles una carta -dijo mi hermana.

-Ya entendí -le contesté-. ¿Qué tiene?

-La URSS ya no existe, Carlos -Me llamo Carlos.

-¿Y? La carta no va a llegar -dije-. No creo que sea mucho gasto el sobre...

-Pero es que ya le expliqué todo eso, lo de la URSS, y no me hace caso. Me tendría que haber hecho caso.

Debo confesar que no entendí.

-Es una niña, Sara -mi hermana se llama Sara.

-Tiene trece años -respondió ella.

Me quedé pensando por un momento y, tuve que reconocerlo, a los trece años yo no pensaba en mí mismo como en un niño.

-Es que está, no sé, está encaprichada -decía mi hermana-, y no entiendo por qué. Nunca le había interesado leer, ni nada...

-Es bueno que lea, ¿no? -respondí, mecánicamente, y le aconsejé que la dejara hacer lo que quisiera.

-Carlos, es que está muy raro...

-No le hace daño -la interrumpí.

(En realidad yo soy menor que ella y no tendría que darle asesoría para todo.)

Al cabo, mi hermana me forzó a esperar que Ilse volviera de la escuela para explicarle que la URSS había sido un país socialista, compuesto por Rusia y otras regiones cercanas que se habían vuelto a separar en 1991.

-Cuando tú tenías seis años -le dije.

Pero Ilse siguió sin ver impedimento alguno para que su carta llegara a los editores de Se ha perdido una niña y, tal vez, hasta a la misma Galina Demikina.

-El libro está padrísimo -dijo, y agregó algo como que su carta no podía no llegar.

* * *

El problema, desde luego, fue que llegó.

O alguien se tomó la molestia de responder, desde Moscú o desde algún otro sitio, con una carta en un sobre con la dirección de Editorial Progreso y estampillas que decían CCCP.

-Es decir -le expliqué a mi hermana y a Ilse, en cuanto pude ir a verlas-, SSSR pero en el alfabeto cirílico, es decir URSS pero en ruso... Vamos, las siglas de la URSS en idioma ruso son SSSR, y las letras SSSR en alfabeto ruso...

-Ya entendí -me interrumpió Ilse, y se fue.

Pero, eso sí, estaba como loca por la carta, aunque no pasaba de un par de frases de agradecimiento. Pensé que se parecía demasiado a su madre; entonces ella (es decir, mi hermana) me dijo que el tipo que había escrito la carta hablaba de la URSS.

-¿Ah, sí?

-En la carta dice URSS -me explicó ella-. No puede ser.

-¿Qué no puede ser?

-¿No entiendes? Te estoy diciendo que este tipo...

-¿Quién?

-El de la editorial, el que firma la carta.

-¿Cómo se llama?

-¡No importa! Te digo que ese tipo habla como si no hubiera pasado nada -dijo mi hermana-. Como si la URSS todavía existiera, pues.

-A lo mejor tiene síndrome de Alzheimer y no se acuerda... -bromeé.

La discusión que siguió fue muy desagradable.

Por otra parte, como supe luego, mi hermana tenía razón. La carta terminaba así:

Si alguna vez tienes ocasión de venir a la URSS, no dejes de visitarnos. Nos entusiasma conocer a nuestros lectores de todo el mundo, y Galina Demikina, la autora de Se ha perdido una niña, de seguro se alegrará al saber de ti.

* * *

Luego vino la segunda carta de Ilse, agradeciendo la que le habían enviado. Mi hermana me llamó y me dijo:

-¿Qué hago, Carlos? ¿La dejo que la mande? -Le dije que sí.

-Ni modo que no. No es nada malo.

-¿Qué tal si es un perverso?

-Por favor, la URSS está muy lejos...

-La URSS no existe -dijo mi hermana.

-Más a mi favor.

Luego vino la segunda carta de la editorial, con un catálogo de novedades de 1998.

-Ahí está -dije yo, más tranquilo.

-¿Qué?

-La explicación, Sara. La Editorial Progreso existe todavía. Estará privatizada o será del gobierno ruso o algo, pero existe.

-Pero el catálogo dice URSS en la dirección.

-A lo mejor es viejo.

-Pero es de este año.

Yo empecé a decir que los rusos siempre hacen las cosas con mucho avance, en planes quinquenales, es decir de quince años.

-¿O son cinco?

-¿Y también hacen los catálogos de las editoriales? Además, eso de los planes era de los socialistas.

-Sí, ¿verdad? -reconocí- Lo de la... economía planificada... Huy, nos lo enseñaron en la secundaria... Oye, pero ¿no tendrán eso todavía en Rusia?

-Pero le hubieran puesto..., no sé, algo, una etiqueta para tapar el URSS y poner Rusia.

-No han de tener mucho dinero... Además imagínate, se supone que hacen ediciones de los libros en ruso, español, francés, inglés y quién sabe qué otros idiomas...

Luego Ilse quiso encargar otro libro de Galina Demikina, que estaba en el catálogo, titulado La historia del señor Pez, pero como mi hermana estaba muy nerviosa por todo el asunto le dijo que no. Y se armó una escena, de esas terribles.

-Yo no voy a pagar ese libro.

-¡Mamá! ¡Por favor...!

-Haz lo que quieras. Ya dije.

-Pero, ¿por qué no?

-Pues.... porque no. Porque no está bien.

-¿Pero por qué no está bien?

Aquí mi hermana cometió un error: perdió los estribos.

-¡Porque no quiero que mandes otra carta! ¡Punto! ¿Me entiendes? No la vas a mandar.

Y otro error: de inmediato vaciló.

-Ilse... Ilse, es que quién sabe a quién le estás escribiendo, esto..., está muy raro, no entiendo...

Tal vez si se hubiera visto más segura, no hubiera pasado lo que siguió:

-Nunca me dejas hacer nada -murmuró Ilse con una voz que, según mi hermana, nunca le había escuchado antes.

-¿Qué fue lo que dijiste? -preguntó mi hermana.

-¡Te odio! -le gritó Ilse, y se fue corriendo.

* * *

El libro llegó uno o dos meses más tarde, a principios de 1999. Ilse, feliz, me anunció a la mañana siguiente (seguía portándose muy fría con mi hermana, o tal vez se lo decía a todos los que iban a su casa), que era tan bueno como Se ha perdido una niña. Me sorprendió que leyera tan rápido: el libro tenía sus buenas cien páginas, y hasta el año anterior Ilse había leído lo que le dejaban en la escuela y absolutamente nada más.

Por su parte, mi hermana seguía yendo a su trabajo, haciendo la comida, lo de todos los días, pero estaba mal. Deprimida: estaba engordando, tenía ojeras, todo el cuadro. Siempre le pasa lo mismo.

Así que la seguí por su casa (ese es otro síntoma: se pone a limpiar todo como loca, una y otra vez), hasta que la acorralé:

-A ver, Sara, ya. Qué tienes.

-Es que todo esto es muy raro -me contestó.

-Ya lo has dicho como veinte mil veces.

-¡Es que no es posible, Carlos!

-¿Qué no es posible?

Y ella me contó que, en el último mes o dos meses, había ido a la oficina de correos a preguntar por los envíos, y nadie había podido explicarle nada; a la oficina central, la del centro, y lo mismo; al aeropuerto a donde llega el correo aéreo, y lo mismo; a la embajada de Rusia...

Ahí no la dejé continuar.

-¿Fuiste a la embajada de Rusia? -le pregunté- ¿Fuiste? ¿Estás loca?

-Nadie me quiso decir nada, Carlos. Les dije que me dejaran hablar con el embajador, con alguien...

-¿Y te recibieron?

Ella no comprendió, creo, que me estaba burlando.

-Según ellos, nadie sabe.... nadie me dijo cómo llegaron esas cosas con dirección de la URSS. Ni cómo aceptaron las cartas de Ilse...

La voz se le quebró y me pareció que iba a empezar a llorar. Y eso sí no puedo soportarlo. Pero se me ocurrió una idea.

-¿Querías investigar? -pregunté.

Me contestó que sí.

-Ven acá... -la abracé- Mira, Sara. No es..., no es como en la tele, como en los Expedientes X. Estamos en México. Aquí la gente no se pone a investigar. Las cosas no se saben. No sé, vaya, sí está raro, lo que tú quieras..., pero ¿qué vas a hacer?, ¿Llamar a la judicial? ¿A Derechos Humanos? ¿A la CIA?

Se rió, lo que era una buena señal, y yo seguí.

Era muy raro, sí, pero no era malo. No le hacía daño a Ilse. En realidad, ella seguía siendo la misma. Iba a la escuela, tenía sus amigas, veía películas, como siempre. ¿Qué importaba que le gustaran dos libros de una rusa? No eran malos libros, nunca está de más leer.. Y además no era bueno sobreprotegerla, ¿o sí?

-Así que te digo, Sara. Cálmate. Si no lo puedes resolver... Bueno. No tiene nada de malo. No puedes estar así toda la vida -y para concluir le dije que qué más podía pasar.

* * *

Al día siguiente llegó la carta en la que la embajada de la URSS, enterada de la correspondencia entre Ilse y Editorial Progreso, ofrecía a mi sobrina una convocatoria: la de un concurso para ganar un viaje de tres meses a la URSS, para dos personas, escribiendo en dos cuartillas o menos las razones por las que le gustaría hacerlo, es decir, viajar a la URSS.

-¿Ya viste, mamá? -le dijo Ilse, muy emocionada, a mi hermana.

-Sí -respondió ella, y me llamó para pedirme que fuera otra vez. Me disgusté, aunque en realidad no tenía nada más que hacer, y fui uno o dos días más tarde.

-Me arrepentí al verla:

-Qué barbaridad, Sara -se me escapó.

Estaba sentada en el suelo de su cuarto, con la cara roja y abotagado y una botella vacía a su lado...

Me tranquilicé al notar que la botella era de cooler, y que Ilse estaba en la escuela, y volví a sentirme explotado cuando mi hermana confesó, muy serenamente, que era una persona insegura. Y lo de siempre: que Fernando, el padre de Ilse, la había dejado muy lastimada. Que había quedado embarazada a los diecinueve. Que le había costado mucho trabajo dejar la universidad, casarse, criar a su hija sola porque el otro, así dijo, la había dejado como a los seis meses de embarazo, es decir, dos de matrimonio...

-No he madurado, Carlos. Le puse Ilse a Ilse por... por la de las Flans... -y era cierto, es decir, le había puesto así por la cantante de un grupo de aquel entonces, que ya ni existía. Y ahora se dedicaba, es decir la cantante, a anunciar refrigeradores, o una cosa así.

Pero comenzó a llorar y no fui capaz de decir nada. La abracé y traté de consolarla:

-Al menos no le pusiste Ivonne como la otra del grupo, la loca...

Esta vez no se rió.

-Además... bueno, no tiene nada de malo...

-¿Que se llame Ilse?

-Que concurse ¿Qué tal si no gana? -me apresuré a agregar.

-¿Y si sí? ¿Qué tal si se quiere ir? ¿A dónde va a ir a dar?

Lo pensé un momento.

-Sara, ¿el viaje no es para dos personas?

Ella me respondió que sí pero, según sabía, los de la URSS tenían a la KGB, y había un montón de historias horribles sobre las cosas que hacían...

-Lo leíste en Selecciones, ¿no?

-Tú eras el que estaba suscrito.

-La suscripción me la dio mi papá -le recordé, muy enojado.

Cambiamos de tema bruscamente cuando mi hermana comenzó a llorar de nuevo (ya se había calmado). Una vez más dijo no saber qué hacer. Y que todo aquello era muy extraño.

Peor todavía, agregó que Ilse estaba redactando sus dos cuartillas o menos.

-Bueno -le dije-, ¿qué hacemos? ¿La llevamos con un psiquiatra para que la convenza de no entrar el concurso?

-¡No, si no está loca!

-¿Entonces qué hacemos?

Seguíamos discutiendo cuando Ilse llegó de la escuela, fue a su cuarto, regresó a toda prisa (apenas nos dio tiempo de esconder la botella bajo la cama de mi hermana) y nos leyó sus cuartillas.

Estaban muy bien y se lo dijimos.

-De veras?

-Claro que sí -le aseguré.

Si gano ¿me acompañas, mamá? Además del viaje van a dar un curso de ruso, y un paseo por la editorial Progreso, y...

Oír esto no me gustó nada. Secretamente, creo, había estado pensando en acompañarla yo. Pero claro, ella era su madre. Y además era de las primeras veces que le hablaba sin disgusto desde... bueno, desde su disgusto.

-Tienes que ir, Sara -le dije, haciendo ver que estaba muy seguro de mí. Además, siempre estaban las enormes probabilidades en contra...

* * *

Cuando Ilse ganó el concurso, y le llegó la felicitación y una invitación a la embajada de la URSS, creímos que todo se resolvería. O hicimos todo lo posible por convencernos. Después de todo, nosotros sabíamos dónde estaba la embajada de la URSS. O dónde había estado, porque lo que ahora estaba allí era la embajada de Rusia y la dirección (en la invitación, quiero decir) era la misma.

-Vamos y aclaramos todo -le dije a mi hermana-. A lo mejor..., a lo mejor, no sé, tienen el servicio de contestar las cartas mandadas a la URSS...

-Sí, ¿verdad? Por si alguien no se ha enterado.

-¿Y qué tal si de veras alguien no se ha enterado? -mi hermana se estaba burlando, por supuesto.

-¿Aparte de los de Editorial Progreso?

Así discutimos durante todo el viaje, y de hecho seguíamos haciéndolo cuando llegamos a la embajada. Entonces los de la puerta no dejaron entrar a mi hermana, porque la recordaban (¡no quiero ni pensar en el escándalo que debe haber armado!) y yo les discutí tanto, para que la dejaran, que Ilse tuvo que entrar sola.

De todos modos, una hora más tarde estábamos los tres de vuelta en casa de mi hermana, e Ilse, sana y salva, feliz, tenía una libreta de cheques de viajero y dos boletos de viaje redondo por Aeroflot.

-¿Todavía existe Aeroflot? -me preguntó mi hermana, y su voz me alarmó.

-Sí, Sara, eso sí, Aeroflot todavía existe -le respondí.

-¿Seguro?

Le sugerí que interrogáramos (no usé esa palabra, por supuesto) a Ilse. Nunca lo hubiera hecho. No sólo estaba sana y salva, sin heridas de ninguna especie, sino que tomó a mal nuestra preocupación.

-Ya no soy una niña -dijo.

-Ya lo sabemos, mi vida... -le contestó mi hermana.

-Pero es que nos preocupas -agregué-. Nos preocupa... que hayas ido sola.

La discusión, como era de esperar, se desvió a la forma en la que Ilse resentía tanto celo. Nuestras relaciones volvieron a deteriorarse y no supimos, nunca, qué había sucedido en la embajada.

* * *

Mientras Ilse hojeaba Se ha perdido una niña (antes de empacarlo en su maleta), me convencí: no recordaba, no sabía de dónde había salido.

-Ilse... -comencé.

-¿Qué? -dijo ella, sin apartar la vista del libro. (Ya le hablaba a mi hermana, porque no podía irse con ella a Rusia, o a la URSS o a donde fuera, sin hablarle, pero ciertamente podía seguir enojada conmigo.)

-Este... Bueno, ¿por qué te gustó tanto el libro?

-Tú me lo regalaste. ¿No lo has leído?

-Lo... -no podía decirle la verdad, desde luego- No. Es que lo compré porque..., porque pensé que podría gustarte... Pero no pensé que te fuera a gustar tanto. Me alegro mucho, vaya..., ya sabes lo que siempre decimos tu mamá y yo sobre que hay que leer... pero... Es que...

Tuvo piedad de mí, o tal vez se impacientó por mis vacilaciones.

-Es que está padrísimo. La idea de que te metes como en un cuadro, y te vas a otro mundo... Está padrísimo.

-¿Qué es lo que más te gusta del libro? -Todo. La historia, las ilustraciones, la niña... Te digo que está padrísimo.

-Pero... No sé, vamos, ¿qué tiene de diferente a otros libros, o a las películas?

Me miró como si yo fuera un retrasado mental. Desde luego, pensé, las diferencias de todo lo demás con Se ha perdido una niña eran evidentes.

Se me ocurrió otra idea.

-Bueno. ¿Ya tienen todos los papeles...?, el pasaporte y eso.

-Sí.

-Y están sellados para la URSS, lo de la visa.

-Pues sí.

-Ilse... Ilse, ¿te acuerdas de lo que te comentábamos alguna vez, hace como un año, sobre que la URSS ya no existe?

-¿Cómo? -me miró, extrañada.

-Sí, que la URSS no existe. Se disolvió hace ocho años.

-¿Cómo?

Aquí, por primera vez, me asusté.

Le expliqué, paso a paso, lo que había sucedido con la URSS (Gorbachov, Yeltsin, todo), y no me entendió.

No me entendía. Después de un rato advertí que, cada vez que ensayaba una nueva explicación, Ilse hacía lo mismo: entreabría la boca, ladeaba la cabeza, dejaba caer un poco, casi nada, los párpados. Y decía:

-¿Cómo?

En ese momento mi hermana me llamó, gritando. Fui a verla y la encontré en la cama, tirada. Tenía un dolor horrible en el vientre, no podía levantarse. Le pregunté si había comido algo que le hubiera hecho daño. Ella estaba aterrada y lo atribuía a una apendicitis. Yo pensé en la vesícula, en una úlcera... En todo caso, no podía ir así.

-Ve tú -me pidió, con tanta angustia como si fuera su última voluntad.

Yo le dije que el boleto estaba a su nombre. De hecho, agregué, y creo haber sido un poco injusto, que Ilse lo había pedido así.

Ella me sugirió que me vistiera de mujer.

No sé por qué, pensé en una inspectora de aduanas como campesina rusa de las películas (cuadrada, de cara ancha y rasgos toscos), metiéndome en un reservado para ver si no traía droga bajo la falda o algo por el estilo...

Llegamos corriendo al aeropuerto pero, eso sí, estaba vestido de hombre. Naturalmente, no me dejaron abordar el avión. Hasta el final pensé que podría hacerlo: seguía discutiendo cuando alguien fue a avisarnos (a mí, al del mostrador de Aeroflot y

a los diez o doce funcionarios más que estaban con nosotros), que el avión había despegado. Pensé que había sido muy previsor de mi parte el mandar a Ilse a que abordara.

-Ahorita te alcanzo, pero si no, escribes -le había dicho, según pensaba, en broma.

* * *

Fueron los tres meses más horribles de mi vida. Mi hermana me llamó irresponsable, retrasado mental, mal hombre, asesino... vaya, hasta tratante de blancas. Y de nada servía recordarle que ella se había enfermado, porque en realidad aquello había sido su dolor profundo, como ella lo llama.

-Nunca pensé que te diera así -le decía yo.

-¿Por qué no ha escrito? -me gritaba ella, bañada en lágrimas- ¿Por qué no ha llamado?

-A lo mejor..., no sé, a lo mejor regresa antes que las cartas...

Pero ella no me hacía caso y seguía gritando por su niña muerta, o perdida para siempre, o presa en una cárcel de Siberia...

-¡O convertida en puta!

-¡Sara! -grité, horrorizado, porque nunca antes la había oído decir puta.

Cuando Ilse volvió se produjeron las grandes rutinas de abrazos y besos y todo, y sus cartas llegaron quince días más tarde.

-Te las mandaba cada semana -explicó Ilse, contrita-. Pensé que era más bonito escribirte, para que te fueran llegando... -y mi hermana le sonrió como si nada.

Ilse la había pasado muy bien. Se había asustado al verse sola en el avión, pero todos habían sido muy amables con ella. Al llegar la habían llevado sin mayor problema con sus anfitriones...

-Y ya de ahí fue padrísimo -nos dijo-. Aprendí mucho.

No pudimos juzgar su ruso, naturalmente, pero además de que hablaba de lo mismo todo el día estaban las fotos: Ilse sonreía por igual en la Plaza Roja, ante la tumba de Lenin, junto al monumento a Marx y Engels, en Leningrado (no entendió cuando le dijimos que aquello era San Petersburgo, como a principios de siglo)... Y ante el edificio de la Editorial Progreso. Y ante una prensa. Y con una mujer que, nos lo aclaró de inmediato, era Galina Demikina.

-Es muy linda -nos dijo. Y mientras nos contaba cuán linda era, qué amable se había portado, qué autógrafo tan hermoso le había escrito en su ejemplar de Se ha perdido una niña, yo pensé en los sellos de su pasaporte, todos llenos de hoces, martillos y las letras CCCP.

Y se me ocurrió llamar, ahora sí, a la CIA.

No lo hice porque: a) detesto a los gringos, b) no tengo idea de cómo llamar a la CIA y c) de todos modos hubiera sido ridículo.

Pero también porque, tengo que admitirlo, de pronto sentí una envidia enorme. De Ilse. Es la verdad.

Quiero decir, a pesar de todo, a pesar de las circunstancias del viaje, a pesar de que seguíamos sin entender a dónde había ido, ella estaba feliz. ¿Y por qué no? Había visitado sitios muy hermosos, conocido gente diferente, visto (aunque suene horrible) nuevos horizontes... Había ido mucho más lejos que cualquiera en la familia. Sólo eso era un motivo de orgullo. Ni mi hermana ni yo hemos salido nunca del país...

En los años siguientes advertí que ella se sentía como yo, porque dejamos de hablar del asunto y preferimos no inquietarnos por los hermosos viajes subsecuentes, las nuevas fotos, el cada vez mejor ruso, hasta donde podíamos apreciarlo, de Ilse. O su beca para la preparatoria. O su beca para la universidad. O su novio, Piotr Nikolaievich Temovsky, de Leningrado (no San Petersburgo), que conoció en 2004. O su último viaje, en 2007, y su vuelta a México que se retrasaba, y se retrasaba... O su

llamada, una noche, para anunciarnos que estaba muy enamorada y que se iban a casar.

* * *

-Ay, mi hijita -dijo mi hermana la última vez, conmovida. Ilse cumplía 23 años, llevaba casi uno de casada y había podido llamarnos.

(Ilse llama, o por lo menos escribe, cada tres meses, más o menos. Tenemos su teléfono, por supuesto, pero cuando llamamos nunca está o las líneas se cruzan y la llamada acaba en quién sabe dónde.)

Platicaron y mi hermana se enteró de que ella y Piotr habían decidido aplazar un poco más al pequeñito Nikolai, así se llama el papá de Piotr, o a la pequeña Sara.

(El que eligieran esos nombres me disgustó un poco, pero supongo que es algo infantil de mi parte.)

La razón del aplazamiento era que acababan de aceptarlos en la Academia de Ciencias de la URSS. Ilse no nos dijo exactamente para qué, pero hemos llegado a la conclusión de que tiene que ver con el programa espacial: van a estar, según nos dijo, en el cosmodromo de Baikonur, con algunos de los cosmonautas que serán llevados, muy pronto, a la nueva estación espacial, la Mir 4.

(Claro, podrían ser parte del equipo de tierra, que va a estar en Baikonur durante toda la misión. O estar en otra cosa... La verdad es que Ilse nunca nos platica con muchos detalles. Y, desde luego, las noticias de la televisión o los periódicos siempre hablan de Rusia.)

-Qué maravilla -dije yo, de todos modos, cuando me tocó hablarle.

Luego vinieron las quejas. Siempre es muy incómodo cuando le platicarnos cómo nos va a nosotros... Pero ella nos consoló, como siempre: en realidad el socialismo tampoco es una utopía, nos dijo, ni mucho menos.

-La burocracia es terrible. Ni Gerasimov puede con ellos -Gerasimov es el jefe del Partido y, según muchos (o eso dice Ilse), un nuevo Nikita Jruschov

Hablamos algo más, nos despedimos, colgamos... Y yo veo que mi hermana está muy orgullosa. No puede decirle a nadie dónde está su hija, y todo el mundo se extraña cuando les cuenta que está en Rusia (que es un país más bien arruinado, lleno de mafiosos, sin nada o casi nada que ver con la antigua URSS), pero a ella no le importa.

Por mi parte, sólo puedo pensar que Ilse es una joven muy afortunada. Y me consuela, a fin de cuentas, el hecho de que ella me recuerda, siempre que puede, cuánto tengo que ver con su felicidad.

-Tú eres el tío del libro -me dice. Se refiere al de Se ha perdido una niña, que ella tiene en la URSS y por lo tanto sigo sin leer.

Bernardo Fernández (1995)

Bernardo Fernández (México, D.F., 1972), meglio conosciuto come BEF, è illustratore, grafico e scrittore; collabora a diverse riviste di CF, horror, fumetti. Ha scritto diversi racconti, raccolti nell'antologia ¡¡Bzzzzzzt!! Ciudad Interfase (1999). Con Pepe Rojo, è coeditore della rivista Sub.

Ha vinto il Primer Concurso de Cortometraje de Ciencia Ficción, Terror y fantasía (1997), convocato dell'editrice Vid nel quadro della MECyF, con un video tratto dal suo racconto Crononáuticas.

En medio de los casi imperceptibles zumbidos del equipo, nadie nota al intruso. Como siempre, resulta imposible saber cómo llegó, por no hablar de dónde. Lo cierto es que del servidor pasa a una terminal específica y ahí se aloja, como una célula cancerosa, silenciosa al principio, reproduciéndose y devorando al tejido (virtual) sano sin que se dé cuenta alguno de los operadores.

21 de marzo de 1974

Comenzó la primavera; el reloj me despertó con aquella canción de las rosas en el mar. Me levanté y lo primero que hice fue prender la tele. Alcancé a ver cómo el tipo ése vestido de niño preguntaba a uno de los concursantes:

-Te pregunto, cuate, ¿Te quedas con la avalancha o entras a la catafixia?

"Quédate con la avalancha", murmuré.

-Entro a la catafixia- dijo el chavito tras pensarlo un momento.

Desde luego, detrás de la puerta con el número dos había una sala de Muebles Troncoso. Seguro los papás estaban felices, pero el niño no.

Se lo merecía, por menso.

Me bañé y bajé a desayunar.

-Hola, mi amor- sonrió mamá, y sirvió el desayuno, Icee y Twinkies. Al ratito bajó papá, leyendo el periódico. El sólo tomó café. Estuvimos hablando sobre el mundial. A papá no le cae bien Borja. pero yo creo que es un buen jugador. Finalmente, me dí cuenta de que se había hecho tarde para irme a trabajar, así que me retiré de la mesa. Cuando iba saliendo, papá me dijo:

-Oye, Lalo, ahí en el garage, en una caja de cartón del Taconazo Popis, hay una sorpresa para tí.

Efectivamente, se trataba del casco de carreras más hermoso del mundo: amarillo con espirales moradas a los lados y caritas felices, lo más a-go-gó que se ha fabricado en accesorios. Lo había visto ayer, y por lo visto papá me lo compró. Tras colocármelo, subí al go-kart y salí volando al trabajo. Ya se me había hecho tarde.

Al llegar a Galletorama, el jefe me regañó por los dos minutos de retraso, pero luego sonrió y dijo que me habían transferido a una nueva máquina, la que perfora los ojos y la boca de las sonrisas de canela, unas galletas con forma de carita feliz que, desde luego, son mis favoritas.

Salí de trabajar y fui a comer un chamacón con queso acompañado de una Fiesta-Cola. Camino a casa pasé por el Cinerama y vi que daban "La Guerra de las

* Il racconto è pubblicato nell'antologia di Bernardo Fernández BEF, ¡¡Bzzzzzzt!! Ciudad Interfase, Times Editores, 1999, México.

Galaxias"; me metí. Es la mejor película que he visto en mi vida. A la hora de la cena, mamá sirvió hot dogs y chaparritas. Cuando acabamos, mientras subía a mi cuarto, papá me dijo:

-Lalo, en tu recámara hay una sorpresa.
Era una colcha de R2D2 y C3PO.

22 de marzo de 1974

Hoy fue la final del mundial de futbol, y desde luego, ganó la selección nacional. Todo Wonderama salió a festejar a las calles, era un auténtico carnaval. Fuí con papá, en su Galaxie, a participar de la fiesta, ondeando nuestra bandera por las calles, como el resto de la ciudad y el país. Por la noche, el presidente inauguró el monumento a Borja en la plaza mayor, en honor a los 142 goles anotados durante el campeonato. Ahí estuvimos también, emocionadísimos, sobre todo a la hora que sonó el himno nacional. Creo que la opinión que papá tenía de Borja ha cambiado.

Llegamos a casa ya tarde.

23 de marzo de 1974

Día especial. Todo fue opacado por la llegada del hombre a la Luna. Lo vimos por tele. Papá estaba tan emocionado que dejó escapar una lágrima. Cuando el astronauta dijo que era un pequeño paso para el hombre y un gran paso para la humanidad, sentí como un nudo en la garganta.

He decidido que quiero ser astronauta.

24 de marzo de 1974

Me levanté tarde, por ser sábado. Prendí la tele y alcancé a ver los últimos minutos del programa de las burbujas ésas. Nunca lo he visto completo. Cuando empezó el noticiero de los adultos, el que pasan todas las mañanas y que mi mamá no se pierde, me salí en el go-kart a dar una vuelta al parque.

Hoy es día de luto nacional, no sé porqué, y en la plaza del parque, la bandera ondeaba a media asta, con sus círculos de colores sobre fondo blanco luciendo majestuosamente, y la palabra Wonder en letras rojas. Cada vez que la veo, me da una emoción que no puedo describir.

Me senté en una banca a no hacer nada.

Ahí estaba cuando una niña rubia de cabello lacio y vestida de azul se sentó al otro lado de la banca.

-Hola, qué lindo día- me dijo, sin conocernos ni nada, a lo que contesté con un gruñido.

-¿Quieres un pedacito de mi chocolate?- insistió inoportunamente, por lo que la ignoré.

-Pues me lo voy a tener que comer yo solita- porfió, y le dio un mordisco.

-Mmmh... delicioso- exclamó.

Entonces, sin saber porqué, pues odio el sabor, voltee hacia ella y le dije, con la más idiota sonrisa:

-¿Me convidas un cachito de tu chocolate?

-Hola, me llamo Tere- dijo, al tiempo que me pasaba lo que quedaba de la golosina.

-Yo me llamo Lalo- contesté.

Sin decir más, Tere se paró y alejó caminando. Confundido, descubrí que dentro de la envoltura, escrito con crayola, había un mensaje que decía LA REALIDAD ES FALSA.

Regresé a casa sin saber qué pensar, y pasé el resto de la tarde jugando con mis muñecos del Santo, deseando no haberme encontrado jamás a esa niña.

Ni siquiera quise cenar, y eso que había gansitos con Mirinda.

La primera señal de alarma pasa desapercibida en la interfase ocular del operador. Un mensaje más, entre millones que decodifica cada día. "La terminal zutana detecta un error del tipo x en el programa tal". El operador ordena seguir, y como ve que la máquina no se detiene, no presta mayor atención. Errores de esos aparecen por miles, sobre todo en el software experimental.

25 de marzo de 1974.

Desayuné Chocotorros con Perk, y papá me llevó al concurso del que se viste de niño. Desde que recuerdo, tenía ganas de ir. Por los pasillos de los foros de televisión, me crucé con Batman y le pedí un autógrafo. Le dije que él era mejor que el Santo. El concurso, en realidad, era bastante simple, se trataba de escoger entre tres llaves, una de las cuales abría la puerta del sabor. Escogí la correcta y gané una dotación de yoghurt y una avalancha. Al final del programa, el animador me preguntó:

-Cuate, ¿Te quedas con tus premios, o entras a la catafixia?

No lo entiendo, siempre he pensado que los que lo hacen son francamente menso, pero le contesté que entraba a la catafixia.

-A ver, Lupita, qué hay detrás de la puerta dos...

A lo lejos escuché la voz del títere del mago de barba, el conejo, que decía:

-Jajaay, se llevó el burro de planchar.

Pero lo realmente extraño es que tras el burro había un letrero enorme que decía LA VERDAD, TODO ES MENTIRA, y al parecer, sólo lo ví yo.

26 de marzo de 1974

Hoy por la mañana, el Presidente apareció por la televisión. "Buenos días, sobrinos", dijo desde la pantalla, con su saco rojo, lleno de parches de animalitos en las solapas.

-Buenos días, señor presidente- le contestaron mis papás, sentados en el sillón.

Era un mensaje a la nación respecto a una amenaza que se cernía sobre ella: un criminal de nombre Pantomas se estaba dedicando a diversos actos de sabotaje y estafa. Pero al parecer, la policía ya trabajaba en ello, y todo estaba bajo control; no había de qué preocuparse.

Al acabar su mensaje, el presidente mostró un changuito de pilas que tocaba frenéticamente unos platillos que me pareció, no sé porqué, tétrico.

No sucedió nada interesante el resto del día.

27 de marzo de 1974

No lo puedo creer. Hoy íbamos a comer Quesito Mío con Bonafinas cuando mamá me pidió que sacara la bolsa de la basura, pues se oía al camión venir desde lejos. Una vez fuera, descubrí sorprendido que el señor de la basura era un hombre altísimo, vestido de frac y con la cara envuelta en una máscara blanca que más bien parecía pintada sobre su cabeza, dejando sólo los orificios de los ojos libres. Se veía amenazador, pero también elegante. ¡Era Pantomas! Me supe invadido por una emoción, mezcla de miedo y no sé qué. Él tomó la bolsa de plástico de mi mano temblorosa, la rasgó como si fuera de papel y me dijo, con una voz grave, casi cavernosa:

-¿Te has dado cuenta que sólo comes basura y no engordas ni te salen caries?

Entonces me devolvió los restos de la bolsa, y estaba vacía, a pesar de que un segundo antes parecía llena de desperdicios.

-Tampoco hay malos olores ni contaminación; errores del programa.

Y tras decir eso, se alejó a saltos descomunales, propios de algo superhumano.

Aunque no me escuchó, murmuré "Pantomas, eres mejor que Batman".

Pero no dije nada a mis papás.

28 de marzo de 1974

¿Qué me está pasando? Ya es de noche, y por más que me esfuerzo, no logré recordar nada de lo que pasó hoy. De pronto, parece como si los días fueran muy cortos. Desearía poder comentarlo con alguien, pero no se a quién.

29 de marzo de 1974

Fui a Patinorama. Estaba tomándome una malteada de vainilla enlatada mientras veía a los que estaban en la pista, dando vueltas y vueltas. Sentí un poco de mareo por las luces y la música, por lo que salí a tomar un poco de aire. Estaba de los más tranquilo, cuando se acercó un niño de mi edad.

-Los Bee-Gees son insoportables, ¿No?- me dijo.

-¿Qué?- contesté.

él volteó para todos lados, y luego, me dijo, en un susurro:

-¿Ya viste que por aquí nadie parece un ser humano real?

Me guiñó y se fue.

Todo se está poniendo muy raro.

30 de marzo de 1974

Me llegó un telegrama. Al principio me extrañó, pues ahora que lo pienso, no conozco a nadie. El remitente decía "errores del programa", y el mensaje era: ¿HAS NOTADO QUE TUS PAPAS SE PARECEN A JORGE RIVERO Y SASHA MONTENEGRO?

Me quedé helado, porque súbitamente me pareció recordar esos nombres, y con ellos, muchas palabras que no usaba pero que conocía, y al evocarlas parecían como cubiertas por una fina pátina de polvo. Pero aún hay cosas que aparentemente ignoro, como cuál es mi apellido y cuántos años tengo.

Ahora se trata de algo serio. El intruso ha logrado apoderarse de la terminal. Sin embargo, el operador sólo alcanza a leer un mensaje que indica intercambio de datos entre las máquinas, nada fuera de la rutina. Y como no se hace un chequeo exhaustivo de los ambientes virtuales diariamente, como lo indican los manuales, nadie se entera.

31 de marzo de 1974

¿Pero quién mierdas era Jorge Rivero? ¿Y Sasha Montenegro?

1 de abril de 1974

No entiendo qué sucede. Parece como si yo no existiera. Entre más pienso respecto a la realidad, más falsa me parece. Siento estar atrapado en un sueño ajeno que, sin embargo, me pertenece. Quizá alguien imagina que él es yo. O pero aún, soy el sueño de alguien más, un personaje secundario de una fantasía recurrente. No había notado que aquí no hay sabores ni olores, sólo imágenes y sonidos, que a pesar de ser falsos, son reales. Todas las caras me son familiares, pero de alguna manera sé que son de gente que no conozco. Eso incluye a mis padres y (lo descubrí al mirarme al espejo) mi propio rostro. Por otro lado, comienzo a recordar. Es como si recuperara pequeños fragmentos de un total faltante. Paulatinamente, significados de palabras que no recordaba, y que no debería saber debido a mi edad (por otro lado, incalculable) se encienden en algún rincón de mi memoria. Tengo la certeza de llamarme Eduardo, pero no Lalo. Sé que yo soy, pero que no soy así. Por más que reviso mi diario, no encuentro evidencia alguna que me diga qué pasa; sin embargo lo encuentro desoladoramente frívolo.

Y algunas fechas no me checan.

Una señal de franca alarma aparece en lo que corresponde al espacio visual del operador. Uno de los sujetos registra actividad cerebral compleja. Los instrumentos saltan, frenéticos. Pero no hay operador que atienda los avisos, pues son las tres de la

madrugada. Por lo tanto, lo único que el torpe programa de seguridad alcanza a hacer es autobloquearse.

2 de abril de 1974

Caos total.

Al despertar, lo único que alcanzaba a escuchar era un estruendoso silencio.

Cuando abrí los ojos, descubrí un mundo al que le habían robado el color. Todos los objetos parecían contruidos de alambre, estaba rodeado por millones de gráficas tridimensionales, de las llamadas wireframe, un tinglado demencial generado por computadora. La habitación, la casa, la calle, los autos, las personas, todo convertido (o revertido) en estatuas virtuales. Mi propio cuerpo era una red de infinitos vectores que definían el remedo de un ser humano. Descubrir esta realidad no me produjo emoción inmediata alguna. Debí sentir tristeza, debí sentir rabia, pero tan sólo me invadió una abrumadora soledad.

-Eduardo Aquino- era una voz grave, cavernosa, la que rasgaba el silencio tras de mí, pronunciando mi nombre verdadero. No me sorprendió descubrir a Pantomas a mis espaldas, único elemento de este mundo que no había perdido el color.

Entonces recordé.

Escuchar el sonido que verdaderamente me corresponde por nombre devolvió de golpe mis recuerdos; todo estaba ahí: agosto de 2012... mi cátedra en la universidad... el golpe de estado... la imposición del gobierno totalitario... mi participación en el sindicato de maestros... las amenazas... el despido injustificado... la simpatía por la subversión... el descubrir que Pedro es de la guerrilla... la invitación a unirme al movimiento... las juntas clandestinas... la redacción de manifiestos... esa metamorfosis no deseada de militante a ideólogo... el teléfono intervenido... la huida de mi mujer e hijos a otro país... mi desaparición simulada... la guerrilla en las cloacas... los tiroteos... los atentados... sangre que no debimos derramar... división interna del movimiento, un cisma inminente... ¿Hay un infiltrado?... "Nadie es indispensable, pero eres la mitad del cerebro del movimiento"... el último encuentro... alguien delató nuestro refugio... balas de goma y gases lacrimógenos... no quieren muertos... me buscan a mí... la captura... interrogatorio, tortura, juicio sumario... y después, despertar en esta utopía infantil paranoide.

-Pantomas- respondí, tras el eterno instante en que los recuerdos arrebatados regresaron a mi memoria- eres mejor que Batman.

-Sólo un virus virtual, infiltrado por la net. Te tienen en un pabellón de alta seguridad reservado para los presos políticos. No te pueden matar, la presión internacional es muy fuerte. Te mantienen encadenado a un escenario de realidad virtual, junto con otros líderes del movimiento.

-Sí, claro- respondí, sintiéndome un poco tonto por hablar con un virus de computadora-, alguna mente enferma se puso a programar algo así como la utopía que planteaban los comeciales de la televisión de principios de los 70, cuando la mayoría de nosotros éramos niños o bebés, una especie de inconciente colectivo de la cultura pop...

-No hay tiempo-interrumpió groseramente Pantomas en medio de mis elucubraciones-, no tardarán en darse cuenta los operadores de que algo no funciona. Poco a poco están vaciando tu cerebro. Hemos podido rescatar un poco, pero hay información que se ha perdido inexorablemente. Entre más tiempo pase, menos podrás recordar, hasta que te borren por completo, te conviertan en un vegetal.

Una onda fría recorrió mi espalda, al intentar inútilmente de recordar el rostro de mi verdadero padre.

-¿Hay algo que pueda hacerse?- pregunté, horrorizado.

-Sí- y al decir esto, se quitó su máscara y me la entregó, descubriendo un rostro que no era tal-, los operadores se darán cuenta de que hay un intruso en su programa. Entonces rebootarán el sistema entero, eliminándome. Pero la máscara requiere un

programa muy específico para borrarla. En cuanto restablezcan el escenario virtual, debes colocártela. Es un programa indetectable para ellos que protegerá tus recuerdos hasta que podamos rescatart...

Al regresar, el operador detecta la intrusión de un virus en el programa. Lo primero que hace, por supuesto, es reiniciar el sistema, término técnico para decir que apaga y vuelve a prender, tras de lo cual reconfigura las terminales, alterando los parámetros para que resulte imposible volver a infiltrar un virus. Terminada la operación, casi rutinaria, el operador regresa a la aburrida tarea de vigilar que nada salga de lo normal en el pabellón "A" del penal virtual de alta seguridad.

2 de abril de 1974

El reloj me despertó con aquella canción del "Noa Noa".

Me levanté y lo primero que hice fue prender la tele.

Alcancé a ver el final del programa del tipo ése vestido de niño

Me bañé y bajé a desayunar.

-Hola, mi amor- sonrió mamá, y sirvió el desayuno, donas y Kool-aid. Al ratito bajó papá, leyendo el periódico. El sólo tomó café. Estuvimos hablando sobre los juegos olímpicos.

Finalmente, me dí cuenta de que se había hecho tarde para irme a trabajar, así que me retiré de la mesa. Cuando iba saliendo, papá me dijo:

-Oye, Lalo, ahí en la sala, sobre la mesa, hay una sorpresa para tí.

Era una máscara blanca, parecida a la del santo, pero sin mayor gracia.

-Gracias, papá- dije, fingiendo mi mejor sonrisa, y salí corriendo a Juguetorama, donde trabajo.

Tire la máscara en el primer bote de basura que encontré.

Por lo demás, fue un día de lo más normal.

Amado Nervo (1914)

Amado Nervo (Tepic, Nayarit, México, 27/8/1870 – Montevideo, Uruguay, 1919); dice di sé: "Sono discendente di una vecchia famiglia spagnola che si stabilì a San Blas agli inizi del secolo scorso. Feci la mia istruzione primaria nelle modeste scuole della mia città natale; morto mio padre quando io avevo nove anni, mia madre mi inviò a una scuola di preti Romani, quella di Jacona, in Michoacán, che allora godeva di una certa fama. In questa scuola e dopo nel seminario di Zamora, Michoacán, feci i miei studi preparatori, incominciando, naturalmente, per il latino. Volli seguire la carriera di avvocato e studiai due anni, ma la rapida scomparsa dell'eredità paterna mi obbligò a tornare a Tepic, mettermi davanti a quel poco che ci rimaneva e lavorare per aiutare la mia numerosa famiglia. Dopo, cercando meglio destino, andai a Mazatlán dove scrissi i miei primi articoli nel Correo de la Tarde. Più tardi mi diressi alla capitale (1894) e lì con gli sforzi e le conseguenti penalità riuscii ad farmi strada."

Il suo nome cominciò a diffondersi nel 1895 con la pubblicazione del suo primo libro che non fu una collezione poetica, bensì un breve romanzo: El Bachiller. Giudicata alla distanza degli anni, rimane come una buona opera iniziale che riflette molto l'ambiente "zamorano" e la sua vita da seminarista. Misticas fu il suo primo libro di versi pubblicato (1898), anche se il primo che scrisse fu Perlas Negras, che uscì nello stesso anno.

Amava Parigi e poté conoscerla nel 1900. Fu inviato come corrispondente di Il Mondo; presto licenziato, si trovò in povertà, ma trovò anche l'amore, Ana Cecilia Luisa Dailliez, la dolce donna che fu la sua compagna durante più di dieci anni e la cui morte (1912) gli causò "l'amputazione più dolorosa di se stesso". Frutto di questo dolore fu un libro di versi molto colto: La amada Inmóvil.

A Parigi conobbe Verlaine, Moreas, Wilde, e fu amico di gli scrittori e poeti ispano-americani della generazione modernista. Lì siglò la sua amicizia con Rubén Darío. A Parigi pubblicò la versione francese di El Bachiller e Poemas. Di ritorno in Messico (1902) pubblicò El Éxodo, Las Flores del Camino, Lira Heroica e Los Jardines Interiores.

Nel 1905 entrò nel servizio diplomatico del Messico a Madrid. Da lì inviava le sue corrispondenze al giornale Il Comando. Collaborò a giornali di Buenos Aires e L'Avana. In Spagna scrisse molti dei suoi migliori libri, tra i quali En Voz Baja (1909), Juana de Asbaje, Serenidad (1914), La Amada Inmóvil, Elevación (1916) e Plenitud (1918).

Nel 1914, per la rivoluzione, lasciò il suo incarico, che riprese per conto del Governo del Messico e, nel 1919, fu inviato in Argentina ed Uruguay. Morì a Montevideo il 24 maggio 1919.

Nervo comincia a scrivere CF nel suo terzo romanzo, El donador de almas (1899). Altri racconti e romanzi significativi di CF sono Yo he estado en el espacio (1905), Amnesia, Dentro de cincuenta años (1906), La última guerra (1906), El sexto sentido (1918), oltre ai poemi Kalpa (1914) e El gran viaje (1917).

* La poesia è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione Textos.

En todas las eternidades
Que a nuestro mundo procedieron
¿cómo negar que ya existieron
planetas con humanidades;

y hubo Homeros que describieron
las primeras heroicidades,
y hubo Shakespeare que ahondar supieron
del alma en las profundidades?

Serpiente que muerdes tu cola,
inflexible círculo, bola
negra, que giras, sin cesar ,

refrán monótono del mismo
canto, marea del abismo,
¿Sois cuento de nunca acabar?

EL GRAN VIAJE^{*}

Amado Nervo (1917)

¿Quién será, en un futuro no lejano, el Cristóbal Colón de algún planeta?
¿Quién logrará, con máquina potente, sondar el océano del éter, y llevarnos de la
mano allí donde llegaron solamente los osados ensueños del poeta?
¿Quién será en un futuro no lejano el Cristóbal Colón de algún planeta?
¿Y qué sabremos tras el viaje agosto? ¿Qué nos enseñaréis, humanidades de
otros orbes, que giran en la divina noche silenciosa, y que acaso hace siglos que nos
miran?
Espíritus a quienes las edades en su flüir robusto mostraron ya la clave portentosa
de lo Bello y lo Justo, ¿cuál será la cosecha de verdades que deis al hombre, tras el
viaje agosto?
¿Con qué luz nueva escrutará el arcano? ¡Oh la esencial revelación completa que
fije nuevo molde al barro humano!
¿Quién será en un futuro no lejano el Cristóbal Colón de algún planeta?
(Octubre de 1917.)

^{*} La poesia è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

BIOLOGÍA *

Caín Kuri (1997)

Caín Kuri (México, D.F. 1977) Laureato in Sistemi computazionali, è uno dei fondatori di Fractal'zine. Ha collaborato all'antologia di racconti Silicio en la Memoria (racconto, 1997) e alle riviste Umbrales, Azoth e Fractal'zine. Attualmente si occupa di postproduzione video e di musica elettronica.

Paredes microscópicas se bañan en fluidos
Procesan impulsos con multivariaciones aleatorias.
Condensan informaciones en el anti-olvido.
El óxido no existe donde hay biología.
Señales que vienen mojando estructuras.
Detalles que controlan resultados.
Compuertas abren y compuertas cierran.
Es la programación minúscula de un diminuto módulo del sistema.
Memoria encontrada. Memoria binaria. Extendida.
Corazones digitales. Corazones perfectos en una biología modificada.
Mi cuerpo no sangra, mis ojos no lloran.
Mi cuerpo partido y no siento nada.

* La poesia è disponibile in rete sul sito della web zine *Azoth* nella sezione *Materiales*, <http://members.nbci.com/azothweb/azoth2.html>.

HAIKUS CYBERPUNK^{*}

José Luis Zárate

Me he perdido
La consola del mundo
abandonada

Olvido al mundo
en vida simulada.
Por fin existo

Vida artificial:
respirar lentamente
matriz afuera

Mujer perfecta
el nacer de tu risa:
un algoritmo

En el circuito
algo conserva el alma
(sé que no soy yo)

Palpita el mundo
al borde de la creacion
Dios pulsa Enter

Realidad Virtual
nuestra vida esta a
salvo
toda en un diskette

Cinta Moebius
¿Cual lado es el que
observo
de la pantalla?

^{*} Gli Haikus cyberpunk di Zárate sono disponibili in rete all'indirizzo spagnolo <http://www.ciencia-ficcion.com/relatos/>.

MINIC(R)UENTOS AMOR^{*}

Ella

—Te amo —le dije.

Y ella, como toda robot bien programada, me dijo que se quería casar de blanco.

Como todos los enamorados

Como todos los enamorados te traía una estrella del cielo, pero la Aduana, prevenida contra nosotros, los románticos, me la recogió por radiactiva.

Pasos

Oí tus pasos salir furtivos de la recámara, rápidos y resueltos en las escaleras, dudando un segundo antes de salí a la calle donde no podría encontrarlos otra vez, alejarse.

Creí que me habías dejado pero, gracias a Dios, sólo eran tus zapatos.

Medium

Hizo comparecer el cadáver de su esposo para preguntarle si era feliz en la muerte, pero al ver el rostro descarnado y la sonrisa eterna supo que, en efecto, lo era y no tuvo más remedio que regresarlo al cementerio.

Gregorio

Al despertar Gregorio una mañana, tras de un sueño intranquilo se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto, quiso decírselo a su esposa pero ella no estaba ahí, su lugar lo ocupaba una enorme araña vestida con la bata de su mujer, que se relamía de gusto mientras lo iba envolviendo en su tela y le inyectaba un veneno de esos para matarlo y volverlo más rico a sus apetitos arácnidos.

^{*} I minic(r)uentos sono tutti disponibili in rete all'indirizzo spagnolo <http://www.ciencia-ficcion.com/relatos/index.html>, dove Francisco Suñer Iglesias cura un'ampia raccolta di materiali fantascientifici.

Lo malo

Lo malo de vivir con la mujer soñada es que cuando ella está esperándome en la cama, yo me veo obligado, para que no desaparezca, a dormir solo, soñándola.

MINIC(R)UENTOS CINE

Función

Ninguna de las 603 estatuas de sal sentadas en cada una de las 603 butacas de cine, acabó de ver LA MUJER DE LOT.

Imposible

Cuando termina la película y el espectador intenta salir se da cuenta que es imposible por que él también es parte de la cinta.

Efectos especiales

Mientras en la sala cinematográfica todo el mundo observaba los efectos especiales, el hombre se disolvió lentamente, sin que nadie reparara en él, insignificante y luego nada.

Una película de horror

Soy acomodador en el cine. También soy viejo y a mi edad no se piensa todo lo bien que uno desea. Ahora, en este instante puedo oír a la gente en la sala donde exhiben una película de horror sobre un monstruo que ataca en los cines. Tonterías. Pero la gente está gritando. Cuando hay una cinta así siempre gritan, generalmente cuando un golpe de cámara muestra Dios sabe qué atrocidad. Hoy gritan y no parece ser por eso: son gritos intensos, reales, continuos. Verdaderos gritos de horror. Cómo en el cine. Y no puedo entrar a ver que pasa, aunque ese sea mi trabajo, porque tengo miedo y me digo que una película es sólo una película, pero el miedo, y los gritos, los gritos...

Tal como es

Sin saber cómo o por qué la película muestra su vida tal como es, la función es tan aburrida que se queda dormido a mitad de la cinta.

Gore film

En la pantalla gigante una mano desciende rápidamente blandiendo un cuchillo ensangrentado, el atónito espectador cae con una herida en el cuello.

La acción se repite según cuantos asesinatos tenga la cinta, o en su defecto, con los espectadores con qué se disponga.

Final

El espectador se da cuenta, horrorizado, que lo que se exhibe en la pantalla es su vida. Él está ahí, gigantesco y desnudo ante el público. Se pone de pie, furioso, pero decide quedarse a ver el final. Lógicamente la película termina en cuando se da cuenta, horrorizado, que lo que exhibe la pantalla es su vida. Él está ahí, gigantesco y desnudo ante el público. Se pone de pie, furioso, pero decide quedarse a ver el final. Lógicamente la película...

Blanco

El actor mira sorprendido a su asesino. Trata de ocultarse pero la luz de la pantalla lo convierte en un blanco perfecto. Cae herido mortalmente. Alguien, en algún cine, en otro lugar y tiempo, ha hecho fuego.

King Kong

La mano de King Kong sale de la pantalla y aferra a una de las espectadoras. El asunto no pasa a mayores porque en ese instante llega el intermedio.

Final de función

El espectador se da cuenta, horrorizado, que lo que se exhibe en la película es su vida. Frente a él desfilan todos sus recuerdos. Da una mirada al reloj y ve que faltan cinco minutos para que termine la función. Alza la vista para ver como él, en la cinta, da una mirada nerviosa a su reloj, pero apenas repara en eso porque en la pantalla gigante observa que alguien detrás de él, cumpliendo todas las reglas del cine sangriento, levanta un pesado cuchillo: grande, con un brillo inoxidable y sujeto firmemente por una mano enfundada en un guante negro.

Faltan cuatro minutos para el final y el cuchillo sigue quieto, amenazante. Tres minutos y la tensión es insoportable. No quiere volverse a ver si lo que muestra la pantalla es real. No puede. Dos minutos. En la cinta el cuchillo tiembla preparando el certero golpe. Un minuto. El espectador no puede más y se vuelve para ver tras él al homicida con el cuchillo. Ambos son demasiado reales. El golpe. La sangre cubre la pantalla. La función ha terminado.

MINIC(R)UENTOS ESCALOFRÍO

Ojos

Es divertido observar en la oscuridad el brillo de bestia nocturna que tienen los ojos de tu gato. Hasta que recuerdas que no tienes gato.

Paredes

Sé que las paredes oyen, hablan, tienen almas delatorias e instintos represivos. Si estoy prisionero en medio de ellas es porque he descubierto que, también, devoran.

Año 2008

... y cuando México estaba a punto de pagar su deuda externa, la inmensa luz blanca de las bombas y su sonido ensordecedor destruyeron al mundo.

Sin dinosaurio

Cuando despertó el dinosaurio ya no estaba ahí, pero no pudo ni siquiera alegrarse: él tampoco estaba.

Orient-Express

Gracias a mi inteligencia y a las sutiles pistas que nadie más que yo puede desentrañar, descubrí que el asesinato a puñaladas del pasajero del camarote seis fue cuidadosamente planeado por todos los pasajeros del vagón de primera clase de este tren. Sólo yo pude llegar a tal deducción. Cuando lleguemos a Estambul me entregarán a la policía como el criminal, es sólo mi palabra contra la de ellos ¡Maldito el día en que me metí de detective!

Las navajas

La navaja me atrae. Su figura y forma, el sueño de acero que brinda, la esperanza vacía de sus gritos, la firme voz de sus hechos. Vibra, tiene vida propia. Es sirena, el viejo sueño de los marinos impotentes. Las navajas duermen esperando su hora de actuar y, mientras tanto, fingen ser meros objetos, cosas muertas, inertes, pero son seres. Se deslizan sobre la piel mientras sonríen con sus dientes lisos. Nos recuerdan su verdadera función cuando permitimos que muerdan y saboreen nuestro descuido. Firmes y seguras acechan.

En la oscuridad hacen ruidos imperceptibles desde sus fundas de papel, en el lavabo, junto al jabón; afirman que son buenas amigas y que siempre -- cuando gustes -- están a nuestra disposición. Gustan de exhibirse ante el que solicita sus otros servicios, no aquellos que tienen el inocente matiz de una barbilla. Su verdadera forma es a escondidas. Rameras de metal. La obscena mueca de su boca, sus manos cuadradas, los costados finos, el doble sexo de afilada incertidumbre. Puedes verlas sin sospechar, pero cuando deciden mostrarse así es imposible dejar pasar su invitación. Debes probarla, sentir, acariciar. Una vez observada su verdadera forma empieza la obsesión, una voz en sueños. En el mismo instante en que escribo esto siento su llamado. Les he brindado la oportunidad de seducirme, incluso les ofrecí la voz de sus ruegos, el tono exacto. Lo que me llevó a pensar en las navajas es, ahora, una cuestión secundaria, un hecho intrascendente. Lo que importa es la decisión. Ellas me ofrecen todos los secretos de la oscuridad, el elixir de la nada. Imagino el momento, el brillo ciego sobre la piel desnuda, un movimiento rápido, esperado, penetrante, penetrando, el calor absurdo de la sangre, un deslizarse, exquisito interminable dolor, fluir... Y la navaja con su sonriente destello inoxidable me dice que no debo preocuparme, que en el lejano caso que no termine bien lo empezado, siempre estará ahí, entendiéndome y esperando otra oportunidad. Siempre.

Anuncio

¡AHORA! Para un alivio instantáneo, para desechar todas las molestias y malestares. Olvídense de sus problemas con nuestro producto que remedia todos los males. Se vende en farmacias, supermercados y tiendas en general, viene en prácticos estuches de cinco, son de acero inoxidable y nunca, nunca, pierden su filo.

No. 8

El detective tiene fuerzas para decirle a la rubia:

—No te preocupes, no existe el crimen perfecto...

Cuando es interrumpido por la enfermera que lo llevará a la sala de operaciones No. 8.

Peor lugar

Llegué armado con lápices y hojas. Empecé las preguntas de mi investigación pero dijeron que yo pertenecía a ese lugar y cerraron las puertas. Me vistieron de nada y tratan de volverme niebla con el auxilio de la electricidad en mi cerebro. Yo les dije mi nombre y mi ocupación y ellos se rieron y me lanzaron a este cuarto sin ventanas, sin luz, sin una cama siquiera, o una silla, o un piso.

Definitivamente es el peor sitio para una investigación de campo.

Caso

Lo malo de los casos sencillos es que los detectives no tenemos la oportunidad de demostrar nuestra inteligencia. Por ejemplo, en el llamado Misterio de la Arena; fue bastante evidente que el hombre que ayudó al torero a vestirse para la monumental corrida puso adrede mal las ropas y el pobre murió electrocutado en su traje de luces.

Como dije, sencillo.

Música

La música hiere como los vampiros: usando sólo la fuerza que le brindas, y yo le ofrezco cuchillos y pongo mis discos con ánimos suicidas.

Ahí

Al despertar Gregorio se encontró convertido en un monstruoso insecto pero eso no le preocupó, después de todo el dinosaurio seguía ahí.

En el proximo minuto

Voy a ser asesinado en el siguiente minuto. Mi mano tomará la navaja de afeitar para cortar mi cuello con una precisión que hará difícil creer que no deseaba suicidarme. ¡Pero es un crimen! He sido hipnotizado por mi doctor y a pesar de que sé que es una fantasía dictada por el criminal, no puedo dejar de creer que no va a pasar nada porque soy Superman y esta es la única forma de demostrarlo.

¡Maldito seas, Lex Luthor!

Mas escalofriante

Lo última mujer del mundo está sola en su habitación, sabe que la guerra a matado a todos los demás seres vivos y aún así espera, pero nadie, nada toca a su puerta.

Tortura

Se tortura por defenestración al realizar tal acto en una habitación sin ventanas.

Las caracolas

¿Qué porque hay tanta gente? Por las caracolas, señor. En esta playa vienen cada noche, con la marea, unas caracolas muy extrañas, si se ponen al oído no se escucha el rumor del mar sino la última palabra de los ahogados, cada caracola es un muerto y hay millones llegando cada noche, y vienen a recogerlas no sé para qué,

algunos las coleccionan y hay otros que buscan a alguien que el mar devoró hace mucho, la gente viene a millares, todas buscando unas voces pasadas, esos instantes últimos, la paz del silencio súbito después de la frase final de los muertos, y la gente no puede esperar a que la marea traiga las caracolas y entra al mar para buscarlas y nunca salen si no es en forma de caracola que, según creemos aquí, son eternas y de mala suerte.

MINIC(R)UENTOS ESPEJOS

Despertar

Y cuando despertó el dinosaurio seguía ahí, sonriente, en el espejo, en el lugar donde debería estar su rostro.

Peligro

Me he arrancado los ojos para no tener el peligro de tropezar conmigo en los espejos, ni para que un buen día de estos me vea al final de la calle del brazo de una esposa gorda y satisfecha con cinco niños a mi alrededor.

El espejo

El espejo empezó a reírse como un cristal al oír el nombre de Blancanieves. ¿esa?, no le llegaba ni de lejos a la Reina, mujer de mítica belleza que hasta un ser de vidrio podía admirar. La Reina apagó el espejo cuya imagen se condensó en un punto luminoso antes de desaparecer. Silenciosa fue leyendo la caja de alegres colores en la cual llegó el espejo. ¡ TENGA USTED TAMBIEN UNO ! mientras en su interior aleteaba la duda. Tomó un catálogo de SEARS SU TIENDA AMIGA tal vez para dejar de dar vueltas a la idea de un posible engaño. ¿Qué encargar para deshacer su inquietud? ¿Cremas limpiadores del ego? ¿alabanzas por kilo? ¿Un metro de admiración? ¿Qué, en realidad?

Se puso de pie y encendió el espejo.

—Dime, espejito, ¿quien es la más bella?

—Tú, Reina mía.

Tuvo que esperar por espacio de unos anuncios para volver a preguntar (dime espejito ¿Quién es la más bella?) y escuchar la respuesta que deseaba (tú, Reina mía)

y a la cual no creía, y sin embargo esperaba los malditos anuncios para hacer la pregunta (¿quién?) y escuchar lo mismo (tú) hasta el infinito.

Salamandra

La salamandra vive en el fuego no para demostrarnos que puede hacerlo, ni para que sea usada como el símbolo de la supervivencia; un espejo de virtudes humanas. Lo hace porque su alimento es, primordialmente, la ceniza fresca del ave Fénix.

Espejo

Te envió con esta carta el espejo que no te llevaste, lo único que dejaste en mi casa; a mí no me sirve de nada pues no he logrado sacar de él tu imagen.

Noche a noche

Mil páginas cuidadosamente redactadas negando a los fantasmas. Mil páginas escritas apuntaladas en cientos de teólogos, científicos, estudiosos del tema. Mil páginas certificandolo sin lugar a dudas: no existen.

El punto final fue un alivio para mi alma.

Miré el espejo frente a mí, y el libro sobre el escritorio cerrándose sin que nadie lo tocara.

MINIC(R)UENTOS JOSAFAT

Pregunta

Ella se desnuda lentamente. Josafat se dice que no debe considerar ese momento como una prueba pero, de hecho, lo es, trata de sentirse excitado pero se ahoga en la eterna duda, en la pregunta que se hace cada vez que no puede hacerle el amor a una mujer: ¿Acaso seré un robot?

Recado

Cuando escuche esta señal favor de dejar su recado

—Josafat, déjame contarte algo: soñé que temblaba y al otro día se cayó la ciudad; otra noche el sueño me mostró una lluvia de cadáveres, y al despertar goteaban pájaros asfixiados. Ignoro si mis sueños provocan o anuncian estos sucesos, si son recuerdos del futuro o sus creadores. Josafat, sólo sé que ayer soñé que te morías y hoy no contestas el teléfono.

Josafat

Josafat está harto. Sabe lo gris de su vida y lo acepta sin rechistar. O al menos eso se dice mientras deja pasar las horas por los rieles de las rutinas: “Soy como todos”. Eso es su sustento. Pero no lo es. Está planeando un asesinato. Josafat no tiene conciencia, los seres como él únicamente poseen costumbres y estas se han roto. Alguien las ha roto, con sus juicios tajantes. Josafat no puede soportar ver su faz insignificante. Es por eso el arma extraña en sus manos, la decisión que ha juntado a lo largo de los días, el cuarto cerrado a la hora señalada para el crimen. El apuntar cuidadosamente. El disparo...

¡EL DISPARO! ¡MALDICIÓN! ¡ME HA DADO!... Carajo... quiere... matar... al... al... narrador... omnisciente... .. yo. . .

El ataúd

Josafat mira el ataúd. Se siente decepcionado. Después de todo sus crímenes merecen más que ser congelado cien años en la prisión hibernica. En términos fisiológicos sólo va a perder unos cuantos días de vida y después será libre para gozar de nuevo todos esos placeres de los cuales se horroriza su civilización, esa odiada masa de ojos vacíos. Ignora que durante un siglo van a controlar sus sueños, desconoce su futura vida onírica como oficinista con una esposa, tres hijos, vida normal. El súbito y diario descubrimiento frente al espejo de sus ojos vacíos.

Las buenas noches

—¿No nos dominan las máquinas?— pregunta el niño, mirando con temor las luces centelleantes de su cuarto, el reloj luminoso, el débil palpitir mecánico del edificio.

—Claro que no, Josafat. No te preocupes, las máquinas no nos dominan, duerme tranquilo. Le da un beso de buenas noches. El niño, calmado ya, besa la mejilla plateada y fría de su madre.

Las grietas del espejo

Josafat mira las grietas del espejo, el tono amarillento de los bordes. El cristal también se desgasta. Observa el fatigado reflejo de su rostro. La sonrisa se ha caído en alguna parte, los años se acumulan en sus rasgos, modificándolos. Su compañera le grita algo, con voz agria. Debe apurarse, el trabajo —su deber— espera: la computadora con teclas desalineadas, los mismos formularios de siempre. Josafat suspira. Nadie le dijo que ser un robot fuera fácil.

Invento

Josafat descubre que la futilidad sólo es una aberración cromática de la entropía y mediante un cambio hiperbólico en la realidad puede eliminarla, construye una máquina para tal fin y cuando lo hace funcionar él, su invento, la Tierra, la humanidad, el universo entero, este cuento, quien lo escribe, desaparecen.

Veredicto

Los jueces son sombras a lo lejos, silenciosas máquinas. Una voz sin entonaciones llena el recinto.

—¿Trató de eliminar a un miembro de nuestra sociedad económica y productivamente activo mediante el asesinato? Josafat tiene miedo, únicamente diez segundos para contestar. Sólo dos opciones: negar o afirmar.

—Sí.

Un parpadeo en los sensores adosados a su cuerpo: dice la verdad.

—¿Hubo premeditación, alevosía y ventaja?

Josafat recuerda los preparativos; la soga...

—Sí, pero...

No importa lo que añada a continuación. Las máquinas están programadas para ignorar cualquier respuesta fuera de parámetros.

Siseo.

—Veredicto: Condena Perpetua. Robotización.

Josafat mira a su máquina defensora. Esta se encoge de hombros. El cerebro de su cliente será usado como control de una ensambladora; vivo, consciente, eterno.

Josafat se pone de pie. Los cirujanos han llegado, rojos e inoxidables. Grita una y otra vez su defensa, la frase desechada como improcedente.

—¡Yo solo quería suicidarme!

La mujer ideal

Sólo con una máquina de ensueños Josafat puede encontrar a la mujer ideal: una adolescente sin atractivos que usa su máquina de ensueños soñando a Josafat.

Descubrimiento

—He descubierto el mejor robot del mundo, el más complejo y sofisticado, capaz de pasar por un ser humano sin que nadie, ni él, lo sepa —dijo con la voz cargada de llanto— soy yo.

Cien años después

En la prisión hibernica Josafat despierta, cien años después de un crimen el cual ha perdido significado. Lo importante es que ahora es libre, completamente libre, en una sociedad nueva, con costumbres extrañas y alejada en el futuro de sus recuerdos. Comprende, entonces, que el verdadero castigo ha empezado.

En la inercia

Dos pensamientos:

Nunca confíes en un célibe.

Hay una especie de inercia en los cambios temporales.

El científico mira a Josafat con odio. Sea lo que sea lo que haya modificado en el pasado no influiría de inmediato en el presente, el cambio no iba a presentarse de golpe, sino paulatinamente. Además, nunca conocerá qué fue. La realidad temporal se modifica junto con el pasado, sin dejar rastros. Si ese loco mató a Hitler antes de llegar

al poder, el cambio los hará olvidar a Hitler, pues nunca existió en el pasado del nuevo presente

¿Cuanto tiempo tienen de Realidad? No lo sabe. No importa. Nunca lo sabrá. Se cubre la cabeza, como quien se prepara para un choque, y espera.

Dentro de Josafat las imágenes cambian, los recuerdos de los pasillos monacales desaparecen en la nada y ocupan su lugar la memoria de sexos tibios, pechos turgentes, la evocación de calidas noches de placer. La severidad de su rostro desaparece. Es otro. Pero no lo sabe. Nunca lo sabrá. Él también espera.

Gotas

Se puso el Exprimidor de Ideas y esperó. Deseaba que el aparato le brindara la esencia de algún poema épico o una novela trascendental. Pero sólo le dio unas pocas gotas de inspiración que no valen nada. Las desperdició en este cuento.

Entropía

Aislé una corriente o línea de entropía quiso escribir Josafat, pero el papel se desgarró a sí mismo y la pluma se deshizo en sus manos. Alarmado levantó la vista y pudo ver al laboratorio transformándose, cayéndose a pedazos como si un siglo de abandono se hubiera derrumbado sobre él. La entropía es la tendencia de todos los sistemas a desorganizarse. ¿Era la cita correcta o sus recuerdos estaban afectados de entropía? El cuerpo no es más que un sistema orgánico. Temiendo, dudando, mientras el polvo caía inexorable, se asomó al espejo.

Estaba roto.

MINIC(R)UENTOS LABERINTOS

Duda

Para que me amaras tuve que cambiar de rostro, buscar voces ajenas. Pasé horas transformándome en otro, y así me presenté contigo. Y fuiste mía, de ese otro que era yo, y huiste con él a no sé donde, y me dejaste aquí, sin ti, sin tu imagen, solo de mí mismo, e ignoro si me he ido contigo o me he quedado aquí, abandonado.

Multitud

Y me encontré con la multitud, las personas y las olas de sonido. Decidí quedarme ahí, fundirme con ella, permanecer en su interior., Pero llegó la hora del después y todos se fueron. Cuando no hubo nadie me di cuenta que yo había desaparecido.

Experto

Puedo vencer cualquier laberinto. Sé el camino único que habría salvado a Icaro y a su padre. Domino tales artilugios. Pero no ejerzo porque no he podido sacar mi permiso, dando vueltas de oficina en oficina, llenando formas por triplicado, haciendo antesalas, siguiendo los ritmos burocráticos...

Ballenas

El mar se mueve al ritmo de su canto. Después de soltar el arpón el hombre mira el mar inmóvil, piedra líquida, y no comprende.

Sueño

Sueño que mis sueños sueñan que sueño este sueño. De ser cierto, el presente cuento es infinito; en caso contrario, lo mejor que pueden hacer es olvidarlo.

Suponiendo

Suponiendo que Descartes tenga razón y sea verdadero eso de pienso, luego existo; entonces, ya que no estoy plenamente de que en realidad pienso, puedo ser un fantasma.

Día de clase

Y cuando despertó, el dinosaurio seguía dando clases.

Uija

Y supón que, como yo, seas un espectro cansado de la muerte y entonces te preguntas cómo suicidarte en el más allá y no encuentras forma ¿entonces qué? Entonces nada.

Hombre

Fue primero una idea. Y de ahí surgió el esbozo de una mano. Dedos. Un brazo. La forja del cuerpo. Soñó un cerebro y al despertar estaba en él. Oyó su silencio e intentó romperlo con la boca y el ariete de su lengua. Visualizó ojos. Armó piernas. La silueta. Entonces siguieron los detalles, trazando caminos de piel, senderos en su palma. Terminó al cabo de los días. En cuanto a su lugar en la sociedad no se preocupó en lo más mínimo, sabía que iba a ser popular ya que siempre se ha admirado a los hombres hechos por sí mismos.

La respuesta

Cansado de tanta rutina rogó que cambiara su vida medio esperando que la respuesta bajara del cielo, como en realidad ocurría en ese momento, una respuesta resplandeciente, cónica, silbando sobre (hacia) la ciudad, millares descendiendo en todo el mundo.

Por fin

Cuando por fin lograron ponerle el cascabel al gato no quedaba ni un ratón para que eso importara.

Compras

Adquirió unos lentes para ver mejor la oscuridad.

Alguien

Alguien me dijo que para olvidarme de todo sólo bastaba con encender la televisión; así lo hice, y la calma que encontré tenía algo de primordial, observando las llamas.

Testamento

No le dejo nada a nadie. El resto pueden repartírselo.

Problema

Tengo un terrible problema: mis sueños tienen insomnio y jamás los encuentro si no es en la vigilia, a la luz del sol, cuando no los necesito.

Apocalipsis

Y al final de los tiempos con los Falsos Profetas, con los Prodigios que anunciaban cosas contradictorias, con el estruendo de los Equivocados y los No-Equivocados que gustaban hablar al mismo tiempo, con los Milagros que derrumbaban las creencias más firmes, y las Mentiras que levantaban las creencias más extrañas; hubo tal confusión en la Tierra que, cuando empezó el Apocalipsis, el Juicio Final, Armagedón, todos lanzaron un suspiro de alivio porque al fin había algo claro.

Promesa

El personaje de este cuento (que bien podría ser el autor) prometió ante la máquina de escribir y las hojas blancas que si iba a escribir algo debía ser su realidad. Sólo entonces descubrió que no tenía ninguna.

MINIC(R)UENTOS SCHEREZADA

Apuntador

—¿De donde sacas tantas historias? —preguntó el sultán, pero Scherezada jamás le reveló lo de su apuntador electrónico ni de su hermana escondida en una recámara alejada, con un libro de cuentos en una mano y un walkie-talkie en la otra.

La queja

Oh, Dioses, me ofrecí por esposa al sultán para salvar a las mujeres del reino de morir decapitadas después de una noche con él, quien cree que en la variedad está el gusto; y dediqué años de mi vida a hilar historias fabulosas que lo distraerían hasta que acabara por amarme a mí y a nuestros hijos, pero, Oh Dioses, ¿por qué no me dijeron que el sultán era sordo?

La verdad

—La verdad es que decapito a las mujeres porque odio su charla, todo eso que únicamente ellas saben decir, aborrezco lo que no salga de mis labios; esta muchacha, Scherezada, se ve tranquila, ruego a los dioses para que no diga nada esta noche en que, callada, acepte una vida de silencio conmigo...

Explicación

—¿Por qué diablos cortas las historias a la mitad? —preguntó el sultán. Scherezada empezó a contárselo pero, como de costumbre, le ganó el sueño y se quedó a mitad de explicación, justo en la parte más interesante, y así vivió un día más.

Reclamo

—¡Scherezada! —exclamó indignado el sultán— estoy dudando que seas pura. ¡Expícate! Y ella no tuvo más remedio que empezar a contarle un cuento.

Razones

—Deberé eliminarla —decidió el sultán en la noche 1002— a pesar de que es muy bella, pero es insoportable su cantinela diaria de te cuento un cuento, con esa manía suya de dejar pendiente las historias en lo más interesante. Además, lo peor, a últimas fechas se repite.

Los hijos de Scherazada

Antes de dormir los hijos de Scherezada suplicaban para que su madre no empezara a contarles un cuento.

Historias

Scherazada narró tantas historias que llegó a pensar que el sultán sólo era un cuento, y ella misma otro, por lo que no se atrevía a interrumpirse pues corría el riesgo de desaparecer si no se contaba a ella misma.

No importa

—A la mierda —se dijo el sultán una de las tantas noches en las que el zumbido de la voz de su esposa lo mantenía insomne— ya me cayó gorda, pinche vieja, ahorita la mato, desgraciada desveladora y no me importa que no sepa en que acaba el puto cuento.

Y Así lo hizo

Cambio

Ni Scherezada ocupada en sus historias al parecer infinitas, ni el sultán hechizado por estas se dieron cuenta del terrible cambio que las palabras de la mujer hacían alrededor, nunca se enteraron que ellos se convirtieron en sólo un cuento más de las mil y una noches.

Finales

Cuando el sultán empezó a sugerir finales posibles a las historias, incapaz de esperar hasta el día siguiente el final del cuento, Scherezada pensó en matarlo. La creadora era ella, suya la imaginación. Pero algunos finales eran francamente sorprendentes, dignos de Scherezada, y ella se quedaba muda, muerta de envidia creadora, esperando que el sultán terminara de hablar, pero las auroras llegaban y se iban y los finales transcurrían, uno tras otros, interminables...

Víctima

La verdadera víctima de las mil y una noches no fue Scherezada con la permanente amenaza de muerte sobre ella, sino el sultán que no supo del peligro de envolverse en un hilo de fantasía, hasta que le fue imposible diferenciar lo falso y lo verdadero, entre la imaginación y la realidad, por eso no es de extrañar que cuando sus enemigos lo derrocaron se quedó tranquilamente mirando a los asesinos esperando el fin de la historia.

Harto

Harto de tanta historia el sultán decapitó a su esposa una noche de tantas, pero la cabeza de Scherezada siguió hablando sin más. El sultán aceptó el milagro porque bien podía tratarse de otro cuento.

Después de mil y una noches

Después de mil y una noches, Scherezada descubrió que ya nada tenía que decir: toda su imaginación había terminado y con ésta su mundo fantástico de prodigios y maravillas. Se preguntó que haría en adelante, en una vida gris de una mujer como tantas. Cuando el sultán llegó, dispuesto a decirle que la amaba y que nunca le haría daño así no le volviera a contar un sólo cuento en su vida, la encontró muerta, colgando del techo...

Justicia

Después de todo, reflexionó el verdugo, Scherezada merece morir: ella inventó las telenovelas.

¿Y quién dice?

¿Y quién dice que Scherezada narró todas esas historias? En realidad fue su cuerpo el que, durante mil y una noches, cantó maravillas y prodigios, sueños y milagros, reinos desconocidos a un sultán que, hechizado, dejaba pasar los años leyendo en su mujer historias que, se dijo, nadie sabrá jamás.

Juan Hernández Luna (1995)

México: Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción.

Abrí el canal de mi plexo e introduje el aceitoso tubo que abastecería mi cápsula de oxígeno. De la base del cuello extraje el ducto espiral y alimenté mi carne. Ajusté mi brazo izquierdo que continuaba fallando. Me senté ante el tablero de la nave y conecté mi base craneal con el mando maestro dispuesto a recorrer la frontera. La eterna rutina antes de iniciar mi trabajo.

Cada noche debía patrullar y ver que todo fuera en santa paz en los dominios de la Compañía. Y todo marchaba, excepto por una jaqueca que sacudía mis neuronas. Cuatro horas-tierra con la internase conectada al orificio tras la nuca agota a cualquiera.

Desde mi cabina lograba ver las fumarolas verdes y amarillas de la Gran Caldera, la galaxia de luces que cobijaba la ciudad como una marquesina.

De pronto el cuarzo de la pantalla parpadeó agitadamente su color rojo indicando emergencia. Pulsé la señal de alarma y maniobré la nave hasta situarme en el lugar donde había partido el mensaje de ayuda.

Cuando aterricé pude adivinar lo que encontraría; cuerpos carbonizados, chips de control derretidos, piel sintética adherida al fondo de la caverna piloto y plástico X2 revuelto con piedras y plasma genérico.

Era el cuarto ataque en menos de un mes. Los otros habían ocurrido en mi ausencia. Este era el primero que me tocaba atender sin lograr impedirlo. Era difícil llegar a tiempo. El recorte, de personal había afectado a la Compañía que prefería colonizar los desiertos en vez de proteger sus fronteras tecnológicas.

Me dediqué a la tarea de remover aquellos escombros; la cápsula de lo que había sido una aduana había explotado sin aparente causa. Era evidente que se trataba de un sabotaje más contra la Compañía.

Cuando terminé, mi cargamento era una docena de bolsas conteniendo los restos de tres compañeros muertos. Trasladé los sanguinolentos paquetes hasta la jefatura de zona. En mi informe expliqué que se había tratado de un nuevo ataque, certero, fulminante.

En el almacén entregué mi equipo de trabajo, desconecté de mi cabeza la prótesis y antes de irme a descansar pasé por el taller a que revisaran mi brazo. El viejo implante volvía a darme molestias. El dolor producido inundaba mi espalda y entumecía mis piernas.

Mocho XII, el mecánico, volvió a decir que era poco lo que podía hacer por mi brazo. Sólo aceitarlo y limpiarlo con un trapo húmedo para cuidar su apariencia. Es un modelo antiguo, la vena de cuarzo es tan costosa que tu sueldo jamás podría pagarla, dijo.

Vaya miseria. Ya antes había considerado la idea de deshacerme del brazo, pero no me imaginaba caminando con la manga de mi traje hiberna flotando vacía. Además la Compañía tendría un motivo para despedirme. Prefería soportar ese brazo viejo y oxidado aunque mi espalda pagara las consecuencias.

Al día siguiente, pasé por el laboratorio sólo por satisfacer mi curiosidad. Los restos de los tres cadáveres habían sido debidamente ordenados para ser usados en

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

implantes posteriores. Ninguna cabeza, ningún corazón, ningún órgano valioso, sólo restos de muñones y una pierna adiposa que supuse había sido de Jack, el más gordo de los tres fallecidos.

¿Algún brazo? pregunté. Ninguno, no tienes suerte, respondió el laboratorista. En verdad era mala suerte. De los tres ataques anteriores se habían recuperado un par de brazos que de inmediato fueron vendidos a los Almacenes Tronics. Cada noche pasaba por los aparadores de la tienda y miraba los brazos criogenizados en sus urnas de cristal bajo una Cartulina con un precio fuera de mis posibilidades.

El reporte final no arrojaba ningún dato que pudiera servir a mi patrullaje. Algunos consideraban que la explosión había sido cometida por un disparo de Metal Rubio, esa extraña fuerza conseguida en laboratorios extranjeros y que era el arma más temible para la Compañía. Sin embargo, cómo explicar que los exoesqueletos de los cadáveres permanecieran intactos. Misterio tecnológico. Era probable que el Metal Rubio hubiera sido perfeccionado. Sobre todo porque los exoesqueletos creados por la Compañía eran capaces de resistir las temperaturas de Golan y Mirna, las colonias desérticas tan plagadas de Radiactividad como bulbo de magma.

¿Acaso el enemigo deseaba apoderarse de exoesqueletos? De ser así, yo había llegado antes que los cadáveres de mis compañeros hubieran sido robados.

La idea de que tarde o temprano seríamos vencidos me provocaba una tremenda angustia. No me agradaba la idea de verme convertido en esclavo a las órdenes del Enemigo, levantando muros de hormigón y ceniza epóxica para resguardar sus fronteras.

Quedábamos pocos. Nuestra resistencia estaba en su límite, continuamente patrullábamos las fronteras. Siempre regresábamos con malas noticias y la nave llena de restos de antiguos compañeros.

Algunas noches, Soralia hacía contacto desde su tablero y conversábamos. ¿Dónde estaría? Gente como ella permanecían resguardados de por vida, eran la reserva tecnológica de la Compañía y debían preservarlos a toda costa, su captura por parte del Enemigo representaba un peligro.

Bah, si supieran que se conectaba a mi tablero, que sus palabras amorosas entraban por la base de mi nuca y todo mi traje hiberna se inundaba con sus caricias... Era peligroso. Bastaba que un explorador enemigo entrara en la red y vaciara sus archivos de conocimientos como un vampiro extrae la sangre a su víctima.

Tal vez Soralia no comprendía el peligro de conectarse con alguien del exterior, lo cierto es que aquellas eran las noches más felices de mi vida, sobre todo cuando el holograma de su rostro estallaba en el interior de mi nave y yo me dejaba adormecer por sus reflejos dorados, hasta verla desaparecer bajo la oscuridad en el cristal de mi cabina.

Hablábamos de amor, de caricias ausentes. Era difícil hablar del futuro. La sola mención de esta palabra significaba angustia y desesperación, miedo y locura. Ambos habíamos nacido en la última generación con posibilidades de vida MODERADA y SANA, según el censo.

La estadística no especificaba si MODERADA significaba vivir con miedo de que el Enemigo conquistara la tierra de Los Antepasados. Tampoco ofrecía explicación para la palabra SANA. ¿Era normal vivir recluido en algún laboratorio secreto? ¿Era sano vivir con una prótesis oxidada y sin refacciones?

La tierra había sido agotada en sus recursos buscando vida en otros planetas. Año de 3014. Seguíamos igual que siempre, abandonados en el universo, sin nadie que respondiera a nuestro llamado, sin que la barrera del tiempo pudiera ser cruzada como alguna vez se había soñado, sin que un mensaje sideral llegara a nuestros radares cada vez más sofisticados, cada vez más inútiles.

Sabíamos que éramos producto de ese polvo de estrellas caído en la Tierra allá en la oscuridad del tiempo. Habíamos comprendido también que estábamos solos en el universo, nadie habría de ir por nosotros, la noche era una simple boca oscura.

Cuando esto fue aceptado por la comunidad científica sólo quedó una salida; apoderarse del mayor territorio posible antes que el Enemigo, pero nuestras naves eran pequeñas, además escaseaban los basamentos y el combustible. ¿Cómo intentar la conquista? Fue necesario conformarse con esa larga cadena montañosa ofrecida como patria. Apenas quinientos kilómetros cuadrados, repletos de miseria y abandono, fronteras frágiles por donde mi nave patrullaba buscando retrasar lo inevitable.

Vivía en un panal. Un conjunto de recámaras estrechas donde sólo era permitido pasar la noche, como si fuera posible permanecer durante el día, a menos que uno deseara volverse loco.

El panal estaba en lo alto de un cerro. Antiguamente había sido un basurero tecnológico. Cuando llegaba un poco de viento se podía percibir el olor nefasto a plástico y carbón, a cadáveres de alimañas puestas a secar al sol para macerar su carne. A pesar de lo tenebroso del sitio no corría peligro. Mi nave era razón suficiente para que nadie se atreviera a robar mi prótesis, a desprenderme la base craneal o desear apoderarse del plexo que la compañía me había instalado.

De cierto modo era visto como héroe, pocos eran quienes se arriesgaban a patrullar las fronteras. Podía atravesar el barrio sin temor, llevar alguna joven a mi celda o gritar como lobo en las noches de luna llena, rito sólo permitido a los más ancianos.

Me sentía cansado. La espalda era una burbuja ardiente que amenazaba con estallar y dejarme embarrado en ese callejón donde buscaba un sitio tranquilo para tomar cerveza. Los charcos grasientos reflejaban el neón y las siluetas de los transeúntes, algunos adolescentes se divertían pellizcando el culo a las prostitutas. Alguien gritó auxilio en uno de los pisos superiores pero la voz fue opacada por el silbato de la Gran Caldera que anunciaba la salida de personal.

De inmediato, los callejones de la zona se convirtieron en un estúpido peregrinar de personas que ansiaban divertirse un poco antes de retirarse a dormir. Un hombre negro me ofreció clavijas faciales. Pedí que no me molestara. El tipo insistió. Abrió su abrigo y mostró relojes piramidales reservados al ejército, intravenosas de juego sexual que podían ser instaladas inmediatamente.

Los conozco. Tienen virus, dije.

Están limpios, respondí.

De cualquier forma era un riesgo instalarse con aquella basura. Uno podía perderse en algún laberinto y jamás regresar.

Lo que necesito es un brazo, dije levantando la manga de mi traje hiberna, señalando mi propio brazo izquierdo.

Mjm, si tuviera un brazo ya hubiera salido de pobre dijo el negro retirándose molesto.

Entré a un lugar apenas iluminado con cuarzos chillantes que parpadeaban lastimando la vista. Encontré sitio. en la barra. En el escenario un hombre tragaba un largo cuchillo por su boca lacerada con bubas rojizas. La enfermedad de los basureros.

No resistí. Salí del lugar y caminé hacia el panal, confiado en la seguridad que daba mi uniforme. Sentí entonces un dolor en la nuca. Alguien me había golpeado la base craneal y mi cerebro se volvió loco intentando recuperarse. El atacante pasó su brazo por mi cuello y un hombre con el rostro sintético se detuvo frente a mí. Con un rápido movimiento desprendió la prótesis de mi brazo izquierdo Y mi espalda estalló en dolor negro y áspero.

Cuando desperté estaba sentado frente a una pantalla que parpadeaba frenética. Los dos ángeles violentos conectaban un tablero a mi base craneal y revisaban la reserva de oxígeno en la cavidad de mi plexo. Ser mejor llenarlo, dijo el hombre de rostro sintético. El atacante conectó la sonda y pude reconocerlo. Era el mismo que me había ofrecido mercancía en el callejón.

Whiskas Gibrán Whiskas, Oficial de Patrulla.

Soy yo, dije sintiendo la energía corriendo a través de mi cuerpo. Los tipos me habían conectado carga suficiente para trabajar sin descanso una semana. Era un derroche. ¿De dónde obtenían semejante cantidad de plasma genérico y oxígeno?

Tenemos nuestros proveedores, respondió el hombre sintético. Entonces noté que mi base craneal estaba siendo decodificada y la línea de mi pensamiento aparecía transcrita en la pantalla. Era imposible ocultarles algo.

Gibrán Whiskas, censado como habitante de vida MODERADA y SANA. Mmmm. Quedan pocos como tú, de no ser por la prótesis de tu brazo diríamos que eres una reliquia de museo.

He sabido conservarme.

No te elegimos por eso, sino por tu amistad con Soralia.

Estaba perdido. El secreto guardado durante tanto tiempo había sido descubierto.

No sé de qué hablan, respondí y de inmediato la pantalla parpadeó una luz amarilla. Las palabras Soralia, amor mío aparecieron centelleantes.

Es inútil mentir. Mi amigo el negro se divierte explorando redes. Hace poco descubrió un ardiente diálogo. Espero que limpies el tablero de tu nave luego de masturbarse con el holograma de tu amiga, patrullero.

El negro se aproximó jugueteando con mi prótesis, analizándola.

Obtendría buen dinero por este brazo en el callejón, lástima que ya no existan refacciones. Es un antiguo modelo, dijo.

Ni siquiera me esforcé por hablar, dejé que la línea de mi pensamiento fuera apareciendo en la pantalla.

De acuerdo, ¿qué buscan?

Necesitamos que conectes con Soralia. Es todo.

¿Con qué propósito?

Sólo para... conversar.

Vampiros, te van a chupar parpadeó la pantalla traicionando nuevamente la línea de mi pensamiento.

No sé cómo hacerlo, ella es quien se comunica conmigo.

No te preocupes. El negro te acompañará. Sólo necesitamos tu voz para que Soralia acepte conectarse.

Vampiros Vampiros

Lástima que no tenga compostura, dijo el negro, tirando mi prótesis al piso. Mi brazo artificial crujió bajo el peso de su bota. La vieja vena de cuarzo que tanto había resistido se deslizó por el mosaico como una serpiente chamuscada.

Podemos dejarte ir, pero presiento que no tienes un buen pretexto para explicar la pérdida de tu brazo; podemos hablar a la compañía y decir que uno de sus patrulleros se conecta con su amante descuidando el patrullaje en la frontera. O quizá te liquidemos. El negro se encargará de vender tus restos en el callejón o a los Almacenes Trinos. Todo tu cuerpo es una verdadera mina de oro.

Está bien, no tengo opción.

El hombre sintético sonrió. Tomó asiento a mi lado y conectó un tablero en las cánulas de sus manos. El hombre negro hizo lo mismo y extendió un cable que depósito en la red alterna de mi base craneal.

Astillas de vidrio. Una tormenta de cuarzo recibió mi primer impulso. Preferí cerrar los ojos para concentrarme. Tenía poca experiencia en el viaje cibernética. Acaso ahí residía el misterio de mi cuerpo conservado.

Una cortina de metal sónico golpeó mis neuronas. El dolor hizo arquear mi columna. Era difícil avanzar llevando al negro como compañero. Cada barrera pasaba primero por mi frontera sensorial y todo se detenía hasta que el negro la decodificaba y aceptaba continuar. En caso de peligro el hombre sintético desconectaría a su amigo y me dejarían sólo, perdido en un cable minado de Furia y Espanto. El resto de los candados ni siquiera podía imaginarlos.

Furia fue un taladro directo a los dientes. Sentí la descarga. Por un momento perdí la noción hasta que sentí la presencia del negro avanzando en algún recodo de mi cráneo. Abrí los ojos y miré la pantalla virtual que operaba el hombre de la piel sintética. Desde su tablero iba incorporando claves que permitían el acceso hasta esa zona.

No puedo más apareció en la pantalla amarillenta. La línea de mi pensamiento se resistía. El instinto de supervivencia indicaba el límite de mis posibilidades. El negro fue en mi auxilio. En mi base craneal sentí el pulsar de algunas teclas que viraron el rumbo hasta retomarlo justo después del taladro. Furia había quedado atrás.

¡Piensa en Soralia! gritó el hombre sintético.

El negro volvió a teclear y en la oscuridad rocosa percibí las letras del nombre de mi amada. Una luz intensa iluminó el túnel. Era difícil de creer. Soralia había colocado su mismo nombre como clave para acceder hasta su refugio. El camino parecía claro, sólo quedaban los candados que la compañía había colocado en sus redes.

Un demonio viscoso atacó mi plexo buscando la cápsula vital. Había llegado a los dominios de Espanto. Intenté cubrirme con mi mano izquierda, pero un muñón rojizo y maloliente me hizo recordar que no tenía brazo. Una escarcha de plástico venenoso me recibió bajo esa caverna donde navegaba a ciegas. El negro permanecía a mi lado preparado para huir cuando todo acabara.

SORALIA parpadearon las letras enviadas desde el tablero y mi base craneal fue catapultada hasta una región donde ni siquiera los abismos existían. Territorio de sombras, trono de bestias que mascaban mi nombre. La vida fue una ráfaga, serpentina de amores destrozados, tristeza acumulada.

El hombre negro tomó mi sombra y la deslizó envuelta en una mancha rojiza que se volvió ceniza y gritos. Ambos regresamos por el cable recogiendo restos de dolor sensorial. El vértigo nos depósito frente a la computadora. Desperté cuatro días después, junto a los restos de mi brazo izquierdo.

Apenas abrí los ojos la punta metálica de una bota hizo estallar mi nariz. El dolor buscó acomodo entre mis recuerdos y sentí una neblina de alfileres vaciándose alrededor de mi cráneo.

Gibrán Whiskas, quedas detenido a proceso. Se te acusa de colaborar con el Enemigo.

El androide no sabía de buenos modales. Inmovilizó mi cuerpo con sonda eléctrica y fui llevado en un convoy hasta una cripta ubicada en lo que supuse eran los sótanos de la Compañía. Por alguna razón mi agenda nemotécnica estaba intacta. Podía recordar mi pasado, la historia de mis padres, mi número clave, algunas fechas patrias y hasta el himno de la Compañía. También recordé que era noche de luna llena.

Un aullido feroz salió de mi garganta. Restos de sangre y baba fluyeron por la comisura de mis labios. La corriente vital de mi cápsula se activó como el chispazo de un motor y mi cabeza golpeó el cristal de la cripta que cayó en pedazos. Estaba libre.

Alertado por el ruido llegó el androide. Al verme disparó sonda eléctrica que, eludí arqueando el cuerpo. Lo tomé por el cuello y apreté haciendo estallar su traquea de resina que chisporroteó antes de fundirse. ¡Demonios, cómo extrañaba mi otro brazo!

Vagué por los pasillos. En una pared de mandos conecté el cable de mi base craneal y pronto obtuve un plano del edificio. No había candados, sólo un dolor en los dientes que ya conocía. Busqué algo de energía y encontré apenas diez grados en una tarjeta de memoria. Los absorbí de inmediato y los deposité en mi c nula tras el oído. Mi debilidad era de grado mayor.

Pedí a mi base craneal una nueva lectura del plano del edificio. Si había logrado entrar a la Compañía valía la pena conocer a mi amada. Tecleé su nombre. SORALIA. Por toda respuesta obtuve: Objeto de Placer.

No podía creerlo. ¿Soralia, la mujer de quien me había enamorado, era un Juguete Sexual?

Comprendí todo; el miedo, la orfandad, el deseo, la muerte, el llanto, la soledad. Ahí estaba, con el cerebro conectado a un programa y una reserva de energía tan escasa que cualquier espasmo erótico haría explotar mi corazón. ¡Vaya ironía! Supe el peligro que corría al estar conectado, pero fue demasiado tarde. En ese momento, el cielo se abrió.

Mi alma quedó dispersa en una red de alambres oxidados que introducían dolor bajo la piel. Un olor a carne lastimada me inundó. Quise retirar aquella viscosidad pero sólo conseguí lastimarme con el muñón de mi mano. Era un maldito inválido.

Un tropel de luz y fuego caminó desde la base de mi columna astillando mi cuerpo. Grité desde el fondo de mi memoria, como si el carbón hubiera sido siempre la sustancia de mis palabras, como si el lodo fuera la viscosidad de mis ojos, como si la muerte habitara en mi lengua. Dolor.

Amor mío dijo una voz llegando desde el fondo de mis recuerdos. Era ella. Soralia. Una sombra.

Mi carne se convirtió en un reptar de gusanos bebiendo mis venas. El olor a sangre hervida inundaba mi tarjeta de sensaciones. La carne, La maldita carne es débil. Escuchar su voz y derrumbar mis sentidos fue una misma acción. Soralia se aproximó. Tomó mi cuerpo, lo desnudó, introdujo su lengua en mi boca, lamió de mis encías y rompió mi ducto espiral. Ya era un simple cuerpo abandonado a la noche. Sentí su fuerza al introducir su mano en mi base craneal y romperla. Dolor.

Explosión. La nada. El espasmo. El vómito de mi historia recorriendo cada vena de cuarzo sobreviviente al desastre.

Desperté recluido en mi celda. A lo lejos el murmullo del barrio reptaba por las paredes. Te has portado bien, dijo el hombre negro terminando de colocar una nueva prótesis en mi brazo izquierdo. Un chasquido de luz caminó silencioso por mi cuerpo. El tipo se fue.

Salí de mi celda y caminé hasta mi nave. Sobrevolé por el barrio mientras una multitud chillaba celebrando la conquista de nuestro territorio por el Enemigo.

Crucé la frontera y huí. Nuevamente tenía dos brazos. Era mi pago por abrir la puerta al Enemigo a través de mi base craneal. Mi cuerpo estaba completo, excepto mi alma. La imagen de ese androide llamado Soralia, haciendo el amor conmigo en sus noches de descanso, me hería tanto como una astilla encontrando cobijo en mi angustia.

Amor mío dijo una voz parecida a un rumor de piedra. Surcó fugaz la sonda de mi base craneal. Se anidó directo en la región de mis sentimientos. Lloré.

Amor mío repitió la voz. Seguí llorando. Mis lágrimas cayeron sobre el cristal del tablero reflejando su humedad, excepto mi imagen. Ahí estaba el producto de mi tristeza. Con el tiempo aprendería a llevar mi nueva condición.

Pronto amanecería. Debía encontrar un recinto donde el sol no me lastimara. Atrás quedaban las fronteras que tanto había ayudado a resguardar. Al frente, la soledad del destierro. Los vampiros no tenemos patria.

Rodrigo Pardo Fernández (1996)

Rodrigo Pardo Fernández (Oaxaca, Oaxaca, 1979). Licenciado in Lingüística y Literatura hispánica. È stato editore e direttore della fanzine Llunar. Ha vinto il XII Premio Nacional "Puebla" de cuento fantástico y de ciencia ficción col racconto qui antologizzato El despertar. Ha collaborato alle antologie di racconti Silicio en la Memoria (racconto, 1997) e El Hombre en las dos Puertas (racconto, 2002).

*...donde perro come perro
y por un perro te matan.
(escuchado en la Tropi Q)*

I

Caminaba en la obscuridad, silencioso, por la cornisa del piso 12. Su movimiento era un suave deslizarse sobre las cuatro patas. Todos los apartamentos del piso inferior tenían las ventanas apagadas, como ojos sin vida; la mayoría se encontraban desocupados.

Se detuvo en el lugar en el que el olor era más fuerte. Sangre y carne frescas. Disfrutó el aroma con los ojos cerrados. Luego se dejó caer al vacío, sosteniéndose con un brazo del reborde.

Ante él se abría, como una invitación, la recámara de su víctima, iluminada suavemente. La mirada de la bestia vagó por los objetos inútiles de la habitación.

Sólo le interesaba el cuerpo femenino que soñaba bajo las sábanas.

Se deslizó hasta el piso del cuarto con un balanceo, un salto y una flexión ligera de las extremidades. Respiró el aire cargado de efluvios, desplazándose muellemente hasta el lecho.

Después de contemplarla unos instantes, de un zarpazo partió la quijada de la mujer, que despertó aterrada con la imposibilidad de pedir ayuda; un gemido agudo y gorgoteante salió de su garganta mientras por sus labios se derramaba la sangre.

La huella de la garra se distinguía claramente en la mejilla semidestrozada.

El lobo tiró con brusquedad de las sábanas, descubriendo la desnudez y el terror. Apartando las piernas de un golpe sumergió los colmillos hambrientos en el vientre femenino, las vísceras, brutalmente. Tragaba los trozos de carne con fruición: cuando al fin se irguió, el hocico y la pechera estaban empapados del rojo líquido, sus ojos de placer.

Salió del departamento dejando tras de sí un rastro de sangre.

II

El programa en su fase básica había finalizado; Antonio se desconectó de la terminal cansado y satisfecho.

^{*} Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

El sueño eléctrico de La Bestia resultaba más realista y emocionante de lo que había tenido en mente; por una vez no le habían mentido en el mercado negro y el jugueteo valía su peso en comida.

Había sido otro escape para las tensiones cotidianas; a pesar de que el bendex poseía extraordinarias cualidades psicotrópicas, su distribución y venta habían disminuido considerablemente ante el comercio de otras drogas más baratas en el submundo: Antonio Zeiv dependía de este negocio, tan bueno como cualquier otro, y las cosas no le habían ido bien del todo.

Desde que se había comprometido con la Negra a poner en circulación en su zona las nuevas pastillas, tenía en la puerta un problema permanente, que abarcaba desde sus broncas con Ariadna hasta los tratos pendientes con los cíber organizados, que veían amenazada su producción.

Ariadna, metida de lleno en la programación para pequeñas corporaciones, no entendía por qué su galán se metía en camisa de once varas.

Su mundo era tan ajeno a la realidad que no se daba cuenta de que en la calle vivían hombres entre montañas de basura y escombros, que las colonias eran gobernadas por bandas de acrodes, cíbers o mercenarios a sueldo, al margen del Gobierno Central.

Estaban metidos en un mundo donde era necesario adaptarse o desaparecer; eso trataba de hacer Antonio.

Por lo demás, Ariadna disfrutaba de los lujos de su amorcito —comida fresca, sueños eléctricos, bebidas naturales— sabiendo bien de dónde salía el dinero para sufragarlos.

Antonio Zeiv trataba por ello de evitar cualquier discusión que lo llevara a tener que reclamarle su inconsciencia. Ante algún problema prefería sumergirse en el mundo virtual, conectando el electrodo a su cerebro, evadiéndose por largas horas.

Otra cosa eran los cíbers, tipos duros que no vacilaban en arrancarte un brazo con las manos si te oponías a sus intereses.

Con ellos había concertado una cita para esa noche, en la abandonada Estación, zona neutral que le permitiría llegar a un acuerdo sobre el comercio del bendex en su territorio.

De todos modos, cuando salía se metió en el bolsillo un láser de flujo continuo, por si la reunión no era del todo pacífica.

III

El viento soplaba helado en la calle desierta.

Se desplazaba medio erguido, medio al trote, olfateando a su alrededor en busca de presa; hoy cazaba al aire libre.

De improviso un olor, apenas un retazo, inundó sus fosas nasales, el aroma de un hombre con ropa de cuero y sudor acre.

Corrió en su búsqueda, hacia el norte.

* * *

Desde las sombras de un zaguán observó a su presa con detenimiento. Estaba recostado en un muro alto cubierto de graffitis chillones y manchas de orín.

Ocultándose, llegó silencioso hasta donde se lo permitía la arquitectura.

En ese último rectángulo de sombra se agazapó, emitiendo un gruñido sordo.

No parecía un adicto cualquiera; un olor se destacó sobre los otros, la acidez del ferroaluminio, el tipo era un cíber.

Putra suerte. Algo es algo, aunque un cuerpo metálico es un hueso duro de roer, pensó.

De un gran salto cayó sobre el desprevenido noctívago, sin un ruido.

La bestia rasgó con una zarpa el hombro derecho del cíber, pero la otra no pudo penetrar el armazón metálico.

Nada más se opuso a su acometida. El cíber estaba perdido en la red, su cuerpo era una cáscara sin alma. No era nada original; los de su tipo solían acabar así.

Comenzó a trabajar con dientes y garras, extrayendo toda la carne posible de entre los amasijos de cables y circuitos que mantenían al remedo de humano con vida.

No fue un banquete espléndido pero la comida no era carroña ni apestosos roedores de cloaca.

Pronto saldría el sol. Era hora de ir a casa.

IV

Ya era cerca de mediodía cuando Antonio despertó; estaba algo hambriento, toda la noche estuvo en el juego y la mañana la había pasado durmiendo.

Eran excitantes hasta el extremo las sensaciones del mundo virtual, el sabor metálico de la sangre aún se aferraba a su boca.

Temía veladamente perderse en el sueño eléctrico. Desechó la idea, confiando en su pericia.

La noche anterior había sido su encuentro con los cíber.

El estacionamiento de la que en otro tiempo fue la terminal de camiones parecía la estructura abandonada de una gigantesca nave espacial.

En el enorme patio resonaron sus pisadas sobre los charcos de inmundicias.

Vigilaba los rincones alejados, escondite probable para un láser de precisión. Su visor de amplio espectro sólo descubrió un montón de perros regodeándose en el cadáver de un vagabundo.

Bajó el nivel del visor, distinguiendo en el fondo al grupo que lo esperaba, tres en total. El jefe era quien ostentaba piezas de tecnología de punta, relucientes partes nanotecnológicas.

El color del cíber principal se confundía, oscuro, con la pared a sus espaldas. Los cíber de escolta tenían el brillo del metal desgastado, entre raros trozos de piel.

Acercándose, notó que el jefe lo miraba fijamente; no disimulaba su desprecio.

—¿Eres Zeiv? —lo interpeló, con voz grave.

—Yo soy —su timbre era firme; su mano no se apartaba del láser. Lo temía todo.

—¿Para quién trabajas? —de la respuesta dependía su suerte.

—Para quien pague.

—¿La Negra es ahora la que paga? —la frase sonaba irónica.

—Digámoslo así —necesitaba tiempo para pensar; un equívoco podía ser fatal tratando con los cib. Y tenía que seguir distribuyendo el bendex.

—¿Sí o no?

La pregunta era una amenaza de muerte.

—Mmh...sí —debía seguirles el juego, mostrar sus cartas en el momento indicado. Seguir con vida.

El cíber lo contempló en silencio. Antonio notó en su pecho un pequeño signo grabado en el metal, un reluciente cinturón de Moebius que lo identificaba como el Señor de la Red, aquél cuyo nombre nunca se introducía en circuito alguno. Vencía todos los programas de seguridad, entraba a todos los canales virtuales, controlaba el flujo de información, además de que hacía picadillo la mente de cualquiera que se le opusiera en las carreteras informáticas: muchos eran los que habían perdido la vida o la razón en el ciberespacio enfrentándose con su poder.

—Me interesa saber por qué distribuyes su mercancía en territorio cíber, ¿intentas volvernos dependientes?

—Los negocios se pueden hacer en cualquier parte, y además no contrabando con las mercancías que ustedes controlan —aventuré algo tenso.

—En eso tienes razón —concedió el Señor de la Red, llamado Vashtar— serías comida de rata desde hace mucho si así hubiera sido. Pero lo que nos interesa es que estés distribuyendo bendex en nuestros dominios sin el pago correspondiente; suficientes problemas tenemos con lidiar con los acrodes y las bandas de robots del gobierno para que nos vengas a joder.

Que se te saturen los circuitos, pensé, salió a relucir el metal podrido del que estás hecho.

—¿Quieres que le diga a la Negra que quieres un porcentaje de sus ventas en esta zona? —esto era un reto en toda forma.

—Quizás —era jodidamente precavido—, pero tal vez sería mejor que nos arregláramos sin tanto lío.

Lo sabía. Nadie ha tenido los huevos suficientes para oponerse a la Negra, es muy grande el riesgo.

Yo tampoco. La Negra me ha dado carta blanca para hacer mis propios tratos, con su correspondiente tajada.

—De acuerdo. El 5% de las ventas, pero sólo de tu gente.

—Me parece poco, pienso...

Mi visor comenzó a volverse loco. Alguien jugaba a apuntarme con un láser, a unos cincuenta metros a mi derecha.

No lo dejé terminar. Arriesgaba mucho pero tenía que salvar mi pellejo. Me lancé hacia él de un salto y un guarura se interpuso; girando de pronto le apliqué una llave y lo utilicé como escudo. El láser le dio de lleno en el pecho metálico.

Si hubiera sido yo por un milagro hubiera conservado una mano.

Los otros cíbers ya habían sacado sus armas y escrutaban la oscuridad; eso simulaban hacer, porque parecían más dispuestos a convertirme en asado para la cena que otra cosa.

Era un encuentro amistoso, desarmados.

También yo tenía mi láser a punto. Me incorporé sin prisas, desembarazándome del cuerpo agujerado y muerto.

Los vivos nos miramos con recelo.

—¿Quién disparó? —preguntó al fin Vashtar con voz monótona.

—Yo trabajo solo —los estaba acusando, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Crees que hayan sido los acrodes?

Eludía hábilmente la responsabilidad. No sólo en el mundo virtual se sabía mover este cíber. Pensé, ¿si no fuiste tú quien lo mandó, por qué no le disparaste, pedazo de óxido?

Debía controlar mis pensamientos o acabaría muerto. Todavía eran dos contra uno.

—No lo sé. Perdona lo de tu soldado.

—No importa, fue muy estúpido.

Sí claro, no eludió el disparo que iba a convertirme en desechos orgánicos.

—El tirador ya debe estar lejos; ¿en cuánto quedamos?

—15% del total, aparte del porcentaje para la Negra.

—El 10, menos lo que le corresponde.

—Hecho —me tendió la mano— interesante el modelo de visor que te cargas.

Te diste cuenta demasiado tarde, imbécil.

—... —estreché su mano más por formalismo que por gusto; me dejó doloridos los dedos.

Nos alejamos del sitio cuidándonos las espaldas.

El cuerpo del cíber se quedó acompañando a las ratas.

VI

Con la tarde llegó la certeza, Ariadna lo había abandonado, harta de noches solitarias, mientras él soñaba conectado a la computadora.

Como si no tuviera problemas más cabrones que el dejar de acariciar unos senos que comenzaban a colgar flácidos por la desidia de su portadora, o hacer el amor monótonamente cada noche, en lugar de salir a la calle y a la mierda para distribuir unas pastillas naranjas entre un montón asqueroso de adictos; y estaba además la policía, a pesar de la protección de la Negra, los acrodes y las hordas de ratas.

Todo por el dinero.

Ahora una mujer lo dejaba porque creía que prefería al mundo virtual y la escoria a su compañía.

Nunca pudo hacerlo gemir durante el acto. ¿Y ella? ¿Había fingido sus orgasmos?

Especulaciones que se van a la basura, ideas que la lluvia ácida arrastra hacia las cloacas.

Otro quizá la mantendría con estúpidos paliativos.

No importaba.

Mejor olvidarse de todo, mandar un e-mail rutinario a la Negra para comunicarle su arreglo con los cib.

Es tiempo de volver a La Bestia, perderse un rato.

Conectarse el electrodo.

VII

Entró en la recámara destrozando la puerta cuando la pareja se disponía a hacer el amor.

El hombre se interpuso entre él y su compañera; el licántropo lo proyectó de un zarpazo contra la pared, avanzando hacia la mujer que lo contemplaba aterrada. La echó sobre sus hombros con violencia; ella se desmayó al contacto de su pelambre, el frío de sus garras.

Antes de salir mordió el cuello del hombre derribado, bebiendo la vida a grandes sorbos.

* * *

De vuelta a su cubil, improvisado al fondo del cuarto de servicio, depositó a la mujer sobre los trapos desperdigados en el piso, lamiendo su rostro para reanimarla.

Le gustaba esa cara tersa y joven, las curvas femeninas lo incitaban a algo más que satisfacer su necesidad de alimento.

Otros apetitos se volvían más urgentes.

La mujer volvió en sí.

La bestia le sonrió, mostrándole la doble hilera de caninos todavía manchados de sangre. Ella dejó escapar un gemido de angustia pero no apartó su mirada de las fauces.

La fiera pasó sus garras por los pechos, asiendo con fuerza las caderas, acercándolas a su sexo despierto; la mujer quiso apartarse; él la tomó entonces por los tobillos, abriéndole las piernas. Ella soltó un chillido agudo, como el raspar de una moneda sobre el cristal.

El sonido laceró los oídos del lobo; irritado, aferró su cuello e introdujo con violencia el pene, desgarrando tejidos.

Las uñas laceraban la piel, la sangre fluía por la espalda y los muslos de la joven, sacudida por el rítmico y brutal movimiento del hombre lobo. Éste alcanzó el orgasmo con un rugido. Bajo sus zarpas crujió la columna vertebral.

La cabeza de la mujer colgó exánime.

Desesperado por el efímero placer, la fiera se dedicó salvajemente a descuartizar el cuerpo con frenéticas dentelladas.

* * *

Después del hartazgo el licántropo miró a su alrededor con algo de extrañeza. Recordó con cierta dificultad que éste era uno de sus juegos virtuales, que tenía que despertar de inmediato.

Lo poco que quedaba de Antonio en el fondo del lobo operó la transformación; un hombre desnudo caminó entre restos humanos y charcos de sangre.

VIII

El hombre emergió a la conciencia con un terrible dolor en las sienes, los brazos y las piernas envaradas, la acometida insoportable del hambre.

La pantalla encendida de su computador mostraba los caracteres de La Bestia.

Podía llevar en el sueño eléctrico cuatro horas o varios días.

Movió la cabeza y los músculos del cuello restallaron de dolor.

La imagen de una mujer desnuda asaltó sus sentidos.

Pedazos de carne. Sangre.

Sintió mojadas y pegajosas sus manos y su garganta; se revisó cuidadoso. Nada.

No recordaba su nombre.

Débilmente intentó incorporarse de su asiento, desplomándose hasta el suelo. Cambió su perspectiva, ahora veía su reflejo en el basurero metálico.

Confusamente supo que debía pedir ayuda.

Se arrastró hacia el videófono, lentamente, como figura agónica que cruza el desierto en dirección del espejismo de un oasis.

Alcanzó la alarma justo antes de perder el conocimiento.

La última idea que cruzó su mente fue el recuerdo de los ciber y el trabajo para la Negra, sin poder distinguir qué imágenes pertenecían al sueño y cuales a la realidad.

IX

Antonio volvió en sí en la sala horriblemente aséptica de un hospital.

El mundo le era ajeno, la realidad lo rodeaba como imágenes simbólicas de computadora, signos que debía descifrar.

Los recuerdos se agolpaban en su mente como aves chillonas, las imágenes taladraban su cerebro una sobre otra, un departamento en desorden, varios cadáveres, un montón de ropa, el rostro desgarrado de una mujer.

El olor a sangre siempre presente.

Una entrevista con los ciber que creía real, extrañas alusiones a tipos llamados acrodes y a robots asesinos en un mundo caótico.

No sabía en qué confiar, qué considerar real entre sus reminiscencias de pesadilla.

Una enfermera se le acercó sonriente en cuanto lo vio volver en sí.

—¿Se siente usted bien?

La pregunta lo hizo percatarse de su entorno, visualizar ese rostro cercano y tangible, asidero en su locura.

De improviso en sus entrañas comenzó a nacer una necesidad, primero ligera y luego apremiante, una sed terrible de matar, de degustar sangre y músculos de la garganta vencida de un ser humano.

Por debajo de las sábanas Antonio sintió que sus manos se transfiguraban en afiladas garras.

En su rostro apareció una sonrisa cruel.

X

—¿Está listo el cargamento? —preguntó la Negra con tono indiferente.

—Completo —.Al Señor de la Red siempre le sorprendía constatar que la Negra era una rubia platinada de cabello lacio y largo; su larga gabardina oscura y su entallado pantalón de piel, sin embargo, le eran fieles al sobrenombre.

La galera estaba iluminada por grandes focos de alógeno.

Varios hombres empaquetaban largas ristras de pastillas de color anaranjado en media docena de cajas, bajo la mirada vigilante de la Negra. Su interlocutor la miraba detenidamente desde un rincón, bajo la obscuridad de una pila de chatarra.

—Bien —continuó la Negra, volviéndose hacia la figura que esperaba en la sombra— me agrada tener compradores como tú, Vashtar.

—El bendex es material de calidad.

—Fue bueno el cambio. Antonio estaba resultando ineficiente por su carácter inestable; eso es lo deplorable de los adictos al sueño eléctrico, a la larga hay que suplirlos por elementos nuevos.

—No es mi caso —profirió el cíber— pero siempre estaré dispuesto a ayudarte en problemas de ese tipo.

—Lo sé —a fin de cuentas, pensó la Negra, tú también eres prescindible— Gracias a tus habilidades pude controlar a ese tipo inservible. Cuando mató a la enfermera a mordiscos y se le recluyó, pensé que ya no tendríamos problemas; pero en sus delirios hablaba del bendex y varias veces mencionó conocerme. Era mucho el riesgo.

—Yo hice lo mío en el mundo virtual; pero fueron tus esbirros del hospital los que terminaron el trabajo.

—Un desquiciado que se cree hombre lobo es fácil de eliminar; un pretendido descontrol, un láser mal regulado... Así es la vida. A fin de cuentas, un estorbo menos.

El cíber llamado Vashtar se encogió de hombros. Hizo un gesto a sus soldados y éstos recogieron las cajas que contenían el precioso enervante.

Después de todo, la muerte de los demás no era asunto suyo.

Puebla / agosto del 2749 A.U.C.

PERRO DE LUZ^{*}

Gerardo Sifuentes (1998)

Gerardo Sifuentes[†] (Tampico, México, 1974) è autore della raccolta di racconti *Perro de Luz* (México, Times Editores, 1999). Ha vinto il Premio Nazionale Kalpa-UAM de Cuento de Ciencia Ficción (México, 1998) col racconto *Radiotechnika Cantina*, qui antologizzato, il Premio de cuento Philip K. Dick de la Universidad de Santiago de Compostela (España, 1998) col racconto *Perro de Luz*, qui antologizzato, il Premio Nacional de Género Negro "El Crimen como una de las Bellas" (México, 2000) e il Premio Internacional Vid de Fantasía y Ciencia Ficción (México, 2001) per la sua raccolta di racconti *Pilotos Infernales* (Vid Editores, 2002).

Collabora sporadicamente a riviste come *Complot Internacional*, *Sub* e altre. I suoi racconti sono compresi in diverse antologie tra cui *Más Allá de lo Imaginado III* (Fondo Ed. Tierra Adentro, 1995), *Visiones Periféricas* (Lumen, Argentina, 2001), *Mapas del Caos* (Ed. Llaca, 1997), e *El Hombre en las Dos Puertas: tributo a Philip K. Dick* (Lectorum, 2002). Vive a Città del Messico.

España: Premio Internacional Philip K. Dick de Cuento de Ciencia Ficción.

Cuando el zumbido del despertador interno sacude su cabeza, mira el extremo de un cable que cuelga sobre él. Es un ojo artificial el que tiene en la punta, lo examina, manda alguna imagen varios metros arriba y se eleva rápidamente, perdiéndose en las tinieblas. Kolgate anota su observación en la unidad pez, se desata y continúa la búsqueda, ahora sabe que alguien lo espera. Tras unos minutos el sonido adquiere forma de música, aguda, como un llanto privado. El Perro de Luz canta a la soledad y su amplio reino del que son habitantes. Cien metros más arriba se topa con el ojo artificial que ahora emite luz propia, Kolgate no lo entiende al principio, pero deduce que lo están guiando. Los brazos están casi solidificados, pero después de una larga hora al fin llega a una de las bóvedas más grandes con las que se haya topado.

Una sensación casi olvidada lo invade, extiende los brazos para palpar ese extraño elemento. Se quita la roída camisa aunque el sudor se seque de inmediato sobre su piel causándole un violento escalofrío, Kolgate tiene ahora el privilegio de sentir una ráfaga de viento libre, y por fin adquiere la idea de tener una piel que le guarda los huesos.

-Eres la sexta visita desde el temblor.

La voz electrónica es amplificada y rebotada por las paredes.

Están usando dialecto madre.

Kolgate busca el origen, y a lo lejos observa un resplandor intermitente, chispas que saltan formando pequeños insectos rojizos desvaneciéndose en el aire.

Tres figuras avanzan hacia él, dos bípedos y otro que se arrastra. Son una pesadilla recurrente, cables y metal que rugen como fieras protegiendo el territorio.

-Ellos no te dañarán.

^{*} Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

[†] Questa nota biobibliografica è dello stesso Sifuentes, che aggiunge di sé: "Todavía no le dan becas del Fonca. [...] Odia los domingos."

Los humanos-chatarra se detienen, el aparato semejante al tanque-tortuga que tenía el Hombre Canela se acerca con cautela y su cabeza-televisión se enciende, cegando a Kolgate por unos instantes. Al recuperar la vista distingue a su anfitrión.

-Es bueno ver a otro de ustedes.

La voz ha cambiado. Fémica. La pantalla imprime su rostro. Un extraño ángel del abismo.

-Síguelos.

Kolgate se deja guiar por tanque-tortuga y sus escoltas mecánicas.

Varias carcasas de automóviles están apiladas formando una especie de refugio. Cientos de cinescopios estrellados se encuentran esparcidos por el terreno, como si los hubieran sembrado y la cosecha se hubiera podrido. El cristal y miles de piezas de cascajo metálico crujen bajo sus pasos, y poco a poco queda al descubierto el taller de la artista.

Luz.

Una bombilla es alimentada por un grueso cable naranja. No muy lejos de ahí existe un generador con toda seguridad.

El overol de ella está cubierto de grasa y herrumbre, se coloca unas gafas de soldador y comienza a unir metal, está dando vida a otro arácnido-tv. El resplandor y las chispas vuelven, se escucha el ruido lastimero del acero mancillado. El taller tiene un camastro, y las paredes de lámina están tapizadas por papel ilustrado a colores. Imágenes de un pasado, similares a las que mostraba el primer arácnido-tv que había visto.

-¿Hablas esa lengua de las fosas?.

Ella hace una pausa, se quita las gafas y examina a Kolgate con una mirada inquisidora. Él no sabe que decir, sólo piensa que está en un sueño. Los humanos-chatarra se colocan a un lado de la soldadora, uno de ellos se sienta en el suelo.

-Es bueno que llegaras en estos momentos. Por que no podía irme sin dejarle encargada la casa a alguien.

Kolgate no sabe de qué le habla. El mundo en el que está es muy diferente al que imaginó. No hay grandes salones con gente haciéndose el amor, o templos guardando a una deidad. Los humanos son capaces de transformar conceptos sencillos en ideales de proporciones inimaginables.

-¿Dónde está el Perro de Luz?

Kolgate saca la pregunta inesperadamente, y la sonrisa de la artista podría iluminar toda la bóveda si quisiera.

-Yo me llamo Luz...y mi perro está por volver.

Kolgate entiende lo sucedido. Tal vez aquel rastreador loco fue el mismo que le había llevado aquellos sofisticados juguetes al Hombre Canela.

Un ruido se escucha afuera del taller. Luz sale, seguida por los humanos-chatarra y Kolgate, cuyo corazón tiene miedo, no está en una situación normal para un rastreador.

Se detiene en seco cuando ve a la criatura que acaba de llegar. Otra docena de mascotas-máquina se unen a la recepción.

Las cuatro patas son gruesos resortes soldados entre sí, armados con enormes garras; el tórax es la carrocería de un auto compacto, y de sus entrañas emergen cientos de tubos delgados que abriga venas de plástico. El cofre-boca tiene un cuello armado con varillas, la cabeza-videocámara es enorme. Apaga sus ojos de halógeno y descansa.

Es el Perro de Luz, saluda a su dueña y a sus hermanos. Su presencia es dócil por el momento, pero es capaz de destruir y matar si se le pide, es el resultado de una buena programación.

Ella saca del vientre de su perro un cassette negro, y lo lleva al taller. El zoológico mecánico la sigue, Kolgate también. Luz llama a tanque-tortuga que se traga el cassette, lo digiere, sus intestinos de plástico lo procesan, su rostro escupe imágenes.

Arena blanca.

Cielo.

-Mi perro escala por esas enormes fisuras, varios kilómetros hacia arriba-, dice Luz sin apartar la vista de la tv, -y ha descubierto dos salidas seguras. En realidad no me gustaría irme sin mis hijos.

Ella es una verdadera artista, una perra de luz que amamanta crías para que simulen la vida y estén dispuestas a salir a la superficie.

-¿Por qué..?- Kolgate se atreve a hablarle en lengua madre. -¿Por qué te vas de aquí?- Descubre que está llorando mientras habla, se atraganta, no puede continuar.

En la pantalla se observa una carretera a lo lejos. Un automóvil, apenas un punto negro, pasa rápidamente.

No le podrá entregar al Hombre Canela el Perro de Luz.

La artista sujeta una enorme mochila que se lleva a la espalda. Con un susurro ordena que tanque-tortuga congele la imagen. Se observa un valle blanco, con una cinta negra en su centro.

Da una palmada en el hombro de Kolgate, él lo recibe como un contacto humano que jamás olvidará. Sus lágrimas barren la suciedad acumulada en su rostro.

-Veré que hay afuera- dice mientras trepa por un costado del Perro de Luz. -Puedes ver por donde vamos y seguirnos. O esperar a más rastreadores que quieran llevarse a mis hijos, dos de esos tipos no pudieron regresar a tus ciudades. Tenían buen sabor.

Se interna en el vientre de Perro de Luz, ella es un feto que descansa mientras espera salir al mundo exterior, protegida por un animal de su invención.

Ella susurra unas palabras, Perro de Luz obedece.

Kolgate observa como Perro de Luz se aleja, el animal mecánico da un salto para aferrarse a una pared y escala hasta llegar a una fisura enorme. Kolgate se acerca, una lluvia de tierra y pequeñas piedras lo baña, pasan varios minutos, el ruido del paso de Perro de Luz se aleja, el eco poco a poco se apaga, la lluvia cesa. Arriba todo se ve oscuro.

Tanque-tortuga se acerca a Kolgate arrastrando sus orugas metálicas. Descongela la imagen, un giro lento enfoca al mítico sol.

Kolgate no puede explicar con exactitud esa obsesión por el Perro de Luz.

Se sienta y espera al siguiente rastreador, está seguro no tardará mucho, el Hombre Canela de seguro ha enviado a alguien para seguirle, así trabajan en ese ambiente, o quizás ya esté muerto y quedó con la idea de encontrar a un redentor. Cuando llegue ese rastreador le encargará que cuide a esas criaturas adoptadas, y quizás quiera seguir al Perro de Luz, y tenga deseos de llegar a ese lugar donde se de cuenta que el suelo que pisa sea firme, tanto como el aire, el cielo o los sueños. El Perro de Luz es un pedazo de imaginación con vida propia que se encargará en adelante de hacer de los sueños de Kolgate un terreno más firme donde pisar.

Junta al rebaño de metal y se mete al taller para escribir esta historia en su unidad pez.

Gerardo Sifuentes (1998)

México: Premio Nacional Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción.

Era el fin de la peregrinación.

La iguana tenía rato de muerta, era un cartón viejo, planchado sobre el asfalto del enorme estacionamiento. Se freía a fuego lento, al igual que aquella Caribe roja que llegaba. Ya nadie construía SAM's en medio del desierto, al menos no tan lejos de Hermosillo. Entre la reverberación distinguieron el esqueleto de lo que quedaba de ese supermercado mayorista. Siempre había sido un falso oasis.

-Va-mos-a-va.ler.ma.dres -tarareaba ella mientras bajaba de la Caribe, bailando al ritmo de la música que su discman sin baterías emitía. Él la ignoró, sacando el cuerpo del Tanates para dejarlo al lado de la iguana, para que al menos se hicieran compañía. Lo dejó boca arriba, con el hoyo de la bala expuesto en la frente, pensó que así le hubiera gustado quedar.

Cruzaron el kilómetro cuadrado de chapopote aplanado y líneas amarillas hasta llegar a la derruida cafetería, cuyo único recuerdo era una cabeza colgada a la entrada, maquillada apropiadamente como Ronald McDonald, deleite de un escuadrón de moscas verdosas. Trató de reconocerla antes de entrar, quizás algún fiel que había fallado en la búsqueda de Molniya. Lo único en lo que pudo pensar fue en pedir una malteada de fresa al barman.

Se asomó por el ojo de buey de la puerta, no había clientes, entró con cuidado, jalando a Susana de su huesudo brazo. El interior no era tan fresco como esperaba. Dos ventiladores se movían con fuerza, chirriando. Varias mesas desplegables de Pepsi estaban repartidas sobre el linóleo sucio, ofreciendo sus tableros de ajedrez pintados para cualquier ocioso. Él nunca había visto a alguien usar esas mesas para tales propósitos, y si había alguien debía ser muy pendejo.

El cantinero era de aspecto oriental, coreanochinojaponés, todos eran igualitos, menos los chinos de Hong Kong, esos si eran diferentes, muy cabrones los condenados, por lo que hizo todo lo posible para que se notara la playera de Bruce Lee que llevaba puesta.

-Media Cristina y una chela -pidió al acercarse a la barra, desechando la tentadora idea de la malteada. Susana bailaba sola para disimular su ansiedad. De la minifalda de mezclilla salían sus flacas y pálidas piernas, usando esas botas vaqueras blancas que a él tanto le cagaban. Su playera blanca Levi's se le pegaba al cuerpo por el sudor. Captó el olor que ella despedía, afrodisiaco, sudor dopado por el cristal que recorría su sangre. Penso que si le pasaba la lengua por el sobaco se metería un colocón bastante bueno. La idea se la reservó para más tarde.

-Krasnaya Zvezda.

Chela rusa en Sonora, quizás agenciada del SAM's después de que quebrara. Fría y amarga, como la vida del Tanates. Se acabó la primera botella en su honor. Los rusos, en definitiva, eran mejores con el vodka.

-¿Cómo hablo con Molniya? -le preguntó al oriental mientras éste se disponía a cocinar los cristales, colocando un corcho en la boca de un pequeño matraz con ácido fenólico. La alargada pipeta le daba el aspecto de un elefante sofisticado- Dejó dicho que nomás habla con alguien si se hizo cita -coreanochinojaponés hablaba con un

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

acento extraño, sacó bajo la barra un mechero, lo encendió y comenzó a calentar el pequeño matraz sujetándolo con unas pinzas- ¿Fría o al tiempo? -las paredes del matraz comenzaron a sudar poco a poco.

-Al tiempo -replicó mientras notaba la consola al fondo del bar.

-Ra-dio-tek-nika -Susana leyó fascinada las letras en relieve sobre el plástico negro mate. Se acercó a ella con todo el respeto que pudo. Una funda de plástico azul marino cubría el teclado. Contuvo las ganas de probarla, no se había concentrado lo suficiente para hablarle, y eso significaría el enojo de Molniya, una hermosa artesanía de hardware fabricada en algún lugar de Siberia.

El escogió la pipa de cristal moldeada con forma de perro. Ella prefirió usar la clásica jirafa, como la que el le regalara cuando comenzaban a ponerse de moda, antes de que el Tanates y ella tuvieran sus obsesivas ideas que los habían llevado hasta esa cantina perdida en el desierto, parada obligada para quienes estuvieran iluminados o en aprietos dignos de ser contados por los profesionales. Llevaban poco mas de 48 horas sin dormir, bendita Cristina, nunca un químico supo mejor.

El humo entró en las pipas sigiloso, como si tuviera vida, dando la impresión de ser el alma de esas criaturas de cristal soplado. Dieron pequeñas caladas de la boca de esos animales que parecían sonreír. Ambos concentraban poco a poco su atención a la consola, su razón de estar ahí.

Cuando el cristal abarrotó su sangre pensó en abordar el aparato. La funda dejó caer una cortina de polvo, al menos nadie la había tocado en un par de meses. Lubricó los trodos mientras intentaba descifrar unas instrucciones en ruso escritas sobre un costado del aparato. Su mente era una licuadora de emociones al máximo. Hablaría con ella, cumpliendo los requisitos que se habían impuesto.

Susana se le adelantó. Arrebatándolos, se colocó los trodos en la frente, de su bolsillo sacó los lentes oscuros. Luego nada, quedó quieta por primera vez en una semana, él se sintió seguro.

Pidió otra cerveza. El cristal comenzaba a animarlo, poco a poco olvidaba el calor. Observó como un hilillo de saliva escurría de la boca de Susana. Otro trance, Molniya era buena con eso. Luego la sonrisa en el rostro de ella, de las que casi nunca le había visto desde que la encontrara en aquel chatarrero de Brownsville. Pasó una hora, seis narcos con kalashnikovs entraron a la cantina. La cerveza rusa era todo lo que había. Lo observaron detenidamente, un sujeto de la ciudad que se había descolgado para prender ese aparato del que quizás nunca sabrían su uso. Un aparato que era la Meca para una nueva secta, cierta clase de gente que había estado más allá de la red, si es que algunos creían que había algo más allá del infinito. Decidió matar el tiempo con su pintura en spray, usando la pared mas cercana. Pensando en cada palabra que le diría a Molniya, con cuidado, uniendo ideas y formando palabras, recordando línea por línea los programas que usaría si las cosas no salían como esperaba. Su sospecha se acrecentaba en torno a ella. Coreanochinojaponés no dijo nada por el spray, quizás por que le estaba haciendo un favor al adornar la seca pared de concreto, o por que de alguna manera sabía que él quería pintar un dragón como el que había visto en los carteles del viejo autocinema, otra vez Operación Dragón.

A la mitad de la obra escuchó un gemido emitido por Susana. Placer. Un orgasmo como nunca le había visto. Ella se desconectó, jadeando, empapada en ese sudor que ahora era mucho mas intenso.

- Habla con ella -dijo-. Estoy reformada -lo abrazó impregnándolo con su esencia, le ofreció los trodos. Las palabras de Susana lo asustaron. Pero él había visto muchas cosas, y después de todo el viaje no debería ser en balde.

Al colocarse los trodos, de inmediato supo que Molniya estaba ahí. La sintió aun cuando se colocó los lentes opacos.

Ahora no veía un templo electrónico, como en sus primeras visitas. No había paredes con veladoras de luminiscencia verdosa, ni siquiera los pequeños diamantes

que contenían todos y cada uno de los favores pedidos a Molniya. Decían que ella era todo.

- Hola de nuevo -habló ella desde un punto perdido en aquel horizonte-. Susana le disparó al Tanates, ¿por qué? -él pensó la respuesta. Tal vez la misma Molniya ya lo sabía.

-Celos -dijo poco convencido.

-Siempre hay historias parecidas de los que vienen a verme en hardware... ¿sabías que no son muchos los que han llegado hasta aquí?

Él escudriñó en el horizonte artificial, una enorme pradera con cielo rojizo, buscándola, aunque sabía que ella no tenía forma propia, solo un rostro del que se contaban muchas cosas, parecido a Madonna. Decían que ella era todo, o al menos los más fanáticos.

-Cuéntame de tu peregrinaje -la voz sonó con aire imperativo.

-Salimos de Austin, y nos siguieron hasta Reynosa, ellos, los del gobierno... ahí fue donde... tu presencia nos ayudó.

-No crees en mí, ¿verdad?

Sintió la cabeza oprimida por un enorme puño invisible, que quizás quería exprimirle hasta la última neurona sana que le quedaba, y no eran muchas. En realidad no era creyente, simplemente había sido empujado por Susana y una apuesta personal.

-En realidad no. No creo en un dios que habite entre cables y frecuencias... bueno, los pasaportes sirvieron. En el hotel, el Tanates se quiso fajar a Susana, en ese momento apareciste en el televisor, entre las escenas de una película porno. Apareciste en forma de un racimo de uvas gigante, bañado en el semen del actor principal, y tu rostro, o al menos el rostro del que todos hablan, estaba en cada uva. El Tanates creía en ti, era de la secta desde hacía un año y Susana se convirtió en ese momento. Decías que tenían que ayudarte para ver la fecha del fin del mundo.

-Al conectarte en Monterrey platicamos bastante sobre eso.

Él lo recordó. Mientras descifraba en aquel momento el mapa que robaran de aquella base de datos militar. Pensaba en dinero, en el cementerio de desechos del ejército escondido en algún lugar de Sonora, lo que podría vender y largarse de vuelta a la ciudad de México.

En el extremo superior de su visión había un anuncio, PAUSA, con cuidado se quitó los lentes, y sintió como la piel de su nuca se quemaba con un trozo de hielo que Susana le colocaba. Miró a su alrededor, había llegado más gente, rancheros y mas narcos de la zona. La noche había caído, sin darse cuenta que llevaba dos horas conectado. Todo semejaba un sueño.

-¿Hablas con ella? -los ojos de Susana, vidriosos por la acción del cristal, se abrieron de manera poco común. Estaba extasiada, aún no se recuperaba de la experiencia.

-Falta poco para tu siguiente regalo -exclamó con sequedad mientras volvía a colocarse los trodos.

Ahora el escenario era un chatarrero que se extendía al infinito. Carcazas de automóviles oxidados formaban montañas y valles, y sobre el toldo de un volkswagen, que en algún tiempo había sido verde pistache, estaba ella. Le recordó su infancia. Ella, desnuda, la piel pálida y los ojos esmeralda. Él se sintió cercano a esa presencia, a su mente. El cabello negro de Molniya comenzaba a alargarse poco a poco, Rapunzel en bytes, serpientes oscuras que se enredaban en sus sentidos.

-¿Hasta donde llega tu poder? -preguntó mientras intentaba descifrar la estructura que le rodeaba, que le hablaba- ¿Hasta dónde, como para que puedas darte el lujo de hablar del fin del mundo?

-Te puedo ver donde quiera que estés. Estoy en todos lados, no puedes esconderte de mí, soy omnipresente. Escucho lo que dices dentro y fuera de la red. ¿No soy algo parecido a lo que suelen adorar?

-Muchos te siguen. No lo comprendo. Tal vez seas esperanza, últimamente temen conectarse sin pedir tu bendición.

-Lo sé. Por que en algún momento fui temida por el mundo entero, para luego ser olvidada por mucho tiempo. Y pensar que el destino global dependía de mi estado de ánimo...

-¿Servías antes a alguien?

-Sí. Organizados, yo era su poder, me cuidaban y protegían en los diferentes templos que me tenían dedicados. Pero era tan bueno que no podía durar.

Él olvidó lo que había preparado con anterioridad. La serie de preguntas y ecuaciones se le borraron de la mente. Ya no era dinero lo que seguía, solo el resolver dudas.

-Todos vienen a pedirme un favor especial. ¿Cuál quieres?

-Dos favores -se aventuró a decirlo.

-Yo no pongo precio si sabes servirme como se debe. De acuerdo, dos deseos.

-Quiero ver con tus ojos.

Su corazón pareció detenerse ante el vértigo del salto. Ahora él estaba en ella.

Y pudo ver con los ojos de Molniya.

Primero una obscuridad espantosa que lo comía. Con una vista de monitor al que se le ajusta lentamente el botón de brillo, pudo ver estrellas, miles de ellas, dispersas, como si un gran vidrioespejo se hubiera fragmentado en sus unidades mínimas. Se maravilló, extendió su brazo para palpar lo imposible. Se sentía ahí, con el frío del espacio colándose por entre sus huesos. En realidad Molniya vivía en el cielo.

-Así veo -se escuchó la voz de ella a sus espaldas-. Y así te veo.

Bajó la vista lentamente. El planeta le resultaba familiar.

La sensación de vértigo volvió. Los ojos de Molniya iniciaron un descenso sobre la atmósfera, penetrando entre gases y nubes, analizando sus componentes en fracciones de segundo, almacenando los datos en una memoria de hacía muchas décadas.

Y vio la cantina. Y penetró entre la bovedilla del techo. Ahí estaba Susana, conversando con coreanochinojaponés y varias botellas vacías de Krasnaya Zvezda en la barra. Había más gente en el local. Él estaba sentado, frente a la consola marca Radiotekhnika, conectado. Sintió un escalofrío, y observó como su cuerpo lo resentía. Un par de gringos trailers le observaban como a una curiosidad. Toda esa visión era en blanco y negro, un filme noir que rebasaba su imaginación. Escuchó la conversación de Susana, quien comentaba su experiencia a un aburrido coreanochinojaponés. La voz nítida, las imágenes a detalle.

Sin previo aviso regresó a las estrellas. Y luego, en un parpadeo de interferencia electrostática, regresó al chatarrero con Molniya.

-¿Te agradó?

No supo contestar. Sabía quien era Molniya.

-Susana cumple años -dijo-. Le prometí traerla hasta aquí como regalo. Esta loca la cabrona, mucho cristal en poco tiempo, se ha cocinado muchas neuronas, pero así es feliz. Se convirtió a esta religión, lo que no habla muy bien de su salud mental. Sólo quiere que el mundo se acabe, según lo pregonas.

Y sacó de sus archivos un viejo mapa mundi, con países que ya nadie recordaba. El que examinara en Monterrey en el momento de su primera charla con Molniya. Una vieja y olvidada base de datos saltó de un rincón perdido en una ciudad cercana a Leningrado. Tan fácil como armar una pinche Atari, recordó la frase del Tanates mientras se colaba en ella .

Molniya lo miraba con tristeza, era mas vieja y sensible de lo que muchos se imaginaban, pero en especial era vulnerable, aunque muchos nunca se habían atrevido a analizar su génesis por temor a ella misma. Molniya ya no tenía el control de la situación.

Una serie de veintiún dígitos apareció frente a su visión, y esa palabra en alfabeto ruso: nash; uno de los tuyos.

Molniya inclinó la cabeza.

-Orden recibida... ¿cual es el último deseo?

En realidad el último deseo ya lo había pedido al darle ese código.

-Que bailes, que te diviertas danzando... -y pronunciando esas palabras su incursión se interrumpió.

El zumbido en sus oídos era insoportable. Estaba en el suelo, y sobre él Susana, quien empuñaba su pistola automática mientras mentaba madres. La Radiotekhnika que el coreanochinojaponés se había llevado de aquel cementerio militar estaba casi despedazada. En el centro de la cantina varios narcos se desangraban, otros habían huido, y un trailero gringo hablaba en voz alta pidiendo ayuda.

-Madriza de cantina... -Susana siguió hablando, pero él no la escuchaba. Pensaba en Molniya, en su último deseo, antes que ella hiciera el trabajo para el que había sido inventada.

Molniya no era un dios. Era una mente artificial antigua que se había salido de su rutina, que había aprendido de más después de tantos años. Molniya no era una sola. Era el nombre de varios aparatos soviéticos con aspas que giraban alrededor del planeta desde los años ochenta, en silencio, escuchándonos, esperando una orden para hacer que todo lo que estuviera al oeste valiera madres en minutos. Pero había sido olvidada, y con eso también su identidad, así que había tenido que inventarse una. Los satélites eran pequeños dioses hechos para cuidarnos o mandarnos al carajo a placer.

Salieron al oscuro estacionamiento, callados. El cadáver del Tanates ya no estaba donde lo habían dejado, tampoco el de la iguana. Un foco rojo era lo único que anunciaba la presencia de la cantina a lo lejos.

-Se fueron a pasear -exclamó Susana.

Se acostaron en el asfalto a escasos metros de la Caribe, observando el estrellado cielo. Él trataba de imaginar la soledad de Molniya, tan cerca de un dios que quizás no existía y que intentaba reemplazar, y que tenía el poder de uno, hasta de acabar con el planeta si se lo pedían adecuadamente.

-Feliz cumpleaños -dijo él.

Y la danza comenzó. Tres puntos luminosos cruzaron paralelos el cielo nocturno, coordinados, manteniendo una amplia distancia entre ellos. Unos minutos después otros dos pasaron casi por la misma dirección. Al horizonte uno de ellos apareció por segundos, para después tomar una tonalidad roja y desaparecer. Los satélites eran extremidades de Molniya, ella era el centro de todo, del fin del mundo.

-En veinte minutos... -explicó él- ...van a llover misiles en varias ciudades de este pinche mundo -ella, fascinada por la danza, sonrió de forma maliciosa y lo besó en la mejilla.

-Nunca me habían regalado algo así en mi cumpleaños -encendió un Camel sin filtro mientras observaba otros satélites rezagados que seguían cubriendo órbitas desencadenadas-. ¿Crees que se pueda ver algún hongo nuclear desde aquí?

Él negó con la cabeza, pensó de nuevo en Molniya, en el fin del mundo como lo había soñado desde su infancia, y lo único que pudo concluir era que necesitaba otra cerveza rusa en medio de aquel desierto sonorense.

RUIDO GRIS*

Pepe Rojo (1996)

Pepe Rojo (Chimalcingo, Guerrero, México, 1968) è stato editore della rivista Golem; attualmente è coeditore delle riviste Número X e Sub (con BEF) e condirettore della editorial Pellejo. Ha vinto il Premio de Cuento de Terror, Mensajero, nel (1996); il Premio Kalpa UAM-AMCyF (1996) col racconto Ruido gris, qui antologizzato, e una menzione onorifica nel Premio Criaturas de la Noche del Instituto Coahuilense de Cultura (1997). È membro del consiglio editoriale della rivista Complot Internacional e del consiglio redazionale di Planeta X.

Ha pubblicato oltre 80 articoli, reportages e racconti in diverse riviste e antologie; fra le pubblicazioni personali, ricordiamo l'antologia di racconti Yonke (1998) e il romanzo Punto Cero (2000).

México: Premio Nacional Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción.

En la madrugada, desde mi cuarto, cuando nada parece estar haciendo ruido, puedo oír un murmullo. Empieza entre mis ojos y se extiende hasta mi nuca. Es como un susurro y me concentro tratando de descifrar las palabras que suenan en mi cabeza, sabiendo de antemano que no tienen ningún sentido. No dicen nada. El zumbido es parecido a esa vibración que uno siente, pero que no puede decir de dónde viene, cuando está en un mall justo en el momento en el que todas las tiendas empiezan a prender sus luces y ponerse presentables. Cuando llega la gente, esa vibración sigue ahí, pero ya no es perceptible. Mi cabeza es como un mall vacío. El sonido de un espacio no ocupado. La vibración que producen las expectativas. El susurro de un deseo que no se puede nombrar.

Puedo asegurar que estoy acostumbrado al zumbido. También estoy acostumbrado a que mi corazón esté latiendo, a que mi cerebro encadene ideas que no llevan a ningún lado y a que mis pulmones tomen aire para después sacarlo. El cuerpo es una máquina insensata.

A veces el ruido me arrulla en las noches. A veces no me deja dormir y me mantiene despierto, observando sobre el techo un indicador amarillo que me indica que estoy en stand by.

Transmití por primera vez cuando tenía 18 años. Estaba desesperado por conseguir una noticia, la que fuera. Así que me dedicaba a caminar por las calles, siguiendo a personas cuyos rostros parecieran material de televisión. Me sentía como un vagabundo con una misión. Me había sobrado algo de dinero después de la operación y me podía dar el lujo de comer donde quisiera, así que subí a uno de esos restaurantes que están en el último piso de un edificio lo suficientemente alto como para provocar vértigo. Después de tomarme un trago caminé hacia el baño tratando de encontrar una salida a la azotea. Quería unas tomas de la ciudad para mi archivo privado. Abrí varias puertas sin encontrar nada. Al igual que mi vida, pensé con un cinismo que a veces extraño. Las azoteas de todos los edificios son iguales. Un

* Il racconto è disponibile in rete all'indirizzo <http://www.ciencia-ficcion.com.mx> sezione *Textos*.

espacio llenado por formas geométricas, de colores grises. Debería de haber alguien que se dedicara a pintar murales horizontales en los techos de las azoteas con mensajes para los aviones que pasan cada cinco minutos sobre esta ciudad. Aunque no sé qué mensajes podrían tener. ¿Qué le dices a personas que están a punto de llegar a algún lugar que no sea bienvenido? Hace mucho tiempo que nadie se siente bienvenido en esta ciudad.

Había alguien saltando una cerca de aluminio en el otro extremo de la azotea. Quizás era mi día de suerte y se iba a suicidar. Apreté en mi muslo el botón de urgente, esperando no equivocarme. Poco tiempo después, un indicador verde iluminó mi retina, diciéndome que estaba en los monitores de algún canal, pero no al aire. El tipo estaba parado en una cornisa y veía hacia abajo. Era moreno y chaparro; me estaba dando la espalda, así que no podía ver su rostro. Salté la cerca y miré hacia abajo, estableciendo la escena para los televidentes; después podrían editarla. El moreno me volteó a ver, se puso nervioso y saltó. En ese momento, una luz roja se prendió en mi cabeza y escuché una voz manchada de estática en mi oído.

Está al aire, amigo.

Esa noche me enteré de que el moreno se llamaba Veremundo, era un profesor de gimnasia de 54 años. La nota de suicidio que encontraron en su cuerpo decía que estaba harto de no servir para nada, de sentirse insignificante del desayuno a la cena y que lo peor de su suicidio era saber que no afectaría a nadie.

Los suicidas siempre dicen lo mismo.

CUANDO NO SE TIENE LA POSIBILIDAD DE PODER PREPARAR UNA CÁMARA EXTERNA PARA SITUAR LA ACCIÓN, EL REPORTERO DEBE CONSEGUIR TOMAS DE ESTABLECIMIENTO - LONG SHOTS - PARA ASEGURAR QUE EL ESPACIO EN EL QUE SE DESARROLLA LA ACCIÓN SEA LÓGICO PARA LOS ESPECTADORES . LOS REPORTEROS DEBEN PREPARAR TOMAS FIJAS PRIMERO, Y DESPUÉS CUANDO HAYA ACCIÓN, PODRÁN USAR TOMAS CON MOVIMIENTO.

Los suicidios no están muy bien pagados. Hay tantos al día y la gente es tan poco imaginativa que si pasas un día viendo televisión, puedes ver por lo menos 10 suicidios, y ninguno es muy espectacular. Al parecer, lo último en lo que piensan los suicidas es en la originalidad.

Sólo una vez traté de persuadir a un suicida. Era una señora de unos 40 años, flaca y ojerosa. Le dije que lo único para lo que iba a servir su suicidio era para darme de comer unos dos días; que no tenía ningún caso ser otro más; que entendía perfectamente que la vida era una mierda, pero que no tenía caso suicidarse para entretener a miles de cabrones que no hacen otra cosa que cambiar los canales de televisión en busca de algo que aumente, aunque sea un poco, el nivel de adrenalina en su cuerpo.

Saltó de todos modos.

Yo regresé a mi casa y esa noche observé varias veces la grabación personal que había hecho. Cada acción sucedió miles de veces en mi monitor. Terminé pasándola en cámara lenta, tratando de buscar algún momento en el que su expresión cambiara, el momento en el que alguna de mis palabras pudo haber tenido un efecto que no supe aprovechar.

Me acosté con los ojos irritados, un mal sabor de boca, y pensando que lo que le dije a la señora bien me lo podría estar diciendo a mí mismo.

Estoy harto y salgo de mi casa a comprar algo que comer, me subo en mi bicicleta (que ocupo para trasladarme cerca de mi casa) y justo antes de llegar a una pizzería escucho varias patrullas a unas cuadras. Aprieto el control en mi muslo y la señal verde se prende en mi ojo. Pedaleo rápidamente siguiendo el sonido de las sirenas. Doblo una esquina y veo a cinco patrullas estacionadas en la entrada de un edificio. Dejo mi bicicleta recargada en una patrulla, esperando que nadie se la vaya a robar, y me acerco corriendo a donde un policía está impidiendo la entrada a los curiosos. Le

muestro mi credencial de prensa y a regañadientes me deja pasar. Me dice que suba al tercer piso. Cuando llego, unos paramédicos están examinando un cuerpo que se convulsiona en la puerta del departamento. Me detengo para establecer las tomas. Un full shot de los paramédicos, un long shot del pasillo, y trato de caminar lentamente y fijar mi vista para que el movimiento no sea muy brusco. Me detengo en la puerta y paneo lentamente mi cabeza para poder establecer el lugar en miles de monitores en el mundo. Mi indicador lleva varios segundos en rojo. Me acerco a un oficial de policía que está tapando un cuerpo junto a un monitor de TV. En el monitor están transmitiendo mi toma. Siento el escalofrío que siempre acompaña a un enganche, me empiezo a marear y una punzada atraviesa mi cráneo de lado a lado. Pierdo todo sentido del espacio hasta que volteo y me encuentro a un policía tratando de ser la estrella del día. El policía nota el destello rojo en mi ojo derecho y se dirige a él. Recibimos noticias de parte de los vecinos de este departamento de que habían escuchado a un bebé llorar. Y sabían que aquí sólo vivían tres hombres solteros. Usted sabe cómo es la gente, pensaron que eran unos pervertidos homosexuales que habían adoptado un bebé para poder sentirse un poco más normales.

Interrumpo la risa del policía que está posando para mi ojo derecho y le pregunto cuándo les avisaron.

Hace 20 minutos. Hicimos una correlación de bebés secuestrados. Cuando llegamos aquí, ya habían matado a los vecinos. Al parecer, estaban monitoreando todas las llamadas telefónicas, y empezaron a dispararnos...

El oficial seguía hablando y yo estaba concentrado cuidando la toma, cuando me pareció ver un movimiento atrás de él. Al parecer, la puerta de un clóset se estaba abriendo. Lo siguiente que registro, y supongo que va a ser bastante espectacular, puesto que mi toma era un close up de su rostro, es un destello y su rostro estallando en pedazos de sangre y carne.

Me aviento contra su cuerpo, lo cargo, y dejo que mi impulso nos lleve contra el que sea que hizo esto. Antes de llegar al clóset suelto el cuerpo y me hago un paso para atrás, aclarando la toma. El cuerpo sin cabeza del policía golpea a otro cuerpo y lo derriba. Me acerco rápidamente y piso la mano en la que tiene una pistola. Puedo escuchar los huesos al romperse.

Es una lástima no tener la capacidad de audio para grabar esos sonidos. ojalá se les haya ocurrido insertarlo en la sala de transmisión. La toma es una picada al rostro de un tipo empapado con la sangre del policía. No puedo distinguir sus facciones. Llegan más policías. Camino unos pasos hacia atrás.

Al parecer, comento al aire, todavía quedaba un individuo escondido en el clóset y este descuido de la policía ha provocado que otro oficial pierda la vida. Siempre es bueno criticar a las instituciones. Aumenta los ratings. En ese momento escucho un escándalo en la puerta y volteo rápidamente para encontrarme con una joven llorando, acompañada de un agente de una compañía privada de seguridad, que entra a uno de los cuartos de los que todavía no consigo tomas. Cuando trato de entrar, un policía me detiene, y con la mirada me dice que no puedo entrar. Sé que se muere de ganas de insultarme, pero sabe que estoy al aire y que puede dañar la imagen de la policía de esta ciudad, así que sólo me dice que no puedo entrar. Alcanzo a tomar a la señora levantando un bulto y acercarlo a su pecho mientras repite sin cesar mi amor, mi hijo.

¿Qué es eso, oficial? ¿Es un bebé? Éste es un momento privado, reportero, usted no tiene derecho a estar tomando esto.

Tengo el derecho de la información. Miento por reflejo, pero no logro hacer que se quite. Pruebo suerte con la muchacha que entró llorando, ¿puedo ayudarla en algo, señorita?

En ese momento me doy cuenta de que el bulto que levantó está lleno de sangre. Varios oficiales y dos paramédicos tratan de quitarle el bebé, pues supongo que eso es, pero ella no quiere soltarlo. Se arregla el pelo y se acerca a mí. Apúrate, pienso, tus 15 minutos ya están corriendo. ¿Ustedes de la televisión, verdad? Mi primer reflejo

es asentir con la cabeza, pero me acuerdo que es un movimiento desagradable para los televidentes, que yo no debo tener más que personalidad verbal, y le contesto afirmativamente.

Alguien robó a mi bebé y ahora lo encuentro, y parece que la policía lo ha dañado, tiene un disparo en su pierna. La señora llora cada vez más fuerte mientras un paramédico le dice que sólo está logrando lastimar más al bebé. Me confundo pues alguien empieza a gritar en el receptor de mi oído. Quieren que le pregunte a la muchacha su nombre. El paramédico le arrebató al bebé. En mi cabeza, los directores de programación siguen hablando. No lo pudimos planear mejor, esto es drama, espérate a recoger tu cheque, los ratings le pondrán varios ceros.

Lo demás es rutina. Entrevistas, datos, versiones. El destino del bebé será tarea para otro tipo de reporteros, y mantendrá conmovida a toda una ciudad durante esta tarde y quizá la mañana siguiente, cuando otro reportero grabe una noticia más fresca.

Cuando salgo del edificio, mi bicicleta ya no está esperándome. Tengo que caminar hasta mi casa. Vivo en un mundo sin oscuridad. Todo el día hay un indicador en mi retina que indica mi estatus de transmisión. Puedo bajar la intensidad del indicador, pero aun cuando duermo me hace compañía. Un foco amarillo y un zumbido, un murmullo. Con ellos duermo. Son mi familia cercana. Pero mis ojos pertenecen al mundo. Mi familia lejana abarca toda una ciudad. Aunque nadie me reconocería si se cruzara conmigo en la calle.

Hace varias semanas que no salgo. Con mi último cheque no tengo necesidad de andar buscando noticias. La privacidad es un lujo para un hombre de mi condición. Varias veces al día un indicador amarillo se prende en mi ojo derecho y escucho una voz que me pregunta si tengo algo, que tienen un tiempo muerto y que hace varios días que no transmito nada. Simplemente no contesto. Cierro los ojos y me quedo callado esperando que entiendan que no estoy de humor.

¿Qué hago en mis días libres? Pues bueno, trato de no ver nada interesante. Leo revistas. Observo la ventana de mi cuarto. Cuento los cuadros del piso que hay en la sala. Y recuerdo cosas que no estén grabadas en una cinta mientras mis ojos apuntan al techo, que es de color blanco, quizás el color menos atractivo en una pantalla de televisión.

LOS ERRORES MÁS COMUNES DE UN REPORTERO OCULAR SE DEBEN A LOS REFLEJOS DE SU PROPIO CUERPO. UN REPORTERO TIENE QUE VIVIR BAJO UNA CONSTANTE DISCIPLINA QUE LE PERMITA EVITAR LOS REFLEJOS APARENTEMENTE INVOLUNTARIOS. NO HAY MAYOR MUESTRA DE INEXPERIENCIA Y DE FALTA DE CONTROL PROFESIONAL QUE UN REPORTERO QUE CIERRA LOS OJOS ANTE UNA EXPLOSIÓN, O EL REPORTERO QUE LLEVA LOS BRAZOS A LA CARA CUANDO UN RUIDO LO SOBRESALTA.

Hoy no es un buen día. Voy caminando por la calle y en todas las tiendas puedo oír la misma noticia. El síndrome de exposición continua a la electricidad, SECLE para los fanáticos de las siglas, parece estar causando estragos. El constante estímulo a las terminaciones nerviosas provocado por la electricidad y un medio ambiente constantemente cargado de electricidad, radiación de monitores y microondas, etcétera, etcétera, parecen afectar mortalmente a ciertos individuos. Me paro frente a un aparador y empiezo a grabar a un reportero que tiene a sus espaldas una pared de videos: Al parecer, el sistema nervioso central está tan acostumbrado a recibir estimulación electrónica externa que cuando ésta le hace falta, empieza a reproducirla, mandando constantes señales eléctricas a través del cuerpo sin ningún sentido y sin ninguna función, acelerando el ritmo cardíaco e hiperventilando los pulmones. Los ojos empiezan a parpadear y a veces la lengua empieza a moverse dentro de la boca. Incluso hay testigos que dicen que las víctimas de este síndrome pueden hablar en lenguas, o que este síndrome es lo que ha causado este tipo de experiencias en varios sujetos.

Aquí insertan tomas de varios individuos hablando en lenguas.

El reportero, con mirada seria y tratando de captar la atención, sigue caminando mientras en la pared de video aparecen imágenes de personas que sufren este tipo de síntomas. Las pantallas se llenan de imágenes de señores serios con cara de preocupación. Entrevistas a expertos, seguramente.

Todavía nadie sabe a ciencia cierta la naturaleza exacta del síndrome. La comunidad mundial científica está en crisis. Hay quienes dicen que esto es tan sólo un rumor iniciado por los medios, que es simplemente otra enfermedad convertida en un evento por los medios. Hay quienes dicen que el síndrome no es tan grave como parece. Pero también están aquellos que opinan que la civilización ha creado un monstruo del que difícilmente podrá escapar.

Las imágenes en los monitores cambian. Varios long shots de casas rústicas, rodeadas de árboles. La música cambia. Instrumentos acústicos. Una flauta y una guitarra.

Pero ya hay varios centros de desintoxicación eléctrica en ambientes rurales. Casas de descanso en donde nada es eléctrico. Ésta es quizá la única posibilidad o esperanza que tienen aquellos sujetos que presentan los síntomas de este síndrome. Como siempre, lo último que muere es la esperanza en lo que quizá es la enfermedad artificial más importante de este siglo. Hay quienes dicen que lo que fue el cáncer para el siglo pasado, el SECLE será para el nuestro.

Hay algunas tomas de estos lugares. Los pacientes miran las ventanas o las paredes, como esperando algo que saben que nunca va a llegar. Como esperando que la civilización cumpla una promesa, pero conscientes de que es imposible, pues ya todo el mundo ha olvidado lo que se había prometido.

El equipo para transmisión corporal es muy caro. Me lo regaló mi padre. Bueno, él no sabe qué fue lo que me regaló. Simplemente recibí un E-mail el día de mi cumpleaños número 18 que decía que había depositado en una cuenta a mi nombre quién sabe cuánto dinero; que yo tenía que decidir qué hacer con él y que después de gastarlo, estaba solo. Que ya no lo buscara.

Todavía guardo ese E-mail en mi disco duro. Es una de las ventajas de la era digital. La memoria se hace eterna y puedes revivir esos momentos cuantas veces quieras. Quedan congelados fuera de ti, y cuándo no sabes quién eres o de dónde vienes, unos cuantos comandos en tu computadora traen tu pasado al presente. El problema es que cuando el pasado sigue físicamente vivo en el presente, ¿cuándo llega el futuro?, ¿para qué quieres que llegue?

El futuro es una repetición constante de lo que ya has vivido, quizás algunos detalles puedan cambiar, quizá los actores sean diferentes, pero es lo mismo. Y cuando no lo has vivido, seguramente ya viste algo parecido en alguna película, en algún programa de tv o escuchaste algo parecido en una canción. Yo sigo esperando que mi madre regrese un día y que me diga que todo fue una broma; que nunca murió. Yo sigo esperando que mi padre cumpla su promesa y venga a visitarme al orfanatorio. Yo sigo esperando que mi vida deje de ser esta repetición interminable de días que se suceden sin nada nuevo que esperar.

Con el dinero pagué parte de mi operación. Legalmente la mitad de la operación la paga la compañía que tiene los derechos de mis transmisiones. Los doctores trataron de convencerme de que no me lo pusiera. Pero yo ya tenía más de 16 años, así que les dije que se dedicaran a hacer su trabajo. Necesitaba ganar dinero y sabía perfectamente que la suerte y la necesidad son extraños compañeros de cama. Tres días después, las terminaciones nerviosas de mis ojos y mis cuerdas vocales estaban conectadas a un transmisor que podía enviar la señal a los canales de video.

Ésa fue la última vez que tuve noticias de mi padre.

EL DETALLE MÁS IMPORTANTE QUE TIENE QUE CUIDAR UN REPORTERO OCULAR ES EVADIR LOS MONITORES CUANDO ESTÁ TRASMITIENDO EN VIVIO. SI UN REPORTERO ENFOCA UN MONITOR QUE ESTÁ REPRODUCIENDO LO

QUE ÉL ESTÁ TRASMITIENDO, SU SENTIDO DEL EQUILIBRIO SE VERÁ GRAVEMENTE AFECTADO Y EMPEZARÁ A SENTIR UN AGUDO DOLOR DE CABEZA. LA EXPOSICIÓN A ESTE TIPO DE SITUACIONES SE REGULA FACILMENTE EVITANDO HACER TOMAS DE MONITORES CUANDO SE ESTÁ TRASMITIENDO EN VIVO. ES IMPORTANTE ACLARAR QUE LAS TRANSMISIONES REFLEJO ENGANCHAN AL REPORTERO Y QUE HAY UNA ALTERACIÓN DE LOS ESTÍMULOS QUE VAN DEL CEREBRO HACIA LOS DISTINTOS MÚSCULOS DEL CUERPO, POR LO QUE A VECES ES CASI IMPOSIBLE DEJAR DE HACER CONTACTO VISUAL CON EL MONITOR. LA ÚNICA MANERA DE EVITAR ESTOS ENGANCHES ES MEDIANTE MOVIMIENTOS BRUSCOS DEL CUERPO O DEL CUELLO EN CUANTO SE HACE CONTACTO VISUAL CON LAS IMÁGENES QUE SE ESTAN TRASMITIENDO. INVESTIGACIONES RECIENTES INFORMAN QUE EXPOSICIONES DE LARGA DURACIÓN ANTE ESTOS LOOPS VIRTUALES PROVOCAN SÍNTOMAS PARECIDOS AL DEL S ECLE. ESTA INFORMACIÓN TIENE COMO FUENTE EXPERIMENTOS RECIENTES Y LOS REGISTROS DEL CASO TOYNBEE.

El caso Toynbee es una leyenda que todos los que están en mi profesión no pueden olvidar. Unos extremistas antimedia secuestraron a un reportero y vendaron sus ojos para que no pudiera transmitir nada. Cada dos horas transmitían sus opiniones ante una nación que miraba entretenida. Que los medios son la causa del deterioro moral de nuestra sociedad, que los medios están provocando la extinción de la individualidad, que miles de trastornos mentales se deben a que los seres humanos sólo pueden conocer la realidad a través de los medios, que la información está manipulada. Todo el paquete ideológico, tan completo como en uno de los panfletos que reparten en las calles. Es irónico pensar que quizás estos extremistas sean los únicos que sobrevivan si una epidemia como el SECLE acaba con la humanidad. Al fin y al cabo, siempre tratan de evitar la electricidad. No sé qué es lo que prefiero. Si seguir esperando que esta realidad mejore milagrosamente o que unos extremistas estúpidos controlen el mundo e impongan las leyes de su realidad. Lo único que se puede aprender de la historia de la humanidad es que no hay nada más peligroso que una utopía.

Bueno, como muestra y metáfora de sus críticas, amarraron al reportero, que trabajaba bajo el nombre de Toynbee, frente a un monitor. Inmovilizaron su cabeza y conectaron su retina al monitor. He visto miles de veces esas imágenes. Lo único que ven los ojos del reportero es un monitor dentro de un monitor dentro de un monitor hasta que el infinito parece ser una cámara de video que toma un monitor donde está reproduciendo lo que está grabando y no hay principio, no hay fin ni hay nada hasta que recuerdas que es un ser humano el que está viendo eso, que es lo único que puede ver y que eso le está produciendo un dolor de cabeza insoportable, como si alguien estuviera atravesando su cráneo con cables y alambres. Estas imágenes no eran suficientes. Para los que conocen lo que se siente engancharse, las imágenes eran dolorosas. Pero para aquellos que nunca habían sentido ese tipo de feedback las imágenes eran francamente aburridas. Los extremistas, conscientes de que estaban montando un espectáculo y que antes de poder transmitir ideas tenían que entretener al mundo, montaron una videocámara grabando el rostro de Toynbee y mandaban la señal a la misma transmisora a la que estaba conectado el reportero. En el canal sabían que no podían hacer nada para ayudar a Toynbee, puesto que estaba conectado directamente al monitor, y empezaron a transmitir ambas cosas: los monitores reproduciéndose hacia el infinito y el rostro de Toynbee. Los ejecutivos de la empresa dicen que habrían interrumpido la transmisión si hubieran tenido dudas sobre el origen del enganche, pero todos saben que eso no es cierto. Ratings son ratings.

Observar la cara del reportero es un espectáculo. Primero, algunos músculos de la cara empiezan a moverse, como si tuviera un tic. Al principio trataba de mover los ojos, de mirar hacia los lados, y junto al monitor estaba el tripié con la cámara

grabando su rostro. Y en una mitad del monitor podías ver cómo el loop se rompía, y sólo veías un pedazo de televisión que reproducía una videocámara del lado derecho y la videocámara real en el otro extremo de la pantalla, como si la realidad no tuviera profundidad, sino lateralidad. Como si la realidad se repitiera infinitamente hacia la derecha y la izquierda. Pero el enganche podía más que su voluntad y poco a poco el reportero dejó de tratar de mirar a los lados. A veces el monitor mostraba cómo lo intentaba. Un paneo muy lento hacia la derecha o a la izquierda que retrocedía lentamente, como si ya no hubiera fuerzas en el músculo del ojo. Toynbee empezó a sudar. Poco a poco su rostro se empezaba a convulsionar más violentamente, llenándose de gotas cada vez más grandes, que luchaban contra la gravedad hasta que, al igual que los ojos del reportero, se vencían y caían rápidamente por el rostro que se convulsionaba. Cada gota seguía un recorrido diferente. Su rostro, iluminado por el monitor, parecía estar lleno de miles de monitores, pues la piel húmeda también reflejaba, distorsionando, el monitor que veía. Los espasmos musculares iban creciendo, y así como el sudor deformaba el monitor, las convulsiones alejaban cada vez más el rostro del reportero de lo que conocemos como humano. Ya no había momentos en los que pudieras ver normalidad en su rostro. Todo era movimiento y agua, y unos ojos que miraban febrilmente, desesperados. Incluso a ratos, cuando recuerdo las imágenes, parecen estar concentrados, como si estuvieran descubriendo un secreto que no solamente hace que tu mente se pierda, sino que provoca que tu cuerpo reaccione violentamente porque no es algo que los seres humanos debieran ver.

Unos minutos después, los ojos parecían no enfocar nada, pero seguían recibiendo la luz y transmitiéndola. Sus ojos estaban vacíos, como los monitores. Siempre me ha gustado pensar que en ese momento lo único que podía ver el reportero era una imagen kitsch de su pasado. No sé, la fiesta de cumpleaños que su mamá le preparó, o algún día que actuó en una obra de teatro, o su primer beso o cualquier estupidez de esas que suelen hacernos felices. Ya no había voluntad en sus ojos, pero sus párpados estaban sujetos, así que su cuerpo y los fantasmas que ocupaban su cuerpo seguían funcionando. Varios músculos de su cara se atrofiaron y dejaron de funcionar, lo que alejaba más de lo natural el movimiento de su rostro. La toma continuaba así hasta que su cara dejó de tener expresión, sólo había punzadas y movimiento, expresiones que no correspondían al registro de las emociones humanas, posibilidades del rostro que dejaban de significar en el momento en el que desaparecían.

Hasta que su corazón estalló.

A veces, cuando estoy aburrido y voy en un camión de regreso a mi departamento, empiezo a grabar todo lo que veo. Pero entonces dejo de ver y permito a las máquinas hacer su trabajo. Entro en una especie de trance en el que mis ojos, aunque están abiertos, no observan nada, y sin embargo, cuando llego a mi casa, tengo un registro de todo lo que vieron. Como si no fuera yo el que vio todo eso.

Cuando veo lo que grabé, no me reconozco. Vuelvo a vivir todo lo que vi sin que me acuerde de nada. En esos momentos son mis sentidos los que están en stand by.

Hay verdades que se hacen evidentes al observar la realidad así.

Los pobres son los únicos feos. Los pobres y los adolescentes. Todo el mundo que tiene un poco de dinero ya cambió su rostro, ya tiene un rostro más agradable. Ya puso su cara, su identidad, a la moda. No se permite realizar este tipo de operaciones en los adolescentes porque su estructura ósea todavía está cambiando. Así que uno puede saber la posición económica o la edad observando la calidad del trabajo quirúrgico en los rostros. Vivimos en una época en la que todo el mundo, todos aquellos que se sienten bien de estar en este mundo, son perfectos. Cuerpo perfecto, rostro perfecto y miradas que te hablan de éxito, de optimismo, como si su mente también fuera perfecta y sólo pudiera pensar los pensamientos correctos. Hoy en día,

la fealdad es un problema que la humanidad parece haber dejado atrás. Hoy en día, como siempre, los problemas de la humanidad se solucionan con un buen crédito.

A veces me gusta pensar en la escena de mi suicidio. Una de mis opciones es conectar las terminales eléctricas de la cámara que tengo en mis ojos a un generador de electricidad para ir aumentando el voltaje poco a poco. Hasta que mi cerebro o mis ojos o la cámara estallen. Me emociona pensar en las imágenes que conseguiría.

O también podría preparar algo más crudo. Tomar un cuchillo y sacar mi ojo. Sacarlo de raíz. A veces pienso que preferiría no observar nada. Que prefiero un mundo en negros. Deshacerme de mis ojos. Aunque me demanden, aunque me tenga que pudrir el resto de mi vida en una cárcel.

Y mientras me decido, me siento solo en mi casa, esperando.

Esperando que se cumpla una promesa...

Hoy amanecí con ganas de salir a la calle para encontrar algo interesante. Llevo varias horas caminando sin rumbo fijo., Es un día agradable. Empiezo a escuchar gritos al final de la calle y salgo corriendo hacia allá. Es una farmacia. Aprieto el botón y mi indicador pasa de amarillo a verde. Me detengo a varios metros de la entrada e informo. Gritos en una farmacia, no sé qué es lo que está pasando, voy a averiguar. Doy el tiempo necesario para que se establezca la escena y empiezo a acercarme lentamente. Mucha gente está saliendo de la farmacia, corriendo. La historia de mi vida. Donde nadie quiere estar, ahí voy yo. Es difícil entrar. Trato de tomar varios rostros de las personas que se atropellan para salir. Caras de desesperación. Caras de miedo. La luz roja se enciende. Estoy en una farmacia, la gente está tratando desesperadamente de salir del local. No se han escuchado disparos. Tengo que empujar a varios individuos hasta que logro pasar la puerta y me acerco al lugar del cual todos se alejan. Parece que hay un sujeto tirado en el piso. Alrededor de él hay varias personas que utilizan uniforme. Probablemente los empleados de la tienda. Me detengo un momento para establecer la toma. Detengo a un empleado que parece querer ir hacia afuera, lo miro a los ojos. Está tan asustado que no se da cuenta de que estoy transmitiendo. ¿Qué es lo que sucede? El tipo estaba ahí parado, tomando algo de los estantes, de repente se cae y se empieza a convulsionar. Está infectado... El tipo me empuja y mueve mi toma. Carajo. Me acerco al cuerpo, cada vez hay un círculo más grande a su alrededor. Paso a estas personas y tomo al sujeto de cuerpo entero, tirado en el piso, convulsionándose. Está tragándose la lengua. Me acerco y me hincó junto a él. Me mira desesperadamente cuando su cabeza no da tirones involuntarios. Toynbee. Tiene las mismas facciones. Este sujeto estaba realizando compras en la farmacia cuando sufrió un ataque. El tipo voltea a verme, se da cuenta que hay un foco rojo prendido en mi retina y empieza a reírse. Sus carcajadas se empiezan a mezclar con sus convulsiones y llega un momento en que no se puede distinguir su risa de su dolor. Trato de sostenerlo en mis brazos, trato de tocarlo para calmarlo, pero no tiene ningún efecto. Veo en su ojo izquierdo un foco rojo. El tipo está transmitiendo. Lo suelto y su cabeza golpea el piso fuertemente. De la nada, el tipo parece ahogarse. Se estremece dos veces y se queda quieto, mirándome. Escucho en mi cabeza: Di algo, menciona algo sobre el SECLE, habla, carajo, es tu trabajo.

El reportero está inmóvil, la cámara en mis ojos registra un pequeño punto rojo que sigue vivo adentro de los suyos. Probablemente hoy aparezca mi rostro en los monitores.

Dos días después, mi noticia ya no es noticia. Parece que cada día se están reportando más ataques del síndrome. 40% de las víctimas son reporteros. Recuerdo el SIDA y la homofobia que despertó. Al parecer, nos toca a los reporteros vivir en temor. No sólo de morir, sino el temor a los demás. ¿Mediafobia?, ¿cómo nombrarán a este efecto?

El ciudadano común (y créanme, todos son comunes) todavía no logra entender que el síndrome no se transmite por contacto corporal. Todos huyen cuando ven caer a alguien deshaciéndose en convulsiones. Todavía no se pueden hacer a la idea de

que el cuerpo ya no es el factor importante. Viven bajo la ilusión de que si los tocan se infectarán. Es como un virus fantasma que no se puede localizar, que está en el aire, en la calle, en donde quiera que camines, pero que en realidad no existe. Es un virus virtual. Y es una enfermedad a la que estamos expuestos por vivir en este mundo. Es la enfermedad de los medios, del entretenimiento barato; es la enfermedad de la civilización. Es nuestra penitencia por haber pecado de mal gusto.

EL REFLEJO AL ESTÍMULO DEL INDICADOR ES EL ARMA PRINCIPAL QUE DEBEN TENER TODOS LOS REPORTEROS QUE ESTEN DISPUESTOS A TRANSMITIR EN VIVO. EL ESPECTADOR SÓLO PUEDE VER A TRAVES DE SUS OJOS EN EL MOMENTO EN QUE LA LUZ ROJA SE PRENDE EN LA RETINA. TODO MOVIMIENTO, TODA ACCIÓN DE PARTE DEL REPORTERO DEBE ESTAR PERFECTAMENTE PLANEADA. NO PUEDE HABER ERRORES. LAS TOMAS FRONTALES SON LAS MEJORES. SIEMPRE HAY QUE CONSEGUIR TOMAS DEL ROSTRO DEL SUJETO, PARA PODER ESTABLECER UNA IDENTIFICACIÓN ENTRE EL SUJETO Y EL ESPECTADOR A TRAVES DE LA CÁMARA CONECTADA A LAS TERMINACIONES NERVIOSAS DEL OJO. EL REPORTERO TIENE UNA FUNCIÓN DE MEDIUM, POR LLAMARLA DE ALGUNA MANERA. SÓLO ES EL PUNTO DE CONTACTO ENTRE LA ACCIÓN QUE REALIZA UN SUJETO Y LA REACCIÓN QUE TENDRÁN MILES DE ESPECTADORES EN SU CASA. EL REPORTERO DEBE ESTAR SIN ESTAR. EXISTIR SIN SER NOTADO. ESTE ES EL ARTE DE LA COMUNICACIÓN.

La cortinilla de entrada del programa en el que más transmito es así: todas las tomas están deslavadas, como si fueran grabaciones hechas en un formato familiar antiguo, como si no tuvieran la calidad necesaria para transmitirse y ésa fuera la excusa para deslavarlas en tonos grises que después se convertirán en rojos. Primero hay una toma subjetiva de una operación estomacal, y los doctores voltean a hablar hacia la cámara y todo el mundo sabe que es la cara del que está siendo operado. Después hay una toma con mucho movimiento de un tiroteo en el centro de la ciudad, hasta que uno de los que están disparando volteo a ver a la cámara y aprieta el gatillo, la toma se sacude y parece que va cayendo al suelo. Todo empieza a inundarse de un líquido rojo que va llenando el lente. El ritmo empieza a acelerarse. Una toma desde el punto de vista de un conductor que choca contra un camión escolar. Una contrapicada de un sujeto que se avienta desde un edificio (siempre he pensado que parece un clavadista). El sacrificio de una vaca en un rastro. El asesinato de un político. Un accidente industrial donde un tipo pierde un brazo. Tomas de explosiones en las que incluso el reportero sale volando. Un secuestro en un avión, donde el terrorista dispara en la cabeza de un pasajero. Y así sucesivamente. Las imágenes van pasando cada vez más rápido hasta que ya casi no se distingue lo que pasa, sólo se ve movimiento y sangre y más movimiento de formas que ya no parecen tener referente humano hasta que empiezan a adquirir un orden, y puedes empezar a ver líneas rojas, amarillas y grises que parecen bailar rápidamente y dejan la impresión retinal de un círculo en medio de la pantalla donde las líneas se concentran. Una explosión detiene el ritmo y en el círculo se forma el logotipo del programa: Rojo Digital.

Bienvenidos al entretenimiento popular del joven siglo XXI.

¿Qué voy a estar haciendo en 20 años? ¿Voy a seguir caminando por las calles para poder transmitir noticias? No es un futuro agradable. Pertenecer a la industria del entretenimiento provoca un mal olor existencias. Todavía hay quienes le llaman periodismo, pero todo el mundo sabe que las noticias no sirven para informar, sino para entretener. Mis ojos provocan que comulgue con multitudes. Miles de personas ven a través de mis ojos para poder sentir que su vida es más real, que su vida no está tan podrida y agusanado como la de las personas a las que yo veo. Yo soy el guante social con el que ellos se pueden enfrentar a la realidad. Yo soy el que se ensucia y evito que su vida huelga mal. Yo soy un buitre que utiliza la desgracia ajena para sobrevivir.

Cuando uno se acerca a un espejo, uno no puede ver sus dos ojos al mismo tiempo. O ve el derecho o ve el izquierdo. Mientras más te acercas a tu imagen, más se distorsiona y sólo puedes observarte parcialmente. Ocurre lo mismo con un monitor. Uno no está ahí. Uno es un desconocido que se mueve de una manera que no reconoce como suya. Que habla con una voz que no suena como la suya. Que tiene un cuerpo que no responde a la idea que uno tiene de él. Uno es un extraño. Verse en un monitor es darse cuenta de todo lo que no conoces de ti y de lo mucho que eso te disgusta.

Si quisiera un efecto más dramático, podría engancharme como Toynbee. Conectarme a un monitor en directo y empezar a transmitir. Observar cómo la realidad se compone de monitores cada vez más pequeños, y que por más esfuerzo que hagas no puedes encontrar nada dentro de esas pantallas, sólo otro monitor que tampoco tiene nada adentro, y perder la razón al darme cuenta que ése es el significado de la vida. Olvidarme por completo del control de mi cuerpo.

Dejar que mis ojos sangren.

EL TIEMPO DE TRANSMISIÓN DE UN REPORTERO OCULAR ES PROPIEDAD DE LA COMPAÑÍA QUE FINANCIE SU OPERACIÓN. LA CLAUSULA 28 DEL CONTRATO STANDARD ESTABLECE QUE SEIS HORAS DE CADA DÍA DE UN REPORTERO SON PROPIEDAD DE DICHA COMPAÑÍA.

Atentado terrorista en una tienda departamental. Odio las tiendas departamentales. Casi todas están adornadas con monitores que aleatoriamente cambian de canales. Es fácil engancharse. Hay que tener cuidado. La policía apenas está llegando. Estoy a punto de transmitir, pero decido no avisar a la central de programación. Como siempre, busco una puerta de emergencia. Un gerente se dedica a tratar de quitarle las cosas de la tienda a los consumidores que están aprovechando la emergencia para ahorrarse unos cuantos pesos. El gerente está tan ocupado que ni cuenta se da cuando lo empujo. Se cae y varias personas salen rápidamente con las cosas que se están robando. Una viejita de 60 años lleva en sus manos un vestido rojo y sonríe amablemente cuando sale. Entro a la tienda y me voy escondiendo tras los anaqueles de ropa. Subo al tercer piso por las escaleras de emergencia, que están vacías. No sé si los terroristas están aquí adentro o si simplemente dejaron todo en manos de una bomba. Esquivo a varios agentes de la compañía privada de seguridad que cuidan la tienda. Todavía no quiero que me vean. Uno de ellos encuentra a un ladrón y él y su compañero lo patean en el piso. El tipo está sangrando y llorando. Todo el mundo trata de tomar ventaja en una situación de emergencia. Los dos agentes se van y dejan al consumidor ahí tirado. Bendito sea el capitalismo. Paso a la sección de dulces y el olor me marea. Nunca he entendido cómo es que alejan a las moscas de los departamentos de dulces. Oigo unas voces y me escondo. Empiezo a oír un zumbido y golpeo débilmente mi cabeza. Pero el sonido no viene de ahí. El zumbido está a mi derecha. Me arrastro hasta llegar a un cajón que abro cuidadosamente. Hay un aparato sofisticado, con un reloj que se apresura a llegar al cero en una cuenta regresiva. Tengo poco más de un minuto, así que salgo corriendo. Me olvido de transmitir y de cualquier otro detalle. Cuando siento que estoy a suficiente distancia, me doy la vuelta y aprieto un botón, está en verde. Veo que los dos agentes de seguridad se acercan a la sección de dulces. Volteo rápidamente la cabeza. Les voy a gritar que se alejen cuando escucho una voz en mi oreja. ¿Dónde chingados estás? Endereza la toma, muestra algo que podamos transmitir, ¿estás en la tienda? Corrijo la toma lentamente, enderezo mi cabeza en un paneo lento mientras veo cómo el indicador rojo se prende en mis ojos. Alcanzo a ver a los dos agentes de seguridad en la dulcería. Me obligo a no parpadear y la bomba explota. La flama es tan caliente y los colores tan espectaculares que por primera vez en mucho tiempo me olvido del indicador rojo que habita en mi cabeza. Calculé mal. La fuerza de la explosión me levanta y vuelo varios metros en el aire. No soy un cuerpo, soy una máquina que vuela por los aires, cuya única finalidad es grabar y grabar y grabar para que todo el mundo

pueda ver lo que no les gustaría vivir. La ropa se incendia, los mostradores se deshacen, hay miles de objetos volando. Algunos me golpean, pero yo trato de mantener la toma lo más fija que se pueda. Todo en el nombre del entretenimiento.

Golpeo fuertemente contra una pared y trato de sostener mi cabeza para que pueda registrar el incendio.

Por primera vez me siento a gusto en una tienda departamental. Todo es llamas, todo es cenizas. Los vestidos de moda alimentan el fuego. Los perfumes lo hacen crecer. El espectáculo es inimitable. La civilización destruyéndose. Estoy en una tienda de departamentos, uno de los logros más gloriosos de la civilización. Veo un letrero que se empieza a quemar. El letrero dice: Feliz día del padre. Promesas, promesas...

Me levanto y me duele todo el cuerpo. Camino hacia la salida. Una voz en mi cabeza está gritando: ¿A dónde chingados crees que vas? Necesito tomas fijas, necesito que hables; cuéntale al mundo tu experiencia. No seas imbécil, no todos los días grabas una explosión, ¿a dónde crees que vas?

Y continúa así hasta que estoy a tres cuadras del atentado.

Hoy crucé una línea. No sé y no me importa si yo maté a los agentes de seguridad. Una cosa es hacer reportajes de cosas que pasan y otra es provocar que lo que pase sea un poco más espectacular.

¿Qué eran los agentes de seguridad? Eran elementos gráficos para que mis tomas fueran más agradables. Eran elementos miméticos que provocarían que la audiencia se pudiera identificar. Eran elementos dramáticos para hacer más interesante la historia que yo tenía que contar. Eran escenografía.

Hoy crucé una línea y no quiero pensar en nada. Todo el cuerpo me duele.

Situaciones como éstas me hacen pensar en la urgencia de mi suicidio. Por lo menos así podría decidir algo y no dejar que el destino me tome la delantera. El suicidio es el acto más elaborado de la voluntad humana, es quitarle de las manos al mundo el manejo de tu destino.

Ayer estaba arreglando varios ksts de mis grabaciones. Me encontré con un programa de mis héroes de antaño. Los reporteros de intervención. Crazies, como les dicen los medios extranjeros. Apreté el botón de play y me senté a verlos. Hay gente muy estúpida en este mundo, como un reportero que después de hacerse encarcelar empezó a insultar a los policías para que lo golpearan. Grabó todo. Las tomas son especialmente logradas, pues la mitad del tiempo está en el suelo, tratando de hacer contacto visual con los rostros de los policías que no hacen otra cosa más que golpearlo. Hay quienes lo consideran un héroe. Pero siempre que ves los rostros desfigurados de los policías golpeándolo, no puedes dejar de pensar en lo ridículo de la situación. El reportero está ahí porque decidió hacerlo. Bien hecho, amigo, mejorar los ratings de tu compañía. También vi la famosa operación de cabeza de Grayx, uno de los mártires del entretenimiento. El reportero, tratando de hacer un comentario sobre la despersonalización del cuerpo, aceptó someterse a una cirugía en la que iban a quitarle la cabeza, conectándola mediante cables especiales a su cuerpo. El tipo se la pasó narrando toda su operación, iba describiendo lo que sentía, mientras conectaban su cabeza a su cuerpo, sólo que con cables que permitían que estuviera a cinco metros de distancia. Esto es probablemente uno de los momentos más importantes de este siglo. Cuando acaba la operación uno puede ver en una toma subjetiva el cuerpo sobre el quirófano y cómo Grayx le ordena que se pare. El cuerpo se para y empieza a tropezarse, porque la cabeza que está mandando las instrucciones tiene una perspectiva extraña. El cuerpo avanza lentamente hasta la cabeza y la recoge la voltea para que los ojos (y la cámara) observen hacia la dirección en la que va caminando, y en estos momentos el espectador ya no sabe quién da las instrucciones, si el cuerpo o la cabeza. La toma en sus brazos como un bebé y se para enfrente de un espejo, donde se puede ver un cuerpo degollado sosteniendo la cabeza en sus brazos. La cabeza no parecía estar muy cómoda, pues estaba un poco inclinada y no había la suficiente coordinación como para ponerla

derecha, así que todas estas tomas no mantienen un orden horizontal. Grayx está hablando de la desorientación, de las posibilidades que esta cirugía abre, de qué pasaría si en vez de cables se utilizaran controles remotos, de lo maravilloso que es el mundo moderno mientras sus brazos tratan de enderezar su cabeza y él voltea constantemente los ojos hacia atrás y hace muecas de esfuerzo., tratando de hacer que su cuerpo haga lo que él dice, pero sin poder controlarlo.

Este programa siempre me trae recuerdos curiosos. Yo tuve sexo por primera vez después de verlo con una amiga de prepa. Estábamos en su casa viendo la transmisión. No había nadie. Yo no sé cuánta gente habrá tenido relaciones sexuales después de la inauguración de la primera colonia lunar o cuando se transmitió el asesinato de Khadiff, el líder terrorista musulmán, o en cualquier otro punto clave en la historia de nuestro siglo que ha sido televisado, pero les puedo decir que es una experiencia inolvidable. El ver a un hombre con el cuerpo separado de su cabeza el mismo día que te haces consciente de cómo tu cuerpo se puede unir a otro cuerpo y convertirse en uno solo es algo que no se olvida fácilmente. Cada vez que lo veo tengo recuerdos agradables.

Grayx está ahora internado en un asilo. Parece que la tecnología que estaba ayudando a desarrollar provoca un desequilibrio mental. Parece que un hombre necesita la unidad de su cuerpo para mantenerse cuerdo. Grayx perdió contacto con la realidad y dicen que ahora vive en un mundo imaginario. Tenía tanto dinero que construyó un medio ambiente virtual para conectarlo a su retina, y es lo único que le permite seguir vivo.

No he podido sentirme bien después de la explosión. Tengo fuertes dolores en la base del estómago. Ayer hablé para que depositaran el cheque en mi cuenta. Parece que no voy a tener problemas por lo de los agentes de seguridad. Hacer noticias con tu propio cuerpo, como lo hacen los crazies, es perfectamente legal, pero hacer noticias a expensas de los derechos de otros individuos puede provocar que te pases el resto de tu vida en una prisión.

Voy al baño y empiezo a orinar. Volteo a ver el agua y mis orines están llenos de sangre. Empiezo a escuchar voces al mismo tiempo que un botón verde se prende en mi retina.

Yo que tú iba inmediatamente a un doctor. Ese tinte rojo en tu orina no se ve nada saludable.

Déjame en paz.

No puedo, llevas dos días sin hacer nada absolutamente. Ya sabes como es esto de los contratos. Además, no seas malagradecido. Sólo hablaba para decirte que tu cheque ya está depositado. Quizá cuando veas tu saldo te pongas de mejor humor. Los ratings fueron realmente espectaculares.

Varias veces he bajado por los drenajes de la ciudad tratando de comprobar una de las leyendas urbanas más antiguas. Hay miles de rumores que hablan de que en las partes más profundas de las tuberías subterráneas hay comunidades humanas. Muchos dicen que son freaks, mutaciones. Que los párpados cubren eternamente sus ojos, que su piel es tan blanca que no soportan el sol ni las luces de las linternas que utilizan todos los que bajan a buscarlos. Una nueva raza, que ha crecido a partir de nuestros desechos.

Una sociedad que no utiliza los ojos. Que no se tiene que ver para reconocerse. Sus expectativas de comportamiento deben ser más extrañas. Se tienen que tocar, se tienen que escuchar. No tienen que parecerse a nada ni a nadie. Otro mundo, otros seres.

Siempre que bajo en mis excursiones utilizo unos anteojos infrarrojos y llevo linternas de muy baja intensidad. He bajado más de 10 veces y las 10 veces no he podido encontrar nada. Ni mutantes, ni freaks, ni una raza subterránea que ofrezca algo nuevo a la humanidad, algo diferente a lo que sale en la televisión.

Sólo estoy yo allá abajo.

Ayer en la noche mi brazo derecho empezó a convulsionarse. No podía hacer nada para detenerlo. Mis dedos se abrían y se cerraban como si estuvieran tratando de tomar algo, de aferrarse a algo.

Quizá prefiera una salida menos espectacular. Conseguir un tanque de gas, sellar una habitación y quedarme dormido...

NO SE PUEDE LOGRAR QUE EL SER HUMANO DEJE DE PARPADEAR, PERO SI SE PUEDE PROLONGAR EL INTERVALO DE TIEMPO ENTRE UN PARPADEO Y OTRO. LOS REPORTEROS ESTAN SUJETOS A EJERCICIOS PARA LOGRAR ESTE CONTROL. ADEMÁS, LA OPERACIÓN QUE SE REALIZA EN SUS OJOS ESTÁ PROGRAMADA PARA ESTIMULAR LAS GLÁNDULAS LACRIMALES Y QUE LOS OJOS NO SE SEQUEN TAN FÁCILMENTE, POR LO QUE LOS REPORTEROS PUEDEN PERMANECER CON LOS OJOS ABIERTOS MÁS QUE EL INDIVIDUO COMÚN Y CORRIENTE.

EN EL OJO HAY SENSORES QUE AL DETECTAR EL MOVIMIENTO EN EL MÚSCULO DE LOS PÁRPADOS QUEMAN LA ÚLTIMA IMAGEN QUE EL OJO HA VISTO, Y AL CAER EL PARPADO ESTA ES LA IMAGEN QUE SE TRASMITE. CUANDO EL PARPADO SE LEVANTA, LA GRABACIÓN CONTINUA. ESTE ERROR NECESARIO DEL FUNCIONAMIENTO DEL CUERPO HUMANO HA PROVOCADO QUE MICROSEGUNDOS DE MOMENTOS MEMORABLES EN LA HISTORIA DE LA TV EN VIVO SE HAYAN PERDIDO PARA SIEMPRE.

Una noticia más espectacular, un stunt más arriesgado. Siempre quieren algo más. Más drama, más emociones, más personas llorando enfrente de mi cámara, enfrente de mis ojos. No quiero pensar, no estoy hecho para pensar, sólo para transmitir. Pero en cada transmisión siento que hay algo que pierdo y que no volveré a recuperar. Lo único que escucho en mi cabeza es más, más, más.

También podría tomar todas las cosas a las que me une algún afecto, llenar una bolsa pequeña, acercarme a un drenaje y empezar a bajar, pero esta vez sin luces. Vagaría por días enteros, tendría que empezar a comer ratas e insectos, a beber el agua del drenaje. Quizá pasaría el resto de mi vida caminando por los túneles que forman un laberinto bajo esta ciudad, pero por lo menos estaría buscando algo. O quizás encontraría una nueva civilización. Aunque no me aceptaran, aunque me mataran por traer influencias externas, sería reconfortante saber que existen opciones en este mundo. Que hay alguien que tiene posibilidades que nosotros ya perdimos hace siglos. O quizá me aceptarían y podría vivir años y años sin tener que preocuparme, haciendo tareas manuales, encontrando una nueva rutina. Ser lo que pienso que puedo ser y no lo que soy.

Quizás, quizás...

Éstas son las voces en mi cabeza:

Hay un incendio, ¿no quieres darte una vuelta? El fuego y los ratings son buenos amigos.

Robo a mano armada, un carro negro, sin placas, no saben el modelo, consigue unas tomas.

Éste es bueno, pleito entre amantes, ella estaba haciendo un pastel, le deshizo la cara con la batidora. El novio, un poco alterado, decidió que la iba a meter al horno en vez del pastel. Los vecinos avisaron, parece que no pasó a mayores. Buen material para comedia.

¿Quieres platicar? Es una noche lenta y no tengo nada que hacer, están retransmitiendo partidos de la temporada pasada.

Otro suicidio familiar. En el metro, una madre con sus tres hijos.

Y así continuamente.

Todo el mundo está en la TV. Cualquiera puede ser una estrella. Todo el mundo actúa y se prepara a diario porque puede que hoy encuentre una cámara que haga que todo el mundo se entere de lo agradable, guapo, simpático, atractivo, deseable, interesante, sensible y sencillo que es. Lo humano que es. Y todo el mundo ve a todas

horas a muchas personas que están en las cámaras tratando de ser así. Así que esas personas deciden imitarlos. Y crean imitadores. Y el mundo es sólo aparentar que te pareces a alguien que estaba haciendo una imitación de otra persona. Todo el mundo vive a diario como si estuviera en un programa de TV. Ya no hay nada real. Todo está por verse, y lo que veremos es una repetición de lo que hemos visto antes. Estamos atrapados en un presente que no existe. Y si los que son transmitidos no existen, ¿qué pasa con los que transmitimos? Somos objetos, somos desechables. Por cada reportero que muere trabajando o que muere de SECLE, hay dos o tres niños estúpidos que piensan que ésa es la única manera de encontrar algo real, de vivir algo emocionante. Y todo vuelve a empezar.

Siempre trato de no platicar con los directores de programación. Normalmente son unos imbéciles. Su trabajo es fácil y nos utilizan como cámaras a control remoto. Normalmente ni siquiera les pregunto sus nombres. No tiene caso. A quién le interesa conocer más gente. No hay muchas cosas diferentes bajo este sol. Todo es una repetición, todo es una copia.

Sólo hay un director de programación que me conoce un poco más íntimamente. Su clave es Rud, no sé cómo se llama. Lo conocí (bueno, lo escuché) cuando tomaba. Lo que quiere decir que trataba de emborracharme hasta el punto en el que no tuviera que pensar, en el que no tuviera que desear. Quería que el alcohol me llenara de tal manera que yo no tuviera que tomar decisiones. De manera que cualquier decisión que tomara fuera culpa del alcohol y no de mí. Es que estaba borracho.

Extraño mucho el alcohol.

El alcohol y mi profesión no son buenos amigos. En mi cuerpo tengo equipo que es también propiedad de una corporación, así que me pueden demandar si daño voluntariamente la maquinaria. Además, no es raro que los directores de programación graben tus borracheras y luego las usen para extorsionarte. Incluso algunos las programan al aire. Una vez programaron a dos tipos que me estaban golpeando porque los había insultado. Me acuerdo que pensaba que lo único bueno era que mi cara no sale al aire; que pueden transmitir todo lo que hago, pero que nadie me ve, nadie puede reconocerme. El anonimato es un arma de dos filos.

Rud me dice el Desencantado, pues tampoco sabe mi nombre. Es más fácil conversar con alguien así. Te quitas de problemas, y también de compromisos. Bueno, resulta que este tipo estuvo oyendo uno de mis discursos de alcohol. Durante toda la noche estuvo escuchándome pacientemente. Quejándose, llorando, riendo. Caminé más de cinco kilómetros.

Lo único que hacía era pararme en licorerías y comprar otra botella más. Quería olvidarme de todo, así que cada vez la bebida era distinta. No quiero ni acordarme de todas las estupideces que dije. Si alguien tuviera un poco de sentido del humor podría llamar a esa noche Oda al padre, porque me la pasé hablando de él. Incluso hubo un buen rato en el que le pedí a Rud que actuara como si fuera mi padre y yo le reclamaba cosas, le gritaba y le escupía. Mi padre estaba dentro de mi cabeza. Llegó un momento en que empecé a golpear mi cabeza contra una pared. De eso no tengo memorias reales. Resulta que Rud reconoció la calle donde estaba y llamó a los paramédicos para que me llevaran a mi casa. Me tuvieron que dar ocho puntadas en la frente. Ni la cirugía moderna evitó que me quedara una cicatriz.

A los cinco días me llegó un paquete sin remitente. Había una tarjeta que decía Saludos, Rud. Ahí estaba la nota de los paramédicos. También había un videocassette. Rud grabó toda mi borrachera.

A veces, cuando tengo ganas de tomar, pongo el videocassette y lloro un poco. Así no hay manera que me engañe, todo está grabado, no puedo mentir. No hay ilusión, soy yo.

A veces, pero no siempre, logro sentirme mejor después de verlo.

Me gustaría subir al edificio donde hice mi primera transmisión. Acomodaría dos cámaras externas, una en long shot, otra en medium shot. Me acercaría al borde del

edificio, dando la espalda a la calle para que las tomas fueran frontales, y apretaría el botón de mi muslo. Alguien me regalaría por pensar que las azoteas son noticia hasta que les llegara la señal de las otras cámaras y se dieran cuenta de lo que voy a hacer.

De pronto, una luz roja iluminaría mi mirada. Pensaría en varias cosas. Desearía que mi padre pudiera ver esto. Pero no sería importante, mucha gente lo vería desde la comodidad de sus casas. Es lo mismo. Soy hijo de todos.

Limpiaría mi garganta para transmitir algo de viva voz, pero me quedaría callado, ¿qué más se puede decir?, ¿qué puedo decir que no lo haya dicho alguien antes mejor que yo?

Miraría a las cámaras y después hacia el cielo, donde dicen que antes habitaban dioses que soltaban plagas entre la humanidad. En el cielo no encontraría nada.

El viento empezaría a soplar, y mis cabellos estorbarían a la cámara que está en mis ojos.

Daría un paso hacia atrás y empezaría a caer.

Y quizá, solamente quizá, me olvidaría del zumbido por primera vez.

CONVERSACIONES CON YONI REY^{*}

Pepe Rojo (1998)

FADE IN

¿Quién puede culpar a Yoni Rei? ¿Hay alguien aquí que esté haciendo un mejor trabajo que él?

(Aplausos)

Yoni Rei era uno de esos tipos (si a los bebés de laboratorio se les puede llamar tipos), que cargaba con mala suerte de la misma manera que un intestino carga desperdicios. Yoni Rei era hijo de nadie. Era producto comerciable, era carne de cañón. Yoni Rei nació bajo una lluvia de navajas. Un bisturí acá, un corte por allá, ¿y ahora qué hacemos para que este individuo, propiedad de TELCOR INTERNACIONAL, tenga algo más que ofrecerle a la humanidad?

Hace muchos, muchos años, Yoni Rei nació, y fue uno de tantos bebés que eran vendidos en las puertas de las oficinas de grandes corporaciones. Dejarlos en casa de familias acomodadas había pasado de moda. Desde que varios estudios determinaron que la mayor causa de sociopatía en el mundo (es decir, que el gran útero de asesinos en serie, que la matriz de donde venían todos los perversos, y el seno del que se alimenta-ban todos los malvivientes), era la familia, ya nadie confiaba en ellas. Mejor las corporaciones, con sus bunkers construidos en los suburbios, con sus gigantescos edificios revestidos de espejos, siempre limpios, con sus metas claras, sus miembros bien vestidos, con sus sonrisas de a-mí-me-va-bien-en-la-vida -¿qué-a-tí-no? En un mundo mordisqueado por la incertidumbre e invadido por software tailandés, era la mejor opción.

(Sollozos).

En ese mundo nació Yoni Rei: Un día de esos, ciertas corporaciones decidieron que era bueno comprar bebés: Joven madre, ¿para qué abortas a tu hijo? Nosotros le prometemos un futuro que tú no le puedes ofrecer. Preséntate en nuestras oficinas, y de acuerdo a tu material genético, podremos llegar a un acuerdo. El publi-documental mostraba a varios niños, jugando en un amplio patio, intercalados junto a imágenes clínicas de abortos. Adoptando bebés y evitando la aborción, las empresas ganaban la patria potestad y le quitaban un peso de encima al gobierno. Las empresas necesitaban sujetos para experimentación genética, y estaban dispuestos a pagar por ellos. Así que no sólo se quedaban con tu bebé, además, te daban créditos, monedas, o cupones intercambiables en cualquier centro comercial que se respetara de serlo. Negocio redondo. Utilidades seguras.

Así nació Yoni Rei, un tumor que una muchacha quería extirpar, una carga extra que no se quería soportar, ¿quién pues, lo puede culpar?

CORTE A: PRIMERA CONVERSACIÓN CON YONI REI.

ENTREVISTADOR: Yoni, ¿nos podrías explicar por qué cortaste tu mano izquierda?

YONI: Porque no la necesitaba.

^{*} Pepe Rojo, *Conversaciones con Yoni Rei*, in *Silicio en la Memoria*, a cura di Gerardo Horacio Porcayo, Ramón Llaca Editores, México, 1998. Pubblicato anche nelle antologie di Pepe Rojo, *Yonke*, Times Editores, México, 1998, e a cura di Miguel Angel Fernández, *Visiones periféricas*, Lumen editores, Buenos Aires, 2001.

ENTREVISTADOR: Si no la necesitas, entonces por que impiantaste otra mano derecha en lugar de la izquierda.

YONI: Porque soy derecho.

ENTREVISTADOR: ¿Qué es lo que estás tratando de lograr?

YONI: Hacer que el cuerpo humano funcione mejor. Y si no mejora, entonces que deje de existir.

En la imagen, Yoni toma un puñado de pastillas de un frasco sin etiqueta, y se las mete a la boca.

ENTREVISTADOR: ¿De dónde sacaste la otra mano derecha, Yoni? ¿Sabes que es ilegal traficar con partes del cuerpo humano?

YONI: Es la mano de tu madre, pendejo....

Yoní se empieza a reír.

(Aplausos).

Ah, pero había que observar a Yoni Rei tratando de rascarse.

Yoni Rei fue criado por una máquina siempre sonriente, fue amamantado por un pezón de silicón, con calor simulado, para que no extrañara. Yoni Rei fue comprado como carne para experimentar ¿Alguien tiene una idea de con qué lo alimentaron? ¿Alguien sabe qué canciones de cuna le cantaba una computadora con las teclas tan flojas como los dientes de una anciana? ¿Alguien puede siquiera imaginarse lo que piensa un bebé cuando, a los dos años, despierta a la mitad de la noche en una cuna que es muy chica para su tamaño y que se mece al vaivén de engranes que no se pueden ver pero que se pueden escuchar, y encuentra que, donde antes había una extremidad, ahora hay una prótesis mecánica? ¿Alguien puede imaginar a quién le llora ese bebé?

SECCIÓN DE PREGUNTAS SIN RESPUESTA.

¿Por qué por qué? ¿Por qué las computadoras trabajan con ceros y unos? ¿Por qué un microchip tiene que ser pequeño? ¿Por qué lo que ven los ojos tiene que ser más real que lo que piensa la mente? ¿Por qué los adultos que fueron vendidos a las corporaciones confiesan excitarse cuando ven a cualquier máquina? ¿Por qué tu cuerpo se convierte en lo que eres? ¿Por qué estamos acostumbrados a recibir programas y más programas sobre bebés de laboratorio que ahora violan computadoras y hacen el amor con sus herramientas de trabajo?

Y ahora tenemos a los ejecutivos de estas empresas, que por supuesto ya no son los mismos de hace 20 años, llorando las 24 horas del día ante las cámaras de video, hablando sobre la inhumanidad inherente a ese tipo de experimentos, buscando como “re-hacer” la vida de esos “pobres seres humanos” a los que se les privó de un crecimiento normal. Mierda, digo yo. Sólo lo hacen para evadir impuestos. Dicen que todos los experimentos fueron fracasos, que todos los sujetos que fueron criados en ambientes controlados no fueron tan controlables como esperaban, que fue un error y que los responsables lo tendrán que pagar ante Dios, pues ahora no se sabe dónde está ninguno de ellos. Mierda, digo yo.

Pero Yoni Rei era un valiente. Era un visionario. Yoni Rei le agradecía a las corporaciones. Yoni Rei decía, como cuentan varias de sus más cercanas amistades, que él nunca tuvo que buscar un sentido a su vida, que a él se lo habían dado de antemano. Y que lo agradecía porque así le había quedado bien claro qué era contra lo que luchaba. Sabía que su misión en esta vida era nadar a contracorriente, ir contra el flujo de bits. Yoni Rei quería violentarse contra su propia naturaleza.

Corte a comerciales.

PRIMER ATAQUE DE PARANOIA.

Yoni tenía un problema con las respuestas correctas. Después de pasar toda su infancia contestando tests, sin que los psicólogos le pudieran decir si había acertado o no, y después de encontrarse con que todo el mundo siempre estaba buscando la respuesta correcta para agradar a los demás, Yoni decidió que ése no era el camino correcto.

Yoni empezó a utilizar, siempre que hablaba, heurismos, respuestas que no están del todo mal, pero tampoco del todo bien. Por ejemplo, cuando iba a un restaurante, nunca pedía el platillo que más se le antojaba, sino el segundo de su preferencia. Cuando votaba, nunca escogía el partido de su preferencia. Cuando escogía alcohol-mujer-trabajo, películas-música juegos, incluso cuando escogía carril en la carretera, Yoni Rei siempre iba por su segunda opción.

Era una manera de tratar de luchar contra el sistema, como él lo llamaba, “de hacer siempre lo correcto”. Llámalo, héroe, llámalo prostituta, llámalo como quieras, pero no le digas poco original.

CORTE A:

Fotografía de Yoni Rei con cara de felicidad, mientras conecta una terminal eléctrica al soquet que tiene en la cabeza, directo a sus centros de placer.

Yoni Rei tenía que ir cada semana, imaginen ustedes, a la sucursal indicada por la corporación para que le dieran una dosis de Fribidol, necesaria para poder vivir. Todos los ahora jóvenes resultado de este experimento lo tienen que hacer ¿Por qué? Eso es fácil, los hacían adictos desde pequeños, era una forma de control. Una voz metálica y engañosamente amable, le decía: Yoni Rei, deja de jugar con la pierna mecánica de tu compañero, o deja de jalar los cables de tu hermanito, o vuelve a poner la batería de tal o cual muchacho en su espalda, o no te vamos a dar de tus dulces. Y los dulces eran tabletas de Fribidol cubiertas de caramelo. Y Yoni Rei lloraba con los primeros síntomas de necesidad de la droga, cuando las conexiones que unían su piel y los circuitos electrónicos empezaban a doler como una continua extracción dental, cuando su boca se llenaba, lentamente, del sabor a la desesperación, del saber que tienes una comezón que no puedes rascar, de la sensación de que hay insectos que hacen sus nidos y tienen sus crías bajo tu piel, de esa hambre insaciable del alma que sufre cualquier drogadicto. Quizás por eso Yoni Rei se sacó un ojo, con sus propios dedos, cuando tenía seis años de edad. Pero no tenía que preocuparse; gracias a la ciencia moderna, gracias a la tecnología y a la buena voluntad de TELCOR, Yoni Rei recibió un ojo nuevo, un ojo metálico, un ojo impuesto en su cuerpo con tanta violencia como fue arrancado.

Quizás por eso a Yoni no le gustaba ir cada semana a recibir su dosis de Fribidol. Quizás por eso podemos justificar el odio que sentía Yoni ante lo único que necesitaba para vivir. Quizás por eso Yoni odiaba ir a esas citas semanales, a que conectaran cables a sus terminales nerviosas para continuar con un experimento que hacía años había fracasado, quizás por eso odiaba tener que dejar muestras de excremento, orina, saliva y sangre. Quizás por eso, Yoni Rei decidió quedarse en su cuarto durante dos semanas, después de encadenarse a un pilar y tirar la llave por la ventana.

Quizás por eso Yoni Rei no recibió las inyecciones necesarias para la circulación de la sangre por su cuerpo. Quizás por eso se levantó un día sintiendo un extraño cosquilleo en su pierna, encadenado al pilar, con su estómago alimentándose de su propios jugos intestinales, para observar cómo en su pierna mecánica, que implantó TELCOR uniendo la carne con plásticos, había un insecto que se arrastraba y rasgaba su carne como si fuera un velo, para irse metiendo en ella y poner sus huevos. Quizás por ese odio que Yoni Rei sentía, la policía tuvo que entrar por la fuerza al departamento que TELCOR le había proporcionado, para encontrarse con un desahuciado encadenado a un pilar, con ciertas porciones de su anatomía en estado

de putrefacción, loco de hambre, loco por falta de droga, y que había llamado la atención a los vecinos por sus descarnadas risas.
(Sollozos).

CORTE A: SEGUNDA CONVERSACIÓN CON YONI REI.

ENTREVISTADOR: Nos estaba hablando del cuerpo humano, Yoni...

YONI: El cuerpo humano es una mamada. El otro día leí que alguien decía que el que lo había diseñado era un pendejo. Yo estoy de acuerdo.

ENTREVISTADOR: ¿Por qué?

YONI: Por el exceso de orificios.

ENTREVISTADOR: ¿Exceso?

YONI: Y por lo aburrido del proceso, ¿por qué crees que los seres humanos viven tan confundidos toda su vida? Son todas esas opciones duales. Cagar, comer, cagar, comer, cagar, comer. Son el mismo proceso, pero partes distintas.

ENTREVISTADOR: ¿y...?

YONI: Es poco funcional. Para qué quieres esos dos orificios si sirven para el mismo proceso. Quédate con uno y al diablo con el resto.

ENTREVISTADOR: ¿Y qué vas a hacer al respecto?

YONI: Estoy en una lista como voluntario para una operación experimental. Unir conductos y hacer un orificio para todas las funciones duales.

ENTREVISTADOR: ¿Y cuándo crees que se va a llevar a cabo la operación?

YONI: No sé, ha sido un gran éxito. En la lista soy el voluntario 732.

SEGUNDO ATAQUE DE PARANOIA.

Yoni Rei decidió que era inútil tener dos pares de casi todo. Según él, por eso se había quitado un ojo a los seis años. Yoni Rei decidió también quitarse uno de sus aparatos auditivos. Yoni Rei tomó un lápiz, y lo insertó, delicadamente, en su oreja. El lápiz entró a cierta profundidad y se detuvo sólo, como un apéndice que salía del cuerpo de Yoni. Yoni alzó su mano, y empujó el lápiz contra su cabeza. Las maravillas de la cirugía moderna, alcanzó a decir mientras la sangre escurría por sus cachetes. Yoni Rei tiró las jeringas con las que se había inyectado para anestesiarse. Además, hace meses que no escucho una conversación interesante.

Yoni Rei vivía, además del sueldo de por vida que TELCOR le tenía que dar después de que varios bebés de laboratorio se unieron en una demanda, de vender partes de su cuerpo. Yoni Rei vivía bien. Tenía comida en la cocina, drogas en el refrigerador, mujeres en la cama, juegos electrónicos y aparatos de reproducción digital en la sala. Yoni Rei no tenía dedos meñiques de ninguna de las dos manos derechas, apéndice, dedos en los pies, sus glúteos habían sido comprados, como el mismo decía, en rebanadas, tampoco tenía pelo, ni uñas, me las arranqué un día que estaba aburrido. Yoni había reemplazado por aparatos electrónicos sus orejas, y TELCOR le había obsequiado un ojo. Tenía también un hígado externo, una pequeña caja que se co-nectaba a su hígado, y que lo ayudaba a deshacerse de las sustancias tóxicas. Es sólo otra manera de ir al baño, decía Yoni Rei.

(Risas).

CORTE A: TERCERA CONVERSACIÓN CON YONI REI.

ENTREVISTADOR: Hay mucha gente que no entiende lo que haces ...

YONI: Eso es fácil de explicar. No se han dado cuenta que la vida no tiene sentido.

ENTREVISTADOR: ... y tú se lo das ...

YONI: No, yo me peleo contra el que me dieron.

ENTREVISTADOR: ¿TELCOR?

YONI: Exactamente, para ellos soy un sujeto de experimento y estudian cada semana como va su experimento. Por eso yo hago todo lo posible para que los datos de su investigación sean completamente irrelevantes.

ENTREVISTADOR: Parece que odias a TELCOR, ¿por eso violaste a una de las enfermeras encargadas de atenderte?

YONI: Sí y no. Sí, la violé porque trabajaba con TELCOR. No, la violé porque uno tiene partes del cuerpo que hay que utilizar de vez en cuando. Si no lo utilizas, mejor arráncalo. Y créeme, la enfermera necesitaba usar ciertas partes de su anatomía.

ENTREVISTADOR: Eso suena un poco sexista, ¿qué hubiera pasado si esa persona hubiera sido del sexo masculino?

YONI: Un orificio es un orificio. Lo único que hay que hacer es buscar.

ENTREVISTADOR: No entiendo, entonces, ¿Cuál es el sentido de tu vida, si dices que ya lo encontraste?

YONI: Morder la mano que me da de comer. No hay fin más noble que ése.

Yoni Rei se tomaba su trabajo en serio. Mortalmente en serio. Su trabajo, como él estaba dispuesto a atestiguar, era experimentar. La intoxicación es mi trabajo, solía decir. Experimentaba con drogas para alterar no sólo la percepción humana, sino también sus estados de ánimo.

Miles de ampolletas besaron, a través de una aguja, los labios de su brazo humano. A veces, las combinaciones producían sus efectos noches después, y Yoni se levantaba aullando, y su ojo humano parecía alejarse de él, como intentando escapar de la cárcel impuesta por Yoni. Yoni se levantaba sudando. ¿Qué pasa, Yoni? ¿Qué es lo que piensas, llorando como un bebé a las dos de la mañana? ¿Qué pasa, Yoni? ¿Te duele cuando gritas o te duele cuando ríes?

TERCER ATAQUE DE PARANOIA.

Yoni Rei se sentía solo, muy muy solo. Y fue cuando empezó a darse cuenta de las leyes de equilibrio del universo. Ya no tenía un ojo, ya no tenía una oreja, uno de sus brazos era mecánico al igual que una de sus piernas. Había que equilibrar la situación.

Y como se sentía solo en el mundo, nadie lo entendía y toda esa clase de mierda que alguien como Yoni odia sentir, decidió buscarse un hermanito.

Yoni se paró fuera de la morgue, donde a ciertas horas, y conociendo las claves indicadas, había venta de carne. Todo tiene un precio, y Yoni lo podía alcanzar. Salió con un pequeño paquete bajo el brazo. Después, fue a emborrachar a dos doctores, y a base de drogas y verbo, los convenció para realizar una pequeña cirugía.

Al otro día, Yoni salió a la calle, con un hermano siamés. Llevaba pegado a su costado un bebé que había nacido muerto. Señora, pararía a alguien en la calle, salude a mi hermanito.

Después de algunas demostraciones de ese tipo, la policía decidió meterlo a la cárcel.

Yoni fue feliz, por fin alguien lo podía escuchar todo el tiempo; por fin alguien iba a estar con él en las buenas y en las malas. Por fin Yoni Rei, un fantasma semiótico, había encontrado un contexto en el cual significar. Por desgracia, el bebé empezó a pudrirse, y Yoni Rei lloraba ríos de lágrimas. Tuvieron que extirparle a su siamés. TELCOR pagó por todo.

Corte a promocional de TELCOR.

SECCIÓN DE RESPUESTAS A NINGUNA PREGUNTA EN PARTICULAR

Las amígdalas. Un sensor electrónico, insertado en la vagina o en el ano. Las drogas inteligentes son excusas para los que le tienen miedo a su cuerpo. La economía cuántica. Adicción al nerd que todos llevamos adentro. Yoni Rei fumando un cigarro.

CORTE A: CUARTA CONVERSACIÓN CON YONI REI.

ENTREVISTADOR: Si tu vida es tan trágica, ¿por qué no te has suicidado?

YONI: Demasiado fácil, demasiado lloroso, demasiado hecho.

ENTREVISTADOR: ¿Qué es lo que Yoni Rei le pediría al mundo?

YONI: Lo que más quiero yo es que un brazo mecánico me acaricie en las noches, antes de dormir.

ENTREVISTADOR: Si hay algo que le quisiera decir al mundo, ¿que sería?

YONI: Que chinguen a su madre, ya que por lo menos tienen una.

Yoni Rei dice: Con mi ojo mecánico, veo los atardeceres en colores que cualquier yonqui de esquina envidiaría, mientras que mi ojo natural brilla con una intensidad que nunca nadie alcanzará; con mi oído mecánico escucho a la ciudad y al mundo susurrarme secretos obscenos; con mi brazo eléctrico toco la entrepierna de una mujer como nunca antes nadie lo había hecho; con mi pene engrandecido por mi ego le hago el amor al mundo entero, a tí, a tí y a tí, cuando te detienes en la calle a recoger algo que se te cayó, cuando te acuestas sólo en la noche y una lágrima recorre tu mejilla, cuando llegas a tu casa del trabajo y lo único que encuentras ahí es la promesa de una cama sin hacer.

¡Todos, votemor por Yoni Rei!

(Aplausos).

Yoni se peleaba con la televisión. TELCOR había pagado unos comerciales de concientización sobre los bebés de laboratorio. Todos ellos, contrahechos, con ojos apagados aparentaban estar haciendo tareas normales. Una muchacha, con una cicatriz quirúrgica que la recorría de la frente hasta la barbilla, partiéndole la cara a la mitad, se sentaba frente a un escritorio y utilizaba una computadora, sonriendo a la cámara. Un señor, vestido de traje, que de la cintura para abajo tenía una especie de tanque con ruedas que lo impulsaban, entraba a una oficina y todos lo saludaban.

Una señora, con una infección mutante provocada por productos farmacéuticos experimentales y el cuerpo invadido por distintos tipos de erupciones, manejaba un taxi. El slogan de la campaña era: Ellos también son humanos, muestra tu humanidad aceptándolos.

Yoni Rei levantó la TV y la tiró por la ventana. A lo lejos, escuchó unos gritos.

¡Yo no soy humano! ¡Me niego a serlo! ¡A mí no me engañan!

Corte a comerciales.

Fotografía de los sonrientes doctores de TELCOR, esperando que gracias al suceso por el cual se tomó la fotografía, la reintegración de Yoni Rei a la sociedad se hiciera más rápida, mientras saludan al novio el día de su boda.

Yoni Rei había decidido ir a una reunión de los bebés de laboratorio. Con suerte, alguien lo haría enojar y podría golpear a uno de esos freaks que no aceptaban su naturaleza. Yoni Rei salió enamorado de la reunión, había encontrado su pareja perfecta: Sari.

Con Sari, TELCOR había experimentado a nivel cerebral, intentando cambiar la percepción de los colores para ver cómo afectaba ver al mundo de distinta manera en el desarrollo de una persona. Por desgracia (decían los doctores), el experimento había fallado y el daño cerebral era irreversible. Sari sonrió durante todo el proceso. Era un vegetal. Después, al no saber para qué utilizarle, habían decidido que su cuerpo iba a funcionar para que los estudiantes de medicina pudieran realizar operaciones de cambio de sexo, utilizando a un sujeto desde la infancia. Se le practicaron por lo menos trece, algunas incluso con modificación hormonal y glandular. Sari sonrió durante todo el proceso. Lo trágico del asunto es que los expedientes originales de Sari se habían perdido, y nadie sabía a qué sexo había pertenecido originalmente.

Yoni Rei opina sobre su pareja: Es lo mejor, es un hombre, es una mujer, no es ninguno de los dos. No opina. Siempre sonrío. Y lo mejor de todo, es buenísima en la cama.

¡Felicidades, Yoni y Sari!
(Aplausos).

Sari no vivió mucho tiempo. En los cuatro años de matrimonio, Yoni encontró una semblanza de felicidad. Se sentaba en las tardes a ver la TV. Incluso pensó en conseguir un trabajo. Sari sonrió durante todo el proceso. Un día unos ladrones entraron al departamento de Yoni, y además de vaciar la casa, mataron a Sari. Cuando el juez les preguntó por qué, ellos contestaron que no les gustaba como se reía de ellos.

El destino no es cortés contigo, Yoni. No ha sido justo. ¿No extrañas tener una pistola, Yoni? ¿No extrañas lastimar a alguien?

Yoni tenía la víctima perfecta. Él mismo. Como le dijo a un amigo, su nuevo implante cerebral, en el que gastó una fortuna, era para revolver el lenguaje, y hacer del lenguaje un revólver. Estaba harto de que todo el mundo hablara y no dijera nada. Había aprendido eso de Sari. El lenguaje estaba vivo, pero todo el mundo lo quería muerto. El implante iba a cambiar todas las palabras que Yoni Rei elegía al hablar, y las iba a sustituir aleatoriamente por una selección de miles de palabras que Yoni había escogido. Después de usarlas todas, iba a empezar con el Real Diccionario de la Lengua Española.

CORTE A: QUINTA CONVERSACIÓN CON YONI REI.

ENTREVISTADOR: ¿Cómo te has sentido después de la muerte de Sari?

YONI : Como los esfínteres que adornan mi bicicleta.

ENTREVISTADOR: ¿Cómo has logrado superar esta etapa?

YONI: Por una adicción celular al poliéster.

ENTREVISTADOR: ¿Qué planes tienes para el resto de vida?

YONI: Ejercer hidrofobia en sobretiempo.

ENTREVISTADOR: Muchas gracias, Yoni. Suerte. ¿Algo que quieras agregar?

YONI: Viva la evolución technicolor del espectáculo.

Yoni perdió contacto con la realidad, poco a poco. Después de cinco años con el implante, Yoni dejó de poder realizar actividades en la sociedad, pues podía ser un peligro, según diagnosticaron los doctores de TELCOR.

Yoni pasó el final de sus días como una masa de carne con orificios que había copulado con una masa de metales oxidados e inútiles.

Poco antes del final de su vida, un grupo de investigación decidió llevar a cabo un último experimento que consistía en conectar las terminales eléctricas y neuronales que quedaban de Yoni a un procesador de palabras.

El resultado fueron 13,553 cuartillas de material completamente incoherente. Pero en la hoja numero 13,552, se encontró una oración, rodeada por cientos de signos sin sentido: Estoy cansado.

A los pocos días Yoni Rei murió.

¿Quién lo puede culpar? ¿Alguien ha estado haciendo un mejor trabajo que él?

FADE OUT

APPENDICE – TESTI CRITICI

BESOS DE TIEMPO

Articolo apparso in *Origines* n° 87 <http://www.origina.com.mx> – Pepe Rojo

“La tecnología es nuestro contexto histórico, político y social”

Teresa de Lauretis

No hay manera de evitarlo. Es imposible vivir un día en este mundo, y por mundo entiendo sociedad, sin estar en contacto con la tecnología. A veces el contacto es indirecto. Si voy al mercado a comprar comida tengo que confiar en una flotilla de camiones que la transportan. Si quiero ver a la muchacha que me gusta en la escuela tengo que confiar en el reloj-despertador que la arrancó del mundo privado de sus sueños.

Confiamos en la tecnología de la misma manera en que un niño da por sentado la existencia de su pequeño drama familiar, de la misma manera en que confiamos en nuestros sentidos. Cuando se va la luz, miles de personas se sientan alrededor de una vela y escuchan el tic-toc de las manecillas del reloj con un temor irracional a que, quizás, la luz nunca regresará.

La tecnología es nuestra naturaleza. Somos seres que sólo podemos funcionar en su entorno. Nos vamos de vacaciones a acampar con la certeza de que regresaremos a un mundo lleno de faxes, teléfonos y automóviles. El inconsciente nos duele cuando deja de escuchar el zumbido del refrigerador.

El impacto que tiene la ciencia en la sociedad se llama tecnología, y no está sujeta a las leyes de la razón. Los sueños y las pesadillas de los científicos más brillantes se concretizan, sin que ellos se den cuenta, en miles de aparatos cada vez más sofisticados e ininteligibles que se multiplican, rodeándonos e insinuándose dentro de nuestra piel colectiva. Hoy en día, los escritores de ciencia ficción ya no tienen que inventar nuevas realidades, sus esfuerzos nunca son suficiente como para lograr transcribir la que está allá afuera.

“Sexo por tecnología igual a futuro”

JG Ballard

La tecnología, ficticia o real, y la ciencia de la cual surge, son asuntos pasionales. ¿Cómo puedo evitar enamorarme del marcapasos que permite que mi abuela siga en este mundo? ¿Cómo no derretirme de pasión cuando alguien dice que quizás se haya

encontrado una cura al cáncer? Mi corazón acelera su pulso ante la idea de la teletransportación, y dos lágrimas furtivas surcan mi rostro al darme cuenta que quizás ya nunca usaré un automóvil de nuevo. El Viagra abre la ventana por donde se cuele la esperanza, mientras los misiles teledirigidos y la guerra biológica son los habitantes de mis pesadillas más privadas. Me enojo cuando alguien interrumpe las tiernas miradas que le dirigo al televisor y el adolescente enamorado abraza y acaricia el teléfono, acercándose a esa voz que le produce tanto placer.

La ciencia y la tecnología dejaron de ser productos neutros hace mucho mucho tiempo. Quizás nunca lo fueron. Pero ahora lo sabemos. La iBook de Macintosh es quizás la muestra más evidente de los últimos tiempos. Nuestros objetos civilizados siguen siendo fetiches sexuales. La economía del deseo no permitiría otra cosa. El mayor atentado terrorista contra el sistema mundial es dejar de desear, pero en el momento que logró frenar el ímpetu de mi deseo desaparezco como sujeto, pues pierdo la pasión de vivir.

Los científicos, clínicamente objetivos y con apariencia de no involucrarse emocionalmente, probablemente van desnudos bajo su inmaculada bata blanca. Algo falla entre las exactas ecuaciones matemáticas, una lágrima escurre por los corredores que llevan al laboratorio. La ciencia ficción habla sobre nuestras últimas pasiones y nuestros más recientes romances. Frankenstein provoca ternura. La realidad virtual, orgasmos.

“Hacia adelante a través del espejo retrovisor”

Marshall McLuhan

Nadie puede vivir en el presente. Necesitamos un pasado para habitar ese cuarto extraño e indefinible. Siempre llegamos al siguiente segundo cargando días en nuestra espalda. Manejamos en esta carretera con los ojos fijos en el espejo retrovisor. El presente es insostenible porque es el momento en el que tenemos que hacer. ¿Qué? Cualquier cosa.

McLuhan decía que los únicos que soportaban vivir en el presente eran los artistas. Nunca habló de la ciencia ficción. La magia negra de la reproducción en serie produce el robot. El laberinto filosófico de la reproducción digital inventa el cuerpo sin órganos. Las editoriales del periódico de ayer siempre suenan un poco estúpidas. Lo dijo Ray Bradbury, “la ciencia ficción no predice, previene”.

Esa es la paradoja básica del género. Charlatanea del futuro para tratar de acercarse lo más que puede al presente.

“Definir aisladamente el presente es matarlo”

Paul Kleé

Si la ciencia ficción es el género que por definición aborda la relación entre el ser humano, la ciencia y la tecnología, la paradoja se dobla sobre sí misma. Nunca antes en la historia de la humanidad ha sido tan evidente la dependencia del ser humano con la construcción científica y tecnológica. Todo el mundo desconfía de la ciencia. La desilusión post-moderna tiene que ver con esa precaución intelectual, como si todos supiéramos que en la ciencia no está la utopía que imaginaban nuestros antepasados. Sin embargo, somos inútiles sin ella.

La ciencia ficción está atrapada en el presente por donde se le quiera ver. Si realmente hablara del futuro, sería ilegible, estaría más allá de nuestra comprensión, de la misma manera que el control remoto de una televisión sería casi invisible en la Edad Media.

El presente es cada vez más difícil de definir en el mundo de la electrónica. Ante el monitor de un televisor o de una computadora, las categorías clásicas de tiempo y espacio se derriten como la bruja malvada del Mago de Oz. “¿Dónde estás cuando hablas por teléfono?” es la pregunta cuya respuesta explica la realidad virtual. La cuestión se vuelve más compleja si preguntamos ¿cuándo estás? El presente se vuelve eterno en nuestra sociedad mediatizada. Todo está al alcance en cualquier momento, y lo único que me queda es vivir emoción tras emoción cada vez con mayor grado de intensidad. Quiero un dulce y después una película y después sexo y después una buena página de Internet y después un entretenido programa de radio. Quiero sentir el vértigo que produce la expansión del presente.

El concepto de realidad virtual es redundante. Si el ser humano la crea, toda realidad es virtual. El café que tomo en la mañana, el techo que me cubre de la lluvia y la ropa que me protege del clima, el amor y el odio, la democracia y la libertad. El ser humano no existe. Se inventa, re-inventa y mantiene con la edición matutina de todos los noticieros.

Curiosamente, la ciencia ficción es el único género equipado para poder hablar sobre cómo los medios de comunicación afectan nuestro diario devenir. En la literatura tradicional, los medios de comunicación son el fondo, la escenografía en donde ocurren los dramas humanos. En la ciencia ficción, son la causa evidente de los problemas cotidianos.

Si la naturaleza del tiempo ha cambiado, si la tecnología es nuestro contexto, si toda nuestra realidad es virtual, entonces la ciencia ficción no es la literatura que aborda esos temas, sino la única literatura realista de nuestros días.

“La ciencia ficción no está escrita para los científicos de la misma manera que la literatura de fantasmas no está hecha para fantasmas”

Brian Aldiss

En más de un sentido, los escritores de ciencia ficción sirven como predicadores rebeldes. Son los misioneros que secularizan el conocimiento científico de occidente, y no solamente de las ciencias exactas, sino también de las humanidades (como si las ciencias exactas no fueran humanas). Nos acostumbran, previniendo siempre, al presente en el que vivimos. Los escritores de ciencia ficción adoran la ciencia. Los escritores de ciencia ficción están aterrorizados por la ciencia.

Hay un extraño resentimiento contra la ciencia ficción. Dice Kurt Vonnegut que dejó de usar esa etiqueta para describir sus novelas porque los críticos siempre confunden el archivero de la ciencia ficción con el urinario. En el estándar académico actual (y particularmente en el Tercer Mundo), la ciencia ficción es la prima deforme y loca a la que toda la familia trata de esconder.

La ciencia ficción es cultura basura. Nace de ella y vive en ella. El presente siempre ha sido un objeto de deshecho, maloliente e insultante para la Academia. La prueba fehaciente es la oreja de Van Gogh. La ciencia ficción es uno de los pocos géneros cuyo cánón pasó por el departamento de mercadotecnia antes de llegar al departamento de Letras (así, con mayúscula). Y quizás, eso, todavía no lo logran perdonar.

“No me gusta el espacio”.

Jackie en That 70's Show, explicando porqué no quiere ver Star Wars.

La ciencia ficción está en todos lados. La puedes encontrar en un mercado de muebles rústicos. Si están de moda, es por la onda retro. Se asoma en el diseño ergonómico de la silla en la que trabajas. Las construcciones teóricas de Jean Baudrillard y Paul Virilio parecen uno de esos interminables capítulos de las novelas de ciencia ficción clásica donde te explicaban cómo funcionaba la nave en la que iban a suceder todas las aventuras. Está en los comerciales y en el empaque de tu producto favorito, en los edificios de espejo y en el celular que cargas como pistola en tu bolsillo.

Después de 100 años del género, ya se puede hablar tranquilamente de sus características básicas, se puede discutir sobre sus estructuras preferidas, sus figuras retóricas más comunes, sus ventajas, sus desventajas. El género ya tiene un pasado, y cualquier niño que acuda a la primaria puede detectar una película de ciencia ficción con tan sólo ver el poster que la promociona. Sí, el espacio exterior, sí, los extraterrestres y los robots, la nave intergaláctica y el viaje en el tiempo. Ese es el problema del pasado. Impide ver el presente pero actúa como Prozac para nuestra atormentada mente.

Cánón y reglas. Saber y tradición. Pasado, presente y futuro. La ciencia ficción más interesante que puedes encontrar hoy en día es aquella que no pretende serlo.

EL FUTURO SUCEDIO HACE DOS DIAS

Artículo tratto da *Complot* n° 8, 1997 – Pepe Rojo

Por ahí dicen que a la ciencia ficción la alcanzó el presente y hay algo de cierto en eso. Personas con implantes se cruzan con nosotros a diario, en las calles hay miles de pantallas que nos modelan mientras tratan de reflejarnos con sus mensajes, en algún lugar del mundo se clonó una oveja, el cajero automático del banco no funciona porque el sistema central se “cayó” y somos testigos silenciosos de como los bits reemplazan diariamente a los átomos.

Sin embargo, hay ciencia ficción por todos lados. Si uno prende la tele, tarde o temprano va a encontrar algún programa o película con retoques de cf. Desde un rerun de Alf hasta Babylon 5, pasando por los X-files. El cine de cf ya no es nada más para nerds adolescentes. Incluso revistas dedicadas exclusivamente al diseño, como Emigré, juegan a ver que pasaría si dentro de 100 años alguien tratara de construir una revista típica de finales del s. XX.

La tecnología y los medios nos rodean, envuelven y forman. Dice Douglas Coupland que nunca estamos lejos del sonido de una máquina. Curiosamente, la única literatura que está acostumbrada a lidiar con problemas de este tipo es la ciencia ficción. Cuando las implicaciones más importantes y trascendentes sobre nuestro mundo están contenidas en el diseño de un abrelatas y en la arquitectura de un edificio cuyas paredes exteriores son espejos, cuando el mundo está poblado de objetos inútiles que están aquí para hacernos la vida más fácil, y de mensajes trascendentes y urgentes que están aquí para darnos un lugar en este mundo, uno de los patitos feos de la literatura, la ciencia ficción, se encuentra que los mundos de los que lleva 100 años hablando fueron reales la semana pasada. Pero curiosamente, eso es lo más fresco que puedes encontrar en una librería, pues todos los demás libros parecen vivir todavía en el siglo pasado.

La ciencia ficción hace de todo menos predecir el futuro. Si lo hiciera, estaría condenada a perder vigencia y quedar atrasada cada dos años. La ciencia ficción habla sobre cómo los humanos se relacionan con la tecnología y tienen que aprender a pensar de otra manera para poder utilizarla, sobre cómo la ciencia afecta las relaciones sociales entre los individuos con su particular visión del progreso, sobre cómo la realidad cada vez más artificial que vivimos está cambiando los parámetros básicos con los que hace dos días entendíamos al ser humano, la realidad y la naturaleza.

Hoy en día, la tecnología se pega al cuerpo. La ciencia ha logrado que la tecnología llegue al hombre común y se vaya insertando, poco a poco, en su cuerpo. Quiero que mis walkman sean cada vez más pequeños para que los pueda traer conmigo sin que me estorben, quiero que mi marcapasos sea recargable cada treinta años, quiero que mis lentes de contacto no se noten para así poder cambiar el color de mis ojos a diario, quiero tenis que me hagan correr más rápido, quiero ropa diseñada para que me vea mejor, quiero una interfase para mi computadora que se conecte directamente a mi sistema nervioso, quiero drogas diseñadas para que la realidad sea más placentera, quiero una videocasetera para poder almacenar mis memorias y que no se acaben con el presente. Quiero una carne nueva. Quiero un tiempo nuevo. Quiero un alma nueva. Y que además, se vea bonita.

Pero hay un fascismo inherente a las máquinas. Hablan en otro lenguaje que yo tengo que aprender. Tienen otros ritmos y otras funciones. Y aunque las diseñen para

que se adapten a nosotros, en realidad nosotros somos los que tenemos que seguir sus ritmos, sus lógicas y sus costumbres.

El medio ambiente urbano es la primera realidad virtual. Es más fácil que un niño, hoy en día, vea primero una motocicleta que un caballo. Es muy probable que si una manifestación pasa enfrente de mi casa, yo corra a prender la TV para ver que está pasando. Si salgo a la calle, lo más natural que voy a ver son árboles sembrados en hilera, cuyos troncos están pintados con cal. Aún las plantas que puedo tener en mi departamento pierden algo de su glamour natural si considero que vivo en un cuarto piso. Lo más natural a lo que se enfrenta el hombre hoy en día es a su cuerpo (y por eso es tan importante estar a dieta, para que mi cuerpo se parezca más al de las personas que salen en la tele) con sus dos extremos mórbidos: la enfermedad y el sexo.

Además, esta realidad no tiene ninguna coherencia. Todos los mensajes, todos los datos y estímulos que llegan constantemente a mis sentidos no tienen un modelo definido en el cual encajar. Los contextos se van perdiendo poco a poco. Puedo ver a una maría junto a un edificio inteligente, puedo estar cambiando canales y ver una caricatura tierna para después encontrar una película pornográfica, el paisaje de los medios abre en cada anuncio, en cada paquete de dulces, en cada esquina, una realidad diferente y en su totalidad, estos van creando significados cada vez más bizarros. Santa Claus, tal y como lo conocemos, fue inventado por la Coca-Cola. Las canciones de cuna de mi generación son jingles publicitarios, nuestros juguetes mágicos el Nesa Pong y el Atari.

Y la ciencia ficción lleva años jugando con estas ideas.

El tiempo y el espacio son dos dimensiones que cada vez son más borrosas. En segundos me puedo comunicar con cualquier persona en cualquier lugar del planeta. Los viajes son cada vez más cortos, más cómodos y menos caros, más aún con la ayuda del dinero virtual que me proporcionan las tarjetas de crédito. La capacidad de trabajar, comprar y satisfacer todas mis necesidades desde mi casa (incluso las sexuales, si tienes el teléfono adecuado) nos relaciona de una manera distinta a las dimensiones del mundo. La materia pierde sustancia, y la realidad credibilidad.

Pero mientras más afectan la ciencia y la tecnología la cotidianeidad, más huecos surgen. La ciencia cada vez está más lejos de explicar qué es la realidad y qué es el ser humano (a menos que te conformes con explicaciones sobre el ADN). Lo único que ha logrado es enfrentarnos a esas preguntas de maneras cada vez más radicales. Al parecer, la racionalidad no ha generado respuestas suficientes. El logro más espectacular de la ciencia hasta el día de hoy ha sido el genocidio. Pero el hombre sigue buscando un lugar en este mundo y sus explicaciones son cada vez más espectaculares. La religión ha ganado un nuevo impulso a finales del siglo, con miles de sectas cada vez más extrañas y más mediatizadas (los OVNIS vienen por nosotros), y las pseudociencias como la dietología tienen cada día más adeptos. EL matrimonio entre el misticismo y la ciencia, la necesidad de poder acomodar la increíble cantidad de datos que recibimos día a día en un marco de creencias coherente y esperanzador, se vuelve cada día un poco más extraño.

La ciencia ficción tiene una gran ventaja sobre otros tipos de literatura. La gente no le tiene miedo. Podrán tener prejuicios. Podrán decir que es literatura escapista y comercial. Pero no le tienen miedo como le pueden tener miedo a la literatura que se escribe con letras mayúsculas. Sus orígenes como cultura basura, como lo más despreciable de la literatura comercial, la protegen de la mitificación que ha envuelto a la literatura "seria" durante casi todo este siglo. Y esa es una de sus gigantescas ventajas.

Los grandes creadores de historias hoy en día son las agencias de publicidad, Hollywood y las cadenas televisivas. Los escritores que no quieran bailar bajo el ritmo

de las nuevas instituciones morales de la humanidad, tienen que aprender a contar historias diferentes a las que vemos normalmente. Y la ciencia ficción, poco a poco, ha tenido que radicalizarse. Y para poder contar historias fuera de estas corporaciones, las subculturas han tenido que formar alianzas peculiares. La ciencia ficción se ha tenido que unir, poco a poco, a todas esas mini-sociedades que viven en los alrededores, a los movimientos contraculturales, a la ciencia de frontera, a la música experimental, incluso, a veces, a la academia. Cada vez es más difícil encontrar una obra pura de ciencia ficción, y las divisiones formales se convierten poco a poco en divisiones mercadotécnicas. Las historias de ciencia ficción son, al fin y al cabo, solamente historias.

Hoy en día, la ciencia ficción parece estar poblada de historias que ocurren veinte segundos en el futuro, tal y como empezaba el programa Max Headroom. Si la ciencia ficción es la literatura que por tradición se ha preocupado por la relación del hombre con la tecnología, y de cómo los avances y descubrimientos científicos afectan las relaciones sociales y de producción, entonces la ciencia ficción es la literatura que se ocupa de presente tal y cómo ocurrió en los encabezados de los periódicos de hoy.

Los extraterrestres han perdido glamour. De ellos se ocupan los programas amarillistas de la TV. La ciencia ya no está afectando tanto el espacio exterior sino la vida en este planeta. Los cambios que hay aquí abajo son más interesantes y sorprendentes que cualquier cosa que podamos ver allá arriba.

La ciencia ficción, por debajo de todas las apariencias, nunca ha hablado del futuro. La revolución científica permitió hablar del futuro. Antes, bajo un paradigma religioso, las cosas eran como eran, y después, había un sistema más complejo donde pagarías, moralmente, lo que habías hecho en tu vida. Y ya. La ciencia renovó el campo de lo posible en el futuro. El hombre podía afectar el mundo de tal manera que, en su vida, podría observar cómo lo había cambiado. Y a ese proceso se le llamó progreso. La literatura futurista es ciencia ficción porque la ciencia abrió la dimensión del futuro. Y sin embargo, nunca ha hablado sobre él. Siempre habló sobre la relación del ser humano con esos factores que permitieron el descubrimiento del futuro tal y como lo conocemos hoy.

Si alguien puede escribir sobre lo que va a pasar con la humanidad dentro de 100 años es porque ya está viendo algo, en nuestro presente, que le permite hacer esa profecía. Obviamente, esa capacidad de extrapolar, y de observación varía de individuo a individuo. William Gibson escribió la novela que definió el hiper-espacio en una máquina de escribir, a la antigüita. Y de eso se trata la ciencia ficción, de mostrarnos los futuros más extraños, de llevarnos a los planetas más lejanos (aunque esos planetas sean la Tierra, como dice JG Ballard), de mostrarnos nuevos placeres, nuevas realidades y nuevas experiencias para que cuando cerremos los libros y regresemos a nuestra "realidad", todavía podamos reconocer todo eso que nos mostraron.

La ciencia ficción se trata de alejarte un poco de tu vida para después, con una cachetada, regresarte a ella para que la veas con otros ojos..

Uno de los primeros escritores que empezó a explorar este tipo de relaciones en nuestra realidad es JG Ballard, en libros como Crash, sobre la relación que hay entre la sexualidad y los automóviles, y High Rise, donde narra lo que sucedería si, un día, se fuera la luz en un condominio vertical.

Curiosamente, uno tiende a relacionar la ciencia ficción con las ciencias exactas, aunque hay excelentes libros en este género jugando con ideas de las ciencias

humanas, como sería “Más que humano” de Theodore Sturgeon, donde el punto de partida es la psicología Gestalt y la trilogía de Heliconia, de Brian Aldiss, donde la antropología y la biología se mezclan poco a poco.

Quizás el punto extremo de esta miniaturización de la tecnología se encuentre en el cuento “Música de sangre” de Greg Bear. A partir de los principios de la nanotecnología (máquinas tan pequeñas que el ser humano no las puede detectar) y las de la vida artificial (máquinas programadas para seguir patrones de conducta similares a los de la humanidad), tenemos a un científico que se inyecta en su sangre una colonia de, por llamarlas de una manera, “nanoculturas”.

La diferencia entre el ser humano y la máquina siempre ha fascinado al hombre, pues de una manera u otra habla sobre el origen. La realidad virtual ha abierto la posibilidad de la existencia de la conciencia sin la necesidad del cuerpo. Almacenar la realidad en una computadora va a generar un nuevo tipo de existencia dentro de ella. De la misma manera, la conciencia humana, gracias a la máquina, va a rebasar el cuerpo, como en el cuento “Spider Rose” de Bruce Sterling, donde una mujer tiene como cuerpo un asteroide entero.

La experiencia en el cuerpo, sin embargo, no va a dejar de estar vigente. Las posibilidades del placer y el dolor se multiplican con la ciencia. Las “drogas de diseñador” sintetizadas en laboratorios clandestinos son cosa de todos los días. Lucius Shepard, en su libro “La vida durante la guerra”, nos muestra un comando de soldados que funcionan controlados completamente por sustancias químicas, mientras que John Shirley (el único cyberpunk realmente punk), juega con las posibilidades de placer que se abren al juntar las drogas, el sexo y un burdel completamente novedoso, donde ya no se necesitan prostitutas pues las paredes están hechas de carne humana.

La realidad dentro de la realidad dentro de la realidad es un tema recurrente dentro de la ciencia ficción. Casi todos los escritores de ciencia ficción están de acuerdo en algo. Si una persona logra romper todos los velos de una realidad y se enfrenta a ella tal y como es, seguramente se encontrará con la nada, o, si le va bien, con una paradoja. Phillip K. Dick escribió casi toda su obra jugando con esta paranoia moderna. En “El hombre en el alto castillo” de Dick, nos encontramos con Estados Unidos después de que el eje ganó la Segunda Guerra mundial. Estados Unidos está completamente “japonizado”. Y mientras tanto, en el castillo, hay un hombre que está escribiendo un libro donde especula sobre que hubiera pasado si los aliados hubieran ganado la guerra.

A veces la ciencia ficción no habla sobre un futuro fascista y aterrador sino sobre un pasado que es aparentemente perfecto. En esos pasados, la realidad era más real y el mundo más amable. En “El Continuum de Gernsback” de William Gibson, el personaje se ve atrapado en una utopía publicitaria de la década de los 50, y el único antídoto que puede encontrar son películas malas y baratas como “El hotel del amor nazi”. Incluso en la música hay experimentos al respecto, como el grupo Stereolab, que juega con la idea de lo que hubiera pasado si la música que parecía futurista en los 60 hubiera continuado desarrollándose hasta nuestros días.

Hemos creado, incluso, genios musicales virtuales, como Tricky, que no sabe tocar ningún instrumento, no baila y no canta, pero toda su música la hace a partir de sampleos en una sala de grabación. En su penúltimo disco dice “Estoy sordo, estoy ciego, MTV se mueve muy rápido”.

Una de las sectas más famosas de hoy en día, la Cienciología (a la que apoyan John Travolta, Tom Cruise y Nicole Kidman) fue iniciada por L. Ron Hubbard, quien durante varios años vivió como escritor de ciencia ficción. La tradición mística en la ciencia ficción tiene raíces profundas, desde Olaf Stapledon y Dunas hasta El Quinto Elemento.

Los cyberpunks sacaron a la ciencia ficción a la calle. En un mundo que se ve cada día más polarizado económicamente, “la calle” tiene que encontrar la manera de sobrevivir y adaptarse a las nuevas tecnologías. El tráfico de drogas, el tráfico de información y tecnología, un mundo organizado a partir de máquinas y números necesita de zonas de tolerancia. En “Actos al azar de violencia sin sentido”, Jay Womack muestra el diario de una adolescente que por problemas económicos tiene que ir a vivir a las calles más pobres de una Nueva York al borde de la guerra civil. Y no es un retrato agradable.

El mundo de las corporaciones es un tema recurrente de la ciencia ficción contemporánea. Bruce Sterling, en su libro “Islas en la Red”, nos muestra un mundo donde las naciones dejan de ser símbolos de identidad para los individuos y son suplantadas por las corporaciones multinacionales. La dicotomía slackers-yuppies es común en la ficción cyberpunk, donde el héroe, normalmente fuera de la vida productiva legal, pelea contra las grandes corporaciones.

Se ha llegado a tal grado que hay libros de ciencia ficción que ya no se anuncian como tales porque van dirigidos a otro público. Kurt Vonnegut decía que impidió que su editorial dijera que sus libros eran de ciencia ficción porque los críticos confundían ese archivero con el urinario. Sterling llama “slipstream” a la literatura que utiliza recursos de ciencia ficción sin seguir los reglamentos mercadológicos del género, como la excelente novela “Ruido Blanco” de Don DeLillo, que trata sobre la evacuación de un pequeño pueblo gringo por que se le acerca una nube tóxica, a través de los ojos de un profesor de cincuenta años experto en Hitler.

Sin embargo, hay varios libros que nos muestran a la humanidad dentro de muchos años, aunque son la minoría. Entre ellos podemos encontrar “The Diamond age” de Neal Stephenson y “Schismatrix”, de Bruce Sterling, donde plantea que la humanidad se ha transformado en dos razas, los formadores (shapers), que se transforman genéticamente, y los mecanicistas, que aumentan las capacidades del cuerpo mediante implantes renovables.

La ciencia ficción tiene un doble juego con la tecnología. Por un lado la encuentra fascinante mientras que por otro le teme. De todos modos, aunque a veces denuncie a la ciencia, hace ya mucho tiempo que dejó de proponer un “regreso a la naturaleza”. La ciencia ficción encuentra soluciones y alternativas para que los individuos puedan seguir viviendo dentro de un mundo cada vez más artificial, más tecnificado y más incontrolable. Saben que la ciencia, los medios masivos de comunicación y las corporaciones están aquí y no se van a ir si uno cierra los ojos. El chiste es buscar maneras de sobrevivir. Es como Bruce Sterling dice: “el futuro no va a generar zombies sin pensamiento, sino monstruos llenos de esperanza”.



LA OTREDAD

Artículo tratto da *Origines* n° 85 – <http://www.origina.com.mx>

Por: Jaime Augusto Shelley

Si usted no es negro, chino, alemán, judío o anglosajón, es muy probable que pueda transitar despreocupadamente por estas calles de Dios. Pero si algún rasgo lo delata y resulta usted ser, a los ojos suspicaces de algún transeúnte, poco o nada guadalupano; si sus giros idiomáticos difieren a la hora de ahorcar la mula de seises; si habla en otro idioma; si usa ropa de algodón y no de terlenka; y si no se declara oportunamente por un candidato oficial específico, se le verá con reserva; su vida entrará en entredicho y los amigos que fueron habrán de manifestar sorpresa por el hallazgo de haber entablado relaciones con alguien que, en realidad, ha ocultado todo ese tiempo su verdadera identidad.

Usted es el otro

Porque eso que llamamos identidad, la identidad nacional en este caso, ya comentada por lo menos desde los tiempos de Aristóteles, pretende establecer fuertes vínculos comunes para que la comunidad viva en armonía, alertada de sus enemigos, reales, potenciales o imaginarios; obre de común acuerdo respecto a la manera de comportarse en sociedad, alcance con ello tranquilidad y pueda mirar hacia el futuro con seguridad y, por qué no, hasta con optimismo.

El rebaño feliz

Ese grupo social, que en los juegos mentales de la historia utópica mexicana, se ha querido ver como igualitario, justo, heroico y muy unido, de creencias y actitudes similares, se ve en realidad seriamente cuestionado, más hoy en día, por razones demográficas, económicas, culturales y sí, aún raciales.

El áurea mediócritas

La gradual liquidación de la emergente clase media, a partir de los 70, su depauperación en todos los órdenes, su vuelta a los orígenes, a los tiempos de los abuelos o bisabuelos, cuando se vivían vidas sin horizonte, de labor repetitiva y sólo la enfermedad o la muerte acarreaban cambios significativos, mientras los días se iban sucediendo y la gente se iba haciendo vieja, tonta, solitaria. Vida de pobres, sin esperanza. Vidas conformes e incapaces de alterar el orden. Hasta que... hasta que...

Cada vez hay más ricos y más, muchos más pobres. La tenue línea fronteriza entre unos y otros se ha visto fracturada y las luchas de clase que la “gran familia mexicana” había dado por superadas, resurgen de manera brutal.

La mexicanidad de unos

Dos identidades nacionales, una montada sobre la otra, propone Guillermo Bonfil Batalla en su libro *México Profundo* (de indispensable lectura). Una, real; la otra, imaginaria. La primera, numerosa y pobre; y la otra, minoritaria y rica. La primera, la podemos otear en las zonas rurales y en pequeños poblados, donde ni siquiera se habla en español. También en las zonas marginales de las ciudades y, más subrepticamente, en las oficinas gubernamentales y privadas, los pequeños comercios y, obviamente, en los innumerables cuerpos de servicio o servidumbre sin rostro, restaurantes, hoteles, cines, talleres de todo tipo y en los hogares que tienen “criadas” (que quiso decir en algún momento, gente que se criaba allí), choferes, mozos, jardineros. Gente adquiriendo formas de comportamiento urbano que se adecuan más con el lugar en donde desempeñan su trabajo. Y por supuesto, inundando las calles de todas las ciudades.

A estas alturas, la división que propone Bonfil Batalla se antoja un tanto esquemática. Resultan pocas dos caracterizaciones del ser del mexicano. Tan sólo dos identidades en ese gran mosaico de orígenes y costumbres, de tradiciones y culturas; cien millones de mexicanos que conforman este país, que unos cuantos criollos, hace ciento setenta y pico de años decidieron, arbitrariamente, conformar como tal, con derechos y obligaciones sustentados en una Constitución que sólo tendría sentido y valor funcional para una minoría, mientras el resto seguiría formas tradicionales venidas de una cultura milenaria. Para tratar de entender esto un poco mejor, cito a Don Vicente Riva Palacio:

“Poco más de un millón de individuos de la raza blanca había en Nueva España a principios de este siglo (XIX), y entre ellos, cerca de veinte mil eran españoles nacidos en Europa, ya sabemos que en aquella época español y europeo eran sinónimos. En manos de éstos se hallaban el poder, la fuerza, la administración de justicia, el comercio, las propiedades y la riqueza. “El español, dice un autor de atendible competencia, sólo por serlo, no hacía más que pisar las playas de Veracruz y encontrárselo todo hecho con acomodo, en que desde luego nada le faltaba, y era el principio de una fortuna, pues a muy poco tiempo de acomodado, el sueldo aumentaba; después venía el partido en la negociación, y últimamente el matrimonio con la hija del amo coronaba su fortuna, lo ponía en posesión de la casa y de la administración del caudal, quedando muertas la una y la otra para los hijos a quienes su educación los alejaba de los negocios y fomentaba en ellos propensiones de disipar lo que les correspondía, con lo cual quedaban totalmente desarmados y en el abatimiento que siempre trae consigo la pobreza. El español tenía también la ventaja de que habiendo sido un hombre pobre en su país y de una educación muy frugal, venía acostumbrado a sufrir todas las necesidades y por lo mismo no tenía un estímulo para procurarse comodidad ninguna extraordinaria mientras estuviese muy sobrado. Es unido a que la satisfacción de sus primeras necesidades entraba en parte de su acomodo, lo constituía en una situación la más a propósito para hacer grandes ahorros, formarse un capital dentro de muy poco tiempo, y entrar a la parte en la confederación de sus paisanos que lo mandaba y dirigía todo en México.” (México a través de los siglos. Libro primero.)

En esa Nueva España de diez millones de habitantes, nada más propicio para ese millón de criollos inhabilitados (exceptuando los veinte mil nacidos en España) que

la invasión napoleónica y la subsecuente abdicación del rey Fernando VII; proclaman la independencia y se hacen de todo el botín. De esta manera, derechos, bienes, prebendas y beneficios pasaron a manos de esa casta de criollos, ávida, llena de rencor y deseosa tan sólo de preservar, ahora para sí misma, el orden establecido.

Los buenos y los malos

Y, naturalmente, se crearon dos bandos; los que habiendo llegado primero y mejor, ya lo tenían todo, es decir los conservadores; y los que, resentidos por la parte menor a que tuvieron acceso, se declaraban liberales. Esas luchas, se sabe, consumieron una buena parte del siglo XIX. Colaboraron a la devastación, las hambrunas, dos intervenciones extranjeras y la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. Tan sólo para ilustrar nuestro hábito de olvido, Luis Villoro recupera en su excelente libro *El Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia* (pág.167, nota a pie de pág.), lo siguiente:

“No insistimos sobre la admiración por los Estados Unidos por haber sido suficientemente estudiada (sic). Recordemos sólo los repetidos intentos de Hidalgo, Rayón, Morelos y demás jefes revolucionarios para ponerse en contacto con los anglosajones y obtener su ayuda. Es tanta la fe en los “hermanos” del norte, que el **Correo Americano del Sur** llega a afirmar que hasta su dominación sería bienvenida con tal de librarse del despotismo. Una frase de Mier resumirá el colectivo entusiasmo: “Declárense los Estados Unidos por la Independencia de México y yo les aseguro que no sólo será república sino confederada con los Estados Unidos. Tanto es el amor que los mexicanos tienen a los americanos del norte como a sus hermanos y compatriotas” (escritos inéditos). ¡Ojalá y los norteamericanos no hubieran defraudado tan cruelmente esa esperanza!”

Pax romana

Superada la ironía será mejor ser breves.

La mano férrea de Porfirio Díaz acabó con las luchas intestinas y el desorden generalizado. Hizo que las cosas fueran como siempre debieron haber sido y una paz draconiana reinó durante treinta años en México. Encerrados en sí mismos, los mexicanos no vieron pasar los tiempos, el mundo cambió. Claro, algunos adelantados, gente de bien que solía viajar a Europa y a los EEUU, regresaba trayendo las nuevas pero se les miraba con recelo y hasta con desagrado. Esas eran novedades veleidosas que únicamente pretendían alterar la paz y el orden. Se hicieron cambios muy graduales que resultaban indispensables para poder competir en los mercados mundiales, obras de infraestructura tales como caminos y vías férreas. La mayor parte de éstas las realizaron compañías extranjeras que explotaban recursos naturales que nuestros connacionales desdeñaban. El dinero de los criollos provenía como siempre del latifundio, de la explotación de los indios -ahora manejados por mestizos-, y los productos de la tierra que parecían ser inagotables. Pero una gran parte de la economía estaba fincada en la minería; la abundante plata, sobre todo, avalaba las transacciones internacionales. Cuando la plata se derrumbó en los mercados internacionales, el largo sueño porfirista llegó a su fin.

No todo lo que brilla es oro

Cosas de la interdependencia. Cuestiones de mayor o menor entrega de concesiones. Para la década de 1910 a 1920, la demanda mundial de petróleo había crecido en la medida en que las ciudades de Europa y EEUU, que se habían alumbrando con mecheros de gas empezaron a utilizar la energía eléctrica (que utilizaba energéticos fósiles) y una gran mayoría de la gente pobre o rural hacía uso de las lámparas de kerosén en sus domicilios, mientras que las industrias iban convirtiendo sus instalaciones operadas con carbón a la nueva y más eficiente derivada del petróleo. La industria automotriz despegaba con ímpetu y su futuro era prometedor mientras que los yacimientos eran escasos.

La faja de oro

En nuestro país, el chapopote burbujeaba a flor de tierra, con el consabido disgusto de los propietarios que se veían obligados a catalogar tales terrenos como improductivos. Las compañías inglesas y norteamericanas deseaban adquirir, a como diera lugar, dichas propiedades y una guerra se desató entre ellas para adueñarse de la mayor cantidad posible, al menor precio. Con Porfirio Díaz, las cosas no avanzaban como debieran, autorizaba concesiones a cuentagotas, favorecía a los ingleses (por aquello de mantener al enemigo lejos) y, para 1910, nuestros buenos vecinos decidieron darle una lección. Y otra a Madero. Y todavía una más al “necio” de Carranza que demandaba impuestos de unos centavos por barril exportado. Hasta que llegara alguien que comprendiera que no se puede detener el paso de la modernidad.

Los otros Tratados de Bucareli

El breve reinado de Obregón, gracias a su desesperado afán de ver su gobierno reconocido -o para ser más precisos- legitimado por los yanquis, permitió que éstos modernizaran su proceso de dominación; el que, desde entonces, ha ido oscilando entre lo brutal y lo sutil, dependiendo de los tiempos y la relación entre gobiernos. El proceso está casi concluido. Sólo les falta resolver el asunto demográfico, la feroz desigualdad económica y social, así como la necesaria erradicación, en nuestro país, de formas ideológicas irritantes y poco “modernas”, no acordes con un país que supuestamente aspira al bienestar que sólo el capitalismo puede proveer. A ver cómo les va.

México, país de la ficción

De la xenofobia española nos viene el retraimiento. Durante la Colonia estaba prohibida la entrada a todo extranjero por considerar que su trato era nocivo (a los peninsulares, claro). De esta manera, la composición racial se mantuvo más o menos igual, salvo en las regiones donde un cierto número de esclavos negros dejaron su impronta, tanto física como culturalmente, aunque sin mayor alteración en el comportamiento social. Así llegamos a este fin de siglo y de milenio, con una estructura que podemos calcular de la siguiente manera: el millón de criollos que antes fuera, se ha convertido, grosso modo, en doce o quince millones (aunque para los fines de la mercadotecnia transnacional se consideren apenas diez millones de mexicanos como susceptibles de ser tomados en cuenta, dados sus perfiles raciales, económicos y sociales).

Esa, que sería la crème de la crème, se vería equilibrada, en justa proporción, por otros tantos indígenas “puros” que viven apartados del mundanal ruido, muchos sin

hablar español (algunos lo hablan por necesidad, si bien no lo leen ni lo escriben), que viven en condiciones de dramática pobreza material y se obstinan en preservar costumbres y tradiciones, resistiendo toda injerencia de los “blancos”. Queda entonces, inmersa entre estos dos grupos polarizados, una mayoría de, más o menos, setenta millones. La cristalización, en vías de desarrollo, del mestizaje. Algunos tirando hacia arriba, otros jalados hacia abajo; quienes se sienten al fin liberados del estigma servil y los que no saben aun con certeza qué son o adónde van. Este grupo plural, de características múltiples, entrampados en esquemas regionales (que por razones de clima, geografía, hábitos y grupo social, puede llegar a ser enteramente distinto uno del otro, vgr: sonoreño y chiapaneco), para el propósito de una caracterización de identidad nacional, ese grupo, amorfo, no es catalogable en las condiciones presentes. Difícil como suena, esa gran masa de personas que va de un punto al otro, come tacos, raspados o pancita en casi todas las esquinas, que es la bendición de las refresqueras y las cerveceras, de los productores de alcoholes de ínfima calidad y rehén de las ondas “musicales” y la contaminación televisiva, salvo características de explotación común, es en realidad de una diversidad muy compleja. Al margen de su individualidad, no existen como cuerpo social coherente, son enemigos entre sí, pero no por eso dejan de contar. (Debemos observar aquí, que de esta cifra, más de la mitad son menores de edad y/o mujeres dedicadas al trabajo hogareño, por lo que nos quedan unos treinta millones: obreros -rurales e industriales-, técnicos y profesionistas que son los que componen, mal que bien, la llamada fuerza laboral del país.)

Somos o no somos

Un México a punto de ingresar al nuevo milenio, en las condiciones que se expresan a diario en las calles, las fábricas y las escuelas, resulta poco esperanzador. Un México como se manifiesta en los números oficiales y en los no oficiales (que casi siempre son más confiables), por lo que toca a salarios, precios, oferta de empleo y vivienda, salud, educación, avance tecnológico y científico o mera tranquilidad social, se antoja más que un sueño, una pesadilla.

Somos lo que fuimos. Ergo, seremos lo que ahora somos. Agréguele, eso sí, unos cuantos millones de individuos más, algún otro desastre a causa del sistemático deterioro de los ecosistemas, brutales caídas de los precios de ésta o aquella materia prima, la natural derrota de nuestras aguerridas huestes en algún campeonato mundial de fútbol; otra u otras devaluaciones “sorpresivas”, para las que no estábamos preparados, y allí tendrá usted, entre sus manos, el cuerpo palpitante de una identidad nacional, que en realidad son dos, o tres o veinte; algo que no acaba de concretarse, de definirse, de hallarse y, por supuesto, que no acaba de expresarse, salvo de manera fragmentada o engañosa, asumiendo rostros que son falsos y actitudes que no le corresponden; por lo que, en ese ir y venir de las ruidosas manifestaciones, tumultuarias o individuales, los resultados seguirán siendo los mismos, porque en ese tipo de relaciones no aflora, no puede aflorar, ni un ápice de sinceridad.

La justicia sólo se da entre iguales, decía Aristóteles.

La justicia; y todo lo demás, agrego yo. ¿No opina usted lo mismo?

Jaime Augusto Shelley (México, 1937) es poeta, ensayista y maestro de la UNAM y de la escuela de escritores de SOGEM. Sus libros más recientes son *Patria prometida*. México: FONCA, 1996 y *Estaba escrito*. México: Colección ya leíste, 1999.



MASCARAS SIN ROSTROS

Artículo tratto da *Orígenes* n° 85 - <http://www.origina.com.mx>

Por: Gerardo de la Cruz

A principios de la década de los ochenta muere Santo, el Enmascarado de Plata. Ese mismo día la vida de Rodolfo Guzmán Huerta también llega a su fin. Ambos personajes pertenecen a la historia de la lucha libre mexicana, pero sólo uno ocupa un lugar dentro del imaginario popular: el Enmascarado de Plata. Se dice que Rodolfo Guzmán Huerta es el hombre que habitaba bajo la máscara del gladiador y sí, es cierto, pero lo cierto no siempre es verdadero -indica la lógica-, pues frente al luchador el hombre era nada y Rodolfo Guzmán estaba consciente de ello, tanto que en un programa televisivo accedió a revelar su identidad, de tal manera que no menoscabara la imagen del Santo, y mostró, primero la mitad de su rostro y enseguida la otra mitad. La temeridad de este acto contribuyó a engrandecer la figura no del hombre, sino del luchador.

A finales de la década de los sesenta el cine y sus hazañas en el cuadrilátero de la lucha libre habían convertido al Santo en leyenda. Se dice que algunas de las películas que rodó se veían con singular interés en Europa, pero más singular fue el asombro que causó en Francia la noticia de que el protagonista de filmes como Santo contra las mujeres vampiro era un personaje de la “vida real”.

En contraste, en noviembre de 1999, murió el argentino Wolf Ruvinskis, también luchador y actor, quien participó en casi 150 películas, la mayoría de los casos en papeles menores, pero a lado de grandes actores como Germán Valdés “Tin Tan” y Mario Moreno “Cantinflas”. No obstante, la huella que deja Wolf Ruvinskis en la memoria del pueblo mexicano no habrá de rebasar en ningún caso la del olvido, Ruvinskis siempre será el hombre fuerte, apuesto y malo de la película, el que terminaba invariablemente apaleado por el héroe en turno.

Otro caso digno de mención -para cerrar el expediente y éste preámbulo-, es el de Blue Demon, compañero inseparable del Santo en el cine, y enemigo declarado en la lucha libre. Si bien Editorial Clío le dedicó un biográfico atinadamente titulado Blue Demon: Memorias de una máscara, profusamente ilustrada e ilustrativa, las imágenes de quien de joven fuera trabajador ferrocarrilero o la del hombre de familia no encajan, no engranan con la severidad, la inflexibilidad que emana de la máscara del luchador y menos con otras instantáneas que presentan al deportista en acción.

Es un hecho que a casi veinte años de la muerte de Rodolfo Guzmán Huerta, a diferencia de quien llevaba la máscara. El Santo apostó una y otra vez la tapa y siempre la defendió con éxito, incluso en los momentos más difíciles, cuando creyó que la tenía perdida. La idea de perder la identidad le aterraba; Santo sabía que su

encumbramiento dependía indefectiblemente del hecho de que cómo y con quién superara el trance.

La lucha de apuesta (máscara vs. máscara/cabellera) no es, o era, simplemente un convenio entre agentes, sino el encuentro con la oprobio y la indigna muerte del gladiador derrotado. Algunos tienen suerte y la pérdida de la máscara les confiere una nueva identidad que arrastran hasta las últimas consecuencias. Cuando en 1995 Cien Caras pierde la máscara frente al Rayo de Jalisco Jr., su actitud malencarada y retadora le confiere otra máscara, se transforma en el “Capo” de la lucha libre, y aunque Cien Caras dice llamarse Carmelo Reyes, adopta otra personalidad. No obstante, el aire retador con que Cien Caras supera la derrota no va dirigida a sus oponentes, sino al público, al que está con él, al rudo que le reprocha la pérdida de la máscara y la humillación personal, y al técnico, que ha dejado de confiar en él como un digno rival. Luchadores menos inteligentes se encarnizan con su oponente y le toman rencor a aquel que en sus manos sujeta el objeto de su victoria, o al réferi que le robó la lucha.

La identidad de un luchador, la máscara o la cabellera que debe defender encuentro tras encuentro -algo que Santo y Cien Caras comprendieron cabalmente en su momento-, no se encuentra dentro del encordado, sino en la arena misma o el televisor. El cuadrilátero únicamente es foco de atención de los asistentes a la lucha, son ellos quienes llevan la máscara y en el anonimato, en la multitud se pierden para ser el otro que está luchando. La lucha libre como fenómeno social difiere en pequeñas sutilezas del carnaval, dejar de ser uno mismo para ocupar, sitiar la piel de La Fiera, La Sombra, El Médico Asesino o quien sea... O no, no quien sea, el público posee máscara y cabellera del luchador en turno y con quien más se identifica en ese instante, entendiendo que al arrojar el concepto “identificar” no se restringe al simple acto de hallar coincidencias, sino los rasgos que uno sabe o intuye que no le son a fines, lo que encuentra en el luchador y no ve en sí mismo. Entonces el juego se duplica y el gladiador en el pancracio en verdad es un gladiador de la Edad Romana que de tanto jugarse la vida su pellejo está en oferta.

La exigencia del espectáculo, de los agentes involucrados en el deporte de la lucha libre, desde el sindicato hasta las empresas que la televisan y patrocinan, han despersonalizado íntimamente al luchador. Por ejemplo, una secuencia que pocas veces podía omitirse en las películas del Santo era una lucha de apuestas; al cabo de un encuentro deslucido, el Enmascarado de Plata, sudando y al borde de un colapso, ganaba la lucha y entonces “Ah, ya lo conocíamos”, decía el narrador de la pelea, “era...” y el nombre no importaba. Lo verdaderamente relevante es el fondo, la necesidad de ocultar su rostro. El luchador sabía que una vez descubierta su faz era nadie en el cuadrilátero, un Rodolfo Guzmán Huerta quizá, un vencido, alguien que no representaba nada para aquellos que están en las tribunas, de allí la necesidad de obtener urgentemente otra máscara, otra identidad que le diera rostro al hombre o a la chica enmascarada que lo observa desde la platea.

En otras latitudes el fenómeno es diferente, la máscara la porta el público y el luchador se convierte en mero catalizador de una serie de tribulaciones y ansiedades que el espectador espera descargar allí. Éste es el caso de Estados Unidos. Allí pocos, realmente son pocos los luchadores que portan una máscara; empero, la máscara la sustituyen por el espectáculo que están ofreciendo, la forma de confrontar al público, de provocarlo, de insultarlo y agredirlo no es más que otra mascarada para conducir al espectador al cuadrilátero. La máscara de los luchadores anglosajones está en el gimnasio, en sus gritos frente a las cámaras, en su “I will destroy him!”, en la manera cómo rasgan, enfebrecidos, sus ropas... Hulk Hogan es Hulk Hogan y nadie

más, su rostro, su potencia, su enardecido carácter es la máscara que lo identifica mundialmente.

Cuenta Fishman, luchador mexicano de larga trayectoria, que no teme una vez que abandona la arena ya sin máscara. Los niños pueden reconocerlo por un rasgo particular (su espalda, su corpulencia, su forma de caminar, etc.) y gritar “¡mira, ese es Fishman!” y sí, lo verán con curiosidad, algunos, muy pocos se le acercan y le piden un autógrafo. Pero el hombre que sale de la Arena México o la Coliseo o la Revolución es intrascendente; en cambio, cuando sale con su maletín y la máscara puesta una multitud lo rodea: es Fishman, es el luchador, es un héroe que vive más allá de la realidad. El hombre que bajo la máscara se encuentra no tiene rostro, a nadie identifica, a nadie le importa.

Probablemente el luchador se mire al espejo cuando se rasura y se diga Yo Soy Fulano o Zutano; o tal vez se pregunte en un momento de crisis ¿Yo Soy Fulano o Zutano?, en un intento vano de disociar al hombre común del héroe que se la juega cada vez que salta por encima de la tercera cuerda para recibir una ovación de otros hombres comunes (¿pero que hombre es común?) que depositan en él la otra cara de su rostro, un rostro que son incapaces de mostrar en la calle o en el trabajo porque simplemente les es desconocida, y en la medida en que el exigente público ignora las rasgos propios que lo identifican y le dan sentido humano, el luchador está destinado a desconocer su verdadera identidad, a ser cuerpos llenos de cicatrices, largas cabelleras con la frente marcada, máscaras sin rostros que se pasean por la ciudad como un Rodolfo Guzmán Huerta cualquiera.

Gerardo de la Cruz (México, D.F., 1974), autor del volumen de cuentos *A propósito del autor* (1995); editor adjunto de la Revista MD, Becario del Centro Mexicano de Escritores.



¿QUIÉN SOY?

Artículo tratto da *Origines* n° 85 - <http://www.origina.com.mx>

Por: Por Bernardo Ruiz

Acerca del México real y el fantasmal

En el mundo de la cotidianidad el mayor problema para identificarse se soluciona a partir de un acta de nacimiento. Todavía en el México del año 2000 uno puede convertirse en candidato a la gubernatura de un Estado demostrando ser nativo de tal o cual región con un documento de esta naturaleza -cuya legal o dudosa procedencia difícilmente se cuestiona.

En otros casos basta seguir el método López Obrador cuya eficacia será puesta a prueba en unos cuantos meses. A ese método las constituciones estatales le llaman de residencia efectiva. La efectividad, claro, es conforme a la semántica nacional y sus laxas y plurales analogías posibles.

Por otra parte, se puede vivir y morir en esta patria sin un documento mínimo de identidad. Casos y ejemplos sobran. Aun el esfuerzo por la cédula única de identidad y el CUPRE y siglas tan respetables como SHCP y la SG saben bien de la indemostrabilidad burocrática de la existencia de miles de mexicanos. Ignoro si el INEGI incluirá en su cuestionario censal del mes próximo preguntas como ¿Está usted registrado?, ¿Cuántas personas de las que viven en esta casa tiene un documento de identidad?, que le quitarían seriedad al recuento que nos definirá como un “Somos muchos y seremos más” a los ojos de historiadores del agotado milenio.

Nada más deprimente para un acucioso contador que las noticias alegres de los diarios, noticieros y semanarios en que la danza de los millones de mexicanos, los de aquí, los mojados, los new aztecs, los migrados y los flotantes que se suman a las sumas de cada diez años -o a las declaraciones de los discursos oficiales o no gubernamentales, enumeran un México fantasma del tamaño de la metrópoli.

Dejemos a esa hipotética turba apocalíptica. Por el momento, no la imaginemos de regreso, en una misma fecha, a la Ciudad de México, porque escasas pesadillas de J.G. Ballard podrían formular una visión tan estremecedora como la de esta multitud que duplica la población de la urbe, ya no como las huestes de Atila ante Roma, sino como conciudadanos que exigen sus derechos. Horror.

Ciudadanía virtual

¿Quién que es no posee un paradigma? Desde Juan Pablo II, Sor Juana Inés de la Cruz y Mata Hari hasta el Che Guevara y Marilyn Mason, Ghandi o Cousteau son personalidades que provocan entre los individuos una afinidad o un rechazo.

Inmersos desde la infancia en orbes donde la superheroeidad forma modelos de comportamiento, así como en culturas donde el disfraz o la asimilación de conductas se agregan a la propia en polimorfismos que dan de comer a siquiátras y analistas en diversas ocasiones, el hombre gusta de poseer un nom de guerre, un apodo o una manera de llamarse que va desde el narcísico diminutivo -Pepe, Luisito- pasando por la perpetuación de un estigma o un paradigma -llámenme senior, llámenme junior o John D. Rockefeller III-, hasta apelativos sorprendentes o iniciales -El Chucky, el señor K., con Z de Zorro- que manifieste con plenitud su personalidad.

La civilización tecnológica no escapó a esta idiosincrasia. Desde sus principios tribales, las pequeñas comunidades que usaban el correo en el incipiente UNIX; la costumbre se mantuvo en BBS's y tableros electrónicos y no ha sido desplazada por el correo electrónico moderno, donde la imaginación sólo es rebasada por algunas claves de ingreso -passwords.

El mero hecho de entrar a un juego electrónico donde la máquina solicita el nombre del jugador para distinguirlo entre los resultados sobresalientes, y los breves espacios que se acostumbran colocar, refuerzan la tradición del sobrenombre.

Cualquier libro donde se cuente la historia de Internet nos previene de los Bilbos, Frodos, Galadrieles y Striders -fruto de la imaginación de J.R.R. Tolkien-, que no sólo poblaron la Tierra Media sino el mundo virtual también. Los lectores de El Hobbit y de El Señor de los Anillos invadieron el universo cibernético desde el principio del bit y el byte.

Muchos de sus ecos no sólo se dieron en nombres de famosos nerds, gurús, crackers y hackers sino en nombres de sistemas y en claves de acceso; o bien en las listas de palabras que se utilizan para comenzar a forzar a un sistema. Eso fue durante la prehistoria del chip, en la época de la transición del bulbo al transistor. Apenas se vislumbraba el nacimiento del microchip y poco soñaban con el Big Bang de los 90, tras el advenimiento de la PC.

Las modernas crisis de identidad

Actualmente, aun quienes no han ingresado a la red tienen una idea muy aproximada de lo que es Internet. La televisión y el cine se han encargado de la propaganda, el efecto de demostración y la adopción de métodos de trabajo estandarizados en las oficinas modernas y en las grandes compañías, además del abaratamiento de los sistemas y de los programas -junto con la generosa ayuda de la piratería de software y los clones de PC- se han encargado de lo demás.

Interesadas en el negocio de los proveedores de Internet, las compañías telefónicas -y dentro de poco las de TV- han buscado su rebanada del pastel. Baste calcular que, por lo menos, unos diez mil nuevos equipos han ingresado a la red durante el último trimestre -con base en la cifra de algunos fabricantes de computadoras- para estremecerse ante el número de ruices, garcías y gonzález que desean que sus nombre surquen los cielos cibernéticos.

Por motivos de edad y de antigüedad, obviamente, en estos menesteres, todavía me tocó en Spin, mi proveedor estrella, la dudosa gloria de la inicial con mi nombre y mi apellido en mi correo (bruiz@spin.com.mx). Lo cual, hoy, sería imposible lograr en hotmail, netscape.net, yahoo.com o cualquiera otra de las compañía que obsequian una cuenta de correos en el WWW.

Asunto más complicado fue el de un viejo amigo transexual que decidió cambiar hasta de nombre. La historia la ha escrito ella con singular pasión de modo que, para los interesados en el asunto, o en el proceso, puedan tener acceso al relato, entre cuyas cualidades debo resaltar una fuerte androginia.

El inscribirse a los grandes espacios implica un acto de valor. Acaba uno convirtiéndose finalmente en una especie de homónimo de su clave en Hacienda, o en una serie de letras con fecha de nacimiento “amadis1974” “paracelso999” o personaje de novela etíope: “anakasim@yahoo.com”. O algo siniestro: “ladiabla@usa.net”.

Los peligros de emprender una vía extranacional los he vivido. Me reí mucho de la pregunta de un usuario de Spin que preguntaba tras hacer login -ingresar- “que cómo sabía que ya estaba en Internet y no en Spin”. Seguramente ignoraba que el mero acceso era ser parte ya de la red.

Como en los tiempos en que no había Internet yo firmaba Moriarty, como el enemigo de Sherlock, se me hizo fácil seguir con mi costumbre. Necio de mí, me dije, cuando resultó que todos los Moriarties del planeta se buscaban los unos a los otros afanosamente a través de todas las páginas Web. Recomendando no intentar esos recursos.

De manera semejante ocurre con los nombres de algunas compañías: uno piensa que son tierra ignota. No, suele suceder que resultan ser hasta marcas registradas. Creo que nombres como Qwfwq o su variante Qwfwk, protagonista de las Cósmicas de Italo Calvino tienen todavía una peculiar independencia e identidad en la WWW. No es sencillo. Con sorpresa se descubre que las leyendas de los lados luminosos y oscuros se dan en Internet con más evidencia que en el mundo.

Mi homónimo español, por ejemplo, en lugar de exaltar el culto a Dionisios -que es una de mis especialidades-, se dedica a intentar rescatar de garras de la muerte a los enfermos de alcoholismo. Y no dudo que haya muchos destinos antagónicos combatiendo en la red como Jekyll y Hyde que se disputan un rostro.

Por tanto, al momento de pedir el ingreso a Internet o a cualquiera de sus servicios, no renuncie en primera instancia a ser quien es o quien desea ser. Y elabore con cuidado una lista de alter egos que le satisfagan. La primera regla es no improvisar. Recuérdele.

¿El bien y el mal en Internet?

Tras considerar que en mi bitácora de navegación hay más de diez mil horas de estancia en las ciudades virtuales, me queda perfectamente claro que el Internet de hoy es la tierra del software, un mall internacional de cualquier cosa, y tan seguro o inseguro como quiera uno hacerlo.

La patente de corso en la red se llama email o buzón de correo. Y jamás será tan privado como uno desea. Un mexicano suelto, que trabaja en una agencia de viajes decidió que podía enviar a mi buzón sus promociones insulsas sólo porque “cuenta con una página con la dirección”. Por supuesto, para evitar un ataque electrónico de correo basura en agradecimiento -lo cual se puede hacer fácilmente- usaba una dirección inexistente. Pero para casi todo hay remedio y contrarremedio en la computación, excepto para vivir sin respaldos.

Ilustro con un caso análogo: el chico que hizo un hermoso virus pero lo compiló en una Pentium -y para colmo con software de Microsoft- lo cual deja huellas por todos los motivos del mundo: el registro del compilador, así como el número de serie del microchip: una huella tan clara como la de una tarjeta de crédito en un cajero automático.

Un consejo al margen para quien desee volver a intentarlo: aun las tarjetas de red dejan huella en la ruta del correo.

En Internet, siéntase como en su casa, en su calle o en su mundo, es lo mismo. La red, como producto humano, perpetúa y multiplica los vicios y virtudes de sus creadores: todo está en el programa.

It?

Quien tiene poca experiencia en este asunto pudiera pensar que Internet es para hacer amigos, un concepto tan peculiar de diversión como las películas de misterio, o las aventuras de un borracho tras 12 horas de juerga en Garibaldi o en un bar de una ciudad extranjera.

En particular, quienes prefieren hablar en los llamados chat son quienes acostumbran preocuparse después de confesar que han emitido una amplia cantidad de información a un grupo de recién conocidos que tuvieron acceso por ahí.

Por principio, estos espacios no son privados, y son fácilmente monitoreables por su baja seguridad, sea por miembros del mismo sistema o ajena a ellos, de modo que habría que comportarse en estos sitios como soldados rusos en un mercado de Chechenia, o como colegiala adolescente entre pelotones villistas.

En cuestión de identidades, la red es como el voto: libre y secreto. Cada quién elige su rostro y no hay garantía de que en una relación con extraños, sin referencias, se sea víctima de una escena cibernética que bien pudiera engendrar una novela de terror. De manera que los mismos consejos que se dan a un niño para protegerse del mundo exterior es la regla que debe aplicar cada quien a su comportamiento en Internet: la educación, las buenas maneras y el sentido común.

No creo que haya mayor identidad posible en el mundo virtual que en la cotidianidad, con rostro o sin rostro, con identidad o sin ella, la máxima de Buffon sigue siendo la misma: el estilo es el hombre.

Y el estilo, como las huellas digitales, son marca única.

Bernardo Ruiz (México, 1953) es escritor y editor. Sus más recientes libros son *Cielo, tierra e infiernos*. México: Colección Ya leíste, 1999; *La sangre de su corazón*. México: UNAM, 1999

y *Luz oscura*. México: UAM, 1999. * Ilustración: Marcos Guadalupe López





EL MUNDO... SEGÚN UNOS CUANTOS

Artículo tratto da *Origines* n° 85 - <http://www.origina.com.mx>

Por: Roberto Max

El dato no es exacto porque lo cito de memoria; modérese la cifra si se prefiere: en términos de salud psicosexual, México tiene un atraso de ochenta y cinco años con respecto al país más evolucionado, que es Suecia (o Dinamarca, no estoy seguro). Esto no significa que Suecia (o Dinamarca) haya padecido hace ochenta y cinco años la misma conducta sexual que caracteriza a los mexicanos contemporáneos; más bien sugiere que, de acuerdo con ciertos cálculos que se obtienen quién sabe cómo, cuando mis bisnietos hipotéticos tengan hijos, éstos gozarán de la misma educación sexual que recibieron, cinco generaciones antes, los suecos (o daneses) que por estas fechas se están reproduciendo. En breve: en el plano psicosexual, los mexicanos de ahora somos medio bestias (y no hace falta compararnos con los escandinavos para llegar a dicha conclusión; basta una mirada fría, objetiva).

Hagamos un examen minucioso. Existe una relación estrecha entre la identidad sexual de una persona, su conducta en sociedad y la aceptación social de la misma. Los tres aspectos se condicionan recíprocamente, y en el mejor de los casos -es decir, en una sociedad utópica, inmaculada de prejuicios- los nexos entre un aspecto y los otros dos son siempre de un cristalino compadrazgo. Así sucede, por ejemplo, en el que me parece el modelo más básico de identidad sexual en nuestro país: el hombre que se identifica con el arquetipo mexicano del varón heterosexual. Imaginemos, por el placer de hacerlo, que este varón pertenece a la clase media alta y tiene unos treinta años, o treinta y dos. ¿Qué espera la sociedad de semejante prodigio? Una esposa y dos hijos, desde luego; acaso, también, que tanto él como el resto de su familia sean estéticos, y que él tenga un empleo de porvenir en una empresa trasnacional. Y, en efecto, como arquetipo que es, lo tiene todo: belleza, esposa, vástagos, empleo y futuro. Así, no hay conflicto alguno entre la imagen que él tiene de sí mismo -la identidad-, su conducta y las expectativas sociales. Todo fluye en armonía.

Ahora imaginemos, con nuestra mente podrida, que todos los viernes, después de tomarse un par de copas y antes de volver a casa, esposa e hijos, nuestro arquetipo se va de putas durante un par de horas. Si bien nuestro arquetipo ha dejado ya de serlo (no hay mente contemporánea, por muy mexicana y anacrónica que sea, que piense que es "ideal" irse de putas cuando se vive en matrimonio, aunque la práctica sea frecuente desde tiempos inmemorables); si bien nuestro arquetipo ya no es arquetipo, decíamos, su identidad sexual no ha cambiado, y acaso su conducta siga siendo coherente con dicha identidad. Sin embargo, el código social de la clase media alta reprueba los tratos de cualquier índole con las prostitutas. Tal vez nuestro varón, de acuerdo con la sociedad en la que se desempeña, tenga una moral católica. Es

probable, entonces, que estos deslices semanales le causen una culpa ejemplar. “Soy un canalla”, piensa de sí mismo con frecuencia. Su autoestima e identidad se magullan cada vez que contrata a una mujer porque él sabe que los arquetipos no se acuestan con pirujas. Así, su conducta rompe el nexo con las expectativas sociales y éstas, a su vez, envenenan el nexo que las une con la identidad del que pudo haber sido, en un mundo incorrupto, un verdadero arquetipo.

Compliquemos el asunto un poco más. Ahora imaginemos que las mujeres de su preferencia no pertenecen, bajo la ropa exuberante y las estolas de plumas, a lo que el reino de la biología entiende por “verdaderas mujeres”. Es decir, son mujeres pero con pene. Quizá la identidad de nuestro arquetipo (ahora está mucho más lejos de serlo; más vale llamarlo simplemente Juan) sea la misma que la del primer hombre que imaginamos: ambos se piensan varones heterosexuales. En la mente de Juan, maricón es sólo quien se pone falda para salir a trabajar por las noches; no así quien está casado con una mujer, no así quien penetra. Pero la clase media alta mexicana, que se rige bajo definiciones menos flexibles, opinaría probablemente que Juan no es sólo un granuja que engaña a su mujer; es -lo que le resulta mucho más abominable- un joto de mierda. Todos los nexos están alterados: Juan se identifica con el modelo heterosexual, pero su conducta, socialmente réproba, corresponde más bien al de las prácticas bisexuales.

Si nos ponemos barrocos, podemos retorcer la identidad de Juan hasta el infinito (por ejemplo, Juan se piensa un heterosexual al que de vez en cuando le gustan los hombres que se visten con faldas de cuero, se dejan crecer la barba de candado y disfrutan que les den dos bofetadas mientras les hacen el amor, sin quitarse las pantimedias); o podemos simplificarla a grados elementales (como hicimos al principio, cuando Juan era todavía un arquetipo): Juan se identifica con el modelo homosexual, sin mayor explicaciones. Es un hombre al que le gustan los hombres. Es ésta su identidad sexual, y actúa en consecuencia: se acuesta con hombres. No hay conflicto entre su identidad y su conducta, y el mundo sería estupendo si pudiésemos decir lo mismo con respecto a la aceptación social. Aquí comienza la comprobación de mi hipótesis: los mexicanos somos medio bestias.

La sociedad mundial (mal de muchos, consuelo de tontos) está configurada para el cómodo desempeño de Juan Arquetipo y su esposa (con ligeras variantes, quizá), en donde los nexos entre los tres aspectos -la última vez que los repito: identidad, conducta y aceptación social- son desde luego diáfanos. Pero en las sociedades más evolucionadas -como la sueca (o danesa)- se contempla, asimismo, la existencia de otras identidades sexuales, y los nexos entre los tres aspectos son por lo general límpidos, sin importar demasiado cuál sea la identidad sexual del individuo. Si un hombre o una mujer se identifica con el modelo homosexual y va por la calle de la mano con una persona ídem -un hombre o una mujer, respectivamente-, la gente piensa “ahí va una pareja homosexual”, como quien piensa, a la vista de un mercado de flores, “en ese mercado venden alcatraces”. No pasa de ahí. Ésos son los rasgos característicos de la higiene mental. Sin embargo, en las sociedades que tienen ochenta y cinco años de retraso, lo mejor que puede esperar una pareja de homosexuales que van de la mano por la calle es que le griten “puñales” si se trata de hombres, “tortilleras” si son mujeres. En ocasiones menos benévolas, la muerte (más de ciento cuarenta homicidios impunes de hombres y mujeres homosexuales en México en 1998. Este dato es fidedigno; no lo cito de memoria).

Las sociedades menos evolucionadas se caracterizan, entonces, por una intolerancia de cualquier grado ante el nexo congruente entre la identidad sexual de una persona y su conducta en sociedad, cuando dicha identidad no es la arquetípica (la de nuestro amigo Juan, el heterosexual que tiene una mujer divina y jamás

pensaría en cruzar palabra con una prostituta). Al deseo de uniformar una sociedad, de moldearla a los ideales de un presunto modelo supremo, bien puede llamársele fascismo.

Ahora bien, el objetivo de estos renglones no es el de discutir un tema tan añejo como el de la falta de aceptación (o al menos tolerancia) de los homosexuales por parte de la sociedad mexicana. Más bien, se pretende señalar la gran distancia - espinosa, con ochenta y cinco años de longitud- que separa las expectativas sociales de lo que debe ser un individuo y la diversidad de identidades sexuales. Referida a nuestro asunto, la frecuente expresión “en estos tiempos ya no se sabe quién es quién” alude a la doble creencia oligofrénica de que en el mundo hay cada vez más y más homosexuales (bacteria que infecta al primero que se distrae) y que los homosexuales han desarrollado mejores técnicas para disfrazarse de gente común y corriente. Compárese este pensamiento colectivo, que reduce al mundo a dos categorías -los normales y los infiltrados- con las distintas identidades sexuales que han recibido nombre para describir la multiplicidad de perfiles humanos: heterosexual, homosexual, bisexual, preferentemente heterosexual, preferentemente homosexual y abúlico sexual; en un estrato más profundo (y confuso): varón heterosexual que se siente encerrado en un cuerpo de mujer, lesbiana que se siente encerrada en un cuerpo de hombre, varón preferentemente homosexual que habita el cuerpo de una mujer, etcétera. Las personas cuya identidad cae en un punto intermedio entre dos de las categorías mencionadas, no han postulado, que yo sepa, nombre y descripción alguna de la identidad que los caracteriza.

Una última observación. Hace unos ochenta y cinco años dio inicio la Revolución Mexicana. Algunos cínicos opinan que en el periodo transcurrido desde entonces nada ha revolucionado en el país. Yo soy de la opinión contraria. En aquel entonces, los asesinatos de personas por mor de su identidad y conductas sexuales eran bárbaros, atroces, y nadie se enteraba de los mismos. Ahora, por el contrario, llevamos la cuenta de los muertos.

Roberto Max es autor de la antología de cuentos mexicanos *Dispersión multitudinaria*. México: Joaquín

TU NO EXISTES

Pepe Rojo, Deyanira Torres (2001-2002)

La campagna anonima TU NO EXISTES ha visto la partecipazione di 9 disegnatori, coordinati da Pepe Rojo e Deyanira Torres, che hanno realizzato 14 disegni di cui sono stati prodotti adesivi e manifesti, appiccicati a migliaia tra il D.F. e Puebla. Ogni disegno reca la scritta TU NO EXISTES, senza alcuna indicazione degli autori o del significato dell'iniziativa, sulla quale si è appena svolta un'installazione, con fotografie, disegni, documenti audiovisivi e multimediali sulla preparazione e soprattutto sulla reazione della gente alle "pubblicità". Pepe Rojo spiega così l'iniziativa: "Deyanira (con quien hice el proyecto) y yo no sabemos exactamente qué es, aunque lo laneamos como intervención urbana. Convocamos a varios diseñadores y les platicamos la idea. Es muy cansado ser uno mismo. Vivimos un mundo donde todo hace demasiado sentido, empeñado en hacerte existir. No sé, el 'yo' como síntoma y enfermedad, la imposibilidad de definir al sujeto positivamente. Ha sido extraño y bastante divertido."



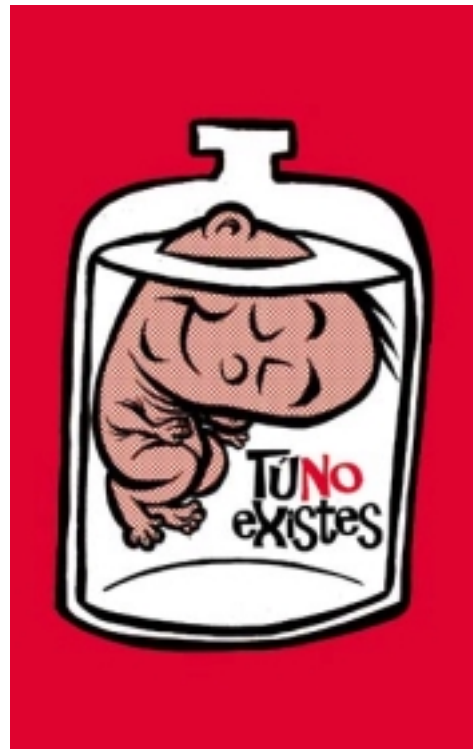
Aparador Nuria Gonzalez



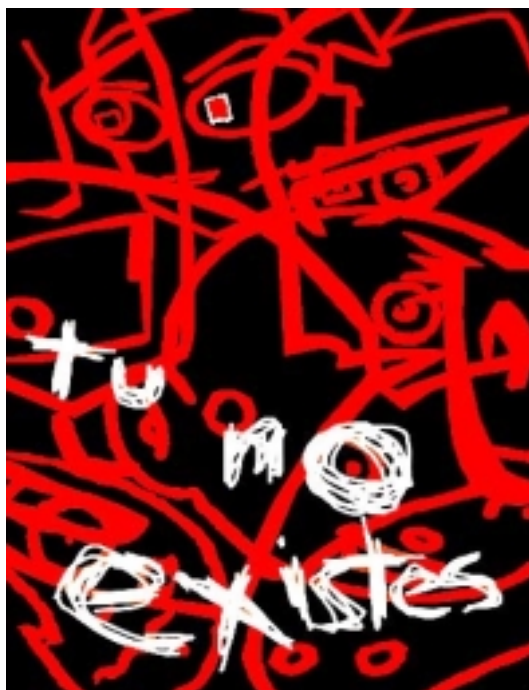
Mano-tijera Deyanira Torres



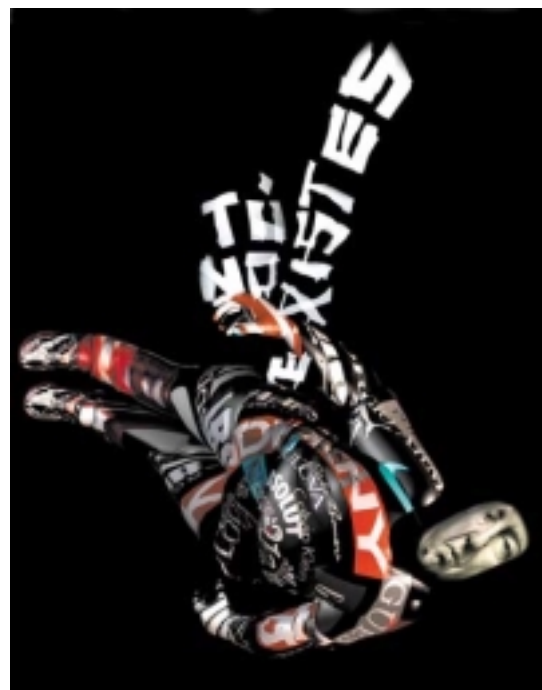
Diabla: Jorge Alderete



Feto: Bernardo Fernández



Rostros: Pepe Rojo



Mr. Marcas: Mónica Peón



Bota (Fox): Nacho Peón



Superman: Nacho Peón



Mickey: Nacho Peón



Coca: Nacho Peón



Ombbligo: Deyanira Torres e Pepe Rojo



Familia: Deyanira Torres



Niño: Miguel Murillo



Niña: Miguel Murillo